

LA BOMBA

NÚMERO SEIS

Y OTROS RELATOS



PAOLO BACIGALUPI

Lectulandia

Los once relatos que integran esta antología representan lo mejor de Paolo Bacigalupi. Todos ellos demuestran la fuerza y la grandeza de visión de uno de los mejores autores de ciencia ficción de nuestros días. Con esta antología, que incluye varios de los relatos con los que se dio a conocer, Paolo Bacigalupi no solo confirma su maestría del género, sino que también demuestra la fuerza y la grandeza de visión de la literatura especulativa, de la que es uno de los más destacados exponentes.

La crítica social, la parábola política y la defensa del medio ambiente se dan cita en un volumen que reúne algunos de los grandes temas que preocupan hoy, y que conforman la clave de un autor fundamental en nuestros tiempos: desde la globalización y la geopolítica hasta la ecología, el cambio climático y los alimentos transgénicos.

Estos once inolvidables relatos examinan, a través de la lente de la ficción, la repercusión que podrían tener esas tendencias en el futuro de la humanidad.

Lectulandia

PAOLO BACIGALUPI

LA BOMBA NÚMERO SEIS Y OTROS RELATOS

ePub r1.0

Glokta 26.06.13

PAOLO BACIGALUPI

LA BOMBA

NÚMERO SEIS

Y OTROS RELATOS

Título original: *Pump Six and Other Stories*

- Un bolsillo lleno de dharma (*Pocketful of Dharma*, febrero de 1999)
- La chica aflautada (*The Fluted Girl*, junio de 2003)
- Seres de arena y escoria (*The People of Sand and Slag*, febrero de 2004)
- El pasho (*The Pasho*, septiembre de 2004)
- El fabricante de calorías (*The Calorie Man*, octubre/noviembre de 2005)
- El cazador de tamariscos (*The Tamarisk Hunter*, 26 de junio de 2006)
- Respuesta evolutiva (*Pop Squad*, octubre/noviembre de 2006)
- Tarjeta amarilla (*Yellow Card Man*, diciembre de 2006)
- Suave (*Softer*, 2007)
- La bomba número seis (*Pump Six*, Relato original para esta antología)
- Pequeñas ofrendas (*Small Offerings*, febrero de 2007)

Paolo Bacigalupi, 2008

Traducción: Manuel de los Reyes

Ilustrador de portada: Guillermo Kelly

Editor digital: Glokta

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

UN BOLSILLO LLENO DE DHARMA

En las calles de la antigua Chengdu, resbaladizas a causa de la llovizna, Wang Jun tenía la mirada fija en Huojianzhu.

Las tinieblas del anochecer envolvían el descomunal centro urbano, ante el cual empujaban incluso los rascacielos de Chengdu. De su esqueleto en evolución colgaban obreros que utilizaban sus largos arneses de rappel para columpiarse de una sección inacabada a otra. Otros trepaban sin ningún instrumento de seguridad, engarfiando los dedos en la laberíntica estructura, desafiando al peligro mientras gateaban con indiferencia por las riostras. Su corazón, cada vez mayor, no tardaría en rebasar los tejados empapados de agua de la antigua ciudad. Y Huojianzhu, la Arquitectura Viviente, reemplazaría a Chengdu por completo.

Crecía sobre entramados de minerales, tendiendo su propio esqueleto y recubriéndolo de piel de celulosa. Resistente y recia su infraestructura, extendiéndose y ramificándose sin cesar, sus raíces se hundían en el fértil suelo verde de la cuenca de Sichuan. Extraía nutrientes y minerales de la tierra y el sol, y de las fétidas aguas del Bing Jiang; sorbiendo los contaminantes con la misma avidez con que devoraba la luz solar que se filtraba a través de la sarmentosa neblina veteada de hollín.

En el interior, sus venas y arterias producían los canales que requerirían los desechos, el alimento y las necesidades comunicativas de sus futuros ocupantes. Era una ciudad vertical animal, construida primero en las fértiles mentes de los biotectos y ahora hecha realidad. La criatura en gestación irradiaba una energía intermitente. Al alcanzar la madurez mediría un kilómetro de alto y cinco de ancho. Una inmensa ciudad biológica que, a excepción de su soporte vital, yacería aletargada cuando la humanidad transitara por sus arterias ahuecadas, recorriera sus venas y le claveteara recuerdos en la piel siguiendo los rituales de la habitabilidad.

Wang Jun contemplaba Huojianzhu y, con su modesta mente de niño pordiosero, soñaba con planes y estrategias que pudieran sacarlo de la humedad y el hambre de las calles e introducirlo en sus comodidades. Algunas secciones brillaban ya, iluminadas por sus habitantes. Sobre su cabeza, muy lejos, había personas que deambulaban por los pasillos de aquel organismo. Solo los ricos y los poderosos vivirían a semejante altura. Quienes dispusieran de *guanxi*. Contactos. Influencia.

Buscó con la mirada la cúspide del corazón de la ciudad entre la oscuridad, la lluvia y la niebla, pero se perdía de vista mucho antes de que sus ojos pudieran coronarla. Se preguntó si quienes estuvieran allí arriba verían las estrellas mientras él debía conformarse con chiribitas de agua. Le habían contado que si uno practicaba un corte en Huojianzhu, sus paredes sangraban. Algunos decían que lloraba. Se estremeció ante la colosal criatura y volvió a fijar la mirada en el suelo para continuar abriéndose paso, con sus brazos delgados como ramas y su postura encorvada, entre

el gentío de Chengdu.

Los transeúntes se guarecían de la fina llovizna con paraguas negros o ponchos de plástico azules y amarillos. Su cabello, empapado, se adhería a los contornos de su cráneo. Paseó la mirada a su alrededor, tiritando, buscando cualquier pista que pudiera aprovechar, y a punto estuvo de arrollar al tibetano.

El hombre estaba en cuclillas en el asfalto mojado, con un plástico transparente extendido sobre sus mercancías. El hollín y el sudor que le cubrían el rostro conferían a sus rasgos una pátina negra y viscosa bajo el implacable fulgor halógeno de las farolas. Su sonrisa dejaba al descubierto los muñones torcidos y aserrados de su dentadura. Sacó una zarpa de tigre disecada de debajo del plástico y la agitó ante el rostro de Wang Jun.

—¿Quieres huesos de tigre? —Sus labios formaron una mueca lasciva—. Son buenos para la virilidad.

Wang Jun se detuvo en seco ante la oscilante extremidad amputada. De su propietario, muerto hacía mucho, solo quedaban tendones, huesos y pelaje encrespado, restos secos y nervudos. Sin dejar de contemplar con fijeza la reliquia, alargó la mano para acariciar los tendones protuberantes y las garras amarillentas, ferozmente curvas.

El tibetano la retiró de repente y volvió a reírse. Llevaba un deslustrado anillo de plata en el dedo, tachonado con incrustaciones de turquesas; una serpiente que se enroscaba en su dedo y se devoraba la cola en un bucle interminable.

—No puedes permitirte tocarlo. —Aplastó una mezcla de flemas y saliva en el pavimento a su lado, dejando un charco de mucosidades amarillas veteadas con la negra textura del aire de Chengdu.

—Sí puedo —dijo Wang Jun.

—¿Qué llevas en los bolsillos?

Wang Jun se encogió de hombros, y el tibetano se carcajeó.

—No llevas nada, canijo. Vuelve cuando tengas los bolsillos llenos.

Exhibió sus potenciadores de virilidad ante los curiosos más interesados y adinerados que se habían congregado a su alrededor. Wang Jun se adentró en la multitud.

El tibetano tenía razón. No llevaba nada en los bolsillos. Sus pertenencias se reducían a una raída manta de lana oculta en una caja de cartón de Stone-Ailixin, un *Micro Machine* de despegue y aterrizaje verticales estropeado y un apolillado gorro de escolar de lana amarilla.

Más de lo que poseía cuando llegó de las exuberantes laderas terraplenadas de las afueras. Deforme y marcado ahora, tras sobrevivir a la plaga, había acudido a Chengdu con las manos tan vacías como los bolsillos y con el recuerdo de una polvorienta aldea muda en la que no vivía nada. Su cuerpo cargaba con el peso de un

hondo dolor, permanentemente al acecho en la memoria muscular de su agonía.

No llevaba nada en los bolsillos entonces y no llevaba nada en los bolsillos ahora. Quizá su preocupación fuese mayor si alguna vez hubiera conocido algo más que la carestía. Algo más que el hambre. Odiar al tibetano por su rechazo sería como odiar los logotipos de neón que colgaban de lo alto de las torres e iluminaban el aguacero con sus intermitentes rojos, amarillos, azules y verdes. Los colores eléctricos llenaban la oscuridad de ritmos hipnóticos y sueños resplandecientes. Cigarrillos Red Pagoda, cerveza Five Star, software Shizi Jituan y sucursales bancarias de Heaven City. Confucio Jiajiu prometía el cálido consuelo de su vino de arroz mientras la farmacéutica JinLong garantizaba la longevidad, y todo ello quedaba lejos de su alcance.

Se guareció en un portal resbaladizo a causa de la lluvia, con el espinazo retorcido, los bolsillos vacíos y el estómago más vacío aún, buscando con los ojos muy abiertos la marca que le daría de comer esa noche. Las relucientes promesas colgaban muy por encima de él, más conectadas con aquellas personas que vivían en los rascacielos: personas con dinero y funcionarios del gobierno en los bolsillos. Él no conocía ni comprendía nada de lo que había allí arriba. Tosió, carraspeó para desprender la negra mucosidad de su garganta. Las calles, eso sí lo conocía. Conocía la podredumbre y la desesperación. El hambre era un murmullo constante en su barriga.

Observaba con disimulo a las personas que pasaban ante él, dirigiéndose a ellas en un popurrí de mandarín, dialecto de Chengdu y las únicas palabras en inglés que conocía:

—Dame dinero. Dame dinero.

Tironeaba de sus paraguas y sus ponchos amarillos. Acariciaba sus mangas de diseño y sus pieles empolvadas hasta que claudicaban y le daban una limosna. Escupía a los que se escabullían. A quienes se encaraban con él, irritados, los mordía con sus afilados dientes amarillos.

Con las lluvias llegaba la escasez de extranjeros. A finales de octubre se apresuraban a volver a casa, a sus provincias, sus hogares y sus países. Sobre el horizonte se cernían nubes de penuria, tantas que temía por su futuro mientras contaba los arrugados trozos de papel que le tiraba la gente. Se aferraba con fuerza a los *jiao* en livianas monedas de aluminio que le lanzaban. Los extranjeros siempre tenían dinero de papel y a menudo eran generosos, pero cada vez había menos.

Mientras paseaba la mirada por la calle, arrancó una escama de cemento del suelo. En Huojianzhu, contaban, no construían con cemento. Se preguntó cómo serían los suelos, las paredes. Guardaba un vago recuerdo de su hogar antes de venir a Chengdu, una choza de barro con el suelo de tierra. Dudaba que el corazón de la ciudad fuera igual. Su estómago estaba cada vez más vacío. Sobre su cabeza, un

vídeo en bucle de Lu Xieyan, una cantante de Guangdong, exhortaba a los transeúntes a combatir los Tres Males de la Religión: el dogmatismo, el terrorismo y la escisión. Desoyendo sus estridentes exhortaciones, volvió a fijarse en la multitud.

Un rostro pálido flotaba como una boya en la marea de chinos. Un forastero, aunque extraño. Ni caminaba a grandes zancadas sin mirar a los lados ni se quedaba embobado con los esplendores de Chengdu. Parecía sentirse como en casa en aquella calle extranjera. Llevaba puesto un abrigo negro que llegaba hasta al suelo, tan lustroso que reflejaba los rojos y los azules de neón y el destello de las farolas. Los reflejos eran hipnóticos.

Wang Jun se acercó con discreción. El hombre era alto, medía dos metros, y unas gafas de sol le ocultaban los ojos. Wang Jun reconoció las lentes y no le cupo la menor duda de que el hombre veía sin ningún problema tras los óvalos tintados. Sus microfibras capturaban la luz, la amplificaban y la distribuían para que el hombre viera como si fuese de día mientras escondía sus ojos de los demás en la noche.

Wang Jun sabía que las gafas valían mucho dinero y que Gao Tres Dedos se las compraría si lograba robarlas. Observó al hombre y esperó mientras seguía caminando con paso confiado y arrogante. Wang Jun lo siguió, sigiloso y furtivo. Cuando el hombre se adentró en una callejuela y desapareció, Wang Jun se apresuró a imitarlo.

Se asomó a la boca del callejón. Los edificios se agolpaban en la penumbra del pasaje, que olía a excrementos y a cadáveres mohosos. Pensó en la zarpa de tigre del tibetano, seca e inerte, con sus huesos y tendones desportillados allí donde los clientes habían seleccionado su parte de virilidad. Los pasos del forastero resonaban y chapoteaban en la oscuridad; los pasos seguros de alguien que no necesitaba luz para ver. Wang Jun partió detrás de él, agazapado y a tientas. La superficie de las paredes era irregular. Cemento instantáneo. Acariciando las tinieblas, siguió los pasos que se alejaban.

Unos susurros rompieron el silencio goteante. Wang Jun sonrió en la oscuridad al reconocer el sonido propio de una transacción. ¿Se dedicaba el extranjero a comprar chicas? ¿Heroína? Un extranjero podía comprar tantas cosas... Se quedó inmóvil, escuchando con atención.

Los susurros dieron paso a voces acaloradas y concluyeron con un pequeño grito truncado de sorpresa. Alguien emitió un gorgoteo estrangulado; se oyó un jadeo ronco primero, y después un chapoteo. Wang Jun se estremeció y aguardó, tan petrificado como el cemento contra el que aplastaba su cuerpo.

—*Kai deng ba* —resonaron las palabras de su región. Las orejas de Wang Jun se atiesaron ante el acento familiar. Una luz se encendió con un resplandor cegador, dejándole los ojos irritados. Cuando su vista se acostumbró, se encontró ante los ojos oscuros del buhonero tibetano. Éste esbozó una sonrisa gradual, revelando las

incrustaciones de sus dientes, y Wang Jun trastabilló de espaldas en busca de una salida.

El tibetano capturó a Wang Jun con inexorable eficiencia. Wang Jun le mordió las manos y se debatió, pero el tibetano era rápido y lo empujó contra el suelo de cemento mojado hasta que todo lo que Wang Jun pudo ver fueron dos pares de botas; las del tibetano y las de un acompañante. Tras forcejear un poco más, dejó que su cuerpo yaciera inerte, comprendiendo que era fútil rebelarse.

—Vaya, conque eres un luchador —dijo el tibetano, y lo retuvo un momento más antes de dar por concluida la lección. A continuación levantó a Wang Jun en volandas. Su mano se cerró sobre la nuca del muchacho en una dolorosa tenaza—. *Ni shi shei?*

Tembloroso, Wang Jun gimoteó:

—Nadie. Un mendigo. Nadie.

El tibetano lo observó más de cerca y sonrió.

—El mocoso feúcho de los bolsillos vacíos. ¿Quieres la zarpa de tigre, después de todo?

—No quiero nada.

—Nada recibirás —dijo el acompañante del tibetano, que hizo una mueca. Por el acento, Wang Jun calificó de hunanés a quien acababa de hablar.

El hunanés preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Wang Jun.

—¿Qué «jun»?

Wang Jun se encogió de hombros.

—No lo sé.

El hunanés sacudió la cabeza y sonrió.

—El hijo de un campesino —dijo—. ¿Qué cultiváis? ¿Coles? ¿Arroz? —Se rió—. Los sichuaneses son unos ignorantes. Deberías saber cómo se escribe tu nombre. Asumiré que tu «jun» significa soldado. ¿Eres un soldado?

Wang Jun negó con la cabeza.

—Soy un mendigo.

—¿Soldado Wang, el mendigo? No. No suena bien. Serás el Soldado Wang, a secas. —Sonrió—. Dime, Soldado Wang, ¿qué haces aquí, en este peligroso callejón a oscuras, bajo la lluvia?

Wang Jun tragó saliva con dificultad.

—Quería las gafas de sol del extranjero.

—¿Sí?

Wang Jun hizo un gesto afirmativo.

El hunanés miró a Wang Jun a los ojos, sin pestañear, y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, Pequeño Wang. Soldado Wang. Puedes quedártelas. Acércate ahí. Cógelas si no tienes miedo. —El tibetano aflojó su presa, liberando a Wang Jun.

Miró y vio dónde yacía el extranjero, boca abajo en medio de un charco de agua. Cuando el hunanés le dio permiso con un ademán, se acercó de puntillas al cuerpo inmóvil hasta situarse a su lado. Se agachó y tiró del pelo del gigante hasta que el rostro de este se elevó goteando del agua y sus carísimas gafas quedaron accesibles. Wang Jun retiró las lentes de la cara del cadáver y, con delicadeza, volvió a dejar su cabeza en el charco estancado. Sacudió el agua de las gafas mientras el hunanés y el tibetano sonreían.

El hunanés le hizo señas con un dedo para que se acercara.

—Ahora, Soldado Wang, tengo una misión para ti. Las gafas serán tu recompensa. Guárdatelas en el bolsillo. Toma esto —dijo mientras en su mano aparecía un cubo de datos azul— y llévalo al puente de Renmin Lu, al otro lado del Bing Jiang. Dáselo a una persona con guantes blancos. Ella te dará un extra para el bolsillo. —Se inclinó para acercarse en un gesto de complicidad, rodeó el cuello de Wang Jun y lo sujetó hasta que sus narices se tocaron y el muchacho pudo oler su aliento rancio—. Como no realices esta entrega, mi amigo te perseguirá y se asegurará de que mueras.

El tibetano sonrió.

Wang Jun tragó saliva con dificultad y asintió con la cabeza, cerrando su manita en torno al cubo.

—Adelante, Soldado Wang. Cumple con tu deber. —El hunanés le soltó el cuello, y Wang Jun salió disparado en pos de las calles iluminadas, con el cubo de datos aferrado con fuerza en su mano.

La pareja lo vio alejarse corriendo.

—¿Crees que sobrevivirá? —preguntó el hunanés.

El tibetano se encogió de hombros.

—Ahora debemos confiar en que Palden Lhamo lo proteja y lo guíe.

—¿Y si no lo hace?

—El azar lo ha traído hasta nosotros. ¿Quién sabe adónde lo llevará? Quizá nadie registre a un niño mendigo. Quizá ambos sigamos con vida mañana para descubrirlo.

—O quizá cuando la Rueda gire otra vez.

El tibetano asintió con la cabeza.

—¿Y si accede a la información?

El tibetano suspiró y apartó la mirada.

—También eso depende del azar. Venga, nos estarán buscando.

El Bing Jiang se escurría bajo el puente como una mancha de aceite, negro y pesado. Wang Jun estaba sentado en la barandilla de piedra sucia de hollín, inscrita con

dragones y fénix que cabriolaban entre las nubes. Bajó la mirada para contemplar el río y vio cómo los restos de poliestireno de embalajes flotaban lánguidos en la gruesa superficie del agua. Apuntando a un cartón, amasó un pegote de flemas y escupió. Erró el blanco, y sus mucosidades fueron a unirse al resto de los residuos fluviales. Miró el cubo una vez más. Le dio vueltas entre las manos, como había hecho ya en repetidas ocasiones mientras esperaba al hombre de los guantes blancos. Era de color azul, con la tersura propia de todos los plásticos refinados. Su textura le recordaba una diminuta silla de plástico que había tenido una vez. Era de un rojo chillón, pero tan lisa como esto. Había mendigado desde ella hasta que un chico más fuerte se la quitó.

Hizo girar el cubo azul en sus manos, acariciando su superficie y palpando el puerto de conexión negro con un dedo inquisitivo. Se preguntó si podría tener más valor que las gafas que llevaba puestas ahora. Demasiado grandes para su cabecita, no dejaban de resbalarse por su nariz. A pesar de todo no se las quitaba, entusiasmado por la novedad de ver en la oscuridad como si fuera de día. Se empujó las gafas hacia arriba y siguió dando vueltas al cubo.

Miró a su alrededor en busca del hombre de los guantes blancos, pero no vio ninguno. El cubo seguía girando en sus manos. Se preguntó qué debía de sentirse al matar a un extranjero.

El hombre de los guantes blancos no aparecía.

Wang Jun carraspeó y volvió a escupir. Si el hombre no llegaba antes de que él terminara de contar diez trozos grandes de poliestireno, se quedaría con el cubo e intentaría venderlo.

Veinte trozos de poliestireno más tarde, el hombre de los guantes blancos seguía sin dar señales de vida, y el cielo comenzaba a clarear. Wang Jun miró fijamente el cubo. Contempló la posibilidad de tirarlo al agua. Esperó mientras un reguero de *nongmin* empezaba a cruzar el puente con sus carretas cargadas de mercancías. Campesinos procedentes de las afueras que llegaban a la ciudad desde los fértiles campos inundados de la periferia, con barro entre los dedos de los pies y las espaldas encorvadas bajo el peso de sus hortalizas. Amanecía. Huojianzhu resplandecía, recortándose inmensa y rebosante de vida contra el firmamento que comenzaba a iluminarse. Carraspeó, escupió otra vez y bajó del puente de un salto. Se guardó el cubo de datos en un bolsillo raído. De todas formas, el tibetano jamás daría con él.

La bruma de la ciudad filtraba los rayos de sol. Chengdu absorbía el calor. La humedad escapaba rezumando del aire, un brusco cambio de temperatura, una última ola de calor antes de que llegara el invierno. Wang Jun estaba sudando. Encontró a Gao Tres Dedos en una sala de juegos. En realidad Gao no tenía tres dedos, sino diez, y los utilizaba todos para controlar un soldado tridimensional que se enfrentaba a los

rebeldes en las cumbres del Tíbet. En los círculos de las tríadas de Chengdu lo conocían como el hombre que había conseguido que el director de reputación corporativa de TexTel pagara 10.000 yuanes al mes en concepto de protección hasta que el sistema de rotación lo condujo de regreso a Singapur. Empleando tres dedos como incentivo.

Wang Jun tiró de la cazadora de cuero de Tres Dedos. Distraído, este pereció ante el asalto de un ejército de monjes armados con bastones.

Miró a Wang Jun con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Tengo algo que vender.

—No quiero que me traigas más placas. Ya te lo he dicho, sin procesadores no sirven de nada.

—Tengo otra cosa —dijo Wang Jun.

—¿Qué cosa?

El muchacho le enseñó las gafas, y los ojos de Tres Dedos se dilataron. Fingió indiferencia.

—¿De dónde has sacado eso?

—Me las encontré por ahí.

—Déjame ver.

A regañadientes, Wang Jun se las dio a Tres Dedos, que se las puso, se las quitó y volvió a lanzárselas.

—Te doy veinte por ellas. —Se dio la vuelta, dispuesto a empezar otra partida.

—Quiero cien.

—*Mei me'er*. —En el argot de Beijing: «Ni loco».

Reinició la partida. Su soldado se agazapó en las planicies, con una muralla de cumbres nevadas ante él. Empezó a caminar, aplastando la hierba en dirección a una choza confeccionada con la piel de antiguos soldados chinos. Wang Jun, que lo observaba, dijo:

—No entres ahí.

—Ya lo sé.

—Me conformaría con cincuenta.

Tres Dedos resopló. Su soldado divisó unos jinetes que se acercaban y se desplazó para que la construcción lo ocultara a sus ojos.

—Te daré veinte.

—Quizá BeanBean me ofrezca algo más por ellas —repuso Wang Jun.

—Treinta, a ver si BeanBean está dispuesto a darte tanto. —Su soldado esperó a que los jinetes se arracimaran. Disparó un cohete contra el centro del grupo. La consola de juegos retumbó con la explosión del proyectil.

—¿Llevas treinta encima?

Tres Dedos dio la espalda a la partida, y el soldado sucumbió de inmediato al asalto de los hombres-yak modificados biológicamente que salieron en tromba de la choza. Desoyó los alaridos de su personaje mientras contaba el dinero en efectivo para Wang Jun. El muchacho dejó a Tres Dedos con sus juegos y celebró la venta buscando una zona desocupada bajo uno de los puentes del Bing Jiang. Se dispuso a echar una siesta a la sombra hasta que pasara el abrasador calor de la tarde.

Anocheceía cuando se despertó, con hambre. El peso de las monedas en el bolsillo le animó a contemplar las puertas que podía abrirle su recién descubierta riqueza. Entre las monedas, sus dedos tocaron la incongruente forma del cubo de datos. Lo sacó y le dio vueltas entre las manos. Casi se había olvidado del origen de su dinero. Mientras sostenía el cubo de datos, se acordó del tibetano, del hunanés y de su misión. Pensó en buscar al tibetano para devolvérselo, pero en el fondo albergaba la sospecha de que esa noche no encontraría al hombre vendiendo huesos de tigre. Su estómago profirió un rugido. Soltó el cubo de datos en su bolsillo e hizo tintinear las monedas que convivían con él. Esa noche llevaba dinero en los bolsillos. Cenaría bien.

—¿Cuánto cuesta el *mapo dofu*?

El cocinero lo observó sin moverse del sitio, atento al siseo del ancho wok de sopa que estaba removiendo.

—Demasiado para ti, Pequeño Wang. Vete a mendigar a otra parte. No quiero que me espantes a los clientes.

—*Shushu*, tengo dinero. —Wang Jun le enseñó las monedas—. Y hambre.

El cocinero se rió.

—¡*Xiao Wang* es rico! En tal caso, Pequeño Wang, dime qué te apetece.

—*Mapo dofu*, cerdo *yu xiang*, dos *liang* de arroz y cerveza *Wu Xing*. —El pedido brotó de sus labios como un aluvión.

—¡El Pequeño Wang tiene la tripa grande! Me pregunto dónde piensas meter todo eso. —Cuando Wang Jun se limitó a mirarlo ceñudo por toda respuesta, el cocinero añadió—: Venga, siéntate, enseguida podrás darte un festín.

Wang Jun se sentó en una mesa baja a observar cómo crepitaba el fuego mientras el cocinero freía los pimientos en el wok. Se enjugó la boca para que no se le cayera la baba cuando el aroma de la comida llegó a su nariz. La mujer del cocinero le abrió una botella de Five Star, y el muchacho vio cómo vertía la cerveza en un vaso húmedo. El calor acumulado durante el día comenzaba a disiparse. La lluvia empezó a tamborilear en el tejado de arpillera de la terraza. Wang Jun probó la cerveza y se fijó en los demás comensales, tomando buena nota de lo que comían y de sus acompañantes. Éstas eran las mismas personas a las que antes habría acosado para que le dieran limosna. Pero esta noche no. Esta noche era un rey. Rico, con dinero en

los bolsillos.

Interrumpió sus pensamientos la llegada de un extranjero. Un tipo fornido, con el largo cabello cano recogido en una coleta. Tenía la piel pálida y llevaba puestos unos guantes blancos. Se refugió debajo de la arpillera y observó a los comensales con sus llamativos ojos azules. Los chinos le devolvieron la mirada desde sus mesas. Cuando el forastero reparó en la encorvada figura de Wang Jun, sonrió. Se acuclilló en un taburete enfrente del muchacho y, con acento mandarín, dijo:

—Eres el Pequeño Wang. Tienes algo para mí.

Wang Jun observó al hombre sin pestañear; envalentonado por la atención que le dispensaban los demás chinos, repuso:

—*Ke neng*. —«Quizá.»

El extranjero frunció el ceño y se inclinó sobre la mesa. La mujer del cocinero los interrumpió en ese momento para servir el *mapo dofu* que había encargado Wang Jun, seguido de inmediato de la carne de cerdo. A continuación sacó de la cocina un cuenco de arroz humeante, más grande que la mano de Wang Jun, y se lo puso delante. Wang Jun cogió unos palillos y empezó a meterse la comida en la boca, sin dejar de observar al forastero. El *dofu* picante le anegó los ojos de lágrimas, y el familiar entumecimiento de los granos de pimienta molida le hacía cosquillas en el paladar.

La esposa del cocinero preguntó si el recién llegado iba a cenar con él, y Wang Jun miró al extranjero. Palpó el dinero que tenía en el bolsillo mientras continuaba ardiéndole la boca. El tamaño del forastero le hizo asentir a regañadientes con la cabeza, presintiendo que sus riquezas se quedarían cortas. Mantuvieron la conversación en *chengdu hua*, el dialecto de la ciudad, para que el extranjero no entendiera lo que decían. El hombre vio cómo la mujer cogía otro cuenco de arroz y lo dejaba ante él con un par de palillos. Bajó la mirada a la montaña blanca del tazón y volvió a subirla en dirección a Wang Jun. Sacudió la cabeza.

—Tienes algo para mí —dijo—. Dámelo ya.

Wang Jun se sintió dolido por el desprecio del extranjero hacia la comida que le ofrecía. Impulsado por el resentimiento, preguntó:

—¿Por qué debería dártelo?

El pálido hombre blanco frunció el ceño; sus ojos azules se volvieron airados y glaciales.

—¿No te encargó el tibetano que me dieras una cosa? —Extendió una mano embutida en un guante blanco.

Wang Jun se encogió de hombros.

—No acudiste al puente. ¿Por qué debería dártelo ahora?

—¿Lo tienes?

Wang Jun se puso a la defensiva.

—No.

—¿Dónde está?

—Lo tiré.

El hombre estiró los brazos por encima de la mesa y aferró el raído cuello de la camisa de Wang Jun. Tiró del muchacho hacia él.

—Dámelo ahora mismo. Eres un alfeñique, me lo llevaré por las buenas o por las malas. Pequeño Wang, no puedes ganar esta noche. No pongas a prueba mi paciencia.

Wang Jun miró al extranjero sin parpadear y vio un destello plateado en el bolsillo de la pechera del hombre. Por impulso, extendió los dedos hacia su origen y extrajo el objeto hasta interponerlo entre sus caras. Las personas sentadas en las mesas vecinas contuvieron la respiración ante lo que sostenía el muchacho. La mano de Wang Jun empezó a temblar, sufriendo unos espasmos incontrolables, hasta que el dedo amputado del tibetano, ceñido aún por su deslustrado anillo de plata y turquesas, resbaló de su horrorizada presa y fue a aterrizar en el cerdo *yu xiang*.

El forastero sonrió; una mueca indiferente y resignada. Dijo:

—Dame el cubo de datos antes de que me lleve un trofeo tuyo también.

Wang Jun asintió en silencio y, muy despacio, introdujo la mano en el bolsillo. Los ojos del extranjero no se apartaban de ella.

Desesperado, Wang Jun catapultó la mano libre a lo alto de la mesa y agarró un puñado de *dofu* hirviendo de su bandeja. Antes de que al hombre le diera tiempo a reaccionar, arrojó el contenido, repleto de guindillas y granos de pimienta, contra aquellos fríos ojos azules. Mientras el extranjero profería un aullido, Wang Jun hundió sus afilados dientes amarillos en la pálida carne de las manos que lo apresaban. Martirizado, el forastero soltó a Wang Jun para frotarse las cuencas oculares escaldadas con las manos lastimadas cubiertas de sangre.

Wang Jun aprovechó su libertad para adentrarse corriendo en la oscuridad y los callejones que tan bien conocía, dejando atrás al extranjero, que no dejaba de bramar.

La lluvia había arreciado, y el frío regresaba a Chengdu con más intensidad que antes. El cemento y los edificios irradiaban frescor, y el aliento de Wang Jun formaba nubes de vaho en el aire. Estaba agazapado en su caja, con el logotipo de los ordenadores Stone-Ailixin impreso en un lateral. A juzgar por las imágenes que se veían debajo de la marca, en su día debió de contener teléfonos satelitales. Se acurrucó en el interior, con los restos de su niñez.

Todavía recordaba la región de la que había surgido, y vagas impresiones de una casa de adobes. Con más nitidez se acordaba de las colinas terraplenadas, y de cómo le gustaba correr por ellas. Recordó cómo jugaba en el cálido barro del verano con un Micro Machine de despegue y aterrizaje verticales mientras sus padres trabajaban con los tobillos hundidos en el agua marrón y el légamo erizado de verdes brotes de arroz.

Más tarde habría de pasar por aquellas mismas terrazas, exuberantes y sin recolectar, cuando saliera de su aldea enmudecida.

Bajo las frías sombras de cemento instantáneo de los rascacielos, acarició su avión de juguete. Las alas que se abatían tanto hacia arriba como hacia abajo se habían roto y las había perdido. Le dio la vuelta, contemplando su fuselaje de acero troquelado. Sacó el cubo de datos y lo miró fijamente. Sopesó el juguete y el cubo en sus manos. Pensó en el dedo del tibetano, amputado con el anillo de la serpiente de plata en él todavía, y se estremeció. El hombre blanco de los ojos azules estaría buscándolo. Paseó la mirada por el interior de la caja. Se guardó el Micro Machine en el bolsillo, pero dejó la manta raída. Cogió su *anchuan maozi* amarillo, el gorro de seguridad vial que utilizaban todos los escolares, sustraído a un niño aún más pequeño que él. Se caló la prenda de lana amarilla sobre las orejas, volvió a guardar el cubo de datos en el bolsillo y se marchó sin mirar atrás.

Tres Dedos estaba cantando en un bar de karaoke cuando lo encontró Wang Jun. Lo acompañaban dos mujeres de pieles lustrosas y ojos duros y vacíos, vestidas con *chipao* de seda roja, al estilo de Shangai. Los cuellos de los vestidos eran altos y recatados, pero sus rajadas se extendían casi hasta las cinturas de las mujeres. Tres Dedos adoptó una expresión furibunda a la tenue luz roja veteada de humo cuando Wang Jun se acercó.

—¿Qué?

—¿Tienes algún ordenador que pueda leer esto? —Le enseñó el cubo de datos.

Tres Dedos se lo quedó mirando sin pestañear y estiró el brazo.

—¿De dónde lo has sacado?

Wang Jun continuó ofreciéndoselo, pero sin soltarlo.

—De alguien.

—¿Del mismo sitio que las gafas?

—Es posible.

Tres Dedos escudriñó el cubo de datos.

—No es un cubo de datos estándar. ¿Ves las clavijas que tiene dentro? —Wang Jun miró el puerto de conexión—. Solo hay tres. Necesitarás un adaptador para leer lo que contenga. Y quizá ni siquiera baste con eso. Depende del sistema operativo para el que esté diseñado.

—¿Qué hago?

—Dámelo.

—No. —Wang Jun dio un paso atrás.

A una de las mujeres se le escapó una risita ante la discusión entre el hampón de poca monta y el granujilla callejero. Acarició el pecho de Tres Dedos.

—No te preocupes por el *taofanzhe*. Préstanos atención a nosotras. —Se volvió a

reír.

Wang Jun se encrespó. Tres Dedos se quitó a la azafata de encima.

—Largo. —La mujer hizo un mohín exagerado, pero se alejó con su compañera.

Tres Dedos extendió la mano.

—Déjame verlo. No podré ayudarte como no dejes que me acerque al *tamade* chisme.

Wang Jun frunció el ceño, pero le entregó el cubo de datos. Tres Dedos lo giró entre las manos. Se asomó al puerto de conexión y asintió con la cabeza.

—Es de HuangLong. —Se lo lanzó al muchacho—. Se trata de un sistema operativo especial empleado en medicina. Lo utilizan en operaciones de cirugía cerebral, en la elaboración de mapas de ADN y cosas por el estilo. Sus fines son muy concretos. ¿De dónde lo has sacado?

Wang Jun se encogió de hombros.

—Me lo dio alguien.

—*Fang pi*. —«Chorradas.»

Wang Jun guardó silencio. Se sostuvieron la mirada durante unos instantes.

—*Xing* —masculló Tres Dedos al cabo—, te lo compro. Pero solo porque me pica la curiosidad. Te daré cinco yuanes. ¿Quieres venderlo?

Wang Jun negó con la cabeza.

—Vale. Diez yuanes, ni uno más.

Wang Jun volvió a sacudir la cabeza.

Gao Tres Dedos arrugó el entrecejo.

—¿Te has vuelto rico de pronto?

—No quiero venderlo. Lo que quiero es saber qué contiene.

—Bueno, pues ya somos dos. —Continuaron sosteniéndose la mirada un rato más, hasta que Tres Dedos dijo—: De acuerdo. Te ayudaré. Pero como haya algo de valor ahí dentro, me llevaré tres cuartas partes de los beneficios.

—*Yi ban*.

Tres Dedos puso los ojos en blanco.

—Está bien. Que sea la mitad.

—¿Adónde vamos?

Tres Dedos caminaba con brío en medio de la fría neblina. Los callejones por los que conducía a Wang Jun eran cada vez más angostos. El carácter de los relucientes edificios modernos de cristal y acero dio paso a ladrillos de adobe y techados de tejas y arpillera. Las calles se volvieron adoquinadas y abruptas, y las ancianas los observaban fijamente desde lóbregos zaguanes de madera. Wang Jun recelaba de las viejas. Sus ojos los seguían impasibles, anotando el paso de Tres Dedos y el muchacho.

Tres Dedos se detuvo para sacar una cajetilla de Red Pagodas. Se llevó un cigarrillo a la boca.

—¿Fumas?

Wang Jun aceptó el pitillo y se acercó mientras Tres Dedos encendía una cerilla. La llama se inflamó, alta y amarilla, antes de encogerse ante la presión del aire húmedo. Wang Jun aspiró con fuerza y expulsó una bocanada de humo. Tres Dedos se encendió otro cigarro.

—¿Adónde vamos?

Tres Dedos se encogió de hombros.

—Aquí. —Inclinó la cabeza hacia el edificio que se erguía a sus espaldas. Continuó fumando un rato más antes de tirar el cigarrillo a los adoquines mojados y aplastarlo con una bota negra—. Apaga eso. El humo es malo para las máquinas.

Wang Jun lanzó la colilla contra una pared. Saltaron chispas rojas cuando rebotó antes de yacer humeando en el suelo. Tres Dedos abrió una puerta de madera. La pintura comenzaba a descascarillarse y el marco estaba combado, por lo que hubo de empujar con fuerza; la puerta emitió un chirrido estridente cuando la traspusieron.

A la tenue iluminación de la estancia, Wang Jun vio docenas de monitores con resplandecientes salvapantallas y datos. Distinguió columnas de cifras y caracteres en movimiento, conectadas a lejanas redes de información. Las personas que estaban sentadas ante ellos trabajaban en un silencio roto tan solo por el sonido de las teclas pulsadas a un ritmo incesante.

Tres Dedos tiró de Wang Jun hasta uno de los técnicos y dijo:

—He Dan, ¿puedes leer esto? —Propinó un codazo a Wang Jun, que sacó el cubo de datos. He Dan se lo quitó de las manos con unos dedos ágiles como patas de araña y se lo acercó a la cara en la penumbra. Con un encogimiento de hombros, empezó a revolver una pila de adaptadores. Eligió uno, lo conectó a un cable suelto e insertó el adaptador en el cubo de datos. Introdujo algún tipo de orden en el ordenador; los marcos y las ventanas que ocupaban la pantalla parpadearon y cambiaron de color. Apareció una caja, y He Dan oprimió una sola tecla en respuesta.

—¿Dónde estoy? —La voz era tan alta que los altavoces se acoplaron y crepitaron. Todos los técnicos dieron un respingo cuando el silencio saltó por los aires. He Dan ajustó los controles. La voz resonó de nuevo, más baja—. ¿Hola? —Su tono estaba teñido de temor—. ¿Hay alguien ahí?

—Sí —fue la impulsiva respuesta de Wang Jun.

—¿Dónde estoy? —preguntó la voz, temblorosa.

—Dentro de un ordenador —contestó Wang Jun.

Tres Dedos le propinó un pescozón.

—Silencio.

—¿Qué? —dijo la voz.

Se quedaron escuchando con atención.

—Hola, ¿alguien ha dicho que estoy dentro de un ordenador?

—Sí —respondió Wang Jun—, estás en un ordenador. ¿Qué eres?

—¿Estoy en un ordenador? —La voz denotaba perplejidad—. Iban a operarme. ¿Cómo he llegado aquí dentro?

—¿Quién eres? —Wang Jun hizo como si no viera la mirada furibunda de Tres Dedos.

—Soy Naed Delhi, el decimonoveno dalái lama. ¿Quién eres tú?

Los teclados enmudecieron. Nadie dijo nada. Hasta los oídos de Wang Jun llegaron el suave chirrido de los ventiladores y las resonancias de alta frecuencia del zumbido de los monitores. Todos los técnicos se habían girado para observar al trío y a la computadora parlante. Wang Jun oyó cómo alguien carraspeaba y escupía las flemas en la calle. El ordenador continuó, ajeno al efecto de sus palabras:

—¿Hola? ¿Con quién hablo?

—Me llamo Wang Jun.

—Hola. ¿Por qué no puedo ver nada?

—Estás en un ordenador. No tienes ojos.

—Te escucho. ¿Por qué puedo oír pero no veo nada?

—El emulador de software que ejecuta tu programa —intervino He Dan— no es compatible con la entrada de vídeo.

—No lo entiendo.

—Eres un constructo de inteligencia artificial. Tu consciencia es software. Tus sentidos dependen del hardware. Son incompatibles con el sistema en el que te hemos instalado.

—No soy ningún software —tembló la voz—. Soy el dalái lama de la secta del Sombrero Amarillo. Su decimonovena reencarnación. Mi destino no es reencarnarme en un programa. Debéis de estar confundidos.

—¿Eres el dalái lama de verdad? —preguntó Wang Jun.

—Sí —respondió el ordenador.

—¿Cómo...? —empezó Wang Jun, pero Tres Dedos lo apartó del sistema antes de que pudiera formular la pregunta. Se arrodilló frente a Wang Jun. Le temblaban las manos cuando agarró al muchacho por el cuello de la camisa. Sus rostros casi se tocaban cuando escupió:

—¿De dónde has sacado este cubo?

Wang Jun se encogió de hombros.

—Me lo dio una persona.

La mano de Tres Dedos surcó el aire convertida en un borrón y se estrelló en la mejilla de Wang Jun. El impacto sacudió al muchacho de la cabeza a los pies. Le picaba toda la cara. Los técnicos se quedaron mirando mientras Tres Dedos siseaba:

—No me mientas. ¿Dónde encontraste este chisme?

Wang Jun se tocó la cara.

—De un tibetano, lo saqué de un tibetano que vendía huesos de tigre, y de un tipo de Hunan. Y había un cadáver. Un gigantón extranjero. Las gafas que te vendí eran tuyas.

Tres Dedos ladeó la cabeza para fijar la mirada en el techo.

—No me engañes. ¿Sabes lo que significaría tener al dalái lama en un cubo de datos que ha estado dando tumbos por ahí en tu bolsillo? —Zarandeo a Wang Jun—. ¿Lo sabes?

—Se suponía que debía dárselo a un tipo con guantes blancos —sollozó Wang Jun—, pero no apareció. Y había otro hombre. Un extranjero que asesinó al tibetano y le cortó un dedo, y quería hacer lo mismo conmigo, y salí corriendo y... —Se le truncó la voz entre balbuceos gimoteantes.

Las manos de Tres Dedos se cerraron sobre el cuello de Wang Jun y apretaron hasta que al muchacho le pitaron los oídos y se le nubló la vista. A lo lejos, oyó que Tres Dedos decía:

—No me vengas con llantos. No soy tu madre. Te arrancaré la lengua como sigas complicándome la vida. ¿Entendido?

Wang Jun, al borde del desfallecimiento, asintió con la cabeza.

Tres Dedos lo soltó.

—Bien. Ve a hablar con el ordenador.

Wang Jun respiró hondo y, tambaleándose, regresó junto al dalái lama.

—¿Cómo te has metido en el ordenador? —preguntó.

—¿Cómo sabes que estoy en un ordenador?

—Porque enchufamos tu cubo de datos y empezaste a hablar.

El ordenador guardó silencio.

—¿Cómo se está ahí dentro? —tanteó Wang Jun.

—Es horrible, y hay mucho silencio —dijo el ordenador. Después añadió—: Iban a operarme, y ahora estoy aquí encerrado.

—¿Tuviste algún sueño?

—No recuerdo ninguno.

—¿Vas a dirigir una rebelión contra mi país?

—Hablas chino. ¿Vienes de China?

—Sí. ¿Por qué quieres que la gente pelee en el Tíbet?

—¿Dónde está este ordenador?

—En Chengdu.

—Ay, cielos. Bombay queda muy lejos —murmuró el ordenador.

—¿Vienes de Bombay?

—Iban a operarme allí.

—¿Te sientes solo ahí dentro?

—No recuerdo nada hasta este momento. Pero hay mucho silencio. Un silencio sepulcral. Te oigo, pero no puedo sentir nada. Aquí no hay nada. Me asusta no estar aquí. Es demencial. He perdido todos mis sentidos. Quiero salir de este ordenador. Ayúdame. Devuélveme a mi cuerpo —imploró la voz del ordenador, reverberando en los altavoces.

—Podríamos venderlo —injurió de repente Tres Dedos.

Wang Jun se lo quedó mirando sin parpadear.

—No puedes venderlo.

—Si te persiguen es porque alguien lo quiere. Podemos venderlo.

—No podéis venderme —dijo el ordenador—. Tengo que regresar a Bombay. Estoy seguro de que no podrán completar la operación sin mí. Debo volver. Tenéis que llevarme allí.

Wang Jun asintió con la cabeza. Tres Dedos sonrió con socarronería. He Dan dijo:

—Tenemos que desenchufarlo. Sin algún tipo de estímulo podría volverse loco antes de que decidáis qué hacer con él.

—Esperad —dijo el dalái lama—. Por favor, no me desconectéis todavía. Estoy asustado. Tengo miedo de desaparecer otra vez.

—Desenchúfalo —ordenó Tres Dedos.

—Esperad —insistió el ordenador—. Tenéis que escucharme. Si mi cuerpo está muerto, debéis destruir este ordenador en el que me habéis encerrado. Tengo miedo de no reencarnarme. Tal vez ni siquiera Palden Lhamo sea capaz de encontrar mi alma. Es poderosa, pero aunque surca un océano de sangre sentada a horcajadas sobre la piel de su hijo traidor, quizá no me encuentre. Mi alma quedará atrapada aquí, preservada de forma antinatural mientras mi cuerpo se descompone. Prometédmelo, por favor. No permitáis que...

He Dan apagó el ordenador.

Tres Dedos enarcó las cejas en dirección al técnico.

He Dan se encogió de hombros.

—Podría tratarse del verdadero dalái lama. Si alguien está persiguiendo a este niño mendigo, su versión ganará en credibilidad. Transferir su matriz identificativa en el transcurso de la operación no sería difícil.

—¿Quién haría algo así?

He Dan se encogió de hombros.

—Con la cantidad de conflictos políticos en los que está involucrado, es imposible saberlo. Encerrado en un cubo de datos se convierte en el cautivo ideal. Los extremistas tibetanos, los estadounidenses, tal vez la Unión Europea... a todos les interesaría tenerlo como rehén.

—Si quiero venderlo —dijo Tres Dedos—, necesitare saber quién lo ha encerrado

ahí.

He Dan había empezado a asentir con la cabeza cuando la puerta saltó por los aires. Las astillas de madera salieron disparadas en todas direcciones al tiempo que unas saetas de luz perforaban la penumbra de la sala. En el exterior resonó el chirrido de unos vehículos de despegue y aterrizaje verticales; un intenso resplandor traspasó la puerta, seguido del apresurado golpeteo de botas pesadas. El instinto hizo que Wang Jun se agachara cuando algo pareció absorber el aire de la estancia y los monitores explotaron, cubriendo al muchacho y a los técnicos con una lluvia de cristales. La gente gritaba por todas partes a su alrededor, y hasta la nariz de Wang Jun llegó el olor del humo. Se levantó, separó el cubo de datos del adaptador y se parapetó rodando debajo de una mesa mientras una andanada de perdigones tabaleaba en la pared sobre su cabeza.

Vio cómo Tres Dedos forcejeaba con algo que pendía de su cinturón antes de que todo su cuerpo se crispara cuando su pecho se tachonó de flores escarlatas. Cayeron abatidos más técnicos, todos ellos cubiertos de manchas de sangre. Wang Jun se acurrucó bajo la mesa mientras unas figuras embutidas en armaduras negras trasponían la puerta. Se metió el cubo de datos en la boca, con la intención de tragárselo si lo descubrían. Se produjeron más explosiones, y la pared que tenía a su lado desapareció de repente en un estruendo de ladrillos y escombros. Gateó por encima de la pared derribada mientras el aire se inundaba de gritos. Agazapado, a la carrera, se convirtió en una mera sombra infantil. Una sombra irrelevante bajo la lluvia y el despliegue de luces de los soldados a su espalda.

Encogido a la sombra de un zaguán, girando el cubo de datos en sus manos, acarició su superficie de plástico azul con una mezcla de fascinación y veneración. La lluvia formaba una fría neblina, y la humedad acumulada provocaba que le goteara la nariz. Se estremeció. El cubo de datos estaba helado. Se preguntó si el dalái lama sentiría algo en su interior. Las personas que paseaban por la acera no prestaban la menor atención a la pequeña sombra refugiada en el portal. Sus formas surgían de entre la bruma, se perfilaban y materializaban a la luz de las farolas, y volvían a confundirse con las tinieblas.

Había visto cómo los vehículos de despegue y aterrizaje verticales se elevaban a lo lejos, con sus siluetas definidas por las luces de navegación en la oscuridad. Había visto cómo sus alas descendían y encajaban en posición sobre los tejados empapados de agua, antes de desaparecer con un siseo de aceleración. En contra de lo que le dictaba la prudencia había regresado, sumándose a otros residentes en el meticuloso registro de los escombros del edificio arrasado. Caminaban encorvados, con movimientos metódicos. Levantando los ladrillos. Dando la vuelta a pantallas de monitor destrozadas. Hurgando en los bolsillos de los cadáveres abandonados. Al no

hallar ni rastro de Tres Dedos, dedujo que seguía con vida. A He Dan sí lo encontró, pero descuartizado.

Volvió a girar el cubo de datos en sus manos.

—¿De dónde has sacado eso?

Dio un respingo, atemorizado, y se dispuso a escapar corriendo, pero una mano lo sujetaba y no pudo moverse. Se trataba de una mujer china que llevaba puestos unos guantes blancos. Wang Jun miró fijamente la mano que lo retenía.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó. Su mandarín era claro y educado, perfecto, como si proviniera de la misma Beijing.

—No lo sé.

—¿Eso es tuyo?

—No.

—¿Se suponía que debías dármelo?

—No lo sé.

—No te vi en el puente.

—¿Por qué no acudiste a la cita?

—Hubo demoras —respondió la mujer, cuyos ojos se tornaron velados y oscuros.

Wang Jun estiró el brazo para darle el cubo de datos.

—Tienes que tratarlo con cuidado. El dalái lama está dentro.

—Lo sé. Te estaba buscando. Temía haberte perdido. Ven. —Le hizo una seña—. Estás aterido. Hay comida y una cama esperándote. —Repitió el gesto, y Wang Jun la siguió; juntos, salieron del zaguán y se adentraron en el aguacero.

La mujer lo condujo por las calles mojadas. En la mente de Wang Jun, el recuerdo de los vehículos de despegue y aterrizaje verticales, las explosiones de los monitores y la mortalidad de Tres Dedos, expresada en flores escarlatas, le dictaba cautela mientras cruzaban las intersecciones y recorrían las antiguas calles de Chengdu.

La mujer sostenía su mano con firmeza en la de ella y lo guiaba con seguridad y sentido de la orientación, por lo que daba igual las vueltas y los giros que dieran, no dejaban de acercarse al esqueleto orgánico del corazón de la ciudad. Se erguía sobre sus cabezas, resplandeciente. Empequeñeciéndolos tanto a ellos como a los obreros que colgaban de sus hilos de seda. Correteaban por él como hormigas, ampliando de forma inexorable su nido.

Por fin llegaron bajo los huesos, caminando por los húmedos pasadizos orgánicos de la criatura en evolución. Olía a fertilizante y a muerte. El calor y la humedad no dejaban de aumentar a medida que se adentraban en la criatura arquitectónica. Los chips luminosos que la mujer llevaba incrustados en las muñecas les permitieron cruzar varios puestos de control antes de llegar a un ascensor, una jaula que se elevaba entre las vísceras de Huojianzhu, deslizándose sobre unos bien engrasados

raíles orgánicos. A través de los barrotes de la jaula Wang Jun vio niveles ya completados, relucientes y habitables, cuyas paredes parecían hechas de acero bruñido y brillantes lámparas fluorescentes en sus soportes. Vio niveles donde solo existía la superestructura segmentada de la bestia. Un monstruo con los huesos al descubierto; objetos húmedos y viscosos con una pátina de lègamo biológico. Recubrían los huesos mucosidades de silicio en proceso de solidificación que fluían y se acumulaban en capas sucesivas para formar más paredes. Huojianzhu estaba creciendo, y allí donde lo hacía había biotectos y obreros supervisando el proceso, dando instrucciones y asegurándose de que el crecimiento se ajustara a unos planes trazados con esmero. La bella mujer continuaba ascendiendo, y Wang Jun con ella.

Llegaron a un nivel que estaba casi terminado. Los pasos de la mujer resonaron en un pasillo hasta detenerse ante una puerta. Su mano se apoyó con delicadeza en la hoja, cuya piel se movió ligeramente bajo la presión; Wang Jun no sabía si la puerta estaba amoldándose a la mano o extendiéndose para acariciarla. La puerta se abrió y Wang Jun vio el lujo de las alturas con las que siempre había soñado.

En una habitación con una cama tan mullida que le dejó la espalda dolorida, con unos almohadones tan esponjosos que temió asfixiarse entre ellos, Wang Jun despertó. Oyó voces.

—... un pordiosero. Nadie.

—Pues bórrale la memoria y sácalo de aquí.

—Nos ha ayudado.

—En tal caso, déjale algo de dinero en los bolsillos.

Las voces se tornaron lejanas, y aunque su deseo era permanecer despierto, Wang Jun volvió a quedarse dormido.

El muchacho se hundió en el abrazo de la tapicería de una silla tan inclinada que sus pies no llegaban a tocar la pulida elegancia de los suelos de madera real. Se sentía ya restablecido por completo tras haber escapado por fin del tentador abrazo de los colchones y las almohadas. Lo rodeaban unas paredes blancas de las que colgaban pinturas *shanshui* y estanterías empotradas que contenían jarrones cocidos con esmero pertenecientes a las distintas dinastías de China, ya muertas y olvidadas. Se había familiarizado con la cocina mientras veía cómo la señora, que parecía china pero no lo era, le preparaba una montaña de comida en unos quemadores que refulgían como soles y elaboraba el té con un agua que escaldaba al salir del grifo. En otras habitaciones, las luces se encendían y se apagaban por sí solas cuando él entraba o salía de ellas, y el suelo estaba enmoquetado, suaves extensiones de fibra pálida que se sentía siempre cálida bajo los pies. Ahora, sentado en la silla envolvente, veía

cómo la señora y su acompañante extranjero deambulaban de un lado a otro ante sus ojos oscuros. Tras ellos, el cubo del dalái lama aguardaba en una balda, azul y pequeño.

—*Sile?*

Ante el sonido de la voz de la mujer, Wang Jun se sobresaltó y sintió cómo se le aceleraba el pulso. Tras las ventanas del apartamento flotaba la espesa niebla de Chengdu, húmeda y estancada. Habían cesado las lluvias. Se levantó de la silla con esfuerzo y fue a asomarse a las ventanas. Las luces del casco antiguo de Chengdu no se divisaban a sus pies. La niebla era impenetrable. La mujer no dejaba de observarlo mientras su interlocutor hablaba.

—Sí, le dejaron la cabeza como un colador, los chinos o los europeos. Están enfadados porque lo perdieron.

—¿Qué deberíamos hacer?

—Estoy esperando instrucciones de la embajada. Los tibetanos quieren que lo destruyamos. No dejan de lloriquear diciendo que de lo contrario su alma no renacerá.

La mujer se rió.

—¿Por qué no lo escriben en un cuerpo nuevo?

—No seas sacrílega.

—¿Eso piensan? Los fanáticos son...

—... intratables —concluyó él en su lugar.

—Entonces ¿la misión entera ha sido en vano?

—Sin cuerpo no nos servirá de nada. Los tibetanos no lo reconocerán si lo escribimos en un cuerpo nuevo, y no podremos emplearlo como baza contra los chinos si carece de seguidores.

La mujer suspiró.

—Ojalá no tuviéramos que trabajar con ellos.

—De no ser por los tibetanos, ni siquiera se nos habría ocurrido buscar al chaval.

—Bueno, ahora nos amenazan diciendo que si no se lo devolvemos, el Pali Lama nos arrancará la piel a tiras, o algo.

—Palden Lhamo —la corrigió el hombre.

—¿Cómo?

—Palden Lhamo —repitió él—. Es una diosa tibetana. Se supone que protege al Tíbet y a nuestro amiguito digital. —Inclinó la cabeza en dirección al cubo de datos que yacía en su estantería—. La representan surcando un mar de sangre a lomos de una mula, con una manta por toda silla, hecha con la piel de su hijo.

—Tienen una cultura adorable.

—Deberías ver los cuadros: el pelo rojo, los collares de calaveras...

—Basta.

—¿Puedo abrir la ventana? —preguntó Wang Jun.

La extranjera consultó a su interlocutor con la mirada; el hombre se encogió de hombros.

—*Suibian* —dijo la mujer.

Wang Jun quitó los cierres de seguridad y abrió el amplio ventanal. Un torrente de aire helado irrumpió en la habitación. El muchacho se asomó al fulgor anaranjado de la niebla, estirándose cuanto pudo en el aire. Acarició el esponjoso exoesqueleto orgánico del edificio, un resistente entramado de agujeros. Abajo se distinguían apenas las siluetas oscilantes de los obreros encaramados a la superficie de la estructura. La conversación se reanudó a su espalda.

—Entonces ¿qué hacemos?

El hombre agitó la mano en dirección al cubo de datos.

—Siempre podríamos conectar a su eminencia a una computadora y pedirle consejo.

Wang Jun aguzó el oído. Quería volver a escuchar al ocupante del ordenador.

—¿Accederían los chinos a llegar a un acuerdo aunque su cuerpo haya desaparecido?

—Quizá. Lo más probable es que guardaran el cubo en un cajón y se olvidaran de él. Dejarían que se cubriera de polvo. Si no vuelve a reencarnarse, mejor para ellos. Un dolor de cabeza menos del que preocuparse.

—En ese caso, tal vez todavía podamos canjearlo a cambio de algo.

—Algo de poca monta, no obstante. ¿Y qué si se reencarna? Pasarán veinte años antes de que surta algún efecto sobre ellos. —El hombre suspiró—. Las negociaciones comienzan mañana. Esta operación está empezando a ganarse mala fama en la central. Se rumorea que van a sacarnos de aquí antes de que empiece el diálogo. Por lo menos no ha caído en manos de la UE.

—Bueno, me alegraré de volver a pisar California.

—Y tanto.

Wang Jun dio la espalda a las vistas y preguntó:

—¿Vais a matarlo?

La pareja cruzó una mirada. El hombre giró la cabeza, murmurando entre dientes. Wang Jun se abstuvo de decir lo que opinaba de su grosería. En lugar de eso, anunció:

—Tengo hambre.

—Tiene hambre —masculló el hombre—, otra vez.

—Ya solo nos quedan precocinados —dijo la mujer.

—*Xing* —replicó Wang Jun. La mujer se dirigió a la cocina, y la mirada de Wang Jun se concentró en la oscura pátina azul del cubo de datos, sentado en su estante.

—Hace frío —dijo el hombre—. Cierra la ventana.

Wang Jun aspiró el aroma de la comida que la mujer había empezado a freír en la cocina. Le rugía el estómago, pero se acercó a la ventana.

—De acuerdo.

La niebla se adhería a él mientras se aferraba a la superestructura de la ciudad biológica. Sus dedos se hundían en la esponjosa piel laberíntica; el bullicio de Chengdu llegaba hasta sus oídos, pero la bruma le impedía ver nada. Oyó maldiciones y levantó la cabeza. La luz silueteaba a la bella mujer que parecía china pero no lo era y al hombre, asomados a la ventana de su lujoso apartamento de las alturas.

Introdujo un puño a más profundidad en la pared laberíntica y les saludó con la mano libre antes de continuar descendiendo con la confianza y la agilidad del mono de un pordiosero. Miró arriba otra vez para ver al hombre intentando encaramarse fuera de la ventana, y a la mujer arrastrándolo de nuevo al interior.

Descendió. Adentrándose en la niebla, descolgándose hacia la resbaladiza seguridad del lejano asfalto. Se cruzó con los obreros y los biotectos encargados del turno de noche. Todos ellos colgaban en precario equilibrio del costado del montañoso edificio, pero solo él era tan temerario como para gatear por la piel de la criatura sin la protección de un arnés. Observaban sus movimientos con expresión grave, pero nadie hizo ademán de detenerlo. ¿Qué les importaba a ellos que sus dedos perdieran asidero y se precipitara hacia la calzada, a una distancia infinita? Los dejó atrás y siguió descendiendo.

Cuando volvió a levantar la mirada, buscando la ventana en particular por la que había escapado, esta había desaparecido. Perdida en la espesura de la niebla helada. Dedujo que ni el hombre ni la mujer lo seguirían. Que tendrían preocupaciones más acuciantes que buscar a un niño mendigo solitario con un cubo de datos inservible por las calles bañadas por la lluvia de Chengdu. Sonrió para sí. Harían las maletas, regresarían a su país extranjero y dejarían que campara a sus anchas por Chengdu. Los pordioseros siempre salían a flote.

Empezaron a temblarle los brazos a causa de la tensión acumulada mientras proseguía el descenso. La escalada estaba llevándole más tiempo del que jamás hubiera creído posible. Las dimensiones del corazón de la ciudad desafiaban su imaginación. Hundió los dedos en la biomasa esponjosa de la piel de Huojianzhu, en pos de otro asidero. Le dolían las articulaciones de los dedos y le temblaban los brazos. Hacía frío a esa altitud, aunque la brisa nocturna no se moviera. La humedad de la bruma y las paredes esponjosas a las que se aferraba le congelaban los dedos, entumeciéndolos y dificultándole la búsqueda de asideros. Observaba dónde colocaba las manos con una atención agónica, aspirando a la mayor cantidad posible de estabilidad y seguridad con cada uno de sus movimientos.

Por primera vez se preguntó cuánto tardaría en llegar al fondo si se cayera. El descenso era demasiado largo, y el helor implacable no dejaba de enterrarse en sus huesos. La niebla se disipó y pudo ver las luces de Chengdu desplegadas a sus pies. Todas sus esperanzas se desvanecieron al comprobar por fin cuánta distancia lo separaba aún de la ciudad.

Se agarró a otro asidero y, cuando cargó el peso sobre él, la masa esponjosa cedió y de repente se encontró colgando de una sola mano debilitada mientras las luces de Chengdu giraban enloquecidas debajo de él. Manoteó con desesperación en busca de otro asidero. Hundió los pies en la superficie esponjosa y no encontró ninguno. Vio el lugar donde su mano había resbalado y arrancado un pedazo de la pared. De la honda grieta rezumaba gradualmente la sangre lechosa de la bioestructura. Se le aceleró el pulso mientras contemplaba la herida pringosa de Huojianzhu y se imaginaba resbalando y cayendo; despanzurrándose contra el asfalto mientras su sangre, abundante y viscosa, se filtraba en el alcantarillado de la ciudad. Luchó por controlar el pánico que comenzaba a abrumarlo mientras sus brazos temblaban y amenazaban con abandonarlo. Se obligó a mover las extremidades y descender, buscando un respiro, una posibilidad de sobrevivir en la piel coriácea del corazón de la ciudad.

Habló para sus adentros. Se dijo que saldría de ésta. Que no iba a caer y morir en el pavimento de la calle. Él no. *Xiao Wang* no. No. *Xiao Wang* no, de ninguna manera. Ya no era el Pequeño Wang. Wang Jun; el Soldado Wang. Aun deforme y marcado como estaba, el Soldado Wang sobreviviría. Sonrió para sus adentros. Wang Jun sobreviviría. Continuó el descenso con los brazos temblorosos y los dedos entumecidos, escogiendo cada asidero con suma meticulosidad; al cabo, cuando ya empezaba a creer que no podría dar ni un paso más, encontró un boquete en la piel de Huojianzhu y se internó en el refugio de los conductos de la estructura animal.

De pie en suelo firme se giró y contempló el abanico de luces de Chengdu. Dentro de unos pocos años toda la ciudad sucumbiría a la expansión de su corazón. Se preguntó dónde podría refugiarse entonces un niño mendigo. ¿Qué calles permanecerían abiertas para los de su clase? Metió la mano en el bolsillo y tanteó los sólidos cantos del cubo de datos. Lo sacó del bolsillo y admiró su superficie azul, lustrosa y perfecta. Sus impecables bordes geométricos. Tanta consternación por el hombre que vivía dentro. Sopesó el cubo. Pesaba poco. Demasiado poco para albergar la totalidad de una persona. Recordó su breve conversación con el dalái lama, en una habitación en penumbra, bajo el resplandor de los monitores. Apretó el cubo con fuerza y se acercó al borde del conducto. Chengdu se extendía a sus pies.

Amartilló el brazo en actitud de lanzamiento, echándolo hacia atrás para arrojar al dalái lama en su celda de silicio al vacío. Para que trazara una parábola y cayera, cada vez más deprisa, hasta hacerse añicos contra el suelo lejano y encontrar la liberación que le permitiría reanudar el ciclo de su renacimiento. Dejó el brazo amartillado y lo

impulsó hacia delante en una trayectoria de lanzamiento. Cuando el brazo hubo completado su recorrido, el cubo de datos y el dalái lama seguían estando sanos y salvos en la palma de su mano. Lustroso y azul, sin un solo rasguño.

Lo contempló. Acariciándolo, tanteando sus contornos. Volvió a guardárselo en el bolsillo y se descolgó una vez más sobre la piel de Huojianzhu. Sonrió mientras descendía, hundiendo los dedos en la carne viva del edificio. Se preguntó hasta cuándo duraría esta escalada infinita, y si llegaría a la calle entero o reducido a pulpa sanguinolenta. Chengdu parecía estar muy abajo.

El cubo de datos descansaba seguro en su sitio. Si Wang Jun se caía, saltaría en pedazos y el dalái lama se liberaría. ¿Y si sobrevivía? Por ahora se quedaría con él. Más adelante tal vez lo destruyera. Su ocupante estaba dormido, y la larga espera no le supondría ninguna molestia. Además, pensó Wang Jun, de todas las personas influyentes que había en el mundo, ¿quién podía afirmar, como él, que tenía al dalái lama metido en el bolsillo?

LA CHICA AFLAUTADA

La chica aflautada estaba acurrucada en la oscuridad, aferrando el último regalo de Stephen en sus manitas pálidas. Madame Belari estaría buscándola. Los criados estarían registrando el castillo como perros ferales, mirando debajo de las camas, en los armarios, detrás de los botelleros, con todos sus sentidos hambrientos de una vaharada suya. Belari no conocía los escondites de la chica aflautada. Siempre eran los criados los que la encontraban. Belari se limitaba a deambular por los pasillos y a dejar que la servidumbre realizara la búsqueda. Los criados creían que conocían todos sus escondites.

La chica aflautada cambió de posición. Lo incómodo de su postura era un martirio para su frágil esqueleto. Se estiró hasta donde se lo permitía el reducido espacio y se plegó sobre sí misma, compactándose, imaginándose que era un conejo, como los de las jaulas de la cocina de Belari: pequeños y suaves, de ojos cálidos y húmedos, podían sentarse y esperar durante horas. La chica aflautada se armó de paciencia e hizo oídos sordos a las doloridas protestas de su cuerpo contorsionado.

Pronto tendría que dejarse ver, de lo contrario madame Belari se impacientaría y ordenaría llamar a Burson, el encargado de seguridad. A continuación Burson traería sus chacales y estos reanudarían la cacería, rastreando todas las habitaciones, esparciendo aditivos feromonales por el suelo y siguiendo sus huellas de neón hasta su escondite. Tendría que irse antes de que llegara Burson. Madame Belari la castigaba cuando el personal malgastaba el tiempo limpiando feromonas.

La chica aflautada volvió a cambiar de postura. Empezaban a dolerle las piernas. Se preguntó si podrían romperse a causa de la tensión. A veces le sorprendían las cosas que eran capaces de romperla. Un golpecito contra una mesa y terminaba hecha añicos de nuevo, con Belari furiosa con ella por el descuido con que trataba su inversión.

La chica aflautada suspiró. Lo cierto es que ya iba siendo hora de salir de su escondite, pero aun así atesoraba el silencio, los momentos a solas. Su hermana Nia nunca lo había entendido. Stephen, en cambio... él sí. Cuando la chica aflautada le habló de su escondite, pensó que la perdonaba por simpatía. Ahora sabía que el motivo era otro. Stephen guardaba secretos más importantes que la estúpida chica aflautada. Guardaba secretos más importantes de lo que nadie sospechaba siquiera. La chica aflautada hizo girar en sus manos el diminuto bote de cristal que le había dado Stephen, acariciando los tersos contornos, consciente de las gotas ambarinas que contenía. Lo echaba de menos.

Fuera de su escondite resonó el eco de unos pasos. Algo metálico rechinó con estridencia contra la piedra. La chica aflautada miró por una de las rendijas de su improvisada fortaleza. A sus pies, la despensa del castillo era un baturrillo de

comestibles. Mirriam estaba buscándola de nuevo, mirando detrás de las cajas refrigeradas de champán para la fiesta que iba a celebrar Belari esa noche. Siseaban y expulsaban remolinos de niebla mientras Mirriam se afanaba por empujarlas a un lado y asomarse a los oscuros confines del otro lado. La chica aflautada conocía a Mirriam desde que ambas eran niñas en la ciudad. Ahora eran tan distintas como la vida y la muerte.

Mirriam había crecido, abultados los senos, anchas las caderas, complacido y risueño el semblante sonrosado ante su buena suerte. Cuando llegaron a Belari, la chica aflautada y Mirriam medían lo mismo. Ahora Mirriam era una mujer adulta, más de medio metro más alta que la chica aflautada, con curvas de sobra para satisfacer a cualquier hombre. Y era leal. Era la fiel criada de Belari. Sonriente, encantada de servir. Todas eran así cuando llegaron al castillo, procedentes de la ciudad: Mirriam, la chica aflautada y su hermana Nia. Después Belari decidió convertirlas en chicas aflautadas. Mirriam podría crecer, pero las chicas aflautadas serían estrellas.

Mirriam espió un montón de quesos y jamones apilados sin orden ni concierto en un rincón. Caminó a su alrededor con paso furtivo mientras la chica aflautada la observaba y sonreía ante los recelos de la rolliza mujer. Mirriam levantó una gran rueda de queso danés y se asomó al hueco que había dejado atrás.

—¿Lidia? ¿Estás ahí?

La chica aflautada sacudió la cabeza. No, pensó. Pero ibas bien encaminada. Habría estado ahí, hace un año. Podría haber movido los quesos, con esfuerzo. El champán habría sido demasiado, no obstante. Jamás hubiera podido esconderme detrás del champán.

Mirriam se incorporó. El esfuerzo de mover las aparatosas viandas que abastecían a la casa de Belari había impuesto una película de sudor a su rostro, que parecía una manzana reluciente y lustrosa. Se enjugó la frente con una manga.

—Lidia, madame Belari está empezando a enfadarse. Estás siendo una mocosa egoísta. Nia te espera en la sala de prácticas.

Lidia asintió en silencio. Sí, Nia estaría en la sala de prácticas. Era la hermana buena. Lidia, la mala. A la que tenían que buscar. Lidia era el motivo por el que ambas chicas aflautadas recibían sus castigos. Belari había renunciado a disciplinar a Lidia de forma directa. Se conformaba con castigar a las dos hermanas y dejar que el sentimiento de culpa fomentara la obediencia. A veces funcionaba. Pero ahora no. No sin Stephen. Ahora Lidia necesitaba tranquilidad. Un lugar donde nadie la observara. Intimidad. El escondite secreto que le había enseñado a Stephen y que este había examinado con ojos muy sorprendidos y tristes. Stephen tenía los ojos castaños. Cuando la miraba, Lidia pensaba que sus ojos eran casi tan tiernos como los de los conejos de Belari. Sus ojos eran un lugar seguro. Podías caer en aquellos acogedores

ojos marrones sin temor a romperte ningún hueso.

Miriam se sentó pesadamente encima de un saco de patatas y miró a su alrededor con el ceño fruncido, actuando para su público en potencia.

—Estás siendo una mocosa egoísta. Es egoísta y perverso obligarnos a buscarte de esta manera.

La chica aflautada asintió con la cabeza. Sí, soy una egoísta, pensó. Soy una mocosa egoísta, y tú eres una mujer, y sin embargo tenemos la misma edad, y soy más lista que tú. Eres astuta, pero no sabes que los mejores escondrijos son los que están donde nadie mira. Me buscas debajo, detrás y entremedias, pero no miras arriba. Estoy encima de ti y te estoy vigilando, igual que Stephen nos vigilaba a todos.

Miriam torció el gesto y se levantó.

—Da igual. Ya te encontrará Burson. —Se sacudió el polvo de las faldas—. ¿Me oyes? Burson dará contigo. —Salió de la despensa.

Lidia esperó a que Mirriam se alejara. La mortificaba que Mirriam tuviera razón. Burson la encontraría. La encontraba siempre, si Lidia se demoraba en exceso. Los momentos de calma robados solo podían durar unos pocos minutos. Hasta que Belari perdía la paciencia y llamaba a los chacales. Así perdía todos sus escondrijos.

Lidia hizo girar el frasquito de cristal marrón en sus dedos delicados una última vez. Un regalo de despedida, comprendió, ahora que se había ido, ahora que ya no la consolaría cuando los abusos de Belari se volvieran insoportables. Contuvo las lágrimas. No había tiempo para llorar. Burson estaría buscándola.

Introdujo el bote en un resquicio seguro, afianzándolo entre la piedra y la madera toscamente labrada del estante que era su refugio, y movió un tarro de lentejas envasadas al vacío hasta practicar una abertura. Salió contoneándose de detrás de la muralla de legumbres que se alineaban en las baldas más altas de la despensa.

Había tardado semanas en retirar los envases de atrás para hacerse un hueco, pero los tarros constituían un buen escondite. Un lugar en el que a todos se les olvidaba mirar. Tenía una fortaleza de botes repletos de inocentes legumbres aplastadas, y detrás de esa barrera, si era paciente y soportaba la tensión, podía pasarse horas agazapada. Empezó el descenso.

Cuidado, con cuidado, pensó. No querrás romperte ningún hueso. Hay que tener cuidado con los huesos. Colgada de las estanterías, dejó el grueso bote de lentejas rojas de nuevo en su sitio, con delicadeza, y se deslizó por las últimas baldas hasta el suelo de la despensa.

Con los pies descalzos ya en las losas heladas, Lidia estudió su escondite. Sí, todavía tenía buen aspecto. El último regalo de Stephen estaría a salvo allí arriba. Nadie parecía capaz de caber en esos pocos palmos de espacio, ni siquiera una delicada chica aflautada. Nadie sospecharía que podía plegarse perfectamente en un

sitio así. Era liviana como un ratón, y a veces cabía en los lugares más sorprendentes. Eso podía agradecerse a Belari. Giró sobre los talones y salió corriendo de la despensa, decidida a dejar que los criados la encontraran lejos del último escondite que le quedaba.

Cuando Lidia llegó al comedor, albergaba la esperanza de alcanzar las salas de prácticas sin ser descubierta. Puede que no recibiera ningún castigo. Belari era caritativa con aquellos a los que amaba, pero implacable con quienes la decepcionaban. Aunque Lidia era demasiado delicada como para recibir ningún golpe, existían otros correctivos. Lidia se acordó de Stephen. Una pequeña parte de ella se alegraba de que estuviera lejos de las torturas de Belari.

Lidia avanzó de puntillas por el borde del comedor, escudada por los helechos y las orquídeas en flor. Entre la exuberancia de hojas y flores se vislumbraba la larga mesa de ébano, bruñida como un espejo a diario por los criados y perpetuamente preparada con relucientes cubiertos de plata. Estudió la estancia en busca de observadores. Estaba desierta.

La intensa y cálida fragancia de las plantas le recordó el verano, pese a la estación invernal que azotaba las montañas que rodeaban el castillo. Cuando Nia y ella eran más jóvenes, antes de sus respectivas operaciones, acostumbraban a correr por esas montañas, entre los pinos. Lidia se deslizó entre las orquídeas: una de Singapur; otra de Chennai; otra, listada como un tigre, diseñada por Belari. Acarició la delicada flor atigrada, admirando su colorido chillón.

Somos bellas prisioneras, pensó. Igual que tú.

Los helechos se estremecieron. Un hombre arrolló el follaje, abalanzándose sobre ella como un lobo. Sus manos le atenazaron los hombros. Sus dedos se clavaron en la piel pálida, y a Lidia se le cortó la respiración cuando sus nervios pinzados la dejaron paralizada. Se desplomó sobre las losas de pizarra, como una mariposa con las alas plegadas, mientras Burson la inmovilizaba con todo su peso.

Sollozó contra el suelo de piedra, con el corazón martilleando en su pecho ante lo inesperado de la emboscada de Burson. Gimió, temblando bajo su peso, aplastada su cara contra la lisa pizarra gris del castillo. En la piedra junto a ella, una orquídea rosa y blanca yacía decapitada por el asalto de Burson.

Muy despacio, tras asegurarse de su docilidad, Burson le permitió moverse. El inmenso peso se redujo, quitándose de encima de ella como un tanque que acabara de apisonar los restos de una covacha. Lidia se obligó a sentarse. Por último, se levantó, un hada pálida y temblorosa empequeñecida por el monstruo sobrecogedor que era el encargado de seguridad de Belari.

El montañoso cuerpo de Burson era una mole escarpada de músculos y cicatrices, todo riscos de fuerza y furiosas trincheras fruncidas de combate. Mirriam contaba el

rumor de que había sido gladiador en su día, pero era una romántica y Lidia sospechaba que sus cicatrices provenían de los adiestradores, al igual que sus propios castigos provenían de Belari.

Burson le retenía la muñeca, atenazándola en una presa rocosa. A pesar de su fuerza inconmensurable, el gesto no estaba exento de delicadeza. Tras una desastrosa fractura inicial, había aprendido qué cantidad de estrés podía soportar el cuerpo de Lidia antes de romperse.

Lidia forcejó, poniendo a prueba la presa sobre su muñeca, y se resignó a su captura. Burson se arrodilló para situarse a la misma altura que ella. La estudió con unos ojos ribeteados de rojo. Sus iris mejorados, inyectados de aumentos, escanearon el pulso infrarrojo de su piel.

El rostro mutilado de Burson perdió gradualmente el verdor del camuflaje, abandonando los colores de la piedra y el follaje ahora que estaba en terreno descubierto. Allí donde su mano tocaba la de ella, no obstante, su piel palidecía, como si estuviera espolvoreada de harina, hasta igualar la blancura de Lidia.

—¿Dónde te habías metido? —retumbó su voz.

—En ninguna parte.

Los ojos rojos de Burson se entrecerraron, y sus cejas se fruncieron sobre dos hondos pozos inquisitivos. Husmeó el atuendo de Lidia en busca de pistas. Acercó la nariz a su cara, su cabello, le olisqueó las manos.

—Las cocinas —murmuró.

Lidia dio un respingo. Sus ojos rojos la estudiaron minuciosamente en busca de más detalles, atentos a las reacciones involuntarias de su piel, el rubor del descubrimiento que no podía ocultar a su mirada inquisitiva. Burson sonrió. Cazaba con el entusiasmo salvaje y feroz de sus genes de sabueso. Costaba distinguir dónde confluían el chacal, el perro y el humano que componían su persona. Sus placeres eran la caza, la captura y el descuartizamiento.

Burson se enderezó sonriendo. Sacó un brazalete de acero de una bolsita.

—Tengo algo para ti, Lidia. —Colocó la joya en la muñeca de Lidia. Se enroscó en su bracito como una serpiente, hasta cerrarse con un tintineo—. Se acabaron los escondites.

Una descarga recorrió el brazo de Lidia, que gritó, estremeciéndose mientras la electricidad penetraba en su cuerpo. Burson la sostuvo en pie cuando se cortó la corriente. Dijo:

—Estoy harto de correr detrás de las propiedades de Belari.

Sonrió, con los labios apretados, y la empujó hacia la sala de prácticas. Lidia se dejó conducir.

Belari estaba en la sala de demostraciones cuando Burson llevó a Lidia ante ella. A su

alrededor, los criados se afanaban en colocar las mesas, preparar el escenario circular e instalar el alumbrado. Cubrían las paredes unas cortinas de muselina clara veteada de descargas eléctricas, una ondeante funda de aire electrizado que crepitaba y soltaba chispas cada vez que pasaba cerca alguno de los sirvientes.

Belari parecía ajena al rocambolesco mundo que se materializaba a su alrededor mientras impartía instrucciones a su coordinadora de atracciones. Llevaba el equipo de protección corporal de color negro abierto en el cuello, en deferencia al calor producido por la actividad humana. Lanzó una mirada de soslayo a Burson y Lidia antes de volver a prestar toda su atención a la criada, que continuaba garabateando febrilmente en una libreta digital.

—Quiero que todo salga a la perfección esta noche, Tania. Quiero verlo todo en su sitio. Que no falte nada. A la perfección.

—Sí, madame.

Belari sonrió. Su rostro estaba esculpido matemáticamente para resultar bello, estructurado por sesiones de grupo y tradiciones cosméticas que se remontaban a varias generaciones en el pasado. Los cócteles de terapias preventivas, los inhibidores cancerígenos que purgaban las células y la Revitia conservaban la apariencia externa de Belari a los veintiocho, del mismo modo que los tratamientos con la sustancia conservaban a Lidia congelada en los albores de la adolescencia.

—También quiero que alguien se ocupe de Vernon.

—¿Necesitará compañía?

Belari sacudió la cabeza.

—No. Se conformará con acosarme a mí, estoy segura. —Se estremeció—. Qué hombre más asqueroso.

Tania soltó una risita. La mirada glacial de Belari la silenció. Belari examinó la sala de demostraciones.

—Lo quiero todo aquí dentro. La comida, el champán, todo. Quiero que estén apelotonados para que se toquen unos a otros cuando actúen las chicas. Quiero que estén hacinados. Que sea algo muy íntimo.

Tania asintió con la cabeza y apuntó rápidamente algo más en su libreta. Dio unos golpecitos en la pantalla, con autoridad, para enviar las órdenes pertinentes a la servidumbre. Los mensajes resonaron de inmediato en los auriculares de los criados, que se apresuraron a reaccionar a las exigencias de su ama.

—Quiero que corra el prurito —dijo Belari—. Con el champán. Eso les abrirá el apetito.

—Se desatará una orgía como lo haga.

Belari se carcajeó.

—Me parece bien. Quiero que recuerden esta noche. Quiero que recuerden a nuestras chicas aflautadas. Especialmente Vernon. —Su risa se aquietó, remplazada

por una sonrisa desprovista de humor, resquebrajadiza a causa de la emoción contenida—. Se pondrá furioso cuando descubra su existencia. Pero las deseará de todos modos. Y pujará como todos los demás.

Lidia contempló las facciones de Belari. Se preguntó si la mujer sabría con qué claridad proyectaba sus sentimientos hacia el ejecutivo de Pendant Entertainment. Lidia lo había visto una vez, desde detrás de una cortina. Stephen y ella habían visto cómo Vernon Weir tocaba a Belari, y cómo esta reaccionaba con timidez antes de entregarse a sus caricias, recurriendo a las reservas de sus dotes escénicas para representar el papel de mujer seducida.

Vernon Weir había hecho famosa a Belari. Había corrido con los gastos de su cuerpo esculpido y la había convertido en una estrella, del mismo modo que Belari ahora invertía en Lidia y en su hermana. Pero el amo Weir exigía un precio a cambio de su ayuda, como el diablo faustiano que era. Stephen y Lidia habían visto cómo Weir obtenía su placer de Belari, y Stephen le había susurrado que, cuando Weir se marchara, Belari llamaría a Stephen y repetiría la escena, pero con Stephen en el papel de víctima, y él fingiría, como hacía ella ahora, que se entregaba gustoso.

Las cavilaciones de Lidia se interrumpieron. Belari se había girado hacia ella. El feo verdugón que le había producido el ataque de Stephen aún resultaba visible en su garganta, a pesar de los tejecélulas que devoraba como si de golosinas se tratara. Lidia pensó que tener una cicatriz fuera de lugar debía de mortificarla. Era muy celosa de su imagen. Belari pareció reparar en el centro de las miradas de Lidia. Frunció los labios y se cerró el cuello de la armadura, disimulando así el daño. Sus ojos verdes se entrecerraron.

—Te estábamos buscando.

Lidia agachó la cabeza.

—Lo siento, ama.

Con un dedo, Belari acarició la línea del mentón de la chica aflautada, levantándole el rostro inclinado hasta que sus ojos se encontraron.

—Debería castigarte por hacerme perder el tiempo.

—Sí, ama. Lo siento. —La chica aflautada bajó la mirada. Belari no se atrevería a golpearla. Arreglarla le saldría demasiado caro. Se preguntó si Belari usaría electricidad, o aislamiento, o cualquier otro tipo de humillación ingeniosa.

En vez de eso, Belari señaló el brazalete de acero.

—¿Qué es eso?

Burson no se acobardó ante la pregunta. No tenía miedo. Era el único criado que podía preciarse de ello. Siquiera por eso, Lidia lo admiraba.

—Para rastrearla. Y conmocionarla. —Sonrió, complacido—. No causa la menor destrucción física.

Belari sacudió la cabeza.

—Esta noche la necesito sin joyas. Quítaselo.

—Se esconderá.

—No. Quiere ser una estrella. A partir de ahora se portará bien, ¿a que sí, Lidia? Lidia asintió con la cabeza.

Burson se encogió de hombros y le quitó el brazalete, impertérrito. Acercó el inmenso rostro surcado de cicatrices al oído de la muchacha.

—La próxima vez no te escondas en las cocinas. Te encontraré. —Se irguió con una sonrisa de satisfacción. Lidia entornó los párpados mientras miraba a Burson y se dijo que el hecho de que este todavía desconociera su escondite constituía una victoria. Sin embargo, al fijarse mejor en la sonrisa de Burson, se preguntó si no lo habría descubierto ya, si no estaría jugando con ella igual que un gato con un ratón malherido.

—Gracias, Burson —dijo Belari. Tras observar en silencio a la enorme criatura que, pese a su apariencia humana, se movía con la velocidad feral de las bestias, añadió—: ¿Has reforzado la seguridad?

Burson asintió con la cabeza.

—Tu feudo está a salvo. Estamos investigando los historiales del resto del personal en busca de cualquier posible irregularidad.

—¿Habéis encontrado algo?

Burson negó con la cabeza.

—Tus siervos te aman.

El timbre de Belari se tornó afilado.

—Lo mismo pensábamos de Stephen. Y ahora no me quito el equipo de protección corporal ni en mi propio feudo. No puedo permitirme el lujo de dar la impresión de estar perdiendo popularidad. El orgullo que todos compartimos se resentiría.

—He sido meticuloso.

—Si mi prestigio se hunde, Vernon me cargará de implantes de TouchSense. No pienso tolerarlo.

—Entendido. No habrá más fallos.

Belari frunció el ceño en dirección al monstruo que se cernía sobre ella.

—Bien. Bueno, pues adelante. —Indicó a Lidia que se reuniera con ella—. Tu hermana estaba esperándote. —Tomó a la chica aflautada de la mano y la sacó de la sala de demostraciones.

Lidia miró atrás por encima del hombro. Burson se había marchado ya. Mientras los criados se atareaban en adornar las mesas con orquídeas cortadas, Burson había desaparecido camuflándose con las paredes, tal vez, o corriendo para reanudar las labores de seguridad.

Belari tiró de la mano de Lidia.

—Nos has hecho remover cielo y tierra. Empezaba a pensar que tendríamos que regarlo todo con feromonas de nuevo.

—Lo siento.

—No tiene importancia. Por esta vez. —Belari le dedicó una sonrisa—. ¿Estás nerviosa por lo de esta noche?

Lidia sacudió la cabeza.

—No.

—¿No?

Lidia se encogió de hombros.

—¿Comprará nuestro repertorio el amo Weir?

—Si paga lo suficiente.

—¿Lo pagará?

Belari sonrió.

—Creo que sí, lo hará. Eres única. Como yo. A Vernon le gusta coleccionar bellezas exóticas.

—¿Cómo es?

La sonrisa de Belari se tambaleó. Levantó la cabeza, concentrándose en su recorrido a través del castillo.

—Cuando era pequeña, muy joven, mucho más joven que tú, mucho antes de hacerme famosa, frecuentaba un parque infantil. Había un hombre que siempre iba a verme jugar en los columpios. Quería ser mi amigo. No me caía bien, pero estar cerca de él me nublabla el sentido. Todo lo que decía me parecía perfectamente cabal. Olía a rayos, pero no lograba separarme de él. —Belari sacudió la cabeza—. La madre de alguien terminó ahuyentándolo de allí. —Miró a Lidia—. Usaba una colonia química, ¿lo entiendes?

—¿De contrabando?

—Sí. De Asia. Ilegal aquí. Vernon es así. Te pone el vello de punta, pero te atrae hacia él.

—Te toca.

La mirada de Belari adquirió un poso de tristeza.

—Le gusta la experiencia de vieja arpía que contiene este cuerpo lozano. Pero no se le puede acusar de discriminar. Toca a todo el mundo. —Sonrió ligeramente—. Aunque puede que a ti no. Eres demasiado valiosa para eso.

—Demasiado delicada.

—No pongas esa cara de amargada. Eres única. Vamos a convertirte en una estrella. —Belari miró con avidez a su protegida—. Tu reputación crecerá, y serás una estrella.

Desde su ventana, Lidia vio cómo empezaban a llegar los invitados de Belari. Los

aerocoches llegaban furtivamente, con escoltas de seguridad, deslizándose a baja altura sobre las copas de los pinos, con las luces de vuelo verdes y rojas parpadeando en la oscuridad.

Nia se situó detrás de Lidia.

—Ya están aquí.

—Sí.

Un grueso manto de nieve recubría los árboles, como nata pesada. Los intermitentes barridos azules de los focos de búsqueda iluminaban la nieve y las oscuras siluetas del bosque; las patrullas de esquiadores de Burson esperaban divisar las delatoras exhalaciones rojas de los intrusos agazapados entre las sombras de los pinos. Sus luces se deslizaron por la antigua mole del telesilla que ascendía desde la ciudad. Estaba oxidado, silencioso salvo cuando el viento bamboleaba los asientos y mecía los cables. Las sillas vacías se columpiaban aletargadas en el vacío helado, víctimas a su vez de la influencia de Belari. Belari detestaba la competencia. Ahora ella era la única benefactora de la ciudad que rutilaba en las profundidades del valle a lo lejos.

—Deberías vestirte —dijo Nia.

Lidia se giró para estudiar a su gemela. Unos ojos negros como la brea la observaban tras unos párpados feéricos. Tenía la piel pálida, despojada de pigmentación, y su delgadez acentuaba la delicadeza de su estructura ósea. Al menos podía decir que eso era real, ambas podían decirlo: los huesos eran de ellas. Era lo que había atraído a Belari en primer lugar, cuando solo contaban once años de edad. Lo bastante maduras como para que Belari se las arrebatara a sus padres.

La mirada de Lidia regresó al paisaje. Encajonadas en la angosta fisura del valle montañoso resplandecían las luces ambarinas de la ciudad.

—¿La echas de menos?

Nia se acercó un poco más.

—¿Que si echo de menos el qué?

Lidia inclinó la cabeza en dirección a la gema rutilante.

—La ciudad.

Sus padres eran sopladores de vidrio, practicantes de las antiguas artes abandonadas con la llegada de la eficiente manufacturación, que insuflaban vida con su aliento en objetos delicados mientras la arena se licuaba bajo su supervisión. Se habían trasladado al feudo de Belari en busca de mecenazgo, como todos los artesanos de la ciudad: los alfareros, los herreros, los pintores. A veces los nobles de Belari se fijaban en un artista y la influencia de este aumentaba. Niels Kinkaid había amasado su fortuna gracias a gozar del favor de Belari, trabajando el hierro según sus instrucciones, equipando su fortaleza con enormes rejas forjadas a mano y sus jardines con discretas sorpresas esculturales: zorros y niños que espiaban entre los

altramuces y los acónitos en verano, y entre los grandes pliegues de nieve en invierno. Ahora su fama era tal que le permitía dirigir su propio repertorio.

Los padres de Lidia habían acudido en busca de mecenazgo, pero la calculadora mirada de Belari no se había fijado en sus manualidades. Seleccionó, en cambio, el accidente biológico de sus hijas gemelas: delicadas y rubias, con ojos azules como el aciano que observaban el mundo sin pestañear mientras absorbían las maravillas montañosas del feudo. Su negocio florecía ahora merced al donativo de las pequeñas.

Nia zarandeo a Lidia con suavidad, serio su semblante espectral.

—Date prisa y vístete. No debes llegar tarde.

Lidia dio la espalda a los ojos negros de su hermana. Quedaba muy poco de sus rasgos originales. Belari las vio crecer en el castillo durante dos años antes de que llegaran las pastillas. Los tratamientos con Revitia a los trece congelaron sus rasgos en la matriz de la juventud. Después vinieron los ojos, obtenidos de otra pareja de gemelas en algún lejano país extranjero. Lidia a veces se preguntaba si habría ahora en la India dos niñas de piel atezada que contemplaban el mundo con intensos ojos azules, o si recorrerían las calles de barro de su aldea guiadas tan solo por el sonido de los ecos en las paredes de estiércol de vaca y el roce de sus bastones en la tierra ante ellas.

Lidia estudió la noche que se extendía más allá de las ventanas con sus ojos negros robados. Los aerocoches continuaban descargando invitados en las zonas de aterrizaje antes de extender sus alas de seda y dejar que los vientos de la montaña los transportara lejos de allí.

Hubo más tratamientos: los fármacos antipigmentación les disolvieron el color de la piel, dejándolas pálidas como máscaras de *kabuki*, sombras etéreas de su antiguo yo bronceado por el sol de las montañas, y después comenzaron las operaciones. Recordó cómo despertaba tras cada cirugía sucesiva, tullida, incapaz de moverse durante semanas a pesar de las cánulas repletas de tejecélulas y fluidos nutrientes que el médico inyectaba en su cimbreño armazón. El mismo médico que le sostenía la mano después de las operaciones, le enjugaba el sudor de la frente pálida y susurraba: «Pobrecita. Pobre, pobrecita». Después aparecía Belari, sonreía al ver los progresos y declaraba que Lidia y Nia pronto serían estrellas.

Las ráfagas de viento arrancaban la nieve de los pinos y la propulsaban arremolinándose en grandes nubes como tornados que envolvían a la aristocracia recién llegada. Los invitados se apresuraban a escapar de la nevasca mientras las luces de búsqueda azules de las patrullas de esquiadores de Burson taladraban los bosques. Con un suspiro, Lidia se apartó de la ventana para vestirse, obedeciendo así finalmente a las esperanzas de su nerviosa hermana.

Stephen y Lidia salieron juntos de picnic aprovechando que Belari se había ausentado

del feudo. Abandonaron el gigantesco constructo gris del castillo de Belari y cruzaron con cuidado los prados montañosos, con Stephen siempre ayudándola, guiando sus frágiles pasos por los campos de margaritas, aguileñas y altramuces hasta que se asomaron a los escarpados riscos de granito con la ciudad a sus pies. A su alrededor, las cumbres esculpidas por los glaciares ceñían el valle como gigantes acucillados en consejo, adornados sus rostros por la nieve incluso en verano, como barbas de sabios. Almorzaron al filo del precipicio, y Stephen le contó historias del mundo tal y como era antes de los feudos, antes de que la Revitia volviera inmortales a las estrellas.

Le explicó que el país había sido democrático. Que hubo un tiempo en que el pueblo votaba para elegir a sus señores. Que gozaban de libertad para viajar de un feudo a otro como mejor les placiera. Todo el mundo, decía, no solo las estrellas. Lidia sabía que en las costas había lugares donde ocurría esto. Había oído hablar de ellos. Pero le costaba creerlo. Era hija de un feudo.

—Es verdad —dijo Stephen—. En las costas, el pueblo elige a su líder. Únicamente aquí, en las montañas, es de otra forma. —Le sonrió. Sus cálidos ojos castaños se arrugaron levemente en señal de buen humor, indicando que ya se había dado cuenta del escepticismo que se reflejaba en las facciones de la muchacha.

Lidia se rió.

—Pero ¿quién pagaría por todo? Sin Belari, ¿quién subvencionaría la reparación de las carreteras y construiría las escuelas? —Cogió un aster e hizo girar la flor entre los dedos, admirando los corimbos púrpura que se difuminaban alrededor de su eje amarillo.

—La gente.

Lidia se volvió a reír.

—Nadie podría permitirse algo así. Apenas les alcanza para comer. Además, ¿cómo sabrían lo que tienen que hacer? Sin Belari, nadie sería capaz de decir qué cosas necesitan reparaciones, o mejoras. —Tiró la flor lejos de sí, con la intención de lanzarla al vacío. En vez de eso, el viento la atrapó y la dejó junto a ella.

Stephen recogió la flor y la arrojó con facilidad por el borde del risco.

—Es cierto. No hace falta que sean ricos, solo deben trabajar juntos. ¿Te crees que Belari lo sabe todo? Tiene consejeros a su servicio. Cualquiera podría hacerlo tan bien como ella.

Lidia sacudió la cabeza.

—¿Incluso alguien como Mirriam? ¿Gobernaría ella un feudo? Es un disparate. Nadie la respetaría.

Stephen frunció el ceño.

—Es verdad —insistió, obstinado, y puesto que a Lidia le gustaba y no quería que se molestara, convino que podría ser cierto; pero en el fondo pensaba que Stephen era un soñador. Eso lo volvía adorable, aunque no entendiera cómo funcionaba realmente

el mundo—. ¿Te gusta Belari? —preguntó Stephen de improviso.

—¿A qué te refieres?

—¿Te gusta?

Lidia le dedicó una mirada de perplejidad. Stephen la estudiaba intensamente con sus ojos castaños. Lidia se encogió de hombros.

—Es buena señora. Nadie pasa hambre ni penalidades. No como en el feudo del amo Weir.

Stephen compuso una mueca de repugnancia.

—El feudo de Weir no tiene igual. Es un bárbaro. Ordenó empalar a uno de sus criados. —Hizo una pausa—. Pero así y todo, fíjate en lo que te ha hecho Belari.

Lidia frunció el ceño.

—¿Qué me ha hecho?

—No eres natural. Mira tus ojos, tu piel y... —dijo mientras apartaba la mirada y bajaba la voz— tus huesos. Mira lo que ha hecho con tus huesos.

—¿Qué tienen de malo mis huesos?

—¡Que casi no puedes ni caminar! —exclamó de pronto Stephen—. ¡Deberías ser capaz de hacerlo!

Lidia miró a su alrededor, nerviosa. Stephen estaba siendo crítico. Alguien podría estar escuchando. Se encontraban a solas, en apariencia, pero siempre había alguien en los alrededores: agentes de seguridad en las laderas, alguien que estuviera estirando las piernas. Burson podría andar cerca, mimetizado con el paisaje, un hombre de piedra oculto entre las rocas. A Stephen le costaba aceptar a Burson.

—Puedo caminar —susurró con ferocidad.

—¿Cuántas veces te has roto una pierna, o un brazo, o una costilla?

—Hace un año que no me rompo nada. —Se enorgullecía de ello. Había aprendido a tener cuidado.

Stephen soltó una carcajada de incredulidad.

—¿Sabes cuántos huesos me he roto yo en mi vida? —No esperó a escuchar la respuesta—. Ninguno. Ni un solo hueso. Nunca. ¿Recuerdas cómo era salir a pasear sin temor a tropezar con algo o a chocar con alguien? Eres de cristal.

Lidia meneó la cabeza y apartó la mirada.

—Me convertiré en una estrella. Belari va a lanzarnos a los mercados.

—Pero no puedes caminar —dijo Stephen. A Lidia la sacaba de quicio la compasión que anidaba en sus ojos.

—Sí que puedo. Y no se hable más.

—Pero...

—¡No! —Lidia sacudió la cabeza—. ¿Quién eres tú para saber lo que puedo hacer? ¡Mira lo que hace Belari contigo, y sigues siendo leal! Puede que a mí me hayan hecho alguna operación, pero por lo menos no soy un juguete.

Fue la única vez que Stephen se enfureció. Por un momento, la rabia que le deformaba los rasgos hizo pensar a Lidia que se disponía a agredirla y romperle todos los huesos. Una parte de su ser esperaba que lo hiciera, que diera rienda suelta a la espantosa frustración que se interponía entre ellos, dos criados acusándose mutuamente de ser unos esclavos.

En vez de eso, Stephen se dominó y dio por terminada la discusión. Se disculpó, la tomó de la mano y contemplaron la puesta de sol en silencio, pero ya era demasiado tarde y su momento de calma había quedado arruinado. La mente de Lidia había regresado a la época anterior a las operaciones, cuando corría sin preocupación, y aunque jamás lo admitiría delante de Stephen, era como si este le hubiera arrancado una costra y revelado la herida, dolorosa y amarga, que latía debajo.

La sala de demostraciones retumbaba de expectación, repleta de personas colocadas de prurito y ebrias de champán. La muselina de las paredes relampagueaba mientras los invitados de Belari, cubiertos de sedas brillantes y destellos de oro, recorrían la estancia en coloridas nubes de celebración, arracimándose para conversar antes de volver a separarse, riendo, y reanudar las rondas de cortesía.

Lidia se deslizaba discretamente entre los invitados; su piel pálida y su camisón diáfano ponían una nota de simplicidad en la maraña de colores chillones y riquezas. Algunos de los huéspedes observaban con curiosidad a esa chica tan extraña que merodeaba por sus placeres. No tardaban en olvidarse de ella. Solo era otra de las criaturas de Belari, de aspecto intrigante, quizá, pero intrascendente. Su atención regresaba siempre a las más importantes pautas de cotilleos y asociaciones que se arremolinaban a su alrededor. Lidia sonrió. Pronto, pensó, me reconoceréis. Apoyó la espalda en una pared, junto a una mesa cubierta de montañas de emparedados, delicias de carne y bandejas de fresas rollizas.

Lidia paseó la mirada por la multitud. Allí estaba su hermana, en la otra punta de la sala, vestida con un camisón igualmente diáfano. Belari, rodeada de figuras mediáticas y señores feudales, llevaba puesto un vestido verde que hacía juego con sus ojos; aun sin la armadura de la que tanto le costaba separarse de un tiempo a esta parte, sonreía con aparente despreocupación.

Vernon Weir se colocó detrás de Belari, acariciándole el hombro. Lidia vio cómo Belari se estremecía y se crispaba al contacto con Weir. Se preguntó cómo era posible que él no se diera cuenta. Quizá fuese una de esas personas que disfrutaba con la repulsión que infligía. Belari le sonrió, controladas de nuevo sus emociones.

Lidia cogió una bandejita de fiambres de la mesa. La carne, rociada con concentrado de frambuesa, estaba dulce. A Belari le gustaban las cosas dulces, como las fresas que estaba compartiendo ahora con el ejecutivo de Pendant Entertainment al final de la mesa. La adicción a los dulces era otro de los efectos secundarios del

prurito.

Belari reparó en Lidia y condujo a Vernon Weir hacia ella.

—¿Te gusta la carne? —preguntó con una sonrisita.

Lidia asintió con la cabeza y terminó cuidadosamente.

La sonrisa de Belari se ensanchó.

—No me extraña. Tienes buen gusto para los ingredientes. —El prurito le sonrosaba las mejillas. Lidia se alegró de que estuvieran en público. Cuando Belari consumía demasiado prurito, sus apetitos la poseían y su conducta se volvía errática. En una ocasión, Belari había aplastado un puñado de fresas contra su piel, tiñendo su palidez con el rubor de los jugos, y a continuación, enardecida por la cara erotizante de la sobredosis, había obligado a Lidia a pegar la lengua a la piel empapada de zumo de Nia y viceversa mientras las observaba, complacida con la perversa actuación.

Belari seleccionó una fresa y se la ofreció a Lidia.

—Ten. Prueba una, pero no te manches. Quiero que estés perfecta. —Sus ojos relucían de emoción. Lidia desterró aquel recuerdo de su memoria y aceptó la fruta.

Vernon estudió a Lidia.

—¿Es tuya?

Belari esbozó una sonrisa cargada de afecto.

—Una de mis chicas aflautadas.

Vernon se arrodilló y observó a Lidia con más atención.

—Qué ojos más extraordinarios tienes.

Lidia agachó tímidamente la cabeza.

—Encargué que se los remplazaran —dijo Belari.

—¿Remplazar? —Vernon la miró de reojo—. ¿No alterar?

Belari sonrió.

—Ambos sabemos que nada tan hermoso podría ser artificial. —Estiró un brazo para acariciar el cabello rubio de Lidia, sonriendo de satisfacción ante su creación—. Cuando llegó aquí, tenía los ojos azules más bonitos que he visto. Del color de las flores que se encuentran aquí en las montañas en verano. —Sacudió la cabeza—. Hubo que remplazarlos. Tenía unos ojos preciosos, pero no eran lo que buscaba.

Vernon se irguió de nuevo.

—Es espectacular. Pero no tan bella como tú.

Belari le dedicó una sonrisa cargada de cinismo.

—¿Por eso quieres cargarme de TouchSense?

Vernon se encogió de hombros.

—Es un mercado nuevo, Belari. Con tu capacidad de respuesta, podrías ser una estrella.

—Ya lo soy.

Vernon sonrió.

—Pero la Revitia es cara.

—Siempre terminamos volviendo sobre lo mismo, ¿verdad, Vernon?

La mirada de Vernon se endureció.

—No quiero enemistarme contigo, Belari. Te has portado de maravilla con nosotros. Hasta el último céntimo invertido en tu reconstrucción ha valido la pena. No he visto nunca una actriz mejor. Pero estamos hablando de Pendant, al fin y al cabo. Podrías haber comprado tu repertorio hace mucho si no estuvieras tan apegada a la inmortalidad. —Observó con frialdad a Belari—. Si quieres ser inmortal, aceptarás los implantes de TouchSense. Ya estamos cosechando una acogida espectacular en el mercado. Es el futuro del ocio.

—Soy una actriz, no una marioneta. No me hace gracia que se metan en mi piel.

Vernon se encogió de hombros.

—Todos pagamos un precio por nuestra fama. Debemos seguir a los mercados allí adonde vayan. Ninguno de nosotros es realmente libre. —Lanzó una mirada cargada de intención a Belari—. Y menos si aspiramos a vivir para siempre.

Belari esbozó una sonrisa taimada.

—Tal vez. —Asintió con la cabeza en dirección a Lidia—. Date prisa. Ya casi es la hora. —Se volvió hacia Vernon—. Me gustaría que vieras una cosa.

Stephen le dio el frasquito la víspera de su muerte. Lidia preguntó de qué se trataba, unas cuantas gotas ambarinas en un bote no más grande que su meñique. Sonrió con alegría al recibir el regalo, pero Stephen se mantuvo serio.

—Es la libertad —dijo.

Lidia meneó la cabeza, sin entender a qué se refería.

—Si la decisión es tuya, controlarás tu vida. No tienes por qué ser la mascota de Belari.

—No soy su mascota.

Stephen sacudió la cabeza.

—Si alguna vez buscas una escapatoria —explicó a la vez que levantaba el frasquito—, está aquí. —Le dio el bote diminuto y le cerró los dedos pálidos a su alrededor. Estaba soplado a mano. Por un momento, Lidia se preguntó si habría salido del taller de sus padres—. Aquí somos insignificantes. Solo las personas como Belari ostentan el control. En otros lugares, en otras partes del mundo, es distinto. Las personas modestas también cuentan. Pero aquí —dijo sonriendo con melancolía— lo único que tenemos son nuestras vidas.

La comprensión cayó sobre ella como un mazazo. Intentó apartarse de él, pero Stephen la retuvo con firmeza.

—No estoy diciendo que lo quieras ahora, pero algún día quizá lo hagas. Quizá decidas que ya no quieres seguir cooperando con Belari. Da igual con cuántos regalos

te cubra. —Le apretó la mano con delicadeza—. Es rápido. Casi indoloro. —Sus ojos castaños la observaban con la misma calidez y ternura de siempre.

Era un regalo con amor, por desencaminado que estuviera, y como sabía que le haría feliz, Lidia asintió con la cabeza y accedió a quedarse con el frasquito y guardarlo en su escondrijo, por si acaso. No podía saber que Stephen ya había elegido cómo iba a morir, que se disponía a atentarse contra Belari con un cuchillo, casi con éxito.

Nadie se dio cuenta cuando las chicas aflautadas ocuparon sus puestos en la plataforma central. Eran simples rarezas, ángeles pálidos, entrelazados. Lidia pegó los labios a la garganta de su hermana, sintiendo su pulso acelerado bajo la piel blanca, blanquísima. Palpitaba contra su lengua mientras buscaba la diminuta perforación en el cuerpo de su hermana. Sintió el roce húmedo de la lengua de Nia en su cuello, acurrucándose contra su piel como un ratoncito en busca de calor.

Lidia se preparó, aguardando la atención de los espectadores, paciente y concentrada en la actuación. Sintió la respiración de Nia, cómo se expandían sus pulmones en la frágil jaula de su pecho. Lidia tomó aire a su vez. Comenzaron a tocar, primero las notas de Lidia, brotando de las llaves desobstruidas de su carne, y después sonaron también las notas de Nia. El sonido abierto, los hechizantes momentos de respiración, escapaban a presión de sus cuerpos.

La melancólica melodía se apagó. Lidia movió la cabeza y aspiró, imitando a Nia mientras apretaba los labios contra la piel de su hermana. Esta vez, Lidia le besó la mano. La boca de Nia buscó la delicada oquedad de su clavícula. De sus cuerpos emanó una música luctuosa, tan hueca como ellas. Nia insufló aire en su hermana, y la exhalación de sus pulmones regresó al exterior tras cruzar los huesos de Lidia, teñida de emoción, como si el soplo cálido de su hermana cobrara vida dentro de su cuerpo.

Alrededor de las muchachas, los invitados enmudecieron. El silencio se propagó como las ondas de un plácido estanque en el que acabara de caer una piedra, extendiéndose desde su epicentro para lamer los confines más lejanos de la estancia. Todas las miradas se posaron en la pálida pareja del escenario. Lidia podía sentir sus ojos hambrientos, anhelantes, las miradas casi físicas que pesaban sobre ella. Deslizó las manos bajo el camión de su hermana, sujetándola con fuerza. Las manos de Lidia se posaron en sus caderas, obstruyendo las llaves de su cuerpo estriado. Ante este nuevo abrazo, un suspiro de avidez brotó de la multitud, el susurro de sus apetitos hecho música.

Las manos de Lidia encontraron las llaves de su hermana, su lengua volvió a posarse en la garganta de Nia. Sus dedos recorrieron las protuberancias del espinazo de Nia, descubriendo el clarinete de su interior, acariciando las llaves. Introdujo el

cálido aliento de su ser en su hermana mientras sentía cómo Nia expiraba dentro de ella. El sonido de Nia era oscuro y melancólico; los tonos de Lidia, más alegres, más agudos, resonaban en contrapunto, desarrollando lentamente una historia de contactos prohibidos.

Continuaron abrazándose. La música de sus cuerpos se intensificó, las notas se entrelazaban seductoras a medida que sus manos acariciaban el cuerpo de la otra, produciendo una compleja pleamar de sonidos. De improviso, Nia tiró del camión de Lidia y los dedos de esta arrancaron la prenda de su hermana. Se irguieron expuestas, pálidas criaturas feéricas de música. A su alrededor, los invitados contuvieron el aliento cuando las notas brotaron más diáfanas ahora, sin estar amortiguadas por la mordaza de la tela. Los injertos musicales de las muchachas resplandecían: perforaciones de cobalto en sus espaldas, brillantes registros y llaves de bronce y marfil que recorrían sus armazones estriados y contenían un centenar de instrumentos posibles en la estructura de sus cuerpos.

La boca de Nia se deslizó por el brazo de Lidia. Las notas brotaron resplandecientes como gemas de agua. De los poros de Nia fluían lamentos de deseo y pecado. Sus abrazos se tornaron más frenéticos, una coreografía de pasión. Los espectadores se agolparon ante la tarima, incitados por el espectáculo de juventud desnuda y música entrelazada.

A su alrededor, Lidia percibía vagamente las miradas atentas y las mejillas enardecidas. El prurito y la actuación estaban surtiendo efecto en los invitados. Podía sentir cómo subía la temperatura en la sala. Nia y ella se hundieron lentamente en el suelo, sus abrazos se volvieron más eróticos e intrincados, la tensión sexual de su conflicto musical aumentaba con cada nuevo contoneo. Los años de adiestramiento confluían en este momento, en este telar de carne en armonía construido con esmero.

Lo que hacemos es pornografía, pensó Lidia. Pornografía para que Belari se enriquezca. Detectó un atisbo del reluciente placer de su benefactora, con Vernon Weir sin habla a su lado. Sí, pensó, míranos, amo Weir, fíjate en el espectáculo pornográfico que podemos representar; había llegado el turno de tocar a su hermana, y su lengua y sus manos acariciaron las llaves de Nia.

Era una danza de seducción y aquiescencia. Conocían otros bailes, solos y duetos, algunos castos, otros obscenos, pero para su debut Belari había elegido éste. La energía de su música se incrementó, violenta, climática, hasta que por fin Nia y ella cayeron rendidas al suelo, agotadas, empapadas de sudor, gemelas desnudas entrelazadas en lascivia musical. La música de sus cuerpos enmudeció.

A su alrededor, no se movía nadie. Lidia saboreó la sal de la piel de su hermana mientras mantenían la pose. La atenuación de las luces indicó que el espectáculo había llegado a su fin.

Los aplausos estallaron a su alrededor. Las luces se intensificaron. Nia se

incorporó. Una sonrisa de satisfacción aleteaba en sus labios cuando ayudó a Lidia a ponerse de pie. ¿Lo ves?, parecían decir los ojos de Nia. Nos convertiremos en estrellas. Lidia se descubrió sonriendo con su hermana. Pese a la pérdida de Stephen, pese a los abusos de Belari, sonreía. La adoración del público la cubría como una balsámica oleada de placer.

Saludaron a Belari con una reverencia, tal y como habían ensayado, rindiendo pleitesía ante todo a su benefactora, la diosa madre que las había creado. Belari respondió al gesto con una sonrisa, pese a estar calculado, y se unió a las ovaciones de los invitados. Los aplausos del público volvieron a arreciar ante el despliegue de buenas maneras de las muchachas. Nia y Lidia se inclinaron de nuevo en las esquinas de la tarima, recogieron los camisones y abandonaron el escenario, guiadas por la amenazadora presencia de Burson hasta su mecenas.

El aplauso se prolongó mientras cruzaban la distancia que las separaba de Belari. Por fin, a un gesto de Belari, las ovaciones dieron paso a un respetuoso silencio. Belari sonrió a los espectadores congregados, rodeó los hombros cimbreños de las muchachas con los brazos y anunció:

—Damas y caballeros, nuestras chicas aflautadas. —Todos prorrumpieron en aplausos una vez más, una última explosión de adulación antes de que los huéspedes comenzaran a hablar entre ellos, abanicándose, sofocados por el rubor que les habían inspirado las muchachas.

Belari atrajo hacia sí a las chicas aflautadas y les susurró al oído:

—Lo habéis hecho bien. —Las abrazó con cuidado.

La mirada de Vernon Weir rodó por los cuerpos expuestos de Lidia y Nia.

—Te has superado, Belari —dijo.

Belari respondió al cumplido inclinando ligeramente la cabeza. Su presa sobre el hombro de Lidia se tornó posesiva. La voz de Belari no traicionó su tensión. La mantuvo afable, cómodamente satisfecha con su postura, pero sus dedos se clavaban en la piel de Lidia.

—Son las mejores.

—Qué trabajo tan extraordinario.

—Es caro cuando se rompen un hueso. Son tremendamente frágiles. —Belari sonrió afectuosamente a las muchachas—. Apenas si recuerdan cómo es caminar sin preocupación.

—Las cosas más bellas siempre son frágiles. —Vernon acarició la mejilla de Lidia. La muchacha se obligó a no dar un respingo—. Crearlas tuvo que ser complicado.

Belari asintió con la cabeza.

—Son muy intrincadas. —Deslizó un dedo por las perforaciones del brazo de Nia—. Cada nota se ve afectada, no solo por la colocación de los dedos sobre las llaves,

sino también por la presión que ejercen la una sobre la otra, o el suelo; si el brazo está doblado o estirado. Paralizamos sus niveles de hormonas para que dejaran de crecer y empezamos a diseñar sus instrumentos. Tocar y bailar les exige una destreza tremenda.

—¿Cuándo comenzaste a adiestrarlas?

—Hace cinco años. Siete, contando las operaciones que iniciaron todo el proceso. Vernon sacudió la cabeza.

—Y no habíamos oído hablar de ellas.

—Las habríais arruinado. Yo voy a convertirlas en estrellas.

—Nosotros te convertimos a ti en una estrella.

—Y también me destruiréis, si flaqueo.

—Entonces ¿piensas lanzarlas a los mercados?

Belari le sonrió.

—Por supuesto. Me quedaré con una participación mayoritaria, pero venderé el resto.

—Te harás rica.

Belari sonrió.

—Mejor aún, seré independiente.

Vernon hizo un exagerado mohín de desilusión.

—Supongo que esto significa que nos podemos ir olvidando de los implantes de TouchSense.

—Supongo que sí.

La tensión entre ambos era palpable. Vernon, calculador, buscando algún resquicio mientras Belari se enfrentaba a él sin aflojar la presa sobre sus posesiones. Vernon entornó los párpados.

Como si pudiera leerle el pensamiento, Belari dijo:

—Las he asegurado.

Vernon sacudió la cabeza, apenado.

—Belari, esto me supone un perjuicio. —Suspiró—. Supongo que debería felicitarte. Con tantos súbditos leales, con tantas riquezas, has llegado mucho más lejos de lo que hubiera creído posible cuando nos conocimos.

—Mis súbditos son leales porque los trato bien. Servirme les hace felices.

—¿Estaría de acuerdo tu Stephen? —Vernon hizo un ademán en dirección a los fiambres que ocupaban el centro de la mesa de refrigerios, bañados en zumo de frambuesa y acompañados con brillantes hojas verdes de menta.

Belari esbozó una sonrisa.

—Sí, ya lo creo, incluso él. ¿Sabes que cuando Michael y Renee se disponían a cocinarlo, me miró y dijo: «Gracias»? —Se encogió de hombros—. Intentó matarme, pero aun así lo poseía el incontenible impulso de complacerme. Al final, me confesó

que estaba arrepentido, y que los mejores años de su vida habían sido aquellos a mi servicio. —Se enjugó una lágrima inexistente—. No entiendo cómo podía quererme tanto y desear verme muerta a pesar de todo. —Apartó la mirada de Vernon para observar al resto de invitados—. Sin embargo, por eso se me ocurrió que debería servirlo en vez de limitarme a empalarlo como advertencia. Nos amábamos, aunque fuera un traidor.

Vernon encogió los hombros en un ademán comprensivo.

—Muchas personas desconfían de la estructura feudal. Cuando intentas explicarles que resulta mucho más segura que cualquier otra de las anteriores, continúan protestando, y a veces —dijo mirando significativamente de soslayo a Belari— ni siquiera se conforman con eso.

Belari se encogió de hombros.

—Bueno, mis vasallos no protestan. O no lo hacían, al menos, antes de Stephen. Me quieren.

Vernon sonrió.

—Igual que todos nosotros. En cualquier caso, servirlo helado de esta manera... —Levantó una bandeja de la mesa—. Tu gusto es impecable.

Las facciones de Lidia fueron petrificándose a medida que seguía la conversación. Observó el despliegue de fiambres, cortados en lonchas muy finas, y después a Vernon mientras este se llevaba el tenedor a la boca. Se le revolvió el estómago. Únicamente su adiestramiento le permitió permanecer inmutable. Vernon y Belari continuaron hablando, pero Lidia solo podía pensar en que había consumido a su amigo, el único que siempre había sido amable con ella.

Un reguero de rabia se deslizó por su interior, inundando de rebelión su cuerpo poroso. Deseaba abalanzarse sobre su engreída benefactora, pero su furia era impotente. Era demasiado débil para dañar a Belari. Sus huesos eran demasiado frágiles, demasiado delicado su físico. Belari era fuerte en todos los aspectos, al contrario que ella. Mientras Lidia temblaba de frustración, la voz de Stephen susurraba reconfortantes consejos dentro de su cabeza. Podía derrotar a Belari. La idea hizo que su piel pálida se sonrojara de placer.

Como si presintiera algo extraño, Belari bajó la mirada hacia ella.

—Lidia, vete y vuelve cuando te hayas vestido. Quiero que tu hermana y tú conozcáis a alguien antes de presentaros en público.

Lidia se dirigió a hurtadillas a su escondite. El frasquito debía de seguir allí, si Burson no lo había encontrado. Se le aceleró el pulso al contemplar esa posibilidad: que el bote no estuviera en su sitio, que el monstruo hubiera destruido el regalo de despedida de Stephen. Se deslizó por los túneles de servicio, tenuemente iluminados, hasta la cocina, estremeciéndose de ansiedad a cada paso.

La cocina era un hervidero de actividad repleto de criados que se afanaban por preparar nuevas bandejas para los huéspedes. El estómago de Lidia dio un vuelco. Se preguntó si habría más bandejas repletas de restos de Stephen. Los fogones llameaban y los hornos rugían mientras Lidia avanzaba en medio de la confusión, una espectral criatura abandonada que se pegaba a las paredes. Nadie le prestó atención. Estaban demasiado ocupados esforzándose por Belari, cumpliendo su voluntad sin pensar, sin remordimientos de conciencia: esclavos, en el verdadero sentido de la palabra. La obediencia era lo único que le importaba a Belari.

Lidia esbozó una sonrisa torva para sus adentros. Si la obediencia era lo que Belari más valoraba, estaría encantada de presentarle la mayor de las traiciones. Se desplomaría en el suelo rodeada de los invitados de su ama, destruyendo así el momento de perfección de Belari, avergonzándola y aniquilando sus sueños de independencia.

Reinaba el silencio en la despensa cuando Lidia traspuso furtivamente la arcada. Todos estaban ocupados sirviendo, corriendo como perros para alimentar a la prole de Belari. Lidia se adentró en el laberinto de estanterías, entre los barriles de aceite y los sacos de cebollas, dejando atrás los grandes congeladores en cuyas ronroneantes entrañas de acero se acumulaban costillares de ternera completos. Llegó a las estanterías del fondo de la despensa, altas y amplias, y ascendió entre los botes de melocotones, tomates y aceitunas hasta alcanzar las legumbres. Apartó un tarro de lentejas envasadas al vacío y tanteó el interior del hueco.

Por un momento, mientras su mano recorría el angosto escondrijo, pensó que el frasquito había desaparecido, pero entonces sus dedos se cerraron sobre la diminuta ampolla de vidrio soplado.

Bajó con cuidado de no romperse ningún hueso, riéndose de sí misma mientras lo hacía, pensando que ahora poco importaba, y se apresuró a desandar el camino por la cocina, entre los obedientes criados atareados, antes de descender de nuevo a los túneles de servicio, decidida a autodestruirse.

Mientras corría por los túneles en penumbra, sonrió, alegrándose de no tener que volver a merodear por lóbregos pasadizos lejos de la vista de la aristocracia. La libertad estaba en sus manos. Por primera vez en años era dueña de su destino.

Burson surgió de las sombras en ese momento, con la piel negra recuperando su tinte habitual mientras se materializaba. La atrapó y la inmovilizó sin miramientos. El cuerpo de Lidia se estremeció con la brutalidad del asalto. Sus jadeos se unieron al crujido de sus articulaciones. Burson le apresó las muñecas con un solo puño descomunal. Utilizó la otra mano para levantarle la barbilla y someter sus ojos negros al interrogatorio de sus orbes ribeteados de rojo.

—¿Adónde vas?

Su tamaño podía hacer que lo tomaras por estúpido, pensó Lidia. Su voz

retumbante y pausada. Su penetrante mirada animal. Pero era más observador que Belari. Lidia tembló y se maldijo por imprudente. Burson la estudió con las ventanas de la nariz dilatadas por el aroma del miedo. Sus ojos repararon en el rubor que cubría la piel de la muchacha.

—¿Adónde vas? —repitió, con un dejo de advertencia en la voz.

—Me disponía a regresar a la fiesta —susurró Lidia.

—¿Dónde te habías metido?

Lidia intentó encogerse de hombros.

—En ninguna parte. Estaba cambiándome.

—Nia ha vuelto ya. Llegas tarde. Belari estaba preocupada por ti.

Lidia optó por guardar silencio. No había nada que pudiera decir para aplacar las sospechas de Burson. La aterraba la posibilidad de que le forzara los dedos crispados y descubriera el frasquito de cristal. Los criados aseguraban que era imposible engañar a Burson. Lo averiguaba todo.

Burson la observó en silencio, esperando a que se delatara ella sola. Al cabo, dijo:

—Has ido a tu escondrijo. —La olisqueó—. Pero no en la cocina. La despensa. —Su sonrisa dejó al descubierto unos recios dientes afilados—. Arriba.

Lidia contuvo el aliento. Burson era incapaz de olvidarse de un problema hasta que no lo había resuelto. Lo llevaba en los genes. Recorrió su piel con los ojos.

—Estás nerviosa. —Aspiró—. Sudando. Asustada.

Lidia sacudió con terquedad la cabeza. El diminuto frasquito que sujetaba en la mano estaba resbaladizo, temía que se le cayera, o que cualquier movimiento en falso pudiera llamar la atención sobre él. La tremenda fuerza de Burson la atrajo hasta que quedaron nariz con nariz. Su puño le apretó las muñecas hasta que Lidia pensó que iba a astillárselas. La miró a los ojos.

—Muy asustada.

—No. —Lidia volvió a sacudir la cabeza.

Burson se carcajeó, un sonido cargado de desprecio y conmiseración.

—Debe de ser aterrador saber que te puedes romper en cualquier momento. —Su presa de piedra se aflojó. La sangre regresó en tropel a las muñecas de la muchacha—. Quédate con tu escondrijo. Tu secreto está a salvo conmigo.

Por un momento, Lidia no estuvo segura de entender a qué se refería. Se quedó plantada ante el gigantesco encargado de seguridad, paralizada todavía, hasta que Burson agitó la mano con irritación y regresó a las sombras, con su piel oscureciéndose mientras desaparecía.

—Largo.

Lidia se alejó trastabillando; sus piernas temblorosas amenazaban con dejar de sostenerla. Se obligó a seguir caminando, imaginándose los ojos de Burson clavados como hierros al rojo en su pálida espalda. Se preguntó si continuaría observándola o

si habría perdido ya el interés por la inofensiva y cimbreña chica aflautada, el animal de Belari, la egoísta sabandija que se escondía en los armarios y obligaba a la servidumbre a remover cielo y tierra para encontrarla.

Sacudió la cabeza, asombrada. Burson no había visto nada. Burson, a pesar de todos sus aumentos, estaba ciego, tan acostumbrado a inspirar terror que ya no era capaz de distinguir el miedo de la culpa.

Un nuevo grupo de admiradores se arremolinaba en torno a Belari, personas que sabían que pronto sería independiente. Una vez las chicas aflautadas salieran al mercado, Belari sería casi tan poderosa como Vernon Weir, valiosa no solo por sus propias dotes artísticas, sino también por su establo de talentos. Lidia se dispuso a reunirse con ella, con el frasquito de liberación oculto en el puño.

Nia se encontraba junto a Belari, hablando con Claire Paranovis, de SK Net. Asentía educadamente ante todo lo que la mujer le contaba, actuando tal y como Belari les había enseñado: siempre corteses, nunca ariscas, siempre encantadas de conversar, sin nada que ocultar y con historias que contar. Así había que comportarse con los medios de comunicación. Mientras los mantuvieras saciados, jamás mirarían más adentro. Nia parecía sentirse cómoda en su papel.

Por un momento, Lidia sintió una punzada de pesar por lo que se disponía a hacer; después llegó junto a Belari, que sonrió y la presentó a las personas que la rodeaban con fanática afectuosidad. Mgumi Story. Kim Song Lee. Maria Blyst. Takashi Gandhi. Nombres y más nombres, la fraternidad global de las élites mediáticas.

Lidia sonrió e hizo una reverencia mientras Belari desviaba las manos extendidas que pretendían felicitarla, protegiendo su delicada inversión. Lidia se comportaba tal y como dictaba su adiestramiento, pero en su mano el frasquito reposaba cubierto de sudor, una gema diminuta de poder y destino. Stephen tenía razón. Los pequeños solo controlaban su propia extinción, a veces ni siquiera eso. Lidia vio cómo los invitados degustaban las lonchas de Stephen, ensalzando su dulzura. A veces, ni siquiera eso.

Dio la espalda a la multitud de admiradores y cogió una fresa de las pirámides de frutas de la mesa de los refrigerios. Tras mojarla en nata y rebozarla en azúcar, paladeó la mezcla de sabores. Seleccionó otra fresa, roja y tierna entre sus dedos como patas de araña, un dulce medio para una merecida aunque amarga liberación.

Con el pulgar, desprendió el diminuto corcho del bote y salpicó la succulenta fresa de rocío ambarino. Se preguntó si le dolería, o si sería rápido. Daba igual, pronto sería libre. Gritaría, caería al suelo y los invitados darían un paso atrás, consternados por la pérdida de Belari. Ésta sufriría una humillación y, lo más importante, perdería el valor de las gemelas aflautadas. Volvería a ser presa de las lascivas manos de Vernon Weir.

Lidia contempló la fresa envenenada. Dulce, pensó. La muerte debería ser dulce. Vio cómo Belari la observaba, sonriendo afectuosamente, alegrándose sin duda de encontrar a otra persona tan adicta a los dulces como ella. Lidia sonrió para sus adentros, complacida por el hecho de que Belari fuera a ser testigo del momento de su rebelión. Se llevó la fresa a los labios.

De improvviso, un arrebato de inspiración le susurró algo al oído.

Al filo de la muerte, Lidia se interrumpió, se giró y le ofreció la fresa a su benefactora.

Le rindió la fresa en actitud de pleitesía, con la humildad propia de una criatura poseída por completo. Incluyó la cabeza mientras sostenía la fresa en la palma de su mano pálida, recurriendo a todo su talento, representando el papel de la sierva leal desesperada por agradar. Contuvo el aliento, ajena al mundo que la rodeaba. Todos los invitados y las conversaciones habían desaparecido. Todo era silencio.

Ante ella solo quedaban Belari, la fresa y un instante congelado repleto de deliciosas posibilidades.

SERES DE ARENA Y ESCORIA

—¡Movimiento hostil! ¡Dentro del perímetro! ¡Muy adentro!

Me quité las gafas de Respuesta Sumersiva mientras la adrenalina bombeaba en mi interior. El paisaje urbano virtual que había estado a punto de arrasarse desapareció, remplazado por las múltiples vistas de las operaciones de explotación minera de SesCo que ofrecía nuestra sala de observación. En una de las pantallas, el rastro rojo fosforescente de un intruso se deslizaba por un mapa del terreno, un punto de calor intermitente parecido a una gota de sangre que se escurría hacia el Pozo 8.

Jaak había salido ya de la sala de observación. Me apresuré a recoger mi equipo.

Alcancé a Jaak en la sala de equipamiento, mientras cogía un TS-101 y unas cuantas granadas de dardos antes de embutir su cuerpo tatuado en el exoesqueleto de impacto. Se cargó unas bandoleras de baterías portátiles a los hombros inmensos y corrió en dirección a las escotillas del exterior. Me coloqué el exoesqueleto, cogí mi 101 de la armería, comprobé que estuviera cargado y lo seguí.

Lisa había llegado ya al vehículo híbrido, cuyas turbohélices aullaron como *banshees* cuando se dilató la compuerta. Los centauros centinelas me apuntaron con sus 101 antes de volver a relajarse cuando la información de amigo-enemigo se derramó sobre las pantallas de sus visores. Crucé el asfalto a toda velocidad, con la piel azotada por las glaciales ráfagas de viento de Montana y las corrientes a presión de los motores Hentasa Mark V. Sobre mi cabeza, las nubes refulgían anaranjadas por la luz de los robots mineros de SesCo.

—¡Rápido, Chen! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Me zambullí en el cazador. La nave se elevó por los aires. Se ladeó, arrojándome contra un mamparo, antes de que el ciclo de los Hentosas se completara y el cazador saliera disparado hacia delante. La compuerta deslizante del híbrido se cerró. Los bramidos del viento enmudecieron.

Avancé con esfuerzo hasta la cabina de pilotaje y miré por encima de los hombros de Jaak y Lisa para escudriñar el paisaje que se extendía ante nosotros.

—¿Te ha ido bien la partida? —preguntó Lisa.

Fruncí el ceño.

—Estaba a punto de ganar. Llegué hasta París.

Surcamos los bancos de bruma que cubrían las cuencas hidrográficas, sobrevolándolas a meros palmos del agua, y tocamos la orilla lejana. El cazador se encabritó cuando el software anticolidión nos apartó del terreno, cada vez más abrupto. Lisa anuló la orden de las computadoras y obligó a la nave a apuntar de nuevo hacia el suelo, llevándonos tan abajo que podría haber sacado los brazos y rastrillado el pedregal con los dedos mientras nos deslizábamos sobre él envueltos en el alarido de las turbinas.

Se dispararon las alarmas, ensordecedoras. Jaak las desconectó mientras Lisa continuaba guiando el cazador hacia abajo. Frente a nosotros se alzaba una cresta de relaves. Ascendimos por la ladera como una exhalación y nos precipitamos vertiginosamente hacia el fondo del siguiente valle. Los Hentosas se estremecieron cuando Lisa los llevó al límite de la amortiguación para la que estaban diseñados. Coronamos y rebasamos otra cresta. Al frente, el escarpado montón de recortes que formaban las montañas horadadas se extendía hasta el horizonte. Caímos de nuevo, zambulléndonos en la niebla, y sobrevolamos a baja altura otra cuenca hidrográfica, en cuyas espesas aguas doradas dibujamos una estela encrespada.

Jaak estudió los escáneres del cazador.

—Ya lo tengo. —Sonrió de oreja a oreja—. Se mueve, pero despacio.

—Estableceremos contacto dentro de un minuto —anunció Lisa—. No ha lanzado ninguna contramedida.

Observé al intruso en los monitores de rastreo donde se desplegaba la información en tiempo real que nos proporcionaban los satélites de SesCo.

—Ni siquiera es un blanco enmascarado. Podríamos haberle lanzado una mini desde la base si hubiéramos sabido que no pensaba jugar al escondite.

—Podrías haber terminado la partida —dijo Lisa.

—Todavía estamos a tiempo de atomizarlo —sugirió Jaak.

Sacudí la cabeza.

—No, echemos un vistazo antes. Si lo vaporizamos nos quedaremos con las manos vacías, y Bunbaum querrá saber para qué hemos sacado el cazador.

—Treinta segundos.

—Le daría igual si alguien no se hubiera llevado el cazador de paseo a Cancún.

Lisa se encogió de hombros.

—Me apetecía nadar. Era eso o volaros las rótulas.

El cazador encaró otra serie de crestas.

Jaak observó el monitor.

—El objetivo se aleja. Sigue yendo despacio. Le daremos alcance.

—Quince segundos para saltar —anunció Lisa. Se desabrochó las correas y activó el software del cazador. Todos corrimos a la escotilla mientras el híbrido se espoleaba por sí solo hacia el cielo, desesperado su piloto automático por alejarse del flagrante peligro de las rocas que amenazaban con desgarrarle el vientre.

Saltamos de la escotilla a la de uno, dos, tres, arrojándonos al vacío como Ícaro. Golpeamos el suelo a cientos de kilómetros por hora. Los exoesqueletos se hicieron añicos como si fueran de cristal, arrojando fragmentos a las alturas. Los pedazos cayeron revoloteando a nuestro alrededor, negros pétalos metálicos diseñados para absorber el radar y los detectores de calor del enemigo mientras rodábamos hasta detenernos, vulnerables, en medio del talud enfangado.

El cazador rebasó la cresta envuelto en los alaridos de los Hentosas, un blanco llameante. Me incorporé arrastrándome y corrí en dirección a la cresta, apisonando con los pies fangales de relaves amarillos y parches de nieve ictérica. A mi espalda, Jaak había caído con los brazos destrozados. Las hojas de su exoesqueleto marcaban la dirección en la que había rodado, un largo rastro de reluciente metal negro. Lisa yacía postrada a cien metros de distancia, con el fémur sobresaliendo de su muslo como un brillante signo de exclamación blanco.

Llegué a lo alto de la cresta y escudriñé el valle.

Nada.

Activé el aumento del casco. A mis pies se extendían, monótonos, más taludes pedregosos. Los peñascos, algunos tan grandes como nuestro vehículo híbrido, algunos partidos y fragmentados por explosivos de gran potencia, compartían las laderas con los inestables esquistos amarillos y la fina grava de los desechos de las operaciones de SesCo.

Jaak se situó a mi lado, seguido instantes después de Lisa, con la pernera de su traje de piloto desgarrada y empapada de sangre. Se enjugó la arcilla ocre que le cubría el rostro y se la comió mientras estudiaba el valle que se abría a nuestros pies.

—¿Algo?

Sacudí la cabeza.

—Todavía nada. ¿Estás bien?

—Era una fractura limpia.

Jaak apuntó con un dedo.

—¡Allí!

En el fondo del valle corría algo, hostigado por el cazador. Avanzaba por la orilla de un arroyo poco profundo, viscoso a causa del ácido de los relaves. La nave lo conducía hacia nosotros. Nada. Ni fuego de misiles. Ni escoria. Tan solo la criatura huidiza. Una masa de pelo enredado. Cuadrúpeda. Cubierta de barro.

—¿Será algún tipo de bioproducto? —pregunté.

—No tiene manos —murmuró Lisa.

—Ni equipo.

—¿Qué clase de sádico hijo de puta diseñaría un bioproducto sin manos? —musitó Jaak.

Escudriñé el cerco de crestas que nos rodeaba.

—¿Un señuelo, tal vez?

Jaak consultó la información de su escáner, enviada por los instrumentos más agresivos del cazador.

—Lo dudo. ¿Podemos elevar el cazador un poco más? Quiero ver los alrededores.

A una orden de Lisa, el cazador ascendió, posibilitando así que sus sensores realizaran una búsqueda más exhaustiva. El aullido de sus turbohélices amainó

conforme ganaba altitud.

Jaak esperó mientras la información añadida salpicaba la pantalla de su visor.

—Pues no, nada. Y en las estaciones del perímetro tampoco ha saltado ninguna alarma. Estamos solos.

Lisa sacudió la cabeza.

—Tendríamos que haberle lanzado una mini desde la base.

Abajo, en el valle, la carrera desbocada del bioproducto se redujo a un simple trote. Parecía ajeno a nuestra presencia. Ya más de cerca, pudimos distinguir su forma: un cuadrúpedo desgredado, con cola. De sus patas colgaban guedejas enmarañadas como ornamentos, tachonadas de pegotes de barro. Tenía las extremidades teñidas por los ácidos de las cuencas hidrográficas, como si hubiera estado vadeando arroyos de orines.

—Qué bioproducto más feo —dije.

Lisa se apoyó la culata del 101 en el hombro.

—Biofundido cuando acabe con él.

—¡Espera! —exclamó Jaak—. ¡No lo fundas!

Lisa lo miró de reojo, irritada.

—¿Y ahora qué pasa?

—Eso no es ningún bioproducto —susurró Jaak—. Es un perro.

Se levantó de repente y se lanzó a la pendiente de un salto, corriendo pedregal abajo en dirección al animal.

—¡Espera! —lo llamó Lisa, pero Jaak ya se había expuesto por completo, convertido en una mancha borrosa al alcanzar su velocidad punta.

El animal echó un vistazo a Jaak, que vociferaba y gesticulaba mientras descendía como un alud atronador, se dio la vuelta y empezó a correr. No era rival para Jaak, que adelantó al animal medio minuto después.

Lisa y yo cruzamos las miradas.

—En fin —dijo—, si se trata de un bioproducto es espantosamente lento. He visto centauros que caminan más deprisa.

Cuando llegamos a la altura del animal y Jaak, este lo había acorralado en un barranco en penumbra. El animal se encontraba en el centro de un reguero de aguas viscosas, temblando, gruñendo y enseñándonos los dientes mientras lo cercábamos. Intentó huir rodeándonos, pero Jaak lo volvió a arrinconar sin esfuerzo.

De cerca, el animal ofrecía un aspecto aún más patético que de lejos, unos treinta kilos de gruñidos sarnosos. Tenía las patas llenas de cortes, ensangrentadas, y había zonas donde el pelaje había desaparecido, arrancado por completo, revelando las quemaduras químicas infectadas de debajo.

—No me fastidies —susurré observando fijamente al animal—. Pero si parece un perro de verdad.

Jaak sonrió.

—Es como encontrar un puñetero dinosaurio.

—¿Cómo puede sobrevivir aquí fuera? —Lisa trazó un arco con el brazo, abarcando el horizonte—. No hay nada de lo que alimentarse. Deben de haberlo modificado. —Tras estudiarlo con atención, miró a Jaak de reojo—. ¿Seguro que no se acerca nada al perímetro? ¿Que no se trata de algún tipo de señuelo?

Jaak sacudió la cabeza.

—Nada. Ni un parpadeo.

Me incliné hacia la criatura. Dejó los dientes al descubierto en un rictus cargado de odio.

—Está bastante maltrecho. A lo mejor es de verdad.

—Sí, ya lo creo —dijo Jaak—, y tanto que es de verdad. Una vez vi uno en un zoo. Hacedme caso, se trata de un perro.

Lisa meneó la cabeza.

—Imposible. Si fuera un perro de verdad, ya estaría muerto.

Jaak se limitó a sonreír y sacudió la cabeza.

—Qué va. Fijaos. —Alargó una mano y apartó el pelo de la cara del animal para que todos pudieran verle el hocico.

El perro se abalanzó sobre él y le clavó los dientes en el brazo. Lo zarandéó violentamente, gruñendo mientras Jaak observaba sin pestañear a la criatura adherida a su carne. El animal sacudió la cabeza adelante y atrás, intentando arrancarle el brazo. Alrededor de su morro brotaron surtidores de sangre cuando los colmillos encontraron las arterias de Jaak.

Jaak se rió. Las hemorragias cesaron.

—Será cabrón. ¿Habéis visto eso? —Levantó el brazo hasta que el animal colgó completamente fuera del arroyo, chorreando—. Ya tengo mascota.

El perro se mecía, sujeto al grueso tronco del brazo de Jaak. Intentó zarandárselo otra vez, pero sus movimientos no surtieron ningún efecto ahora que colgaba lejos del suelo. Incluso Lisa sonrió.

—Tiene que ser un palo despertar y descubrir que has llegado al final de tu curva evolutiva.

El perro gruñó, decidido a no soltar a su presa.

Jaak se rió y desenfundó el cuchillo monomolecular.

—Ahí tienes, perrito. —Se cercenó el brazo, dejándolo entre las fauces del desconcertado animal.

Lisa ladeó la cabeza.

—¿Crees que podríamos sacar algo de dinero con esto?

Jaak vio cómo el perro devoraba su brazo amputado.

—Leí en alguna parte que antes se comían a los perros. Me pregunto a qué sabe.

Consulté la hora en la pantalla del visor. Ya habíamos quemado una hora con un ejercicio que no iba a reportarnos ninguna bonificación.

—Coge a tu perro, Jaak, y mételo en el cazador. No nos lo vamos a comer antes de llamar a Bunbaum.

—Lo más probable es que lo reclame como propiedad de la empresa —refunfuñó Jaak.

—Ya, la misma historia de siempre. Pero tenemos que dar parte de todas formas. No nos cuesta nada presentar las pruebas, ya que no las hemos desintegrado.

Comimos arena para cenar. Fuera del búnker de seguridad, los robots mineros deambulaban con estruendo de un lado a otro, horadando la tierra, transformándola en una papilla de relaves y ácido rocoso que dejaban en estanques expuestos cuando llegaban a la capa freática, o amontonada en cordilleras de residuos minerales de varios cientos de metros de altura. Era reconfortante oír cómo aquellas máquinas retumbaban yendo de un lado para otro a todas horas. Los robots, las ganancias y tú, y si no te pillaba ningún bombardeo de guardia, siempre había una suculenta bonificación aguardándote.

Después de cenar nos sentamos y afilamos la piel de Lisa, implantando cuchillas a lo largo de sus brazos y piernas para que fuese como una navaja desde todos los ángulos. Se había planteado la posibilidad de acoplarse hojas monomoleculares, pero era demasiado fácil amputarse un miembro por accidente, y ya perdíamos suficientes partes del cuerpo sin necesidad de contribuir a aumentar las mutilaciones personalmente. Ese tipo de basura era para la gente que no tenía que trabajar: los estetas de la ciudad de Nueva York y California.

Lisa tenía un kit de DermDecora para la operación. Lo había comprado la última vez que disfrutamos de unas vacaciones, sin escatimar en gastos, en lugar de adquirir cualquiera de las imitaciones baratas que se habían puesto tan de moda. Empezamos a perforar su piel hasta el hueso y montamos las cuchillas. Teníamos un amigo en Los Ángeles que contaba que solía celebrar fiestas de DermDecora tan solo para que todo el mundo pudiera hacerse las modificaciones que quisiera y ayudar en los confines más inaccesibles.

Lisa era la autora de mi espinazo fosforescente, un espectacular entramado de luces de aterrizaje verde lima que se extendía desde mi coxis hasta la base de mi cráneo, de modo que no tenía inconveniente en echarle una mano, pero a Jaak, que se practicaba todas las modificaciones en una antigua tienda de tatuajes y escarificaciones de Hawái, no le hacía tanta gracia. El proceso resultaba un poco frustrante porque su carne no dejaba de intentar cerrarse antes de que nos diera tiempo a encajar las cuchillas, pero al final le pillamos el tranquillo y, una hora más tarde, Lisa empezó a tener buen aspecto.

Cuando terminamos con los injertos delanteros de Lisa, nos sentamos a su alrededor y la alimentamos. Tenía un tazón de fango de relaves que empecé a desmigajar en su boca para acelerar el proceso de integración. Cuando no estábamos dándole de comer, nos dedicábamos a observar al perro. Jaak lo había metido en una jaula improvisada en una esquina de la sala de juntas. Yacía allí dentro como si estuviera muerto.

—He comprobado su ADN —dijo Lisa—. Es un perro de verdad.

—¿Bunbaum te ha creído?

Me fulminó con la mirada.

—¿Tú qué crees?

Me reí. En SesCo, se esperaba de los agentes de defensa estratégica que fueran rápidos, flexibles y letales, pero a la hora de la verdad nuestro procedimiento operativo estándar siempre era el mismo: eliminar a los intrusos con bombas atómicas, fundir los restos hasta reducirlos a un montón de escoria para que no pudieran regenerarse, largarse de vacaciones a la playa. Gozábamos de independencia y confianza por lo que a las decisiones tácticas respectaba, pero ni locos se iban a creer los de SesCo que sus soldados de escoria hubieran encontrado un perro en sus montañas de relaves.

Lisa asintió con la cabeza.

—Quería saber cómo diablos había podido sobrevivir un perro ahí fuera. Después quería saber por qué no lo habíamos capturado antes. También quería saber para qué nos paga. —Se apartó un mechón corto de cabello rubio de la cara y miró al animal de reojo—. Deberíamos haberlo fundido.

—¿Qué quiere que hagamos?

—El manual no dice nada. Volverá a llamar.

Estudié al animal renqueante.

—Yo también quiero saber cómo ha sobrevivido. Los perros son carnívoros, ¿no?

—Puede que alguno de los ingenieros estuviera proporcionándole carne. Como hizo Jaak.

El aludido sacudió la cabeza.

—Lo dudo. El muy mamón vomitó mi brazo casi inmediatamente después de tragárselo. —Agitó el muñón, que ya había empezado a regenerarse rápidamente—. No creo que seamos compatibles con él.

—Pero nosotros sí podríamos comérselo, ¿no?

Lisa se rió y engulló una cucharada de relaves.

—Podríamos comer cualquier cosa. Estamos en lo alto de la cadena alimenticia.

—Qué raro que no pueda comernos.

—Probablemente tu sangre contenga más plomo y mercurio de los que pudiera soportar ningún animal anterior a la tecnocriba.

—¿Eso es malo?

—Antes se consideraba veneno.

—Qué raro.

—Me parece que se rompió una pata cuando lo metí en la jaula —dijo Jaak. Estudió al animal con gesto serio—. Ya no se mueve como antes. Y oí un crujido cuando lo lancé ahí dentro.

—¿Y qué?

Jaak se encogió de hombros.

—No tiene pinta de estar curándose.

Lo cierto es que el perro no tenía buen aspecto. Se limitaba a yacer tendido en el suelo, con los costados subiendo y bajando como un fuelle. Aunque tenía los ojos entreabiertos, no daba muestras de estar fijándose en ninguno de nosotros. Ante un movimiento brusco de Jaak, se estremeció por un segundo, pero no se levantó. Ni siquiera gruñó.

—No sabía que un animal pudiera ser tan frágil —dijo Jaak.

—Tú también lo eres. Menuda sorpresa.

—Ya, pero solo le he roto un par de huesos, y míralo ahora. No hace más que quedarse ahí tumbado, jadeando.

Lisa frunció el ceño, pensativa.

—No se cura. —Con esfuerzo, se puso de pie y fue a asomarse a la jaula. Con un timbre de emoción, añadió—: Es un perro de verdad. Como éramos antes nosotros. Podría tardar semanas en recuperarse. Un hueso roto, y se acabó.

Introdujo una mano cubierta de cuchillas en la jaula y practicó un fino corte en una de las patas del animal. La sangre empezó a manar, y continuó manando. Tardó varios minutos en comenzar a coagularse. El perro jadeaba, tumbado, visiblemente acabado.

Lisa se rió.

—Me cuesta creer que sobrevivieramos el tiempo suficiente para evolucionar a partir de algo así. Si le amputamos las patas, no volverán a crecer. —Ladeó la cabeza, fascinada—. Es frágil como una roca. Si se rompe, nunca se recompondrá otra vez. —Alargó un brazo para acariciar el pelo apelmazado del animal—. Es tan fácil de matar como el cazador.

Sonó el intercomunicador. Jaak fue a atender la llamada.

Lisa y yo nos quedamos mirando fijamente al perro, nuestra ventana particular a la prehistoria.

Jaak volvió a entrar en el cuarto.

—Bunbaum ha mandado un biólogo para que lo examine.

—Querrás decir un bioingeniero —lo corregí.

—Pues no. Un biólogo. Según Bunbaum, se dedican a estudiar animales.

Lisa se sentó. Comprobé que no se le hubiera soltado ninguna cuchilla.

—Hablando de carreras sin futuro.

—Supongo que los fabrican a partir de ADN. Estudian lo que hacen. Su conducta y chorradas por el estilo.

—¿Quién los contrata?

Jaak se encogió de hombros.

—La Fundación Pau tiene a tres de ellos en nómina. De los que investigan el origen de la vida. De ahí sale el que viene hacia aquí. Mushi-no sé qué más. No me he quedado con el nombre.

—¿El origen de la vida?

—Sí, ya sabes, lo que nos mueve. Lo que nos hace estar vivos. Cosas así.

Desmigüé un puñado de fango de relaves en la boca de Lisa. Lo engulló con satisfacción.

—Lo que nos mueve es el barro —dije.

Jaak inclinó la cabeza en dirección al perro.

—A él no.

Todos miramos al perro.

—Es difícil saber qué lo mueve.

Lin Musharraf era un tipo bajito, con el pelo moreno y el rostro dominado por una nariz aguileña. Se había labrado la piel con remolinos de implantes fosforescentes, espirales de cobalto que brillaban en la oscuridad cuando bajó de un salto del híbrido fletado por la empresa.

Los centauros enloquecieron ante la llegada del visitante sin autorización, al que acorralaron contra la nave. Se abalanzaron sobre él y su kit de ADN, olisqueándolo, barriendo su maletín con los escáneres, apuntando los 101 contra su cara resplandeciente y gruñendo.

Dejé que se pasara un minuto temblando antes de llamar a los centauros. Retrocedieron entre maldiciones, dando vueltas a su alrededor, pero no lo fundieron. Musharraf parecía sobrecogido. No lo culpaba. Eran unos monstruos aterradores: más grandes y rápidos que cualquier persona. Sus parches de conducta los vuelven despiadados, sus mejoras sensoriales les confieren la inteligencia necesaria para manejar equipos militares, y su respuesta básica de lucha o huida es tan limitada que solo saben atacar si se sienten amenazados. He visto cómo un centauro medio derretido descuartizaba a un hombre con las manos desnudas antes de sumarse al asalto contra las fortificaciones montañosas del enemigo, impulsando todo su cuerpo fundido con la sola ayuda de sus brazos. Cuando la escoria se dispara, resulta muy útil tener a estos bichos guardándote las espaldas.

Saqué a Musharraf de la melé. Un equipo completo de ampliaciones de memoria

destellaba intermitentemente en su nuca: un grueso manojito de sensores canalizados directamente al cerebro, sin carcasa de protección. Los centauros podrían haberlo desconectado con un simple pescozón. Aunque su córtex se regenerara, jamás volvería a ser el mismo. Bastaba con ver aquel parpadeante triplete de aletas cognitivas que le envolvían la nuca para saber que era la típica rata de laboratorio. Todo cerebro, cero instinto de supervivencia. Ni siquiera a cambio de tres bonificaciones dejaría yo que me metieran ampliaciones de memoria en la cabeza.

—¿Tenéis un perro? —preguntó Musharraf cuando nos hubimos alejado a una distancia segura de los centauros.

—Eso creemos. —Lo conduje hasta el búnker, pasando por las armerías y las salas de pesas hasta la sala de juntas en la que habíamos encerrado al perro. El animal levantó la cabeza cuando llegamos, el mayor movimiento que había hecho desde que Jaak lo guardó en la jaula.

Musharraf se detuvo en seco y se lo quedó mirando fijamente.

—Asombroso.

Se arrodilló ante la jaula del animal y abrió la puerta. Extendió una mano llena de bolitas. El perro se irguió con esfuerzo. Musharraf retrocedió, haciéndole sitio, y el perro lo siguió con movimientos rígidos, cauteloso, husmeando las golosinas. Enterró el hocico en la mano morena, resoplando, y empezó a engullir las bolitas.

Musharraf levantó la cabeza.

—¿Y lo encontrasteis en los pozos de relaves?

—Correcto.

—Asombroso.

El perro se acabó las bolitas y olisqueó la mano en busca de más. Musharraf se rió y se puso de pie.

—Ya no hay más. Ahora no. —Abrió el kit de ADN, sacó una jeringuilla de muestras y pinchó al perro. El tubo de la jeringuilla comenzó a llenarse de sangre.

Lisa, que lo observaba con atención, preguntó:

—¿Hablas con él?

Musharraf se encogió de hombros.

—Es una costumbre.

—Pero si no es inteligente.

—Bueno, no, pero le gusta oír voces. —El tubo terminó de llenarse. Musharraf retiró la aguja, desacopló el cilindro repleto y lo introdujo en el kit. El software de análisis cobró vida con un parpadeo y la sangre desapareció en el corazón del equipo con un suave siseo hermético.

—¿Cómo lo sabes?

Musharraf volvió a encogerse de hombros.

—Es un perro. Los perros son así.

Todos fruncimos el ceño. Musharraf empezó a analizar la sangre, tarareando desafinadamente mientras trabajaba. El kit de ADN pitaba y chirriaba. Lisa se quedó mirando cómo realizaba los análisis, sin disimular el cabreo que le producía que SesCo hubiera enviado una rata de laboratorio a repetir las pruebas que ya había hecho ella. Su irritación era comprensible. Hasta un centauro podría haber realizado aquellos análisis de ADN.

—Es asombroso que encontrarais un perro en los pozos —musitó Musharraf.

—Queríamos fundirlo —dijo Lisa—, pero Bunbaum nos lo impidió.

Musharraf la observó de reojo.

—Qué considerados.

Lisa se encogió de hombros.

—Órdenes.

—Aun así, seguro que tu arma de descargas térmicas presentaba una tentación irresistible. Muy amable por tu parte el no fundir a un bicho famélico.

Lisa arrugó el entrecejo con suspicacia. Empezó a preocuparme la posibilidad de que descuartizara a Musharraf. Ya estaba lo bastante loca sin necesidad de que nadie le tomara el pelo. Las ampliaciones de memoria que llevaba el biólogo en la nuca constituían un blanco tremendamente tentador: un manotazo y adiós, rata de laboratorio. Me pregunté si alguien notaría su ausencia si lo tirábamos a una de las cuencas hidrográficas. Un biólogo, por los clavos de Cristo.

Musharraf volvió a concentrarse en el kit de ADN, aparentemente ajeno al peligro que corría.

—¿Sabíais que, en el pasado, la gente creía que deberíamos mostrar compasión con todas las cosas que hay en la Tierra? No solo por nosotros mismos, sino por todos los seres vivos.

—¿Y qué?

—Que espero que hoy seáis compasivos con este humilde científico y no me hagáis pedazos.

Lisa se rió. Me relajé. Alentado, Musharraf continuó:

—Es verdaderamente asombroso que encontrarais semejante espécimen en las excavaciones. Hace diez o quince años que no tenía noticias de ningún ejemplar con vida.

—Una vez vi uno en un zoo —dijo Jaak.

—Ya, bueno, el zoológico es el único lugar que les queda. Y los laboratorios, naturalmente. La información genética que nos proporcionan sigue siendo muy valiosa. —Estaba estudiando los resultados de las pruebas, asintiendo con la cabeza mientras los datos se deslizaban por la pantalla del equipo.

Jaak sonrió.

—¿Quién necesita animales si puede comer piedras?

Musharraf empezó a recoger el kit de ADN.

—La tecnocriba. Exacto. Hemos trascendido el reino animal. —Cerró el maletín e inclinó la cabeza en nuestra dirección—. Bueno, ha sido muy enriquecedor. Gracias por enseñarme vuestro espécimen.

—¿No te lo vas a llevar?

Musharraf hizo una pausa, sorprendido.

—No, no. De ninguna manera.

—Entonces ¿no se trata de un perro?

—Sí, es un perro de verdad, sin lugar a dudas. Pero ¿qué diablos haría con él? —Levantó una ampolla de sangre—. Ya tenemos su ADN. No vale la pena conservarlo vivo. Son caros de mantener, ya sabéis. Manufacturar los alimentos que necesita un organismo básico es bastante complejo. Habitáculos limpios, filtros de aire, iluminación especial... Recrear el entramado de la vida no es tarea sencilla. Lo más fácil es librarse de él por completo en vez de procurar recrearlo. —Miró al perro de soslayo—. Lamentablemente, nuestro peludo amiguito jamás sobreviviría a la tecnocriba. Los gusanos lo devorarían tan deprisa como se comen todo lo demás. No, habría que manufacturar al animal desde cero. Y, la verdad, ¿qué sentido tendría? ¿Un bioproducto sin manos? —Se rió y se encaminó hacia el vehículo híbrido que lo estaba esperando.

Los tres nos miramos. Salí corriendo detrás del científico y le di alcance ante la escotilla que daba al asfalto. Se encontraba a punto de abrirla.

—¿Me reconocerán vuestros centauros? —preguntó.

—Claro, no pasa nada.

—Bien. —Dilató la escotilla y salió a la intemperie con paso vivo.

Lo seguí.

—¡Espera! ¿Qué vamos a hacer con él?

—¿Con el perro? —El científico montó en el híbrido y empezó a abrochar las correas. El viento que nos azotaba transportaba la afilada grava de las montañas de relaves—. Devolvedlo a los pozos. También podríais coméroslo, supongo. Tengo entendido que era un auténtico manjar. Existen recetas para cocinar animales. Llevan su tiempo, pero arrojan unos resultados extraordinarios.

El piloto de Musharraf puso en marcha las turbohélices.

—¿Me tomas el pelo?

Musharraf se encogió de hombros y levantó la voz para imponerse al creciente rugido de los motores.

—¡Deberíais probarlo! ¡Solo es otra parte de nuestro legado que se ha atrofiado con la tecnocriba!

Bajó la puerta de un tirón y se encerró herméticamente en el interior de la vaina voladora. Las turbohélices aceleraron y el piloto me indicó que me apartara de la

corriente mientras el híbrido se elevaba lentamente por los aires.

Lisa y Jaak no se ponían de acuerdo sobre lo que debíamos hacer con el perro. Disponíamos de protocolos para resolver los conflictos. Como la tribu de asesinos que éramos, los necesitábamos. Por lo general se imponía el consenso de la mayoría, pero de vez en cuando nos obcecábamos y nos atrincherábamos en nuestras posturas, tras lo cual no podía hacerse gran cosa sin que alguien terminara descuartizado. Ni Lisa ni Jaak daban el brazo a torcer, y tras un par de días de tira y afloja, cuando Lisa amenazaba ya con cocinar al bicho en plena noche mientras Jaak no estuviera mirando, y Jaak amenazaba con cocinarla a ella como se le ocurriera, acordamos someterlo a votación. El desempate estaba en mis manos.

—Yo digo que nos lo zampemos —declaró Lisa.

Estábamos sentados en la sala de vigilancia, contemplando las fotografías de las montañas de relaves que sacaban los satélites y las manchas infrarrojas de los robots mineros que perforaban la tierra. En un rincón, el motivo de nuestra discusión yacía en su jaula, que Jaak había arrastrado hasta allí en un intento por inclinar la balanza a su favor. Giró la silla de observación y dio la espalda a los mapas del terreno.

—Creo que deberíamos quedárnoslo. Me mola. Tiene el encanto de las cosas antiguas, ¿sabéis? Quiero decir, ¿conocéis a alguien que tenga un puñetero perro de verdad?

—¿Quién diablos quiere esa carga? —replicó Lisa—. Yo digo que probemos cómo sabe la carne de verdad. —Se practicó un corte en el antebrazo con las cuchillas. Deslizó un dedo por las gotas de sangre resultantes y las paladeó mientras se cerraba la herida.

Los dos me miraron. Yo miré al techo.

—¿Seguro que no podéis tomar esta decisión sin mí?

Lisa esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Venga, Chen, tú eliges. Lo descubrimos juntos. Jaak no hará pucheros, ¿a que no?

Jaak le lanzó una mirada asesina.

—No quiero que el coste de su alimentación salga de las bonificaciones del grupo —dije dirigiéndome a Jaak—. Acordamos destinar una parte a la nueva Respuesta Sumersiva. Estoy harto de la vieja.

Jaak se encogió de hombros.

—Por mí vale. Puedo pagarlo de mi bolsillo. Renunciaré a seguir haciéndome tatuajes y ya está.

Me recliné en la silla, sorprendido, y miré a Lisa.

—Bueno, si Jaak está dispuesto a pagar, creo que deberíamos quedarnos con él.

Lisa se me quedó mirando fijamente, con cara de incredulidad.

—¡Pero podríamos cocinarlo!

Miré de reojo al perro, que yacía jadeando en su jaula.

—Es como si tuviéramos nuestro propio zoológico. Me gusta.

Musharraf y la Fundación Pau nos suministraron un cargamento de bolitas alimenticias para el perro, y Jaak consultó una antigua base de datos para averiguar la manera de entablillarle los huesos rotos. Compró un filtro de agua para que pudiera beber.

Pensaba que había tomado la decisión adecuada al encasquetarle los gastos a Jaak, pero lo cierto era que no había previsto las complicaciones inherentes a tener un organismo no modificado en el búnker. El bicho se cagaba por todas partes, a veces se negaba a comer, enfermaba sin motivo y tardaba un montón en recuperarse, así que todos acabábamos haciendo de enfermeras para el animal mientras este se quedaba tumbado en su jaula. Esperaba que Lisa le partiera el cuello cualquier noche, pero aunque no dejaba de refunfuñar, tampoco lo asesinó.

Jaak procuraba imitar a Musharraf. Hablaba con el perro. Se conectaba a las bibliotecas y leía todo cuanto encontraba acerca de los perros de la antigüedad. Cómo corrían en manadas. Cómo la gente solía criarlos.

Intentamos averiguar de qué clase de perro se trataba, pero no logramos afinar la búsqueda; al final, Jaak descubrió que todos los perros podían aparearse entre sí, así que no nos quedó más remedio que suponer que era algún tipo de perro pastor de gran tamaño, posiblemente con la cabeza de un rottweiler más los rasgos de cualquier otra variedad, como un lobo, un coyote o algo por el estilo.

Jaak opinaba que debía de tener sangre de coyote porque supuestamente estos eran muy adaptables, y fuera lo que fuese nuestro perro, tenía que haberse adaptado de narices para salir indemne de los pozos de relaves. Aunque sin los aumentos que teníamos nosotros, había sobrevivido a los ácidos rocosos. Incluso Lisa se sentía impresionada por ello.

Me encontraba bombardeando recesionistas antárticos, volando bajo, expulsando a aquellos payasos cada vez más lejos por el témpano de hielo. Con suerte, empujaría a toda la aldea hasta alguna cornisa y los hundiría antes de que se dieran cuenta de nada. Realicé un nuevo picado, hostigándolos, y viré para alejarme de su contrataque.

Era divertido, pero no dejaba de ser una manera de matar el tiempo a la espera de realizar un bombardeo de verdad. Se suponía que la nueva Respuesta Sumersiva era tan buena como las consolas, ofrecía una inmersión y una respuesta integrales, y además era portátil. La gente perdía la noción del tiempo hasta el punto de necesitar que los alimentaran por vía intravenosa si no querían consumirse antes de salir.

Me disponía a hundir todo un cargamento de refugiados cuando Jaak exclamó:

—¡Venid aquí! ¡Tenéis que ver esto!

Me quité las gafas y corrí a la sala de vigilancia, cargado de adrenalina. Cuando llegué, Jaak estaba de pie en el centro de la habitación con el perro, sonriendo.

Lisa llegó como una exhalación un segundo después.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —Paseó la mirada por los mapas del terreno, sedienta de sangre.

Jaak sonrió.

—Fijaos. —Se giró hacia el perro y le tendió la mano—. Chócala.

El perro se sentó sobre los cuartos traseros y le ofreció la pata con gesto solemne. Sin dejar de sonreír, Jaak se la estrechó y le lanzó una bolita de comida. Se giró hacia nosotros e hizo una reverencia.

Lisa frunció el ceño.

—Hazlo otra vez.

Jaak se encogió de hombros y repitió la actuación.

—¿Piensa? —preguntó Lisa.

Jaak volvió a encogerse de hombros.

—Me has pillado. Puedes conseguir que haga muchas cosas. Las bibliotecas están repletas de información al respecto. Son domesticables. No como los centauros ni nada por el estilo, pero puedes enseñarles trucos sencillos, y en el caso de algunas razas, también pueden aprender cosas especiales.

—¿Como cuáles?

—Algunos estaban adiestrados para atacar. O para encontrar explosivos.

Lisa parecía impresionada.

—¿Como bombas nucleares y así?

Jaak se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Puedo probar? —pregunté.

Jaak asintió con la cabeza.

—Adelante.

Me acerqué al perro y le tendí la mano.

—Chócala.

Me ofreció la pata. Se me puso el vello de punta. Era como enviar señales a los alienígenas. Quiero decir, es de esperar que un bioproducto o un robot hagan lo que les ordenes. Centauro, ve a que te hagan saltar por los aires. Busca el destacamento de operaciones especiales. Solicita refuerzos. El híbrido también era así. Podía hacer cualquier cosa. Pero estaba diseñado para ello.

—Dale de comer —dijo Jaak entregándome una bolita de comida—. Hay que darle de comer cuando lo hace bien.

Le ofrecí la bolita. La lengua del perro, larga y rosa, me acarició la mano.

Repetí el gesto de antes.

—Chócala —dije. Extendió la pata. Nos dimos la mano. Sus ojos ambarinos me observaban sin pestañear, solemnes.

—Esto es raro de cojones —comentó Lisa. Me estremecí, asintiendo con la cabeza, y retrocedí. El perro se quedó viendo cómo me alejaba.

Esa noche estaba tumbado en el catre, leyendo. Había apagado las luces y solo brillaba la superficie del libro, iluminando el dormitorio comunitario con una suave aura verde. Algunos de los objetos de arte adquiridos por Lisa relucían tenuemente en las paredes: un colgante de bronce con un fénix echando a volar, rodeado de brillantes llamas estilizadas; un estampado japonés del monte Fuji y otro de una aldea enterrada bajo gruesos mantos de nieve; una foto de los tres en Siberia, al término de la campaña de la península, sonriendo y con vida entre la escoria.

Lisa entró en la habitación. Sus navajas refulgieron a la luz mortecina de mi libro, destellos de chispas verdes que silueteaban sus extremidades cuando se movía.

—¿Qué estás leyendo? —Se desnudó y se apretujó contra mí en la cama.

Levanté el libro y leí en voz alta:

*Córtame, que no sangro. Envenena el aire, que no respiro.
Apuñálame, dispárame, azótame, aplástame,
que he devorado la ciencia
y ahora soy Dios.
Solo yo.*

El resplandor del libro murió cuando lo cerré. En la oscuridad, Lisa se revolvió bajo las sábanas.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi que estaba mirándome fijamente.

—*Hombre muerto*, ¿verdad?

—Por el perro —dije.

—Qué lectura tan siniestra. —Me tocó el hombro con una mano cálida, erizada de cuchillas que se clavaron ligeramente en mi piel.

—Antes éramos como ese perro.

—Patético.

—Aterrador.

Guardamos silencio por unos instantes.

—¿No te has preguntado nunca qué sería de nosotros sin la ciencia? —dije, al cabo—. Sin nuestros grandes cerebros, ni la tecnocriba, ni los estimuladores celulares, ni...

—¿Ni nada de lo que hace que la vida merezca la pena? —Se rió—. No. —Me acarició el estómago—. Me gustan todos esos gusanitos que viven en tu estómago. — Empezó a hacerme cosquillas.

*En tu barriga pican y rascan,
las tuberías te desatascan.
Se comen lo malo, los microtamices,
para que todos seamos felices.*

Me la sacudí de encima, riendo.

—Eso no es de Yearly.

—Tercero de primaria. Biología básica. La señorita Álvarez. Era una entusiasta de la tecnocriba.

Intentó hacerme cosquillas de nuevo, pero se lo impedí.

—Ya, bueno, Yearly solo escribía sobre la inmortalidad. La rechazaba.

Lisa desistió de su empeño y se dejó caer en la cama junto a mí otra vez.

—Blablablá. Rechazaba todas las modificaciones genéticas. Los inhibidores de células cancerígenas. Se moría de cáncer y se negaba a tomar los medicamentos que podrían salvarle la vida. Nuestro último poeta mortal. Mira cómo lloro. ¿Y qué?

—¿No has pensado nunca por qué se negaba?

—Pues claro. Quería ser famoso. El suicidio es una buena manera de llamar la atención.

—No, en serio. Opinaba que ser humano significaba tener animales. Todo el entramado de la vida. He leído acerca de él. Es raro de cojones. No quería vivir sin ellos.

—La señorita Álvarez lo aborrecía. También tenía rimas sobre él. En cualquier caso, ¿qué podíamos hacer? ¿Acomodar la tecnocriba y los parches de ADN a todas las puñeteras especies? ¿Sabes cuánto habría costado eso? —Se arrebujó contra mí—. Si quieres ver animales, vete al zoo. O compra una caja de cubos de construcción y crea algo, si eso te hace feliz. Pero que tenga manos, por el amor de Dios, no como ese perro. —Clavó la mirada en el somier del catre que teníamos encima—. Cocinaría a ese perro en un abrir y cerrar de ojos.

Sacudí la cabeza.

—No sé. Ese perro no es como los bioproductos. Cuando nos mira, hay algo en sus ojos, y no somos nosotros. Quiero decir, fíjate en cualquier bioproducto y verás que básicamente se trata de nosotros mismos con otra forma, pero ese perro no... — Dejé la frase en el aire, sumido en mis pensamientos.

Lisa se carcajeó.

—Te dio la patita, Chen, nada más. Cuando un centauro se pone firme no le das

mayor importancia. —Se sentó encima de mí a horcajadas—. Olvídate del perro. Concéntrate en algo más importante. —Su sonrisa y sus cuchillas resplandecieron en la penumbra.

Me despertó un lametón en la cara. Al principio pensé que sería Lisa, pero se había encaramado a su catre. Abrí los ojos y me encontré con el perro.

Me hizo gracia que el animal estuviera lamiéndome, como si quisiera comunicarse, saludar o algo. Me dio otro lametón, y pensé que había mejorado mucho desde que intentara arrancarle el brazo de cuajo a Jaak. Apoyó las patas encima de la cama y, con un solo movimiento pesado, se subió al catre conmigo, con su corpachón ovillado contra mí.

Durmió allí toda la noche. Resultaba extraño tener algo aparte de Lisa tumbado a mi lado, pero era cálido y había algo de afectuoso en ello. No pude reprimir una sonrisa mientras volvía a quedarme dormido.

Volamos hasta Hawái para disfrutar de unas vacaciones en el agua y nos llevamos al perro con nosotros. Era agradable escapar del frío septentrional y refugiarse en el apacible Pacífico. Era agradable detenerse en la playa y dejar que la vista vagara por el interminable horizonte. Era agradable pasear por la arena cogidos de la mano mientras las negras olas rompían contra la orilla.

Lisa era buena nadadora. Surcaba la pátina metálica del océano como una anguila sacada de los libros de historia, y cuando salía a la superficie, su cuerpo desnudo relucía con cientos de iridiscentes gemas oleaginosas.

Cuando el sol empezó a ponerse, Jaak prendió fuego al océano con su 101. Nos sentamos a ver cómo el gran orbe rojo del sol se hundía entre los velos de humo; su luz carmesí se oscurecía por momentos. Las olas llegaban ardiendo a la playa. Jaak sacó la armónica y tocó mientras Lisa y yo hacíamos el amor en la arena.

Habíamos planeado amputarla ese fin de semana, darle a probar lo que ella había hecho conmigo durante las últimas vacaciones. Era lo último en Los Ángeles, un experimento de vulnerabilidad.

Estaba preciosa allí tendida en la playa, resbaladiza y enardecida tras todos nuestros juegos en el agua. Lamí los ópalos viscosos que le tachonaban la piel mientras le cercenaba las extremidades, dejándola tan desvalida como un bebé. Jaak tocaba la armónica y contemplaba la puesta de sol, testigo de cómo yo desnudaba a Lisa hasta la médula.

Después del sexo, nos quedamos tendidos en la arena. El último vestigio del sol continuaba zambulléndose en el agua. Sus rayos arrancaban destellos rojizos a los rescoldos de las olas. El cielo, cargado de humo y partículas, adquirió un matiz más

sombrío.

Lisa exhaló un suspiro de satisfacción.

—Deberíamos venir de vacaciones aquí más a menudo.

Tiré de un pedazo de alambre de espino enterrado en la arena. Lo saqué por completo y me lo enrollé en el brazo, una banda ceñida que me mordía la piel. Se lo enseñé a Lisa.

—Me encantaba hacer esto cuando era pequeño. —Sonreí—. Me las daba de tipo duro.

Lisa sonrió.

—Lo eres.

—Gracias a la ciencia. —Observé al perro de reajo. Estaba tumbado en la arena, a escasa distancia de nosotros. Parecía taciturno e inseguro en su nuevo entorno, desterrado de la seguridad de los pozos de ácido y las montañas de relaves de su hogar. Jaak, sentado junto a él, seguía tocando. Las orejas del animal se estremecían al compás de la música. Jaak tenía talento. El sonido lastimero de la armónica cruzaba la playa sin dificultad hasta nuestros oídos.

Lisa giró la cabeza, esforzándose por ver al perro.

—Dame la vuelta.

Hice lo que me pedía. Sus extremidades ya habían comenzado a regenerarse. Pequeños muñones que se convertirían en miembros más complejos. Por la mañana estaría entera de nuevo, y famélica. Estudió al perro.

—Esto es lo más cerca de él que estaré nunca —dijo.

—¿Perdona?

—Es vulnerable a todo. No puede nadar en el océano. No puede comer nada. Tienen que traerle alimento por vía aérea. Tenemos que purgarle el agua. El callejón sin salida de una cadena evolutiva. Sin la ciencia, seríamos tan vulnerables como él. —Me miró—. Tan vulnerables como yo ahora. —Sonreí—. Esto es lo más cerca de la muerte que he estado nunca. Sin entrar en combate, al menos.

—Emocionante, ¿verdad?

—Por un día. Me gustaba más cuando era yo la que te lo hacía a ti. Me rugen las tripas.

Le di un puñado de arena oleaginoso mientras contemplaba al perro, que se había puesto de pie en la playa, dubitativo, y olisqueaba suspicazmente un pedazo de chatarra que sobresalía de la arena como una ampliación de memoria gigante. Tocó con la pata un trozo de plástico rojo enlustrado por el océano y lo mordisqueó brevemente antes de volver a soltarlo. Empezó a relamerse. Me pregunté si habría vuelto a intoxicarse.

—Da que pensar, eso seguro —musité. Le di otro puñado de arena a Lisa—. Si alguien viajara hasta aquí desde el pasado y se encontrara con nosotros, aquí y ahora,

¿qué crees que diría? ¿Nos considerarían humanos, siquiera?

Lisa me miró con expresión grave.

—No, nos considerarían dioses.

Jaak se incorporó y se adentró en el agua, hundido hasta las rodillas en la negra espuma humeante. El perro, atraído por algún instinto misterioso, lo siguió, caminando con cautela entre la arena y los escombros.

El perro se enredó en una madeja de alambre de espino durante nuestro último día de estancia en la playa. Lo dejó realmente destrozado: el pelaje lleno de cortes, las patas rotas, prácticamente estrangulado. Se había amputado media pata con los dientes intentando liberarse. Cuando lo encontramos era un amasijo sanguinolento de pelo encrespado y carne expuesta.

Lisa contempló fijamente al animal.

—Dios, Jaak, se suponía que estabas vigilándolo.

—Me apetecía nadar. Uno no puede pasarse todo el rato pendiente de este bicho.

—Arreglar este estropicio nos llevará una eternidad —masculló Lisa.

—Deberíamos encender el cazador —dije—. Será más fácil tratarlo en la base. —

Lisa y yo nos arrodillamos para empezar a cortar los alambres. El perro sollozaba y agitaba la cola sin fuerza mientras poníamos manos a la obra.

Jaak permanecía callado.

Lisa le dio una palmada en la pierna.

—Venga ya, Jaak, ponte a ello. Se desangrará como no te des prisa. Ya sabes lo frágil que es.

—Creo que deberíamos comérmolo —anunció Jaak.

Lisa lo miró, sorprendida.

—¿En serio?

Jaak se encogió de hombros.

—Sí.

Dejé de romper la maraña de alambres que rodeaban el torso del perro y levanté la cabeza.

—Pensaba que querías que fuera tu mascota. Como en el zoo.

Jaak sacudió la cabeza.

—Esas bolitas de comida son caras. Se me va la mitad de la paga en alimento y filtros para el agua, y ahora esta mierda. —Agitó una mano en dirección al perro atrapado—. Hay que estar pendiente de este mamón todo el rato. No vale la pena.

—Pero aun así, es tu amigo. Os disteis la mano.

Jaak se rió.

—Tú eres mi amigo. —Observó al perro, pensativo, arrugando el semblante—. Esto es, es... un animal.

Aunque todos habíamos comentado ociosamente a qué sabría el perro, no dejaba de resultar sorprendente escuchar que estaba decidido a matarlo.

—Quizá deberías consultarlo con la almohada —sugerí—. Podemos llevárnoslo al búnker, repararlo. Espera a que se te pase el cabreo antes de decidir nada.

—No. —Sacó la armónica y tocó unas cuantas notas, una rápida escala de jazz. Retiró el instrumento de sus labios—. Si quieres poner dinero para su alimentación, me lo quedo, supongo, pero de lo contrario... —Se encogió de hombros.

—Creo que no deberíais cocinarlo.

—¿No? —Lisa me miró de reojo—. Podríamos asarlo aquí mismo, en la playa.

Contemplé al perro, una masa de animal jadeante, confiado.

—Sigo pensando que no deberíamos hacerlo.

Jaak me observó con expresión seria.

—¿Quieres comprarle tú la comida?

Suspiré.

—Estoy ahorrando para la nueva Respuesta Sumersiva.

—Ya, en fin, a mí también me gustaría comprar cosas, ¿sabes? —Flexionó los músculos para exhibir sus tatuajes—. Quiero decir, ¿para qué cojones sirve este bicho?

—Te hace sonreír.

—La Respuesta Sumersiva te hace sonreír. Y luego no tienes que andar limpiando mierdas. Venga ya, Chen. Reconócelo. A ti tampoco te apetece hacerte cargo de él. Es un grano en el culo.

Todos nos miramos entre nosotros, primero, y después al perro.

Lisa asó el perro en un espetón, sobre una hoguera de plásticos y petróleo rescatados del océano. No estaba mal, pero al final costaba entender a qué venían tantos elogios. He comido centauro fundido que sabía mejor.

Cuando terminamos, dimos un paseo por la orilla. Las olas opalescentes rompían y rugían contra la arena, dejando regueros rutilantes al retirarse, y el sol se hundía rojo a lo lejos.

Sin el perro, por fin podíamos disfrutar de la playa. No teníamos que preocuparnos por si pisaba un charco de ácido, ni por si se enredaba en un rollo de alambre de espino semienterrado en la arena, ni por si comía algo y se pasaba media noche vomitando.

Aun así, recuerdo cuando el perro me lamió la cara y aupó su peludo corpachón a lo alto de mi cama, como recuerdo también la calidez de su aliento a mi lado, y a veces, lo echo de menos.

EL PASHO

El viento seco transportaba con facilidad el olor acre del estiércol quemado. Raphel Ka' Korum respiró hondo, saboreando los recuerdos, antes de ajustarse la bufanda electrostática sobre el rostro y girarse para recoger el equipaje de manos de los pasajeros que permanecían en el interior de la noria rodante.

El viento soplaba con fuerza a su alrededor. Las bufandas se aflojaban y ondeaban descontroladas a merced de las corrientes de aire, y las manos morenas debían apresar al vuelo los banderines raídos para volver a encajarlos en su sitio, chisporroteando y crepitando, sobre las narices y los labios cubiertos de polvo. Un hombre, *kai* a juzgar por su crucifijo, *keli* por su camisa de seda, entregó a Raphel su bolsa de cuero, juntó las palmas de las manos e inclinó la cabeza en un estéril saludo ritual. Raphel hizo lo propio. Los demás pasajeros, una abigarrada conglomeración de habitantes de las cuencas apelotonados en el fondo de la noria rodante, le dedicaron gestos de despedida a su vez, diplomáticamente atentos a sus hábitos de pasho y sus marcas de logros.

La noria rodante reemprendió la marcha, despacio. Sus bulbosos neumáticos de goma crujían contra las lajas de la Cuenca Seca. Raphel vio cómo se alejaba el desvencijado vehículo, cuyos pasajeros lo observaban a su vez, con la mirada repleta de preguntas acerca del pasho keli que había desembarcado en medio del desierto. Raphel se giró hacia su aldea.

Los haci redondos de los jai se arracimaban en la cuenca yerma como una banda de refugiados tocados con sombreros cónicos, apiñadas las cabezas puntiagudas, salpicados de blancos dibujos geométricos jai sus mantos de adobe. A su alrededor se extendían unos páramos entreverados de arcilla, labrados y pacientes, azotados por el viento que arrojaba diablos de polvo al aire y los dispersaba danzando por toda la pálida planicie. A lo lejos, los huesos de la antigua ciudad sobresalían de la cuenca formando un amasijo de ruinas de acero y cemento, silenciosas y abandonadas desde hacía más generaciones de las que incluso los jai recordaban.

Raphel se quitó la bufanda y respiró hondo una vez más, aspirando los olores de su hogar, llenándose los pulmones de nostalgia. El polvo, el estiércol quemado y la salvia arrastrada por el viento desde las colinas lejanas se entremezclaban. En algún lugar, en el interior de la aldea, alguien estaba asando carne. Coyote o conejo, seguramente paralizado por una trampa sónica y despellejado antes de que pudiera recuperar el sentido, goteando grasa ahora sobre las ascuas al aire libre. Raphel inhaló de nuevo y se relamió. La aridez comenzaba a agrietarle los labios. Sentía la piel, acostumbrada desde hacía tiempo a la exuberante humedad de Keli, atirantada sobre el rostro, como si llevara puesta una máscara que amenazara con desprenderse de un momento a otro.

Volvió la vista atrás, añorante, a la noria rodante que se alejaba, el juguete de un niño que avanzaba lentamente hacia la distante línea borrosa donde el cielo azul tocaba por fin la arcilla amarilla. Suspirando, Raphel se cargó la mochila al hombro y encaminó sus pasos hacia la aldea.

Los escasos haci diseminados de las afueras no tardaron en agruparse, formando una apretada masa de gruesas paredes y callejuelas claustrofóbicas. Las avenidas zigzagueaban arbitrariamente, invitando a los invasores a introducirse en callejones sin salida y patios de emboscadas. Sobre su cabeza colgaban bombillas sónicas con los picos entreabiertos, ávidas de prorrumpir en alaridos.

Raphel deambulaba entre las defensas de los jai, siguiendo el sendero de los recuerdos de su niñez. Reconoció el haci de Bia' Giomo y rememoró las rocas de azúcar con que le pagaba la mujer a cambio de que él le llevara el agua del pozo. Reconoció también la recia puerta azul del patio de Evia, y recordó cuando se escondieron juntos debajo de la cama de los padres de ella, conteniendo la risa mientras estos gemían y resoplaban encima del colchón. Su madre le había escrito que Bia' Giomo había transmigrado y que ahora Evia se llamaba Bia' Dosero y vivía en la aldea de Fuente Clara.

Raphel dobló otra esquina y reconoció al Viejo Martiz acuclillado frente a su haci. Una olla de judías rojas hervía sobre la hoguera de estiércol del viejo, adquiriendo gradualmente la consistencia de las gachas. Raphel sonrió y empezó a saludar al anciano, pero en cuanto Martiz lo vio, agarró el cazo y retrocedió gateando, desesperado por mantener el cuarén.

Raphel se apresuró a cubrirse el rostro con la bufanda e inclinó la cabeza en actitud de disculpa. Martiz se tranquilizó lo suficiente como para dejar la olla en el suelo y juntar las palmas de las manos. Raphel le devolvió el antiguo gesto. Podría haberle explicado a Martiz cuál era el origen del símbolo del cuarén y cómo se había propagado durante la Purga, pero era poco probable que al anciano le importara eso. Para los jai era una costumbre, y con eso bastaba. Los jai respetaban las tradiciones. En Keli, la gente se estrechaba las manos y apenas si observaban el cuarén en absoluto. Su cultura, basada en el comercio, descartaba con facilidad las precavidas tradiciones nacidas del instinto de supervivencia en el pasado. Los jai tenían buena memoria.

Raphel pasó junto a Martiz a la debida distancia de dos metros de luz y se adentró en la aldea. El callejón se estrechó hasta convertirse en un angosto sendero que discurría entre paredes sofocantes. Se giró de costado para atravesar una ranura de emboscadas, arañándose el pecho y los omóplatos contra sus muros. Al otro lado del pasadizo se detuvo para sacudirse sin éxito el polvo de adobe que se había adherido a sus hábitos blancos.

Resonaron unas risas infantiles. Un grupo de jóvenes jai, brillantes manchas

carmesíes sus túnicas contra la pálida arcilla amarilla de los haci, se adentraron en la callejuela corriendo hacia él. Se detuvieron en seco, mirando fijamente sus hábitos blancos de pasho y sus marcas de logros, juntaron las manos morenas e inclinaron la cabeza con una mezcla de precaución y respeto. Un momento después lo dejaron atrás y reanudaron su persecución, cruzando la ranura de emboscadas con la agilidad de los lagartos de la cuenca.

Raphel se giró para observarlos, recordando cuando también él correteaba por el mismo callejón, persiguiendo a sus amigos, fingiendo ser un cruzado con garfio, pretendiendo encabezar personalmente la guerra contra los keli. Parecía que hubiera pasado una eternidad. Las ondeantes túnicas rojas de los muchachos se perdieron de vista al otro lado de la ranura de emboscadas, dejando a Raphel solo en la callejuela.

Carraspeó y tragó saliva varias veces en un intento por paliar la asfixiante sequedad de su garganta. Aspiró de nuevo profundamente, ávido del olor de su tierra natal. Su bufanda crepitó, y Raphel inhaló aire estéril.

Las responsabilidades de un pasho a menudo son complicadas. ¿Cómo se pueden conocer de antemano las consecuencias que acarreará una acción determinada? El pasho tiene el deber de investigar los recovecos de la posibilidad y proceder únicamente con cautela. La lentitud en el cambio es una virtud. Para que una sociedad sobreviva a los vaivenes de la tecnología, sus razas y sus culturas deberán adaptarse. No es suficiente con que unos dedos hábiles aprendan a manejar un arado en cuestión de días, esa cultura también deberá estar preparada para acomodar el aumento de su población, el sesgo hacia la agricultura, las diminutas ondas producidas por la introducción de la tecnología. Sin la debida preparación, tanto moral como filosófica, ¿cómo se puede confiar a ninguna cultura una tecnología tan ociosamente violenta como la de una pistola?

PASHO GILES MARTIN, EM 152
(Reflexiones sobre el cambio moral)

—Debes de sentirte muy orgullosa, Bia' Pasho. —Bia' Hanna sonrió en dirección a Raphel mientras hablaba. Un destello dorado relució en su boca, y las patas de gallo que enmarcaban sus ojos del desierto se multiplicaron.

—¿Orgullosa? —La madre de Raphel se rió. Sacó un cazo de té recién hervido del fuego del hogar y se giró para observar a Raphel, sentado a tres metros de ellas, con la cara cubierta por su bufanda electrostática—. ¿Orgullosa de que mi único hijo abandone a su familia durante diez años? ¿Orgullosa de que vuelva la espalda a su familia a favor de Keli y sus mil lagos? —Sacudió la cabeza y sirvió té en la taza de barro de Bia' Hanna. El espeso líquido negro, cuyas hojas originales se habían secado y fermentado encima de su propia chimenea, emitió una vaharada de fragancias cargadas de humo al chocar con la arcilla vidriada.

—Aun así, un pasho... un pasho jai. —Las pulseras de casada de Bia' Hanna tintinearón cuando su mano apergaminada se extendió hacia la taza humeante. Ella y todas sus amigas estaban sentadas en el hogar de la familia de Raphel, arracimadas alrededor de su madre, una brillante masa efervescente de sonrientes mujeres casadas vestidas de azul, todas ellas felices y emocionadas por haber sido invitadas con ocasión de la reunión familiar.

Los dientes de oro de Bia' Hanna volvieron a destellar en dirección a Raphel. Se vanagloriaba de la operación a la que se había sometido en la frontera con Keli y sonreía constantemente de oreja a oreja.

—Sí, debes de estar muy orgullosa. Tu hijo ha vuelto contigo y ya es un pasho, a su edad. —Probó el té y asintió con admiración—. Preparas el mejor té ahumado, Bia' Pasho.

—Ya está bien de esa tontería de «Bia' Pasho». Antes era Bia' Raphel. Sigo siendo Bia' Raphel, da igual lo que haya hecho el memo de mi hijo. —La madre de Raphel se giró para llenar la taza de otra de las mujeres, sosteniendo diestramente el ennegrecido cazo de acero con una mano mientras con la otra sostenía los pliegues enrollados de sus faldas azules, impidiendo que barrieran el suelo.

Bia' Hanna se rió.

—Qué modesta. Pero mira lo guapo que está con sus marcas de logros. —Señaló a Raphel—. Fijaos en sus manos, jai bia'. Las escrituras de su cara, cuántos conocimientos hay en su piel, y eso solo es una diminuta porción de lo que bulle en su testa afeitada.

Raphel agachó la cabeza y clavó la mirada en las manos, vagamente cohibido por la inesperada atención de las mujeres. En el dorso de la mano izquierda lucía sus primeras marcas de logros: el antiguo alfabeto representado en caracteres diminutos. Desde allí, unas letras del color de la sangre seca desfilaban por sus brazos hasta perderse de vista bajo los hábitos. Denotaciones de rango en orden ascendente, aplicadas de forma ritual a lo largo de los años, los instrumentos mnemónicos de las diez mil estrofas melódicas, anclas hundidas en las profundidades del saber de los pasho, cada una de ellas una ayuda a la memoria y una señal de progreso. Recubrían su cuerpo con la puntiaguda caligrafía de los antiguos, a veces un mero símbolo

remitía a todo un tomo encuadernado repleto de conocimientos, algo para el recuerdo, y garantizaban que todos los pasho adiestrados después que él tuvieran acceso a la misma fuente inmutable de sabiduría.

Raphel levantó la cabeza a tiempo de atisbar la sombra de una sonrisa en los labios de su madre. Bia' Hanna, que también había detectado su muestra de satisfacción rápidamente disimulada, dio una palmada en la cadera a su madre cuando esta se giró para servir una taza de té a otra mujer.

—¡Ja, lo sabía! ¿Habéis visto eso, jai bia'? ¿Veis cómo se sonroja de orgullo la madre ante los logros del hijo? Esperad, estará buscándole esposa antes de que el sol toque el borde de la cuenca. —Soltó una carcajada; sus dientes de oro resplandecieron a la tenue luz del haci familiar—. ¡Encerrad a vuestras hijas, jai bia', que pronto querrá llevárselas a todas para su hijo tatuado!

Las demás mujeres se rieron y sumaron a las bromas, celebrando la buena suerte de Bia' Pasho. Lanzaban sonrisas y miraditas calculadoras en dirección a Raphel. Su madre reía y aceptaba las bromas y la adulación: ya no era Bia' Raphel, sino Bia' Pasho. La Madre del Pasho. Un gran honor.

—¡Mira! ¡Se muere de sed! —exclamó Bia' Hanna, y señaló la taza vacía de Raphel—. ¡Ignoras a nuestro nuevo pasho!

Raphel sonrió.

—No, Bia', tan solo espero a que cesen tus exabruptos para hablar.

—Pasho deslenguado. Si no respetáramos el cuarén, te pondría el trasero colorado. No olvides que fui yo la que te pilló arrancando judías de raíz cuando no me llegabas ni a la cadera.

Las mujeres se rieron. Animada por su público, Bia' Hanna hizo aspavientos con los brazos, fingiéndose indignada.

—Decía que solo quería ayudar...

—¡Es verdad!

—¿Y qué quedó al final? ¡Nada más que brotes tronchados! Como si los diablos de polvo hubiesen atravesado el sembrado. Menos mal que ha encontrado otra vocación, Bia' Pasho. De lo contrario, tus cultivos jamás sobrevivirían a su regreso.

Las mujeres jai se carcajearon mientras Bia' Hanna continuaba relatando las tropelías infantiles de Raphel: rocas de azúcar que desaparecían en un abrir y cerrar de ojos, máscaras electrostáticas vueltas del revés, cabras con la cola en llamas; las historias brotaban de su boca dorada en un torrente incesante. Al cabo, aparentemente agotada su reserva de anécdotas, hizo una pausa y miró a Raphel.

—Dime, venerable pasho, ¿es cierto que los keli comen pescado? ¿Directamente de sus lagos?

Raphel se rió.

—Ellos se preguntan si realmente comemos coyote.

—Sí, sí. Pero la costumbre, Raphel... No habrás comido pescado, ¿verdad?

Las mujeres enmudecieron, atentas a él, conteniendo el aliento sin darse cuenta mientras aguardaban la respuesta.

Raphel esbozó una leve sonrisa.

—No. Por supuesto que no.

Bia' Hanna soltó una carcajada.

—Ahí lo tenéis. ¿Lo veis, jia bia'? La sangre se nota. Se puede llevar el jai a los keli, pero la sangre se nota. La sangre siempre se nota.

Las mujeres asintieron con complicidad, fingiéndose satisfechas, pero sus ojos traicionaban el alivio que les producía el que Raphel no hubiera incumplido la tradición jai. Un jai moriría antes que comer carne corrupta. Los jai respetaban las tradiciones.

La conversación de las mujeres se reanudó. Las especulaciones sobre la fecha en que llegarían las lluvias relegaron a Raphel al olvido, así como los rumores según los cuales la hija de Bia' Renado había sido vista demasiado a menudo en compañía de un garfio casado.

Raphel miró de soslayo en dirección al portal. Al otro lado, el sol refulgía en el patio. Con el calor y la luz llegaban filtradas voces masculinas: su padre y sus amigos garfios. Pronto se reuniría con ellos. Empujarían hacia él la taza de mez que dictaba el ritual y después retrocederían con cuidado, respetando el cuarén. Diez latidos más tarde, Raphel levantaría la taza de las piedras del patio y brindarían por el cielo azul, derramarían un chorro en el polvo y beberían hasta que el licor abrasador se evaporara de la tierra cocida. Repetirían el ritual una y otra vez, sirviendo y bebiendo, emborrachándose cada vez más, hasta que el sol tocara el horizonte y los huesos de la antigua ciudad se tiñeran de rojo con el ocaso.

Si Raphel aguzaba el oído, podía distinguir la conversación de los hombres. La voz de su padre, risueña:

—Las luces no las ha heredado de mí. Habrá sido de su abuelo.

Todos los garfios rieron mientras recordaban al Viejo Gawar, un hombre cuyos cuchillos curvos volaban como tornados y que había escupido sobre las tumbas de los pasho que había abatido durante la cruzada de Keli. Proezas legendarias pertenecientes a una época no menos legendaria. Ahora, las norias rodantes de Keli recorrían la Cuenca Seca con impunidad, los niños jai usaban auriculares repletos de emisoras keli y hablaban en la jerga keli, y el nieto del Viejo Gawar estaba cubierto de pies a cabeza con los secretos de los pasho de Keli.

Raphel recordaba a su abuelo: un hombre flaco y arrugado que llevaba sus hábitos rojos abiertos para exhibir la viril pelambre blanca de su pecho huesudo a la vista de todos. Un hombre entre hombres. Un jai importante, aun a su siglo y medio de edad. Raphel recordaba los rapaces ojos negros del anciano, penetrantes, mientras atraía a

Raphel hacia sí para susurrarle prodigiosos baños de sangre, enseñándole la filosofía vital de los jai, vertiendo tinieblas musitadas en los oídos de Raphel hasta que su madre los descubrió y se llevó a rastras al muchacho, regañando al Viejo Gawar por asustar a Raphel, y Gawar, paralizado en su silla, observando y sonriendo satisfecho, sin apartar de su descendiente los ojos negros inyectados de sangre.

Raphel sacudió la cabeza para disipar el recuerdo. Incluso en la lejana Keli, el anciano había poblado sus sueños de derramamientos de sangre susurrados. Un tipo duro difícil de olvidar. Más aún en Keli, donde abundaban los vestigios de su presencia: monumentos a los keli abatidos, lagos envenenados por residuos ácidos, estatuas de mármol desportilladas por cuchillos curvos, ruinas esqueléticas de edificios arrasados que jamás habían vuelto a reconstruirse. Cuando Raphel soñaba con su abuelo, los keli tenían pesadillas.

Raphel se puso de pie con cuidado y arregló los hábitos a su alrededor. Las mujeres se inclinaron hacia atrás, manteniendo instintivamente el cuarén, tres metros bajo techo, dos metros a cielo descubierto; así sería durante diez días, o hasta su muerte. Tradición. En Keli, ya nadie respetaba las antiguas costumbres. Aquí, de nada serviría explicar que la purga había terminado hacía tiempo. La costumbre estaba demasiado arraigada y se respetaba tan estrictamente como el lavarse las manos antes de comer o sembrar los cultivos antes de que llegaran las lluvias.

Raphel se introdujo en el horno que era el patio. Su padre y los demás garfios lo llamaron. Raphel saludó con la mano, pero no se sumó a la celebración. Pronto se reuniría con ellos y bebería mez hasta perder el conocimiento, pero no antes de completar su peregrinaje.

Es sabido que el mez resulta nocivo en grandes dosis, e incluso en pequeñas cantidades; las toxinas que se acumulan con el paso del tiempo incapacitan a un desproporcionado porcentaje de la población masculina.

El ritual de destilación que practican los jai minimiza la potencia de las toxinas de esta planta del desierto, pero la costumbre dicta que se conserve un porcentaje determinado. Los primeros intentos por reformar la elaboración del mez se recibieron con hostilidad. Si un pasho se propusiera encauzar esta práctica, sería recomendable que procediera del seno de la comunidad, pues los jai desconfían demasiado de las influencias externas.

PASHO EDUARD, EM 1404

(Documento recuperado, Circuito de la Cuenca Seca, XI 333)

El haci era antiguo, más que la mayoría, y se alzaba cerca del centro de la aldea, en la confluencia de tres callejuelas. Proporcionaba una buena vista de emboscada del nexo y sus muros eran gruesos, contruidos para una época en que las balas eran algo más que mitos y la sangre corría por las calles varias veces cada generación.

De cerca, el haci acusaba su edad. Las paredes de arcilla estaban cubiertas de grietas de asentamiento. Como enredaderas, las largas fisuras serpenteaban por su fachada, sembrando la ruina por toda su estructura. Las gruesas puertas de madera estaban abiertas de par en par, exponiendo la desportillada pintura azul celeste y las astillas plateadas. Una raída cortina electrostática se mecía en el zaguán, entretejida de negro y rojo, según el estilo tradicional jai.

Ante el portal del haci, Raphel intentó asomarse a la oscuridad. Del interior provenían unos rítmicos chasquidos metálicos. Era un sonido reconfortante. Un sonido jai. Había crecido oyendo ese chirrido familiar, sentado en el suelo al lado de su abuelo, escuchando las historias del anciano. El metal continuó rechinando. En su mente, Raphel volvía a tener ocho años, chupaba rocas de azúcar y se acuclillaba junto a su abuelo mientras éste, en susurros, rememoraba baños de sangre.

—Quemé Keli hasta los cimientos —le había dicho una vez el anciano, y sus ojos llamearon como si aún pudiera ver el saqueo—. Quemé Heli, Seli y Keli. Dejé Keli para el final. Sus canales no constituían ninguna defensa. Sus verdes jardines ardieron con nuestros baños de napalm. Las mujeres de Keli huían ante nosotros, muchachitas ridículas de largas trenzas negras y cinturones de plata. Incendiamos aquella ciudad y enseñamos a aquellas blandas gentes del agua cómo es el gobierno de Jai. No nos dejamos mangonear por burócratas. Los jai somos dueños de nuestro destino. No somos como los sucios kai, que han elegido la esclavitud y no tienen palabras. Nos bañamos todas las mañanas, recargamos las trampas sónicas por la tarde y escribimos epitafios para nuestros enemigos en el polvo, bajo las estrellas. —Soltó una carcajada—. Quemamos Keli. La quemamos hasta los cimientos.

Raphel escudriñó la penumbra del haci.

—¿Abuelo?

Los chirridos metálicos cesaron. Se reanudaron. En lo alto de un muro cercano, unos niños jugaban con piedras, arrojándolas en un intento por alejar las de los demás de una estaca central. Sus gritos de entusiasmo y desilusión resonaban en medio del calor.

—¿Abuelo? —llamó Raphel de nuevo.

Los chirridos metálicos cesaron. Raphel se acercó a la cortina del portal. El viento revoloteaba por el patio, una brisa caliente que provocaba que la cortina oscilara con delicadeza. Raphel aguzó el oído. Del interior surgió un prolongado suspiro. Por fin, una voz ronca dijo:

—De modo que has vuelto.

—Sí, abuelo.

—Deja que te vea.

Raphel apartó la cortina y entró en el haci; la estática de la cortina le hizo cosquillas en los dedos. En el interior, el aire era fresco. Se ajustó la bufanda, ciñéndosela al rostro mientras esperaba a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Las formas comenzaron a definirse gradualmente. Su abuelo estaba sentado junto a la chimenea, una sombra encorvada. En sus manos relucían un cuchillo curvo y una piedra de amolar. La chimenea estaba fría y apagada. A un lado de la estancia, el catre del hombre yacía en el suelo, revueltas y arrugadas las sábanas. Sus ropas estaban desperdigadas de cualquier manera. Tan solo los cuchillos curvos que adornaban las paredes parecían estar bien atendidos. Sus filos resplandecían a la tenue claridad, trofeos de hombres enviados al más allá.

La silueta del anciano se movió. El cuchillo curvo destelló en su mano.

—Un pasho. Un pasho keli.

—Sí, abuelo.

—Tu madre se habrá puesto contenta.

—Sí.

Un ataque de tos truncó las risas del anciano.

—Descerebrada. Se retuerce tanto las manos que sus pulseras no dejan de tintinear. Seguro que ya ha empezado a buscarte partido. —Se volvió a reír—. Supongo que te creerás muy importante ahora que has memorizado las diez mil estrofas.

—No.

El anciano inclinó la cabeza hacia una imagen colgada en la pared.

—¿Por qué no? Tu efigie te precede.

Raphel se giró para examinar la fotografía, un retrato suyo con hábitos de pasho, erguido y risueño junto al director de los pasho keli. Sus tatuajes, recién inscritos, se veían aún nítidos y oscuros contra su piel. Los del hombre se confundían con los pliegues de su piel, como si los conocimientos inscritos se hubieran asentado profundamente en el mismo ser del veterano pasho.

—No le pido a nadie que me venere —dijo Raphel.

—Y sin embargo, lo hacen. Ah, por supuesto que sí. Los pasho se encargan de ello. Tus perros te preceden, repartiendo tus fotos, contando historias sobre tu sabiduría. —El anciano se rió—. Todo el mundo cree a un pasho cuando habla. El omnisciente y benévolo pasho. ¿Quién pediría consejo a un jai cuando hay un pasho sentado entre ellos?

—Soy jai y pasho. No son incompatibles.

—¿Eso crees? —La negra sombra del anciano expectoró una carcajada, una brusca explosión de risas que lo dejó sin resuello. El cuchillo curvo se movió con un

destello; el hombre continuó afilándolo. El haci se inundó con el estridente chirrido del metal contra la piedra—. Quemé Keli hasta los cimientos —declaró con voz ronca—. ¿Harías tú lo mismo? Tus amigos pasho están allí. Las muchachas keli están allí. Los maté a todos. Eso es ser jai.

Raphel se acuclilló en la tierra prensada del haci, a tres metros de su abuelo. Recogió los hábitos a su alrededor y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas.

—Incendiar una ciudad con tanta agua no es tarea sencilla.

El anciano lo observó de reojo, taimado, antes de continuar afilando el cuchillo.

—Incluso el agua puede arder.

—Napalm. Esa arma debería haber caído en el olvido.

—Según los pasho. Pero los jai tienen buena memoria. Llevamos nuestros propios registros y tenemos muy buena memoria, ¿no es así, nieto?

—Los keli también. Allí todavía recuerdan tu nombre.

—¿De veras?

—Escupen cuando hablan de ti.

El anciano soltó una carcajada jadeante.

—Eso está bien. —Dejó de afilar el cuchillo y miró a Raphel con suspicacia, entornando los párpados—. Y tú, ¿escupes con ellos?

—¿Tú qué crees?

El anciano apuntó a Raphel con el cuchillo curvo.

—Creo que tu piel añora los estanques cristalinos de Keli, y que tus dedos anhelan acariciar la trenza sedosa de una keli. Eso es lo que creo. —Continuó afilando el cuchillo—. Creo que tu nariz suspira por el perfume de las lilas que flota sobre los mil lagos.

—Aunque haya estudiado en Keli, abuelo, sigo siendo jai.

—Si tú lo dices —masculló el anciano. Dejó el cuchillo y la piedra de amolar y se giró hacia la estantería que tenía al lado. Sus estilizados dedos encontraron una gruesa botella de vidrio—. ¿Bebes?

Raphel se recogió los hábitos apresuradamente e hizo ademán de levantarse.

—Debería servirlo yo.

El anciano se rió y se echó para atrás.

—¿Y quebrantar el cuarén? —Sacudió la cabeza—. Has pasado demasiado tiempo en Keli. Mantén la distancia, nieto. —Descorchó la botella y llenó de mez dos copas de barro. La fragancia del licor, brillante y cosquilleante, inundó la estancia en penumbra.

El anciano se estiró con cuidado sobre el suelo y empujó una de las copas hasta dejarla a medio camino entre él y su nieto antes de arrastrar su cuerpo tullido de regreso a las sombras y erguir la espalda hasta apoyarla en la chimenea. Raphel aguardó los diez latidos de rigor, se inclinó hacia delante y atrajo la copa hacia él.

—Por nuestros antepasados. —El anciano elevó la copa a los cielos y derramó un chorrito en el suelo—. Porque no han abandonado a sus descendientes.

—Por que siempre los honremos. —Raphel imitó los gestos de su abuelo y vertió un poco de licor en el suelo. Las gotas se condensaron como ópalos en la tierra. La incandescencia de la bebida le quemó el pecho cuando probó un trago.

Su abuelo observó cómo se lo tomaba.

—No es tan suave como el vino de arroz de Keli, ¿verdad?

—No.

—Bueno, pues estás de suerte. Ahora los keli venden su vino aquí. Muchos lo beben.

—Lo he visto.

El anciano se inclinó hacia delante.

—¿Por qué mercadean con su vino en la Cuenca Seca, nieto? ¿No ven que somos jai? ¿No entienden que aquí no pintan nada?

—Si tanto te molesta, podrías venderles mez a los keli.

—El mez es para los jai. El baji es para los keli.

Raphel suspiró.

—¿Acaso uno se vuelve menos jai por beber su vino de arroz? ¿Se infiltra dentro de uno y lo cambia de un día para otro? —Probó otro trago del mez abrasador—. Incluso tú has probado el vino de arroz.

El anciano agitó una mano con desdén.

—Solo cuando saquéé su ciudad acuática.

—Aun así, tocó tu lengua del desierto. —Raphel sonrió—. ¿Te convirtió en keli?

El Viejo Gawar esbozó una sonrisa cruel.

—Pregunta a los keli.

—En mi caso es lo mismo.

—¿Tú? Tú eres una mascota encadenada. Seguro que a los keli les gusta tu desdentado mordisco del desierto. No eres jai. Ahora eres uno de ellos.

—No es cierto. Los keli se dan cuenta enseguida de que soy jai: mi acento, mis ojos, mi cuchillo curvo, mi risa, mi respeto por las antiguas costumbres. Da igual cuánto haga que paseo por los puentes de Keli o que nado en sus mil lagos, jamás seré un keli.

La irritación se plasmó en las facciones del anciano.

—Y como los keli te repudian, te crees que eres jai.

Raphel levantó la copa de mez en dirección a su abuelo.

—No lo creo, lo sé.

—¡No! —El anciano descargó su copa contra el suelo. Al romperse, provocó una lluvia de licor y fragmentos de arcilla. El Viejo Gawar barrió los restos con la mano, sin temor a las afiladas aristas—. ¡No eres jai! Si lo fueras, no estarías aquí sentado,

hablando. Desenfundarías el garfio y me ejecutarías por haberte insultado.

—Los jai no son así. Solo tú, abuelo.

El anciano se agarró al canto de la chimenea y se incorporó con esfuerzo, una rapaz esquelética y tullida, iluminados los ojos por las llamas de antiguos baños de sangre. Su voz, cargada de convicción, retumbó ronca mientras se aferraba a la chimenea del hogar para sostenerse en pie.

—Hago lo que hacen los jai. Soy jai. —Enderezó los hombros—. Los pasho queréis que los jai depongamos los garfios y enterremos nuestras trampas sónicas para que nadie oiga sus aullidos. Nos denegáis el acceso a la misma tecnología que regaláis a los keli. No podéis contradecir a la historia. Los jai guardamos cartas, llevamos nuestros propios registros del pasado. Conocemos la fraudulencia de los pasho. Cuando incendié Keli, los pasho cayeron como espigas ante mi garfio. Teñí de rojo sus túnicas blancas. Dime que me han olvidado. ¡Dime que no aspiran a enterrar a los jai!

Raphel extendió las manos en un gesto conciliador, invitando a su abuelo a retomar su asiento.

—Esa época ya quedó atrás. Los jai ya no estamos en guerra con Keli, ni con los pasho que viven allí.

El Viejo Gawar sonrió sin despegar los labios mientras se masajeaba la pierna tullida.

—La guerra no se acaba nunca. Yo mismo te lo enseñé.

—Todavía pueblas las pesadillas de los keli.

—Lástima que no hayan aprendido la lección y se queden en su lado de las montañas. —Con una carcajada, el Viejo Gawar volvió a sentarse en el suelo—. La próxima vez que arrasemos Keli, no tendremos piedad. El acento de los keli no volverá a emponzoñar los oídos de nuestros hijos.

—No podréis mantener al mundo exterior alejado de la Cuenca Seca eternamente.

—Palabras de pasho. Mi propio nieto ha venido a traicionarnos.

—El conocimiento es tan patrimonio de los jai como de los keli.

—No intentes venderme esa carroña. Te comportas como todos los pasho, ofreciendo conocimientos con una mano mientras esperas amasar influencia con la otra. Os sentáis con las piernas cruzadas, meditando como los sabios de la antigüedad, y aconsejáis a nuestro pueblo que excave vías de agua, que se rinda a vuestros proyectos de carreteras y fábricas, pero yo sé cuál es vuestro verdadero objetivo.

—Estamos construyendo una civilización, abuelo.

—Seréis nuestra muerte.

—¿Porque los pozos de Jai estarán repletos, aunque la duración de la estación seca se duplique?

—¿Ésa es vuestra oferta? —El anciano se rió con amargura—. ¿Pozos siempre llenos de agua? ¿Una variedad mejor de la planta de judías rojas? ¿Algo para hacernos la vida más fácil? ¿Para que nuestros hijos vivan más tiempo? —Sacudió la cabeza—. Llevo tiempo observando a la secta del Ojo Abierto y sé qué es lo que quieren los pasho. Ni siquiera los keli que tanto os adoran consiguieron arrancaros la salvación de vuestros puños tatuados cuando atacamos. Los jai masacramos a esos pusilánimes acuáticos como si fueran cabras. No eres ningún salvador. Eres nuestra muerte. Largo de aquí, nieto. Sal de mi casa. Seas lo que seas, ya no eres jai.

La clave de la supervivencia reside en la escritura. Aquella cultura que sepa escribir podrá recordar y compartir sus conocimientos en masa. La marca del Primer Logro debe ser siempre el alfabeto, la antesala del resto de la sabiduría. Gracias al alfabeto, lo que yo escriba hoy podría estudiarse dentro de mil años, y quizá llegue hasta un joven alumno que jamás sabrá nada de mí más que aquello que plasme mi mano sobre el papel. Cuando todos nos hayamos convertido en polvo, nuestros conocimientos sobrevivirán, y esperamos que, con el tiempo, la civilización prospere de nuevo.

PASHO MIRRIAM MILLINER, EM 13
(Sobre la supervivencia)

Lo despertó el agudo chasquido de la lengua de su madre, un delicado repiqueteo procedente de los aldaños de su portal.

Había soñado con Keli. Soñó que se encontraba una vez más ante las bibliotecas de los pasho, contemplando la estatua de Milliner. Soñó que deslizaba los dedos por las marcas que habían dejado los garfios en su base, que elevaba la mirada al fundador de la orden de Pasho, esculpida en mármol en actitud de fuga. Milliner huía con una mano extendida ante sí, con el ojo de Pasho abierto en su palma. Con el otro brazo aferraba una pila de hojas raídas, algunas de las cuales caían a sus pies. Tenía la cabeza vuelta hacia atrás, los ojos fijos en la devastación de la que escapaba.

La madre de Raphel chasqueó la lengua de nuevo. Raphel abrió los ojos a tiempo de ver cómo se retiraba tras la cortina de lana. Sus pulseras de casada tintinearón en sus muñecas cuando dejó caer la cortina, sumiendo la habitación en la penumbra una

vez más. Despierto ya por completo, Raphel reparó en otros sonidos propios de la mañana: el viril canto de los gallos que se desafiaban de una punta a otra del poblado, los niños que vociferaban tras las altas arpilleras de las paredes del haci. La claridad del exterior penetraba en la estancia en forma de lanzas diminutas, iluminando las motas de polvo levantadas por la presencia de su madre.

En las torres de los pasho se despertaba todos los días con los primeros rayos de sol. Su celda daba al este y se inundaba de luz estéril a primera hora. Se levantaba, se acercaba a la ventana y contemplaba fijamente el radiante amanecer, dejando que lo bañara mientras rutilaba en el espejo sereno de los mil lagos. La luz, intensa e implacable, se reflejaba como pinceladas de mica y licuaba la tierra hasta donde alcanzaba la vista, deslumbrándolo y eclipsando los verdes puentes de Keli.

Poco después llamaba a la puerta su maestro, un keli rollizo, bien alimentado con el pescado de los lagos de Keli, cómodamente asentados sus tatuajes entre los pliegues de su piel.

—Venga, pasho del desierto —decía riendo—. A ver qué destrucción nos depara el nieto de Gawar esta mañana. ¿Con cuántos libros piensas acabar? —Para él, todos los hombres eran iguales. Jai o keli, le daba lo mismo. El estudio era lo único que importaba.

—¿Raphel? —susurró su madre—. ¿Pasho? —Chasqueó la lengua de nuevo detrás de la cortina, sondeando con delicadeza el silencio de la habitación.

Raphel se sentó muy despacio.

—No hace falta que me llames «pasho», madre. Sigo siendo tu hijo.

—Es posible. —La respuesta sonó amortiguada—. Pero llevas la piel cubierta de conocimientos y todo el mundo me llama Bia' Pasho.

—Sigo siendo el mismo de siempre.

Esta vez, su madre no respondió.

Raphel apartó las mantas con los pies y se rascó la piel seca, que comenzaba a pelarse a causa de la aridez. Se estremeció. La noche había sido fría. Se le había olvidado esa peculiaridad de la cuenca, que la temperatura pudiera descender tanto por las noches, aun durante la estación seca. En Keli las noches eran cálidas, incluso después de la puesta de sol. La humedad lo saturaba todo. A veces se quedaba tendido en la cama y pensaba que, si apretara los puños con fuerza, sería capaz de exprimir el aire y empaparse los brazos con regueros de agua caliente. Se rascó de nuevo, extrañando la tersura de una piel acariciada siempre por la fluida tibieza. Parecía que el aire de la cuenca fuera un enemigo, tan hostil como se había mostrado su abuelo el día anterior.

Raphel comenzó a ponerse los hábitos, cubriendo los caracteres de sus marcas de logros, afilados como cuchillos. Se trataba de un idioma muy antiguo, más básico que el jai, más directo en sus instintos, menos diplomático, una lengua impaciente para un

pueblo temperamental e impulsivo. Empezó a abrochar los corsés de su atuendo, ocultando rápidamente los puntales de aprendizaje que recubrían su cuerpo: los cien libros, los rituales de la llegada y la despedida, los principios científicos, los rituales de purificación, las esencias del cuerpo, la bio-lógica, los rituales del cuarén, los conocimientos químicos, la observación de las plantas y los animales, la mática, la mática física, los principios de la construcción, los estudios de la Tierra; tecnología fundamental: el papel, la tinta, el acero, el plástico, la plaga, la cadena de producción, los proyectiles, el fertilizante, el jabón... diez mil estrofas melódicas entrelazadas y vinculadas a rimas simbólicas que potenciaban su estabilidad. Saberes encerrados en versos que databan de una época en la que los libros eran caros de elaborar y aún más de proteger, una época en la que los pasho deambulaban como semillas de diente de león de una aldea remota a otra, levantando las palmas de las manos a modo de saludo para mostrar el Ojo Abierto e implorar libertad de movimientos, dispensando el germen de sus conocimientos hasta el límite de las mentes que los transportaban con la esperanza de arraigar y fundar escuelas desde la que enviar nuevos pasho a confines inexplorados.

—¿Raphel?

La voz de su madre interrumpió sus cavilaciones. Raphel se apresuró a terminar de vestirse y apartó la cortina.

A su madre se le escapó un gritito.

—¡Raphel! ¡La bufanda! —Retrocedió trastabillando, desesperada por respetar el cuarén.

Raphel regresó a su habitación. Encontró la bufanda electrostática y se envolvió el rostro con ella. Cuando volvió a salir, vio a su madre en el extremo más alejado de la sala común. La mujer señaló una taza de té ahumado colocada a tres metros de la chimenea. La distancia segura. Raphel rodeó la chimenea y se acuclilló con el té, junto al que lo aguardaba un tazón de gachas de judías endulzadas. Los rescoldos del fuego flotaban ya en un cubo de agua gris, negros y fríos.

—¿Cuánto llevas despierta?

—Horas. Has dormido mucho. Debías de estar agotado.

Raphel probó el refrescante té ahumado.

—La habitación es muy oscura. Estoy acostumbrado a que me despierte el sol.

Su madre empezó a barrer el suelo de tierra prensada con una escoba de paja, con cuidado de no acercarse demasiado. Raphel observó sus movimientos. Nueve días más de aislamiento ritual.

Cuando su abuelo incendió Keli, él y su ejército habían acampado en las afueras del poblado para guardar el cuarén. Entonaron cantos de sangre y fuego que salvaban la distancia que los separaba, pero no entraron en la aldea antes de que terminara el cuarén. Los jai respetaban las tradiciones. Era absurdo pensar que el anciano lo

recibiría con los brazos abiertos.

Su madre terminó de barrer el polvo del suelo y se giró. Chasqueó la lengua, dubitativa. Al cabo, dijo:

—Me gustaría que conocieras a una chica. Es de muy buena familia.

Raphel sonrió y tomó un sorbo de té.

—¿Ya me estás buscando partido?

—La muchacha está visitando a Bia' Hardez, su tía. Es una jai decente.

—¿Qué más da? Falta más de una semana para que complete el cuarén.

—Mala volverá a la Caldera de Piedra para reunirse con su familia. Si quisieras verla entonces tendrías que desplazarte hasta allí y volver a pasar el cuarén, esta vez en una aldea extraña. Mala está de acuerdo. Os veréis en la calle, separados por la luz del sol.

Raphel reprimió una sonrisa burlona.

—¿Vas a darle la espalda a las viejas costumbres?

—Reunirse a pleno sol no tiene nada de malo. No le das miedo. Has llegado aquí desde Keli. Si no has muerto aún, nunca lo harás.

—El abuelo no lo aprobaría.

—Ningún escorpión pica a menos que uno lo pise.

—Y pensar que siempre fuiste una señora jai modélica.

Su madre chasqueó la lengua.

—Mi garfio sigue siendo igual de afilado. —Inclinó la cabeza en dirección a los posos de té—. Tira la taza y asegúrate de que se rompa bajo los rayos del sol. Ahora nadie podrá usarla otra vez.

Ni las piedras sirven como almohada, ni los keli como amigos.

Proverbio jai. Registrado en la EM 1404
por el pasho Eduard
(Documento recuperado,
Circuito de la Cuenca Seca, XI 333)

Tras cinco días de cuarén, Raphel y su partido en potencia se reunieron al filo del poblado, separados por dos metros de luz estéril. Los negros tirabuzones del cabello de Mala resplandecían al sol, y las rayas de pigmento negro que tanto gustaban a las

muchachas de Keli dotaban de profundidad a sus ojos. Su falda y su blusa lucían las clásicas líneas jai, rombos rojos y negros entretnejidos, veteados de hilos de oro. Sus brazos, desprovistos de pulseras, eran una invitación a desposarla y vestirla de azul.

A la vista, pero lejos del alcance del oído, la madre de Raphel y Bia' Hardez esperaban sentadas en la llanura amarilla, un par de ondeantes matronas azules. Sus pulseras doradas relucían intensamente al sol. A lo lejos, la antigua ciudad se erguía en silencio, un esqueleto ennegrecido contra el firmamento. Raphel recordaba sus exploraciones del entramado de ruinas, donde anidaban los halcones y los coyotes trotaban arrogantes por calles dos veces más amplias que las mayores avenidas de Keli. Recordaba los casquillos que había recogido en la ciudad mutilada, trofeos de las encarnizadas e interminables guerras que habían arrasado el lugar.

El viento soplaba en ráfagas. Las carabinas se arrebujaaron en sus faldas azules. Mala se quitó la bufanda electrostática. Raphel comprobó que era de Keli. El reflector solar provenía sin lugar a dudas del otro lado de las montañas, aunque el diseño de su estampado fuera jai. Apartó de sí esos pensamientos y estudió los tersos contornos de la piel tostada de la muchacha. Era como un ave, de rostro grácil y esbelto. Tenía los pómulos pronunciados, pero era hermosa. Ante la pregunta muda de su mirada, Raphel se quitó la bufanda. Se quedaron observándose mutuamente.

Ella fue la primera en hablar.

—Eres mucho más apuesto que en las fotos. Incluso con todos esos tatuajes.

—¿Te esperabas algo peor?

Mala se rió. Se apartó de la cara el cabello alborotado por el viento, revelando así la curva engarfiada de su garganta y su mentón.

—Pensaba que serías mayor. Eres muy joven para tratarse de un pasho. Creía que mi tía exageraba.

Raphel miró de reojo por encima del hombro a la pareja de mujeres vestidas con el azul de las casadas, que cuchicheaban atentas al menor indicio de compatibilidad.

—No. Bia' Hardez es franca en estos asuntos. Emparejó a mi primo.

—Nunca había visto un pasho tan joven.

—Mis maestros eran muy abnegados.

—¿Cuánto tiempo pasaste en Keli?

—Diez años.

Mala sacudió la cabeza.

—Yo no hubiera durado ni una semana. Toda esa agua. Mi abuelo me contó que allí llueve durante meses seguidos.

—Es muy bonito. Al tocar los lagos, la lluvia forma anillos, miles y miles de ondas que los cubren por completo. Puedes acudir a los puentes de mármol y dejarte acariciar por las gotas de lluvia, tan delicadas como plumas.

La muchacha volvió la mirada hacia la antigua ciudad.

—Jamás podría vivir con tanta lluvia. —Sus ojos se mantuvieron fijos en las ruinas ennegrecidas—. Dicen que los keli se saludan estrechando la mano. Que lo hacen incluso con los desconocidos. Y que comen pescado.

Raphel asintió.

—Es cierto. Lo he visto.

Mala envolvió los brazos a su alrededor y se estremeció.

—Qué asco. Bia' Hardez me ha contado que tu abuelo preferiría verte muerto antes que consentir tu regreso.

Raphel se encogió de hombros.

—Es muy tradicional. No le gusta que haya ido a Keli.

—Muchas familias se alegrarían de acoger a un pasho en su seno.

—Habrás oído hablar de mi abuelo.

—Sí, claro. Uno de los míos pereció en Keli durante su cruzada. Cuando incendiaron la ciudad.

Raphel pensó en las muescas de la estatua de Milliner y se preguntó si el abuelo de Mala habría sido uno de los garfios que intentó derribarla. O si habría recorrido las bibliotecas de los pasho como un huracán, quemándolo todo y colocando las cabezas de los pasho decapitados junto a los bustos de Platón y Einstein. Apartó de sí esos pensamientos.

—¿Entonan canciones por él en la Caldera de Piedra?

—Por supuesto. Es bien recordado.

—Me alegro.

Mala se giró de nuevo hacia él, calculadores sus ojos perfilados de negro.

—Mi tía opina que un pasho sería un buen partido para mí. —Se interrumpió y se apartó el pelo del rostro. Volvió a contemplar las ruinas de la ciudad, a lo lejos, antes de mirarlo a él otra vez. Se encogió ligeramente de hombros.

Al cabo, Raphel dijo:

—Pero tú no opinas lo mismo.

—Una mujer debería desposarse con alguien de su tierra natal.

—La Cuenca todavía es mi hogar.

—Pero tu abuelo te repudia. Mi familia es muy tradicional.

—Tu tía no ve ningún problema.

—Ella no vive en la Caldera de Piedra. Debo responder ante mi familia. —Sacudió la cabeza estudiándolo—. Hay algo en ti que no encaja. Algo que no es jai.

Raphel frunció el ceño.

—¿Y de qué crees que se trata?

Mala ladeó la cabeza, examinándolo.

—No sabría decirlo. Quizá Keli haya dejado su huella en tu interior. Quizá alguna rosa acuática haya capturado tu corazón, alguna muchacha de trenzas negras y

caderas ceñidas por un cinturón dorado. Tengo entendido que esas muchachas keli son blandas. No como las jai. No como las chicas del desierto. Nosotras somos rapaces. Ellas, delicados gorriones. —Se rió—. No. No creo que seas el hombre indicado para mí. Soy una muchacha tradicional.

Raphel se rió a su vez.

—¿Crees que eres tradicional? Llevas puesta una bufanda keli, te pintas los ojos como las muchachas de Keli, ¿y aun así te consideras jai?

Mala se encogió de hombros.

—No esperaba que lo entendieras.

—Soy jai. Mi garfio conserva su filo.

—Si tú lo dices. —Mala sacudió la cabeza—. Vuelve a Keli, Raphel. Busca una blanda muchacha acuática que te ame a pesar de las asperezas del desierto que aún queden en ti. Tu abuelo tiene razón. Éste no es tu hogar. —Se cubrió el rostro con la bufanda.

Raphel la vio alejarse de él, moldeadas sus faldas sobre sus caderas acariciadas por el viento. Por un momento se imaginó que la seguía, pero se obligó a permanecer en su sitio. Perseguirla solo le reportaría más humillación. Giró sobre los talones y se marchó antes de que las vigilantes carabinas pudieran darse cuenta de que había sido rechazado.

La senda del pasho no se limita a la simple lectura. El conocimiento entraña sus riesgos. Esto es algo que sabemos desde la Primera Edad, cuando la gente estudiaba cada vez más y más deprisa, como hormiguitas. Lo sabemos porque ha perdurado muy poco de todo lo que construyeron. El conocimiento es un arma de doble filo. Cada ventaja conlleva un inconveniente. Cada bondad, un mal. Los descuidos y las soluciones complacientes conducen al caos.

A ningún pasho le corresponde sin más el saber acumulado, sino que debe ganárselo. Nuestras bibliotecas están cerradas con llave y los conceptos de su interior se dividen en niveles de logro. No guardamos estos saberes con tanto celo porque estemos ávidos de poder, como a menudo nos acusan desde el exterior. Los guardamos porque los tememos.

El proceso de transformación en pasho no es un proceso de estudio, sino de sabiduría. Milliner sabía que los conocimientos debían distribuirse de nuevo, pero esta vez sin la destrucción que antes los acompañaba. El saber y la tecnología no son herramientas que puedan proporcionarse al primero que las solicite. Esa

senda solo conduce al desastre. Lo vimos en la Primera Edad. Avanzamos demasiado rápido y fuimos castigados por ello. Esta vez avanzaremos más despacio, como tortugas, y rogaremos para que no se produzca una Segunda Purga.

PASHO CHO GAN, EM 580
(La sabiduría de los pasho, vol. XX)

—Ayer acudí a una cita de emparejamiento.

El Viejo Gawar estaba sentado ante la puerta de su haci, rodeado de guindillas rojas puestas a secar. Raphel tosió al aspirar el aire saturado con el aroma de las especias. El anciano esbozó una sonrisa torcida mientras cogía un puñado de guindillas de pilas distintas y las giraba con gesto especulador entre los dedos sarmentosos, antes de meterlas en el mortero y molerlas hasta obtener un polvo rojo que vertió en una urna de arcilla.

—Así que mi nieto viene a verme de nuevo, ¿eh?

—¿Qué le has contado a Bia' Hardez?

El anciano se rió.

—Mala te ha rechazado, ¿verdad? —Estudió la expresión de enfado de Raphel en busca de una respuesta antes de continuar moliendo las guindillas, sacudiendo la cabeza y sonriendo—. Incluso la descerebrada de tu madre tendría que haber sabido que no debía presentarte a esa muchacha.

—Envenenaste mi nombre para ella.

Su abuelo se rió y redujo a polvo otro puñado de guindillas.

—Eso nunca. —Sus vigorosos movimientos levantaron penachos de polvo rojo mientras hablaba—. Pero no me sorprende. Su abuelo combatió conmigo. Murió como un león del desierto. Cruzamos juntos los puentes de Keli. Asaltamos sus torres. Mala es demasiado orgullosa para aceptar un comedor de pescado por marido. No sé en qué estaba pensando tu madre. Soy valiente, pero jamás enviaría mis garfios a una batalla perdida de antemano. —Vertió más guindillas molidas en la urna—. Deberías visitar a la familia Renali. Tienen una hija.

—¿Los que venden vino de arroz de Keli? —Raphel frunció el ceño—. Me subestimas.

El anciano se carcajeó.

—¿Sí? ¿Mi nieto es jai, después de todo?

—Nunca he sido otra cosa.

—¿Incendiarias Keli?

—No estamos en guerra.

—La guerra nunca termina. Sus mercancías y sus gentes están cada vez más cerca de nosotros. Incluso las muchachas decentes como Mala utilizan bufandas de Keli. ¿Cuánto tardaremos en ser igual que los kai, otra tribu que se comporta, se viste y habla igual que los keli? Las guerras como esta no se acaban nunca. Si quieres demostrar que eres jai, me ayudarás a luchar de nuevo, a poner a Keli en su sitio.

Raphel se rió.

—¿Qué guerra podrías librar tú?

La mirada del Viejo Gawar saltó a Raphel brevemente, antes de volver a clavarse en el mortero. Una sonrisa aleteó en las comisuras de sus labios.

—Mi cuchillo curvo todavía tiene filo. Los poblados de la cuenca aún escuchan mis consejos. Son muchos los que estarían dispuestos a luchar contra Keli. Si eres jai, nos ayudarás.

Raphel sacudió la cabeza.

—Los pasho no fomentan la guerra. Si quieres conseguir más agua para la aldea, te puedo ayudar. Si quieres alimentar mejor a nuestros niños, también eso estaría en mi mano. Pero me pides algo que no puedo darte.

—¿No puedes? ¿O no quieres? —El anciano estudió a Raphel y sonrió, dejando al descubierto sus desgastados dientes amarillos—. El omnisciente y omnipotente saber de los pasho. —Escupió—. Una mano abierta con un ojo, la otra a la espalda con una soga. Fíjate en los sucios kai, sojuzgados ahora por Keli. Ellos aceptaron vuestros conocimientos.

—Antes de nuestra llegada eran analfabetos, carecían de higiene. Se morían de hambre. Ahora están sanos y viven con comodidad.

—Y son indistinguibles de los keli. Los pasho llegaron, les enseñaron a leer y ya no son kai. —Volvió a escupir.

Raphel inclinó la cabeza.

—Dices que mis conocimientos pertenecen a los keli, y sin embargo solo tendrás razón si abandonamos esos conocimientos en sus manos. Si los empleamos por el bien de los jai, serán jai. El saber no entiende de amos. Desprecias las bufandas electrostáticas de los keli, pero te niegas a aprovechar mis conocimientos.

—Los jai no trabajan en fábricas. No somos comerciantes. Sembramos durante la estación de lluvias. Luchamos durante la estación seca. Eso es ser jai.

—Entonces Jai se convertirá en un recuerdo, y Keli prosperará.

El anciano se rió.

—No, Keli arderá, y nosotros escribiremos su epitafio en el fango de ese lugar purulento. Ya he desplegado garfios por todos los rincones de la cuenca. Responderán a mi llamada a miles. No pongas esa cara de sorpresa. Keli intenta abarcar

demasiado. Sus norias rodantes, sus bufandas, su licor y sus emisoras de radio lo invaden todo. Si en verdad eres jai, nos ayudarás a arrasar Keli de una vez por todas.

—Los pasho somos neutrales. No fomentamos la guerra.

El anciano agitó una mano en dirección a Raphel, irritado. El residuo de las guindillas molidas la teñía de rojo.

—¿De veras piensas que no fomentáis la guerra? ¿Tan solo porque la sangre no corre por nuestros callejones? ¿Bufandas electrostáticas y cosméticos de Keli un día, auriculares al otro? Los regalos que los pasho le hacéis a Keli nos están matando poco a poco. ¿Cómo terminará esto? ¿Con los jai comiendo pescado? Estamos en guerra, no lo dudes, afirméis lo que afirméis los pasho y vuestros protegidos. —Sus ojos negros se endurecieron mientras miraba a Raphel—. Si eres jai, usarás los conocimientos que llevas grabados en la piel para ayudar a los jai, y lucharás a nuestro lado.

Raphel frunció el ceño.

—¿Qué conocimientos son esos que tanto ambicionas, abuelo? ¿La forma de llenar de radiación los lagos y los peces de Keli, algo que haga enfermar a sus mujeres y esterilice a sus hombres? ¿Un virus que responda a su climatología? ¿Algo que deje sus puentes acuáticos sembrados de cadáveres y nada salvo viento en los mil lagos? —Raphel agitó una mano hacia el límite del poblado—. ¿Qué nos dice la antigua ciudad, si buscamos un poder tan destructivo? Incluso ahora debo sentarme a cinco pasos de ti, gracias a los errores del pasado.

—No me sermonees, mocoso. Aprendí las primeras mil estrofas sin ayuda de nadie.

—Antes de intentar destruir todo cuanto habían construido los pasho. Como un niño frustrado que rompe la arcilla porque no se moldeaba a su antojo.

—¡No! ¡Fui yo el que no se dejó moldear! Su plan maestro conduce a la muerte de los jai. Dentro de mil años, ¿habrá algo que nos distinga de los keli? ¿Lucirán nuestras mujeres cinturones de plata, y las tuyas tal vez pulseras de oro en las muñecas? Y entonces ¿qué? ¿Qué será de los jai?

Raphel sacudió la cabeza.

—No puedo darte lo que me pides. Con esos conocimientos, un puñado de hombres podría barrer lo que queda de nosotros de la faz del planeta. Los pasho controlamos el saber ahora. Nuestros antepasados avanzaban rápido, demasiado rápido, impacientes como hormigas. Nosotros ahora avanzamos despacio, con cautela. Sabemos que el conocimiento no es más que un océano temible que debemos surcar, con la esperanza de encontrar la sabiduría al otro lado. No es ningún juguete que podamos someter a nuestros caprichos.

El Viejo Gawar hizo una mueca.

—Elegantes palabras.

—Retórica. Un pasho debe saber expresarse si no quiere perecer en tierras lejanas.

—Habláis bien para encubrir vuestras turbias acciones. Permitís que la fiebre amarilla se lleve a los niños, y que los hombres se desangren a causa de sus heridas de guerra. Solo podemos intuir el conocimiento que ya poseéis. Sabemos que tenéis las llaves de mil cerraduras, y que las repartís frugalmente, según el plan de los pasho. —El anciano cogió una guindilla y la soltó dentro del mortero. Tomó otra y la dejó caer junto a su hermana—. Muy frugalmente.

Miró a Raphel.

—No quiero los conocimientos que los pasho consideran apropiados. Quiero que los jai sobrevivan. Cuando los keli caigan en el olvido y los kai sean recordados como esclavos, quiero que los jai escriban la historia. Los jai beben mez. No nos ponemos ni oro ni plata. Escribimos epitafios de polvo para nuestros enemigos exterminados y vemos cómo los barre el polvo del desierto. Eso es lo que significa ser jai. Los pasho pretenden acabar con todo esto y convertirnos en una raza de lacayos desdentados. No lo consentiré. Hazme caso, nieto, Keli arderá. Y lo mejor de todo es que arderá porque los keli no consiguieron extraer el conocimiento necesario para la guerra de vuestros egoístas puños tatuados. —El anciano sonrió sin despegar los labios—. Sin que sirva de precedente, debo daros gracias a los pasho por vuestra neutralidad. Me viene de perlas. Vuelve a Keli, nieto. Diles que Gawar Ka' Korum se acerca de nuevo.

Un pasho siempre debe mostrarse respetuoso con su circuito. Es natural que la gente se resista a la presencia y las ideas de un forastero. En todos los casos, la paciencia y la sutileza serán las mejores herramientas del pasho. Nuestra labor se extiende ya desde hace generaciones, y habrán de transcurrir muchas más antes de completarse. No tenemos prisa. La precipitación fue la ruina de nuestros antepasados. Intuimos, avanzamos despacio, esperamos. Si no somos bien recibidos en un lugar nuevo, deberemos proseguir nuestro camino y aguardar su invitación. Si nos sale al paso algún reto, deberemos soslayarlo. El conocimiento y la influencia son frágiles. La neutralidad, la integridad y la humanidad que cimentan nuestra reputación sustituyen al acero y las trampas sónicas. Los hombres hacen la guerra. Los pasho, jamás.

PASHO NALINA DESAI, EM 955

(Lección 121: Sobre la etiqueta de viaje en los circuitos)

Las lluvias llegaron al noveno día del regreso de Raphel. El horizonte se cubrió de gruesos nubarrones plomizos que se acumularon hasta ocultar el firmamento hacia el sur. Cruzaron la cuenca con los vientres rebosantes de agua. Lentamente se abrieron, y el aire se tiñó con la pintura gris del agua al caer. Las planicies amarillas se oscurecieron cuando el sol desapareció tras las nubes vertiginosas. Las gruesas gotas de agua levantaban penachos de polvo. Minutos después, ese mismo polvo se convirtió en barro mientras el agua se precipitaba en tromba del cielo. Al décimo día del cuarén de Raphel, una fina pátina de hierba brillante, prácticamente fosforescente en su esplendor de recién nacida, tupía los ocres aledaños del poblado mientras se perpetuaba el diluvio.

En el haci familiar, la madre de Raphel preparaba un banquete de celebración doblemente festivo por la llegada del agua. Alrededor de la chimenea proliferaban las fuentes de cordero con especias, yogur frío y espesa sopa de judías rojas. La mujer veía llover con una sonrisa, removía las cazuelas sobre el fuego y no protestaba porque la leña recogida en las colinas lejanas se hubiera humedecido con la inesperada tromba de agua. Extendía la mano a menudo para tocar a Raphel, un gesto prácticamente supersticioso que repetía una y otra vez, cerciorándose de que su hijo volvía a estar de veras en casa.

Por la tarde, le encargó que buscara a su abuelo. Lo mandó con un paraguas que había comprado a un mercader keli, un chisme grande y negro. Cuando Raphel protestó, alegando que no le importaba la lluvia, chasqueó la lengua y lo sacó del haci a empujones, diciendo que si alguien sabía hacer un paraguas eran los keli, y que utilizarlo no suponía ninguna deshonra.

Raphel cruzó el poblado esquivando los callejones inundados y las cortinas de agua que caían de los tejados de los haci. Los relámpagos restallaban sobre su cabeza. Los truenos retumbaban a lo lejos. Una muchacha vestida de rojo y negro corría por la callejuela hacia él, sonriendo al ver su cara descubierta, despojada ya de la máscara electrostática. El paraguas protegía a Raphel de la mayor parte del diluvio, pero la chica estaba empapada y saltaba a la vista que no le importaba. Raphel se giró para observar mientras ella saltaba con premeditación en los charcos y los regueros amarillos, salpicando barro y agua en todas direcciones, riéndose de la humedad.

El patio de su abuelo estaba desierto, llevadas adentro las guindillas rojas. Raphel se quedó fuera, chorreando.

—¿Abuelo?

—¿Todavía estás aquí? —La voz ronca sonó sorprendida.

Raphel apartó la cortina y entró en el haci. Sacudió consideradamente el paraguas al otro lado del portal y lo dejó apoyado en el exterior. Su abuelo estaba sentado junto a la chimenea, trabajando en otro cuchillo curvo. Varios de ellos yacían en torno a sus pies, relucientes de aceite y afilados.

—Bia' quiere invitarte a cenar.

El anciano soltó un bufido.

—Se niega a vivir en mi haci pero me invita a cenar. —Levantó la cabeza y estudió el rostro descubierto de Raphel—. ¿Ya has completado el cuarén?

—Hoy mismo.

—Llegas y la tierra reverdece. Sospechoso. Y no te has ido a Keli.

Raphel suspiró. Se sentó en el suelo de tierra prensada, a los pies de su abuelo.

—Soy jai, abuelo. Pienses lo que pienses, este es mi hogar. He venido para quedarme.

—Me alegra verte la cara, supongo. A pesar de los tatuajes.

Raphel escurrió el dobladillo empapado de su hábito. Estaba salpicado de barro. El agua se derramó entre sus dedos.

—Por fin me siento como en casa. —Miró a la calle, a la cortina de agua plomiza que caía del tejado del haci—. Es asombroso que antes aborreciera el sonido de la lluvia. En Keli llovía todo el tiempo y a nadie le importaba. O lo odiaban. Para mí, es el sonido más bonito que existe.

—Hablas como un jai. Si empuñaras tu garfio, casi creería que encajas aquí.

Raphel sacudió la cabeza y sonrió.

—Los pasho son neutrales, abuelo.

El anciano soltó una carcajada burlona. Agarró la botella de mez.

—Entonces bebe conmigo, pasho.

Raphel se levantó.

—Esta vez te lo serviré yo a ti. Como debería haber hecho el día en que llegué.

—¿Y quebrantar el cuarén? De ninguna manera.

Raphel tomó la botella de manos de su abuelo y posó las copas de arcilla en el suelo.

—Tienes razón. Deberíamos respetar las antiguas costumbres. Es lo que nos distingue de los keli. Somos fieles a nuestra historia. —Las largas mangas de sus hábitos de pasho envolvieron las tazas gemelas cuando empezó a servir.

—No lo derrames —lo regañó su abuelo.

Raphel sonrió. Apartó las mangas de en medio.

—Todavía no me he acostumbrado a los hábitos. —Terminó de verter el brillante licor cristalino en las tazas y le ofreció una a su abuelo tras cerrar la botella con cuidado.

Elevaron las tazas al cielo, derramaron unas gotas en honor de sus ancestros y bebieron a la vez. Instantes después, la taza de Gawar cayó de su mano insensibilizada. Se hizo añicos. Los fragmentos de arcilla rodaron por la tierra prensada. Las mandíbulas del anciano se bloquearon. El aire silbó entre sus dientes apretados mientras pugnaba por respirar.

—¿Mez? —consiguió susurrar a duras penas.

Raphel inclinó la cabeza en actitud compungida y juntó las palmas de las manos en señal de despedida.

—Sin destilar. Una muerte perfectamente común entre los jai. Tenías razón, abuelo. La guerra nunca se acaba. Tú se lo enseñaste a los pasho. No lo han olvidado. Todavía pueblas sus pesadillas.

Su abuelo hizo una mueca y escupió un puñado de palabras entre los dientes apretados.

—¿Los pasho se han aliado con Keli?

Raphel se encogió de hombros, contrito.

—Debemos proteger el conocimiento. Abuelo... —Se interrumpió cuando el Viejo Gawar sufrió un espasmo. Un reguero de saliva escapó entre sus labios. Raphel se inclinó hacia él y usó la manga de su hábito blanco para enjugar las babas del anciano convulso—. Lo siento, abuelo. Los keli son demasiado blandos como para sobrevivir a la cruzada de los jai. Los masacraríais como a cabras y reduciríais todo el trabajo de los pasho a cenizas: las bibliotecas de Keli, sus hospitales, sus fábricas. Los pasho no podemos permitirnos el lujo de librar una guerra abierta. El mez nos parecía una alternativa más deseable.

Su abuelo lo observaba con los ojos desorbitados, sin habla. Gruñó, intentando formar alguna palabra. Raphel sostuvo la mano del anciano cuando le sobrevino otro espasmo. El anciano pugnaba por decir algo. Raphel se agachó para escuchar sus susurros.

—Nos has traicionado a todos.

Raphel sacudió la cabeza.

—No, abuelo, solo a ti. El saber es patrimonio tanto de los jai como de los keli. Tu despiadada cruzada solo les habría legado cenizas a nuestros hijos. Ahora, en vez de a luchar, enseñaré a nuestro pueblo a excavar vías de agua y a sembrar cultivos capaces de capear los días más abrasadores de la estación seca, y prosperaremos. No temas, abuelo, sigo siendo jai, con independencia de lo que te parezcan mis tatuajes de pasho. Tu garfio se ha embotado, pero el mío conserva su filo.

El cuerpo del Viejo Gawar se crispó. Su cabeza se ladeó sin fuerza. Raphel enjugó la espuma delatora de los labios de su abuelo, el último residuo de su tránsito. Fuera, la lluvia caía incesante, suavizando el aire y empapando el suelo sediento con las fértiles aguas de la estación húmeda.

EL FABRICANTE DE CALORÍAS

—No tengo ni mami ni papi, soy un pobre desgraciado. ¿Dinero? ¿Me das dinero? — El granujilla ejecutó una voltereta con salto mortal en plena calle, envolviendo su desnudez en un remolino de polvo amarillo.

Lalji se paró a mirar fijamente al mugriento chiquillo rubio que había ido a aterrizar a sus pies. La atención pareció alentar al golfillo, que dio otra voltereta en el aire. En cuclillas, dedicó a Lalji una sonrisa ávida y calculadora, con el rostro surcado de regueros de sudor mezclado con barro.

—¿Dinero? ¿Me das dinero?

A su alrededor, el silencio reinaba casi por completo en la ciudad adormilada por el calor vespertino. Un puñado de campesinos ataviados con petos conducía sus mulís a los cultivos. Los edificios, improvisados a partir de fragmentos de WeatherAll, se apoyaban unos en otros como borrachos, descoloridos por la lluvia y astillados por el sol, pero, como implicaba la marca registrada del material con el que estaban fabricados, resistían contra viento y marea. Al final de la estrecha calzada comenzaba la exuberante extensión de HiGro y SoyPRO, un susurrante manto ondulado que se perdía de vista bajo el techo celeste del horizonte. La aldea era prácticamente idéntica a todas las demás que Lalji había visto en su viaje río arriba, un simple enclave agricultor más que cumplía con sus obligaciones derivadas del uso de la propiedad intelectual ajena y exportaba calorías corriente abajo, a Nueva Orleans.

El muchacho se acercó gateando, sonriendo conciliador y asintiendo con la cabeza como una serpiente en actitud intimidatoria.

—¿Dinero? ¿Dinero?

Lalji metió las manos en los bolsillos por si acaso el pequeño pordiosero tenía amigos y concentró toda su atención en el chico.

—¿Y por qué tendría que darte a ti nada?

El niño se lo quedó mirando fijamente, desconcertado. Abrió la boca y volvió a cerrarla sin emitir ningún sonido. Al cabo, retomó aquella parte de su retahíla con la que estaba más familiarizado.

—¿Ni mami ni papi? —Pero su tono ahora era dubitativo y carecía de convicción.

Lalji compuso un rictus de desagrado y amagó un puntapié dirigido al chiquillo, que se precipitó a un lado y se cayó de espaldas en su afán por esquivar la patada, lo que proporcionó una efímera satisfacción a Lalji. Por lo menos el mocosito tenía reflejos. Dio media vuelta y prosiguió su camino. A su espalda resonó el desgarrador lamento del granujilla:

—¡Niii maaami niii paaapi!

Lalji sacudió la cabeza, irritado. Aunque el niño imploraba que le diera una limosna, no estaba siguiéndolo. Así que no era un mendigo de verdad, después de

todo. Tan solo un oportunista, seguramente la creación accidental de algún forastero dadivoso que había visitado la aldea y no había dudado en sacar la cartera delante de cuantos pordioseros rubios menores de edad le salieron al paso. A los científicos y los terratenientes de AgriGen y Midwest Grower les gustaba hacer ostentación de su generosidad con los campesinos del núcleo de su imperio.

Entre dos chabolas escoradas, Lalji atisbó otra estampa de las frondosas olas de HiGro y SoyPRO. El espectacular despliegue de calorías suscitaba estimulantes fantasías de barcazas llenas a rebosar cruzando las compuertas de San Luis o Nueva Orleans y depositando su carga en las expectantes trompas de los megodontes. Era imposible, pero el espectáculo de aquellos campos esmeraldas garantizaba que ningún chiquillo pudiera mendigar de forma convincente aquí. No rodeado de SoyPRO. Lalji sacudió la cabeza de nuevo, irritado, y se adentró en un callejón que discurría entre dos casas.

El tufo acre de los aceites de WeatherAll excretados congestionaba el umbrío pasaje. Una pareja de cheshires confiados en lo poco transitado de su cobijo se desbandaron y parpadearon delante de él, desmaterializándose a plena luz del sol. Justo detrás, un taller cinético se reclinaba en sus decrepitos vecinos, añadiendo los efluvios del estiércol y el sudor animal a la pestilencia del WeatherAll. Lalji empujó la plancha que hacía las veces de puerta y entró en la tienda.

Lánguidas saetas de luz dorada rasgaban la hedionda penumbra dulzona. Un par de pósters pintados a mano se adherían como pústulas a una de las paredes, raídos pero legibles aún. Uno de ellos rezaba: «Las calorías sin certificado no alimentan a nuestras familias. Solo aceptamos recibos reales y sellos de PI». Un campesino y su prole se erguían con la mirada vacía bajo las aleccionadoras palabras. El patrocinador era PurCal. El otro anuncio mostraba el emblemático collage de AgriGen, consistente en muelles percutores, verdes hileras de SoyPRO bañadas por el sol y niños risueños, todo ello aderezado con las palabras: «Proveemos de energía al mundo entero». Lalji estudió los carteles con expresión agria.

—¿Ya has vuelto? —El dueño apareció procedente de la sala de bobinado, limpiándose las manos en los pantalones y sacudiéndose el barro y las briznas de heno de las botas. Observó a Lalji—. Había poco acumulado en los muelles. He tenido que cebar más a los mulís para conseguirte los julios que querías.

Lalji se encogió de hombros. Este regateo en el último momento no lo pillaba por sorpresa. Era algo tan propio de Shriram que ni siquiera logró reunir el interés necesario para sentirse ofendido.

—¿Sí? ¿Cuánto?

El hombre miró a Lalji con los párpados entornados y agachó la cabeza, a la defensiva.

—Q-quinientos. —Ni siquiera fue capaz de pronunciar la cifra sin tartamudear,

como si a él mismo le sorprendiera la magnitud de la codicia que pugnaba por escapar de su garganta.

Lalji frunció el ceño y se atusó el bigote. Era un escándalo. Ni siquiera había tenido que importar las calorías. La aldea rebosaba de energía. Y a pesar de lo que predicaran los carteles del hombre, era dudoso que las calorías que alimentaban su taller cinético fueran igual de virtuosas. No con aquellos tentadores campos verdes que se mecían a escasos metros del establecimiento. Shriram decía a menudo que emplear calorías con certificado era como tirar el dinero a un pozo de fermentación de metano.

Lalji volvió a atusarse el bigote mientras se preguntaba cuánto podía pagar por los julios sin hacerse notar en exceso. La aldea debía de estar acostumbrada a la visita de personas adineradas para que el técnico cinético fuera tan ambicioso. Fabricantes de calorías, lo más probable. No tendría nada de extraño. La ciudad se encontraba cerca del centro. Quizá incluso esta aldea estuviera implicada en el cultivo de las joyas de la corona de los monopolios energéticos de AgriGen. Aun así, no todo el mundo que pasara por aquí podía tener tanto dinero.

—Doscientos.

El técnico cinético exhibió una sonrisa de alivio cuajada de amarillentos dientes torcidos, visiblemente aliviado su sentimiento de culpa por la contraoferta de Lalji.

—Cuatro.

—Dos. Puedo atracar en el río y dejar que mis tensadores se encarguen del trabajo.

El hombre soltó un bufido.

—Tardarían semanas.

Lalji encogió los hombros.

—No me corre prisa. Vuelve a verter los julios en tus muelles. Lo haré yo mismo.

—Tengo bocas que alimentar. ¿Tres?

—Vives al lado de más calorías que algunas de las familias más acaudaladas de San Luis. Dos.

El hombre meneó la cabeza, contrariado, pero condujo a Lalji a la sala de bobinado, donde el olor a estiércol flotaba con más intensidad en el ambiente. En un rincón ensombrecido se erguían grandes tambores cinéticos, dos veces más altos que una persona. El barro y los excrementos chapaleaban alrededor de sus muelles percutores de precisión de gran capacidad. El sol se colaba por los resquicios del techo allí donde habían volado las tejas. Motas de estiércol flotaban arremolinándose lánguidamente en el aire.

Media docena de mulís hiperdesarrollados se encorvaban sobre sus cintas transportadoras, bombeando el aire despacio con sus huesudas cajas torácicas, veteados sus flancos de salobres regueros de sudor exprimido por el esfuerzo de

accionar los muelles de la embarcación de Lalji. Resoplaron con las ventanas de la nariz dilatadas, enervados por el inesperado rastro de Lalji, y flexionaron las piernas regordetas bajo el cuerpo. Unos músculos como rocas rodaron bajo sus pellejos tirantes cuando se pusieron de pie. Observaron a Lalji con la mirada cargada de resentimiento y algo parecido a la inteligencia. Uno de ellos enseñó unos grandes dientes amarillos a juego con los de su dueño.

Lalji hizo una mueca de asco.

—Dales de comer.

—Ya lo he hecho.

—Se les marcan los huesos. Ponles más comida si quieres ver mi dinero.

El hombre arrugó el entrecejo.

—Qué más dará que no estén lustrosos mientras tensen los puñeteros muelles. — Pero echó dos puñados de SoyPRO en los baldes que hacían las veces de comederos.

Los mulís hundieron la cabeza en los cubos, babeando y gruñendo de ansiedad. En su afán, uno de ellos adelantó un pie en la cinta transportadora, enviando así energía a los agotados muelles de almacenaje del taller cinético antes de darse cuenta de que nadie requería sus servicios y podía comer sin ser molestado.

—Pero si ni siquiera están diseñados para engordar —refunfuñó el técnico.

Lalji sonrió ligeramente mientras contaba su fajo de billetes azules y entregaba el dinero al dueño del taller, que desinstaló los muelles percutores de las cintas transportadoras y los amontonó junto a los sufridos mulís. Lalji levantó uno de los muelles con un gruñido de esfuerzo. Su masa era la misma que tenía cuando lo trajo al taller de tensado, pero ahora era como si vibrara con la energía condensada por los mulís.

—¿Quieres que te eche una mano con eso? —El tipo no se movió. Su mirada se posó por un instante en los comederos de los mulís, sopesando aún la posibilidad de interrumpir su festín.

Lalji tardó en contestar mientras observaba cómo los mulís apuraban hasta la última migaja de calorías.

—No. —Volvió a levantar el muelle, afianzando mejor su presa esta vez—. Mi ayudante vendrá a por los demás.

Mientras se dirigía a la puerta oyó cómo el hombre alejaba los baldes a rastras entre los resoplidos de protesta de los mulís. No por primera vez, Lalji se arrepintió de haber accedido a realizar este viaje.

Fue Shriram el que propuso la idea. Estaban sentados bajo el toldo del porche de Lalji en Nueva Orleans, escupiendo salivazos teñidos de areca a las cunetas del callejón y viendo caer la lluvia mientras jugaban al ajedrez. Al fondo del pasaje, los rickshaws y las bicicletas circulaban envueltos en el gris de la media mañana, emitiendo destellos

verdes, rojos y azules al cruzar la boca del callejón bajo ponchos de polímero de maíz brillantados por el agua.

La partida de ajedrez era una tradición que databa de varios años atrás, un ritual que había surgido cuando Lalji vivía en la ciudad y Shriram disponía de tiempo libre lejos de la modesta fábrica cinética donde tensaba muelles domésticos y navales. Su amistad era sincera, y también fructífera cuando Lalji tenía calorías sin certificado que debían desaparecer sin dejar rastro en las fauces de algún megodonte voraz.

A ninguno de los dos se les daba bien el ajedrez, por lo que sus partidas a menudo degeneraban en una serie de capturas que se sucedían a velocidad de vértigo; una cascada de destrucción que convertía el tablero previamente tan esmerado en un campo de batalla sin orden ni concierto, con ambos oponentes parpadeando sorprendidos, intentando calcular si había merecido la pena que el combate se saldara con aquella carnicería. Fue después de uno de estos devastadores tira y afloja cuando Shriram le preguntó a Lalji si no le importaría remontar el río. Más allá de los estados del sur.

Lalji sacudió la cabeza y lanzó un escupitajo bermellón a la desbordada cuneta.

—No. Allí arriba no hay beneficios que obtener. Hacen falta demasiados julios para llegar. Es mejor dejar que las calorías bajen flotando hasta mí. —Le extrañó descubrir que todavía conservaba la reina. La usó para capturar un peón.

—¿Y si se pudieran sufragar los costes energéticos?

Lalji se rió mientras esperaba a que Shriram realizara su movimiento.

—¿Quién iba a subvencionar algo así? ¿AgriGen? ¿Los tipos de PI? Solo sus barcos realizan recorridos tan largos. —Frunció el ceño al percatarse de que el único caballo que le quedaba a Shriram amenazaba ahora a su reina.

Shriram se quedó callado, sin tocar las fichas. Lalji levantó la mirada del tablero y se sorprendió al ver que Shriram se había puesto serio.

—Estaría dispuesto a pagar. Yo y otros. Hay un tipo que a algunos de nosotros nos gustaría que viniera al sur. Una persona muy especial.

—¿Y por qué no lo traéis en un bote de remos? Remontar el río es muy caro. ¿Cuántos gigajulios se necesitan? Tendría que cambiar los muelles del barco, ¿y qué dirían después las patrullas de PI? «¿Adónde vas, indio desconocido, con tu barquito cargado de muelles? ¿Muy lejos? ¿Con qué intención?» —Lalji sacudió la cabeza—. Que venga en ferry, o en alguna barcaza. ¿No saldría más barato? —Indicó el tablero con un ademán—. Te toca mover. Deberías comerte mi reina.

Shriram movió la cabeza de un lado a otro, contemplativo, pero no acercó la mano al tablero.

—Más barato, sí...

—¿Pero?

Shriram se encogió de hombros.

—Un barco rápido y discreto llamaría menos la atención.

—¿De quién estamos hablando?

Shriram miró en rededor, furtivo de repente. Las lámparas de metano ardían como hadas azules tras el cristal perlado de gotas de agua de las ventanas cerradas de los vecinos. De los tejados se desprendían cortinas de lluvia que chapoteaban en el callejón desierto. Un cheshire en celo se desgañitaba en alguna parte, amortiguados sus gritos por el estruendo del diluvio.

—¿Está Creo dentro?

Lalji enarcó las cejas, sorprendido.

—Se ha ido al gimnasio. ¿Por qué? ¿Qué más da?

Shriram encogió los hombros y esbozó una sonrisa azorada.

—Hay cosas que conviene que queden entre viejos amigos. Entre personas estrechamente unidas.

—Creo lleva años conmigo.

Con un gruñido evasivo, Shriram volvió a mirar a su alrededor y se inclinó hacia delante, bajando la voz y obligando a Lalji a agacharse a su vez.

—Hay un hombre al que a los monopolios calóricos les encantaría encontrar. — Se dio unos golpecitos en la cabeza calva—. Un hombre muy listo. Queremos echarle una mano.

Lalji contuvo la respiración.

—¿Un pirata genético?

Shriram rehuyó la mirada de Lalji.

—Algo así. Un fabricante de calorías.

Lalji puso cara de asco.

—Mejor me lo pones para no implicarme. Yo no me relaciono con asesinos.

—No, no. Claro que no. Pero aun así... una vez trajiste aquel letrero tan grande, ¿verdad? Untaste unas cuantas manos, todo muy discreto, entraste flotando en la ciudad y de repente Lakshmi te sonrío, tu fama de salteador de calorías se dispara, y ahora encima eres un anticuario respetado. Fue una jugada maestra.

Lalji se encogió de hombros.

—Tuve suerte. Conocía a la persona adecuada para cruzar las compuertas.

—¿Y? Hazlo otra vez.

—Si las empresas calóricas andan detrás de él, sería peligroso.

—Pero no imposible. Las compuertas no supondrían ningún problema. Mucho más sencillo que transportar cereales sin licencia. O incluso algo tan grande como un letrero. Esta vez sería una persona. Ningún perro lo olisquearía dos veces. Mételo dentro de algún barril. Sería pan comido. Y te pagaría. Todos los julios que necesites y más.

Lalji chupeteó la narcótica baya de areca, escupió un salivazo rojo, después otro,

pensativo.

—¿Y qué cree un técnico cinético de segunda como tú que hará este fabricante de calorías? Los piratas genéticos trabajan para los peces gordos, y tú eres de los más pequeños.

Shriram sonrió cándidamente y encogió los hombros con expresión compungida.

—¿No crees que Ganesha Kinetic podría ser importante algún día? ¿La próxima AgriGen, tal vez? —Los dos se carcajearon ante lo absurdo de la idea, y Shriram cambió de tema.

Un guardia de PI y su perro bloquearon el camino de Lalji cuando este regresaba a su barco con el muelle percutor a cuestas. El pelaje de la fiera se encrespó ante la proximidad de Lalji mientras tiraba de la correa, esforzándose por tocarlo con el hocico tembloroso. El hombre de PI hubo de esforzarse por contener a la criatura.

—Tengo que dejar que te olfatee. —Su casco yacía en la hierba, descartado ya, pero aún sudaba oprimido por la recia tela de su uniforme ceniciento y el pesado entramado que componían las bandoleras y su pistola de resortes.

Lalji se quedó quieto. El perro profirió un gruñido gutural y avanzó unos centímetros. Le husmeó la ropa, enseñó los dientes con avidez y olfateó un poco más antes de que su pelaje negro adquiriera una iridiscente tonalidad azulada. Se relajó, meneó la cola rechoncha y se sentó. Una lengua sonrosada se descolgó entre las fauces risueñas. Lalji sonrió a su vez al animal, ceñudo, alegrándose de no llevar encima calorías de contrabando y no tener que hacer la pantomima de mostrarse obsequioso mientras el agente de PI le pedía los permisos del cargamento de cereales e intentaba verificar que hubiera pagado las regalías y las tasas de licencia correspondientes.

Aunque el guardia de PI se tranquilizó ante el cambio de color del animal, no dejó de escudriñar los rasgos de Lalji, esforzándose por reconocer en ellos alguna fotografía memorizada. Lalji esperó sin impacientarse, acostumbrado a los careos. Eran muchos los que intentaban lucrarse a costa de los honrados beneficios de AgriGen y otras empresas similares, pero que Lalji supiera, los defensores de la propiedad intelectual no tenían nada contra él. Era un mero tratante de antigüedades que comerciaba con los despojos del siglo pasado, no un salteador de calorías retratado en los álbumes de las grandes corporaciones.

Por fin, el guardia de PI le indicó que prosiguiera su camino. Lalji asintió educadamente con la cabeza y bajó las escaleras hasta el nivel inferior de la ribera, donde estaba amarrada su lancha. Pesadas barcazas con las bodegas repletas de cereales surcaban el río con parsimonia, lastradas por el exceso de carga.

Si bien el tráfico fluvial era denso, no tenía ni punto de comparación con los niveles que llegaba a alcanzar en época de cosecha, cuando el Mississippi se atestaba

de calorías transportadas corriente abajo, procedentes de cientos de ciudades como ésta. Las barcazas congestionaban las arterias del sistema de canales desde los nacimientos del Missouri, el Illinois, el Ohio y sus miles de afluentes. Algunas de esas calorías no pasaban de San Luis, donde se convertían en pasto de los megodontes y se transformaban en julios, pero el resto, la inmensa mayoría, llegaba hasta Nueva Orleans, donde el preciado grano pasaría a engrosar los albaranes de los grandes veleros y dirigibles de las fábricas de calorías. Desde allí cruzarían el mundo por aire y por mar, a tiempo para la siguiente temporada de siembra, para que el mundo pudiera seguir teniendo algo que llevarse a la boca.

Lalji contempló las barcazas que se deslizaban despacio, bamboleándose, abotargadas de tesoros, levantó su muelle percutor y saltó a bordo de la lancha.

Creo estaba tumbado en la cubierta tal y como lo había dejado Lalji, ungido y reluciente al sol su cuerpo musculoso, un Áryuna rubio a la espera de la gloria de la batalla. Las trenzas enmarcaban su cabeza como un halo; los trozos de hueso que remataban sus puntas se esparcían sobre el suelo cálido como las tabas de un adivino. Sus párpados no temblaron siquiera ante la llegada de Lalji, que se interpuso entre el sol y Creo, eclipsando la sesión de bronceado. Lentamente el joven abrió los ojos azules.

—Arriba. —Lalji soltó el muelle encima de los abultados abdominales de Creo.

Éste dejó escapar un soplido y rodeó el mazacote con los brazos. Se sentó con agilidad y lo dejó en la cubierta.

—¿Y los demás muelles? ¿Tensados?

Lalji asintió con la cabeza. Creo cogió el muelle y bajó la estrecha escalera de la embarcación que conducía a la sala de máquinas. Cuando regresó, después de instalar el muelle en los engranajes del sistema de propulsión de la lancha, dijo:

—Tus muelles son una mierda, hasta el último de ellos. No sé por qué no trajiste unos más grandes. Tenemos que rebobinarlos, ¿qué?, ¿cada veinte horas? Podrías haber llegado hasta aquí del tirón con un par de los grandes.

Lalji frunció el ceño y ladeó la cabeza en dirección al guardia que continuaba observándolos desde lo alto de la ribera. Bajó la voz.

—¿Y qué dirían las autoridades del Medio Oeste cuando remontáramos la corriente? Sus agentes de PI nos abordarían para preguntarnos qué hacemos yendo tan lejos, y después querrían saber qué nos proponemos con unos muelles tan grandes. ¿De dónde habéis sacado tantos julios?, dirían, y tendríamos que explicarles qué nos ha traído tan lejos. —Sacudió la cabeza—. No, no. Es mejor así. Embarcaciones pequeñas, distancias cortas, ¿y quién se preocupa por Lalji y su estúpido grumete rubio? Nadie. No, es mejor así.

—Siempre fuiste un sucio tacaño.

Lalji miró a Creo de soslayo.

—Tienes suerte de no haberme conocido hace cuarenta años. Estarías remontando este río a golpe de remo, en vez de holgazanear al sol mientras los muelles percutores hacen todo el trabajo. Entonces sí que veríamos en acción todos tus musculitos.

—Si tuviera suerte de veras, habría nacido durante la Expansión y todavía usaríamos gasolina.

Lalji se disponía a replicar cuando una lancha de PI pasó junto a ellos como una exhalación, perforando una honda estela en el agua. Creo se abalanzó sobre su alijo de armas de resortes. Lalji saltó detrás de él y cerró de golpe la tapa del baúl.

—¡No nos buscan a nosotros!

Creo miró fijamente a Lalji, sin comprender por unos momentos, antes de relajarse. Se alejó de las armas almacenadas. La lancha de PI, con la mitad de su espacio de carga dedicado a los gigantescos muelles percutores de precisión y los julios almacenados que brotaban a chorro de sus moléculas, prosiguió su rumbo río arriba. La estela encrespada que dejaba a su paso zarandeo la pequeña embarcación de Lalji, que se aferró a la barandilla mientras la lancha de PI se reducía al tamaño de una mota y se perdía de vista entre las filas de barcazas fondeadas.

Creo arrugó el entrecejo.

—Podría haberme enfrentado a ellos.

Lalji respiró hondo.

—Podrías haber conseguido que nos mataran. —Miró de reojo a lo alto del terraplén para ver si el agente de PI se había percatado de su ataque de pánico, pero ni siquiera andaba por los alrededores. Para sus adentros, Lalji dio gracias a Ganesha.

—No me gusta que anden por todas partes —se lamentó Creo—. Parecen hormigas. En la última compuerta había catorce. Ahí arriba, otro. Ahora estas barcas.

—Estamos en el corazón del territorio de las calorías. Era de esperar.

—¿Ganarás mucho dinero con este viaje?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque antes nunca te arriesgabas de esta forma. —Creo estiró un brazo para abarcar la aldea, los cultivos, la franja de aguas fangosas que los envolvía y las enormes barcazas que la abarrotaban—. Nadie viene tan lejos río arriba.

—Ganaré el dinero suficiente para pagarte. Eso es lo único que debería preocuparte. Y ahora, ve a recoger los demás muelles. Cuando piensas demasiado, se te derrite el cerebro.

Creo meneó la cabeza, dubitativo, pero salió al embarcadero de un salto y subió los escalones en dirección al taller cinético. Lalji se giró para contemplar el río. Respiró hondo.

La lancha de PI había sido un aviso. Creo tenía demasiadas ganas de pelea. Solo la suerte había impedido que terminaran convertidos en carne picada por las armas de resortes de los agentes. Sacudió la cabeza, cansado, preguntándose si alguna vez

había sido igual de temerario y confiado que Creo. Lo dudaba. Ni siquiera de pequeño. Tal vez Shriram estuviera en lo cierto. Aunque Creo fuese de fiar, eso no lo volvía menos peligroso.

Un tren de barcazas cargado de trigo de TotalNutrient pasó por su lado. Las alegres gavillas de su logotipo sonreían sobre el turbio caudal del río, prometiendo «Un mañana saludable» además de ácido fólico, vitamina B y proteínas de cerdo. Otra lancha de PI remontó el río a gran velocidad, zigzagueando entre la aglomeración de barcazas. La dotación de agentes lo estudió fríamente sobre la marcha. Lalji sintió cómo se le ponía la piel de gallina. ¿Valía la pena? Si se paraba a reflexionar, su instinto de hombre de negocios —inculcado en su casta a lo largo de milenios de tradición— le decía que no. Pero así y todo, no podía olvidarse de Gita. Cuando hacía el balance de cuentas anual en Diwali, ¿dónde encajaba todo cuanto le debía? ¿Cómo saldaba uno una deuda que pesaba más que todas las ganancias que pudiera obtener en todas sus reencarnaciones juntas?

La embarcación de TotalNutrient pasó de largo, cargada de promesas pero sin ninguna respuesta.

—Querías saber si había algo por lo que mereciera la pena ir río arriba.

Lalji y Shriram se encontraban en la sala de bobinado de Ganesha Kinetic viendo cómo una tonelada extraviada de SuperFlavor se consumía y transformaba en julios. La pareja de megodontes de Shriram cargaba sobre los tambores de bobinado con paso firme y pesado, convirtiendo las calorías recién digeridas en energía cinética y tensando los muelles de almacenamiento principales de la tienda.

Priti y Bidi. Las colosales criaturas guardaban escaso parecido con los elefantes en los que se inspiraba su mapa de ADN. Los piratas genéticos se habían encargado de diseñar una combinación perfecta de musculatura y sed de un solo propósito: devorar calorías y realizar esfuerzos físicos demoledores sin rechistar. El hedor que desprendían era abrumador. Sus trompas dibujaban surcos en el suelo.

Los animales estaban haciéndose mayores, pensó Lalji, y pisando los talones de esa reflexión llegó otra: también él se estaba haciendo mayor. Todas las mañanas encontraba una cana nueva en su bigote. La arrancaba de inmediato, naturalmente, pero no dejaban de aparecer más. Y ahora además le dolían las articulaciones al despertarse. También la cabeza de Shriram resplandecía como la teca pulida. En algún momento se había quedado calvo. Y había engordado. Lalji se preguntó cuándo se habían convertido en dos ancianos.

Shriram repitió lo que acababa de decir, y Lalji salió de su ensimismamiento.

—No, no me interesa nada de lo que haya río arriba. Son los dominios de las empresas calóricas. Me resigno a que cuando esparzas mis cenizas sea en el Mississippi y no en las sagradas aguas del Ganges, pero no tengo tanta prisa por

reencarnarme como para arriesgarme a ver mi cadáver flotando río abajo desde Iowa.

Shriram se retorció las manos, nervioso, y miró furtivamente a su alrededor. Aunque el gemido incesante de las bobinas ahogaba cualquier otro sonido, bajó la voz para decir:

—Por favor, amigo, hay gente... que quiere... matar a este hombre.

—¿Y eso debería importarme?

Shriram agitó las manos, conciliador.

—Sabe fabricar calorías. AgriGen lo busca desesperadamente. Igual que PurCal. Les ha dado la espalda a todos. Su intelecto es valioso. Necesita a alguien de confianza para viajar río abajo. Alguien que no sienta simpatía por los agentes de PI.

—¿Tendría que ayudarlo porque es enemigo de AgriGen? ¿Algún antiguo socio de la camarilla de Des Moines? ¿Algún ex fabricante de calorías con las manos manchadas de sangre que crees que te ayudará a ganar dinero?

Shriram sacudió la cabeza.

—Hablas como si este hombre fuera un demonio.

—Estamos hablando de piratas genéticos, ¿no? ¿Qué escrúpulos se pueden esperar de él?

—Genetista, no pirata genético. Los genetistas nos dieron los megodontes. —Hizo un gesto en dirección a Priti y Bidi—. Mi sustento.

Lalji se volvió hacia Shriram.

—¿Ahora te refugias en la retórica? ¿Tú, que te morías de hambre en Chennai cuando llegó el gorgojo pirata nipón? ¿Cuando la tierra se convirtió en alcohol? ¿Antes de que U-TEX, HiGro y los demás hicieran su oportuna aparición? ¿Tú, que estabas en los muelles cuando llegaron las semillas y viste cómo los representantes de las empresas se quedaban sentados detrás de sus vallas y de sus guardias, esperando a quienes tuvieran dinero para comprarlas? ¿Cómo quieres que me relacione con alguien así? Antes escupiría a la cara de este fabricante de calorías. Por mí, los demonios de PurCal pueden hacer con él lo que les apetezca.

La ciudad era tal y como Shriram la había descrito. Los álamos y los sauces jalonaban las márgenes del río, y por encima de ellos, los vestigios de un puente señoreaban aún sobre las aguas en un difuminado entramado de vigas rotas y pilares decrepitos. Lalji y Creo contemplaron fijamente la construcción oxidada, una telaraña de acero, cables y cemento condenada a hundirse lentamente en el río.

—¿Cuánto calculas que vale todo ese acero? —preguntó Creo.

Lalji se llenó los carrillos con un puñado de pipas de girasol PestResis y empezó a triturarlas con los dientes. Escupió las cáscaras al río de una en una.

—Poco. Extraerlo y fundirlo costaría demasiado dinero. —Sacudió la cabeza y escupió otra cáscara—. Emplear acero para construir algo así es un despilfarro. Los

durámenes de Fast-Gen o WeatherAll salen más rentables.

»Aunque no para cubrir esa distancia. Ahora sería impensable. A menos que fuera en Des Moines, tal vez. He oído que allí todavía queman carbón.

»Y tienen farolas eléctricas que se pasan toda la noche encendidas, y ordenadores tan grandes como una casa. —Lalji hizo un ademán despectivo y terminó de amarrar la lancha—. ¿Quién necesita un puente así ahora? Qué derroche. Un ferry y un mulí harían el mismo servicio. —Bajó a la orilla de un salto y empezó a trepar por los desvencijados escalones que surgían del agua. Creo lo siguió.

En lo alto del escarpado ascenso los aguardaba un suburbio en ruinas. Construido para servir a las ciudades de la otra orilla del río cuando viajar para ir al trabajo era algo común y el combustible barato, ahora languidecía en un avanzado estado de decrepitud. Una ciudad basura levantada con materiales basura, tan insustancial como el agua, abandonada voluntariamente cuando el transporte motorizado se volvió demasiado caro.

—¿Qué diablos es este sitio? —musitó Creo.

Lalji sonrió con cinismo. Ladeó la cabeza en dirección a las praderas del otro lado del río, donde los tallos de SoyPRO e HiGro ondeaban hasta perderse de vista en el horizonte.

—La mismísima cuna de la civilización, ¿sí? AgriGen, Midwest Growers Group, PurCal, todos ellos tienen cultivos aquí.

—¿Sí? ¿Y eso te alegra?

Lalji se giró y estudió un tren de barcazas que descendía pesadamente por el río a sus pies, empequeñecida su inmensidad por la altura.

—Si consiguiéramos transformar todas sus calorías en julios sin rastro, seríamos ricos.

—Sigue soñando. —Creo respiró hondo y se despezó. El crujido que emitió su espalda le hizo torcer el gesto—. Me anquilo cuando paso tanto tiempo en tu barca. Debería haberme quedado en Nueva Orleans.

Lalji enarcó las cejas.

—¿No te alegras de realizar esta visita turística? —Apuntó con el dedo a la orilla de enfrente—. Ahí, en alguna parte, quizá en esas mismas hectáreas, AgriGen creó SoyPRO. Y todo el mundo pensó que eran unos genios. —Fruunció el ceño—. Luego llegó el gorgojo, y de pronto nos quedamos sin comida.

Creo hizo una mueca.

—No me van las teorías conspiratorias.

—Ni siquiera habías nacido cuando ocurrió. —Lalji giró sobre los talones y se dispuso a conducir a Creo hasta el ruinoso suburbio—. Pero yo lo recuerdo. Jamás se había producido un accidente de semejantes características.

—Monocultivos. Eran vulnerables.

—¡El basmati no era ningún monocultivo! —Lalji agitó una mano en dirección a los campos verdes—. La SoyPRO es un monocultivo. El PurCal es un monocultivo. Los piratas genéticos fabrican monocultivos.

—Lo que tú digas, Lalji.

Lalji miró a Creo de reojo intentando decidir si el joven seguía dispuesto a discutir con él, pero Creo estaba contemplando atentamente los cascotes que sembraban la calzada, y Lalji renunció a seguir con la conversación. Empezó a contar calles, siguiendo las indicaciones que había memorizado de antemano.

Todas las avenidas eran ridículamente amplias e idénticas, lo bastante anchas como para contener una manada de megodontes. Por allí podrían circular veinte rickshaws en paralelo, y sin embargo la ciudad no había sido más que un simple suburbio de segunda. La escala del estilo de vida de la antigüedad dejaba a Lalji sin palabras.

Un grupo de niños los observaba desde el zaguán de una casa derruida. Alguien se había llevado la mitad de las vigas, y la otra mitad constituía una colección de astillas que sobresalían de los cimientos como los huesos de un cadáver a medio devorar.

Los chiquillos salieron corriendo en cuanto Creo les enseñó la pistola de resortes. Los siguió con la mirada, ceñudo.

—¿Qué diablos vamos a recoger aquí? ¿Te han dado algún soplo sobre otra antigualla?

Lalji encogió los hombros.

—Venga ya, si de todas formas tendré que cargar con ello dentro de unos minutos. ¿A qué viene tanto secreto?

Lalji miró a Creo de soslayo.

—No hará falta que cargues con nada. Se trata de una persona. Hemos venido a recoger a alguien.

Creo profirió un gritito de incredulidad al que Lalji no se molestó en responder.

Al cabo, llegaron a un cruce. Un viejo semáforo yacía destrozado atravesado en el centro. A su alrededor, el pavimento se veía resquebrajado por culpa de las hierbas que habían germinado. Los dientes de león asomaban sus cabezas doradas. Al otro lado del cruce se agazapaba un edificio alto de ladrillo, las ruinas de un complejo municipal que aún se mantenía en pie gracias a que los materiales empleados en su construcción eran mejores que los de los hogares a los que servía.

Un cheshire cruzó centelleando la carretera salpicada de maleza. Creo intentó abatirlo de un tiro. Falló.

Lalji estudió el edificio de ladrillo.

—Ya hemos llegado.

Creo gruñó y disparó contra la silueta titilante de otro cheshire.

Lalji se acercó a inspeccionar el semáforo machacado, ociosamente curioso por ver si había tal vez algo de valor. Estaba oxidado. Describió un círculo caminando despacio, escudriñando los alrededores en busca de cualquier cosa que mereciera la pena transportar río abajo. Algunas de las ruinas de la antigua Expansión aún contenían artefactos valiosos. Había encontrado el cartel de Conoco en uno de esos lugares, en un suburbio que pronto habría de ser engullido por la SoyPRO, perfectamente intacto, sin haber sido montado nunca al aire libre en apariencia, ajeno a las represalias de las hordas furiosas de la Contracción energética. Se lo había vendido a una ejecutiva de AgriGen por más de un cargamento de HiGro de contrabando completo.

La mujer de AgriGen se había reído al ver el letrero. Lo había colgado en la pared de su despacho, rodeado de artefactos de la Expansión más modestos: tazas de plástico, monitores de ordenador, fotos de automóviles a gran velocidad, juguetes infantiles de vivos colores. Colgó el letrero en la pared, retrocedió un paso y murmuró que en su día había sido una empresa poderosa... a nivel mundial, incluso.

Mundial.

Había pronunciado esta palabra con un anhelo casi sexual mientras observaba fijamente los polímeros rojizos del cartel.

Mundial.

Por un momento, Lalji se había sentido fascinado por su visión: una empresa que extraía energía de los rincones más recónditos del planeta y la vendía a grandes distancias meras semanas después de la extracción; una empresa con clientes e inversores en todos los continentes, con ejecutivos que cruzaban las franjas horarias con la misma tranquilidad con que Lalji cruzaba el callejón para visitar a Shriram.

La mujer de AgriGen había colgado el letrero en la pared como si se tratara de la cabeza de un megodonte, un trofeo, y en aquel momento, junto a aquella representante del proveedor de energía más poderoso del mundo, Lalji se vio asaltado por la tristeza al pensar en la magnitud de la lección de humildad que había tenido que aprender la humanidad por las malas.

Lalji ahuyentó el recuerdo y trazó un nuevo círculo en la intersección, buscando algún indicio de su pasajero. Cada vez eran más los cheshires que centelleaban entre las ruinas; sus difuminadas siluetas titilantes volaban de las zonas iluminadas por el sol a las sombras. Creó amartilló la pistola de resortes y disparó un abanico de cuchillas circulares. Uno de los destellos cayó fulminado, convertido en una masa viscosa de pelaje anaranjado y sangre.

Creo volvió a amartillar el arma.

—¿Dónde se ha metido ese tipo?

—Vendrá. Si no lo hace hoy, llegará mañana o pasado. —Lalji subió los escalones del edificio municipal y se deslizó entre las puertas destrozadas. En el interior solo

había polvo, penumbra y excrementos de ave. Encontró unas escaleras y subió hasta alcanzar una ventana rota con vistas a la calle. Una racha de viento sacudió el marco y le tiró del bigote. Una pareja de cuervos dibujaban círculos en el cielo azul. Abajo, Creo seguía amartillando la pistola de resortes y disparando contra los parpadeantes cheshires. Cada vez que daba en el blanco atronaba un coro de maullidos furiosos. Conforme aumentaba el número de animales que huían despavoridos se multiplicaban los parches sanguinolentos que salpicaban el pavimento cubierto de maleza.

A lo lejos, la periferia del suburbio comenzaba ya a ceder terreno a la agricultura. Tenía los días contados. Pronto las casas sucumbirían a los arados y un manto perfecto de SoyPRO las cubriría. La historia del suburbio, por insignificante y efímera que hubiese sido, desaparecería para siempre, roturada al paso del desarrollo energético. Desde un punto de vista económico no se perdía gran cosa, pero aun así, una parte de Lalji sufría al imaginarse todo aquel tiempo borrado. Dedicaba demasiadas horas a intentar recordar la India de su niñez como para alegrarse de semejante desaparición. Volvió a bajar por las escaleras cubiertas de polvo para reunirse con Creo, que preguntó:

—¿Has visto a alguien?

Lalji negó con la cabeza. Creo gruñó y disparó contra otro cheshire, fallando por poco. Era buen tirador, pero aquellas criaturas prácticamente invisibles constituían un blanco difícil. Creo amartilló la pistola de resortes y disparó otra vez.

—Es increíble, qué cantidad de cheshires.

—No hay nadie que los extermine.

—Debería recoger las pieles y llevarlas a Nueva Orleans.

—No a bordo de mi lancha.

Muchos de los destellos habían emprendido la huida, tras comprender por fin que su adversario tenía buena puntería. Creo amartilló la pistola otra vez y apuntó a un remolino de luz que parpadeaba calle abajo.

Lalji lo observaba con complacencia.

—No le darás en la vida.

—Observa. —Creo apuntó con cuidado.

Una sombra se cernió sobre ellos.

—No dispaes.

La pistola de resortes de Creo trazó un violento arco en dirección a la voz.

Lalji agitó una mano.

—¡Creo! ¡Es él!

El recién llegado era un anciano huesudo, calvo salvo por una grasienta guirnalda de cabellos grises y castaños, con el mentón prominente cubierto por una poblada barba entrecana. Se cubría con unos trapos de arpillera tan raídos como mugrientos, y

en sus ojos hundidos anidaba un brillo perspicaz que desenterró en Lalji el recuerdo de un *sadhu* que había visto hacía tiempo, cubierto de cenizas y poco más: el pelo enmarañado, el desinterés por su atuendo, la mirada ausente de quienes han alcanzado la sabiduría. Lalji ahuyentó sus ensoñaciones. Este hombre no era ningún santo, sino una simple persona de carne y hueso, y pirata genético, para colmo de males.

Creo volvió a apuntar la pistola de resortes contra el cheshire, a lo lejos.

—En el sur me dan un billete azul por cada uno que mato.

—Aquí no hay billetes azules —repuso el anciano.

—Ya, pero son una plaga.

—Ellos no tienen la culpa de que los hiciéramos demasiado perfectos. —El hombre esbozó una sonrisa dubitativa, como si estuviera probando una expresión facial nueva—. Por favor. —Se acuclilló delante de Creo—. No dispares.

Lalji apoyó una mano en el arma de Creo.

—Deja en paz a los cheshires.

Creo frunció el ceño, pero dejó que el mecanismo de la pistola se destensara con un suspiro de energía liberada.

El fabricante de calorías dijo:

—Me llamo Charles Bowman. —Los miró con expectación, como si esperara que lo reconocieran—. Estoy listo. Ya puedo irme.

Gita estaba muerta, de eso Lalji estaba seguro.

A veces fingía que no era así. Pretendía que podía haber rehecho su vida después de que él desapareciera.

Pero ella estaba muerta, y él estaba seguro de ello.

Era uno de los secretos que lo avergonzaba. Una de las lacras de su vida que se adhería a él como la mierda de perro a sus zapatos y lo rebajaba a sus propios ojos: como aquella vez que lanzó una piedra contra un niño y le pegó en la cabeza sin que mediara ninguna provocación, solo para ver si podía salirse con la suya; o cuando escarbó en la tierra para desenterrar unas semillas y se las comió todas una por una, demasiado hambriento para compartirlas. Y luego estaba Gita. Siempre Gita. La había abandonado y se había ido para estar más cerca de las calorías. Gita, de pie en el embarcadero, diciéndole adiós con la mano mientras él zarpaba, cuando era ella la que había pagado el billete.

Recordaba haberla perseguido cuando era pequeño, siguiendo el frufú de su *salwar kameez* mientras ella corría delante de él, negro el cabello y negros los ojos, y los dientes blancos, radiantes. Se preguntó si habría sido tan hermosa como la recordaba. Si su negra trenza aceitada realmente habría brillado como la recordaba cuando se sentaba con él a oscuras y le contaba historias sobre Áryuna, Krishna, Ram

y Hánuman. Había perdido tantas cosas. A veces se preguntaba si recordaba siquiera correctamente su rostro, o si lo habría reemplazado quizá por el póster ajado de alguna chica de Bollywood, alguno de los tesoros que Shriram guardaba en la caja fuerte del taller de tensado, celosamente resguardado de los estragos de la luz y el aire.

Durante mucho tiempo pensó que volvería a buscarla. Que podría darle de comer. Que enviaría dinero y alimento a una patria agostada que ya solo existía en su cabeza, en sus sueños, en las alucinaciones semilúcidas de los desiertos, saris rojos y negros, mujeres hechas de polvo, manos negras y trenzas plateadas, y su hambre, el hambre ocupaba tantos de sus recuerdos...

Había fantaseado con cruzar el mar resplandeciente con Gita escondida en la bodega, con acercarla a los contables que calculaban las cuotas de consumo de calorías para el mundo entero. Acercarla a las calorías, como había dicho ella una vez, hacía tanto tiempo. Acercarla a las personas que comparaban la estabilidad de los precios con los márgenes de error y gestionaban los mercados energéticos a la defensiva frente al riesgo de una inundación de comestibles. Acercarla a aquellos pequeños dioses con más poder que Kali para destruir el mundo.

Pero ahora Gita estaba muerta, ya fuera de hambre o de enfermedad, y él estaba seguro de ello.

¿No era ese el motivo de que Shriram hubiera acudido a él? Shriram, quien conocía su historia mejor que nadie. Shriram, quien lo había encontrado a su llegada a Nueva Orleans y enseguida había reconocido en él a un compatriota: no otro indio más establecido en América desde hacía tiempo, sino alguien que aún hablaba los dialectos de las aldeas del desierto y recordaba su país tal y como era antes del gorgojo pirata, la abolladura y la roya. Shriram, quien había compartido con él un sitio en el suelo cuando trabajaban en los talleres de bobinado a cambio de calorías y nada más, y se mostraban agradecidos por ello, como si ellos mismos no fueran más que simples engendros piratas.

No era de extrañar que Shriram hubiera sabido qué decir para enviarlo río arriba. Shriram sabía cuánto deseaba reconciliar lo irreconciliable.

Siguieron a Bowman por calles desiertas y pasajes demolidos, serpenteando entre los patéticos restos de madera carcomida, cimientos arenosos y barrotes demasiado oxidados como para merecer un rescate, demasiado obstinados para desintegrarse. Al cabo, el anciano los deslizó entre las moles descarnadas de un par de automóviles herrumbrosos. Al otro lado, Lalji y Creo se quedaron sin respiración.

Sobre sus cabezas se mecían girasoles. Grandes hojas de calabaza se ceñían a sus rodillas. Tallos de maíz secos se mecían al viento. Bowman reparó en su sorpresa y sonrió, vacilante y dubitativo al principio, con placer indisimulado después. Se rió y

les indicó que avanzaran, caminando con dificultad entre las flores, las malas hierbas y las hortalizas, enganchándose los jirones de arpillera en los tallos secos de repollos echados a perder y los zarcillos de melón. Creo y Lalji se abrían paso entre la espesura sorteando berenjenas moradas, tomates rojos y ramilletes de guindillas naranjas. Las abejas zumbaban pesadamente entre los girasoles, con las alforjas cargadas de polen.

Lalji se detuvo en medio de la espesura y llamó a Bowman.

—Estas plantas, ¿no están modificadas?

Bowman hizo una pausa y desanduvo sus pasos apisonando la flora, limpiándose el rostro cubierto de sudor y briznas de vegetación, sonriente.

—Bueno, «modificadas»... depende de lo que entienda cada uno por eso, pero no, no son propiedad de ninguna empresa calórica. Algunas de ellas se podrían calificar incluso de naturales. —Volvió a sonreír—. O algo parecido.

—¿Cómo sobreviven?

—¡Ah, eso! —Bowman se agachó y arrancó un tomate—. ¿Gorgojos piratas nipones, abolladura.111.b, quizá cibiscosis bacteriana o algo por el estilo? —Mordió el tomate y dejó que el jugo resbalara por su hirsuta barbilla entrecana—. No hay otra plantación natural en cientos de kilómetros a la redonda. Esto es un islote en medio de un mar de HiGro y SoyPRO. Constituye una barrera fabulosa. —Contempló el huerto pensativo y le pegó otro bocado al tomate—. Ahora que habéis venido, claro está, solo sobrevivirán unas pocas de estas plantas. —Indicó con la cabeza a Lalji y a Creo—. Portaréis alguna infección y muchas de estas rarezas solo pueden subsistir en completo aislamiento. —Cogió otro tomate y se lo ofreció a Lalji—. Prueba.

Lalji estudió la brillante piel colorada. Mordió el tomate y saboreó su acidez y dulzura. Sonriendo, se lo pasó a Creo, que probó un bocado y compuso una mueca de asco.

—Me quedo con la SoyPRO. —Se lo devolvió a Lalji, que dio cuenta de él con avidez.

Bowman sonrió ante el apetito de Lalji.

—Creo que eres lo bastante mayor como para recordar a qué sabían antes los alimentos. Puedes comer cuanto quieras antes de que nos vayamos. Se echará a perder de todas maneras. —Dio media vuelta y se adentró en la espesura del huerto, abriéndose paso entre los tallos de maíz secos con autoritarios barridos de los brazos.

Al otro lado del huerto había una casa en ruinas, sesgada como si la hubiera arrollado un megodonte, resquebrajadas y combadas sus paredes. El techo derruido se inclinaba de forma antinatural, y a un lado se apreciaba un estanque de aguas profundas y heladas, infestado de hespéridos. El agua de lluvia caía en la charca desde el tejado mediante un sistema de canalización improvisado.

Bowman rodeó la orilla del estanque y se perdió de vista tras bajar una serie de

desvencijados escalones que conducían al sótano. Cuando Lalji y Creo se reunieron con él, ya había tensado una linterna cuya débil bombilla salpicaba el sótano de luz mientras el muelle se desenroscaba. Volvió a accionar la linterna mientras rastreaba los alrededores, encendió una cerilla y la acercó a la mecha de una lámpara, impregnada de aceite vegetal.

Lalji paseó la mirada por el sótano, húmedo y espartano. En el agrietado suelo de cemento había un par de palés y un ordenador empotrado en una esquina, resplandecientes la carcasa de caoba y la diminuta pantalla, desgastada por el uso su manivela. Una cocina desordenada se apoyaba en una pared cubierta de estantes repletos de botes de semillas, mientras que del techo, a salvo de los roedores, colgaban bolsas llenas de verduras.

Bowman señaló un saco tirado en el suelo.

—Ése es mi equipaje.

—¿Qué hay del ordenador? —preguntó Lalji.

Bowman se quedó mirando la máquina, ceñudo.

—No. No me hace falta.

—Pero es valioso.

—Lo que necesito está en mi cabeza. Todo lo que hay dentro de esa máquina ha salido de mí. Mi grasa transformada en conocimientos. Mis calorías convertidas en análisis de datos a fuerza de pedalear. —Fruunció el ceño—. A veces miro ese ordenador y solo me veo a mí mismo, consumido. Antes estaba gordo. —Sacudió la cabeza con énfasis—. No voy a echarlo de menos.

Lalji se disponía a protestar cuando Creo dio un respingo y desenfundó la pistola de resortes.

—Hay alguien más aquí dentro.

Lalji la vio antes de que Creo terminara de hablar: una niña agazapada en un rincón, mimetizada con las sombras, una criatura escuálida y pecosa de lacias guedejas castañas que los observaba con los ojos abiertos de par en par. Creo bajó el arma con un suspiro.

Bowman la llamó con la mano.

—Sal, Tazi. Éstas son las personas de las que te hablé.

Lalji se preguntó cuánto tiempo llevaba la pequeña sentada en la oscuridad del sótano, esperando. Por su aspecto se diría que había empezado a fundirse con su entorno: el pelo mustio, los ojos oscuros devorados prácticamente por las pupilas. Se volvió hacia Bowman.

—Creía que eras tú solo.

La sonrisa de satisfacción de Bowman se evaporó.

—¿Os iréis sin nosotros ahora?

Lalji observó a la muchacha. ¿Sería su amante? ¿Su hija? ¿Una fierecilla

adoptada? Era imposible saberlo. La niña deslizó una mano en la del anciano. Bowman le dio unas palmaditas para tranquilizarla. Lalji meneó la cabeza.

—Ella sobra. Accedí a llevarte a ti. Lo he preparado todo para transportarte a ti solo, a salvo de abordajes e inspecciones. De ella —dijo señalando a la muchacha— no sabía nada. Es arriesgado viajar con alguien como tú, ¿y ahora quieres complicar más las cosas con esta chiquilla? No. —Sacudió vigorosamente la cabeza—. Imposible.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Bowman—. No te cuesta nada. La corriente nos transportará a todos. Tengo comida suficiente para los dos. —Se acercó a la despensa y empezó a sacar tarros de alubias, lentejas, maíz y arroz—. Mira, fíjate.

—Tenemos provisiones de sobra —repuso Lalji.

Bowman arrugó la nariz.

—SoyPRO, seguro.

—La SoyPRO no tiene nada de malo —dijo Creo.

El anciano sonrió y sostuvo en alto un bote de judías verdes sumergidas en salmuera.

—No. Desde luego que no. Pero en la variedad está el gusto. —Los tarros tintinearón cuando empezó a meterlos con cuidado en el petate. Sonrió al oír el bufido de indignación de Creo. Ya más conciliador, añadió—: Aunque solo sea por conservar la línea. —Echó más tarros de semillas al saco.

Lalji cortó el aire con la mano.

—La comida no es el problema, sino esta niña. ¡Es un peligro!

Bowman sacudió la cabeza.

—En absoluto. No la busca nadie. Podría viajar al descubierto, incluso.

—No. Tienes que abandonarla. No pienso llevarla.

El anciano observó a la muchacha, dubitativo. La niña le devolvió la mirada y le soltó la mano.

—No tengo miedo. Puedo quedarme a vivir aquí. Como antes —dijo la chiquilla.

Bowman arrugó el entrecejo. Tras unos instantes de reflexión, sacudió la cabeza.

—No. —Se encaró con Lalji—. Si ella no puede ir, yo tampoco. Me alimentó mientras yo trabajaba. En mi investigación invertí calorías que deberían haber sido tuyas. Le debo demasiado. No la abandonaré a los lobos que asolan la zona. —Apoyó las manos en los hombros de la pequeña y la colocó ante sí, entre Lalji y él.

—¿Qué más da? —se exasperó Creo—. Llévatela. Tenemos sitio de sobra.

Lalji meneó la cabeza. Bowman y él se sostenían fijamente la mirada de un lado a otro del sótano.

—¿Y si nos da el ordenador? —sugirió Creo—. Podríamos aceptarlo como forma de pago.

Lalji volvió a sacudir la cabeza, obstinado.

—No. Me da igual el dinero. Llevarla con nosotros es demasiado arriesgado.

Bowman se carcajeó.

—¿Por qué has venido hasta aquí si te da tanto miedo? ¿La mitad de las empresas calóricas quieren verme muerto y me hablas de riesgos?

Creo frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

La sorpresa enarcó las cejas de Bowman.

—¿No le has hablado de mí a tu socio?

La mirada de Creo saltó de Lalji a Bowman, y otra vez a Lalji.

—¿Lalji?

Éste respiró hondo sin apartar la mirada de Bowman.

—Dicen que puede acabar con los monopolios calóricos. Que puede piratear la SoyPRO.

Por un momento Creo se lo quedó mirando con los ojos como platos.

—¡Eso es imposible!

Bowman se encogió de hombros.

—Para ti, quizá. Pero ¿para alguien con los conocimientos necesarios? ¿Dispuesto a consagrar toda una vida a las hélices de ADN? Más que posible. Cuando uno está dispuesto a consumir las calorías que requiere un proyecto así, a dilapidar energía en estadísticas y análisis de genomas, a pedalear frente al ordenador durante millones y millones de ciclos... Más que posible. —Envolvió con los brazos a la chiquilla huesuda y la atrajo hacia él. Sonrió a Lalji—. Bueno. ¿Vamos a llegar a un acuerdo?

Creo sacudió la cabeza, perplejo.

—Pensaba que tenías un plan lucrativo, Lalji, pero ahora... —Meneó otra vez la cabeza—. No lo entiendo. ¿Cómo diablos vamos a ganar dinero con esto?

Lalji fulminó a Creo con la mirada. Bowman sonreía aún, esperando pacientemente. Lalji reprimió el impulso de agarrar la lámpara y estampársela en la cara a aquel hombre tan confiado, tan seguro de sí mismo, tan leal...

Giró sobre los talones de improviso y se encaminó a las escaleras.

—Coge el ordenador, Creo. Como la niña nos dé problemas, los tiramos al río a los dos y nos quedamos con la información.

Lalji recordaba a su padre apartando el *thali*, fingiéndose ahíto cuando el *dal* apenas si había bastado para ensuciar el plato de acero. Recordaba a su madre echándole un bocado extra en la escudilla. Recordaba a Gita, atenta, callada, antes de que todos ellos desdoblaran las piernas y bajaran de la cama familiar, atareándose en la choza, ignorándolo ostentosamente mientras él daba cuenta de la porción extra. Recordaba el *roti* seco como la ceniza en la boca, y recordaba haberse obligado a engullirlo a pesar

de todo.

Recordaba la siembra. De cuclillas junto su padre, arropados por el calor del desierto y rodeados por completo de polvo amarillo, enterrando semillas reservadas con esmero, semillas que habían guardado cuando podrían haberse las comido, acumulándolas cuando podrían haber servido para engordar a Gita, volviéndola así más atractiva a los ojos de un posible pretendiente. Recordaba las palabras de su padre: «Estas pepitas generarán cientos de semillas más y todos podremos comer hasta hartarnos».

«¿Cuántas semillas van a salir?», había preguntado Lalji.

Y su padre se había echado a reír y había puesto los brazos en cruz. Qué alto y majestuoso parecía con sus grandes dientes blancos y sus pendientes, rojos y dorados; cómo le brillaban los ojos cuando exclamó: «¡Cientos! ¡Miles si rezas lo suficiente!». De modo que Lalji había rezado a Ganesha y a Lakshmi, a Krishna y a Rani Sati, a Ram y a Visnú, a todos los dioses que conocía, sumándose así a la multitud de aldeanos que hacían lo mismo, mientras vertía el agua extraída del pozo sobre las semillas diminutas y montaba guardia en la oscuridad para que nadie desenterrara los granos al amparo de la noche, para que no terminaran en las tierras de otro agricultor.

Se pasaba las noches en vela mientras las estrellas glaciales giraban en lo alto, con la mirada fija en las hileras de semillas, esperando, regando, rezando, contando los días, hasta que su padre sacudió la cabeza y dijo que todo era en vano. Ni siquiera entonces había perdido la esperanza, no dio nada por perdido hasta el día en que salió al sembrado y desenterró las semillas una por una para encontrárselas ya descompuestas, marchitas como cadáveres diminutos. Tan muertas en la palma de su mano extendida como el día en que ayudó a su padre a sembrarlas.

Lo que hizo a continuación fue acuclillarse entre las sombras y comerse aquellas frías semillas inermes, sabiendo que debería compartirlas y sin embargo incapaz de dominar el hambre y llevarlas a casa. Las devoró a solas, medio podridas y recubiertas de costras de tierra: así descubrió por primera vez a qué sabía realmente el PurCal.

La primera luz del amanecer encontró a Lalji bañándose en el río más sagrado de su tierra adoptiva. Se sumergió en el turbio caudal del Mississippi y dejó que este lo liberara del lastre del sueño y lo purificara ante sus dioses. Regresó a bordo empapado, con la tela de la ropa interior chorreando, resplandeciente la piel bronceada, y se secó con una toalla en cubierta mientras contemplaba el sol naciente que proyectaba dardos dorados sobre la ondulada superficie del río.

Terminó de secarse y se puso ropa limpia antes de dirigirse al altar. Encendió incienso frente a las deidades, colocó U-TEX y SoyPRO ante los diminutos ídolos tallados de Krishna y su laúd, la benévola Lakshmi y Ganesha, con su cabeza de

elefante. Se postró de rodillas delante de las imágenes y rezó.

La corriente fluvial los arrastraba hacia el sur, un camino sinuoso enmarcado en soleados días otoñales durante los cuales las hojas cambiaban de color, anticipando el frío. El cielo despejado se abovedaba sobre sus cabezas y se reflejaba en el río, pintando de un azul radiante el turbio trazado del Mississippi. Seguían esa senda celeste sin esfuerzo, recorriendo el gigantesco sistema arterial del río jalonado de arroyos y afluentes, mientras crecía el número de los trenes de barcas y la gravedad se encargaba de transportarlos a todos corriente abajo.

Lalji se alegraba de que el trayecto estuviera transcurriendo sin contratiempos. Ya habían dejado atrás la primera compuerta, y después de ver cómo los perros ignoraban el escondite de Bowman bajo la cubierta, Lalji empezaba a albergar esperanzas de que el viaje fuera tan fácil como le había asegurado Shriram. A pesar de todo, cada día rezaba con más ahínco para que las veloces embarcaciones de las patrullas de PI que se cruzaban en su camino pasaran de largo y depositaba cantidades de SoyPRO extra ante el ídolo de Ganesha, esperando fervientemente que la deidad continuara apartando los obstáculos de su camino.

Su ritual matutino había concluido ya cuando los demás ocupantes de la embarcación comenzaron a revolverse. Creo bajó y deambuló de un lado a otro de la angosta cocina. Lo siguió Bowman, lamentándose de la calidad de la SoyPRO, ofreciendo ingredientes naturales que Creo rechazó con suspicacia. En la cubierta, Tazi estaba sentada en la borda del barco con un sedal hundido en el agua, esperando capturar alguno de los enormes y aletargados LiveSalmon que ocasionalmente golpeaban la quilla bajo la cálida y turbia corriente del río.

Lalji izó el ancla y ocupó su puesto al timón. Desbloqueó los muelles percutores y la embarcación se adentró en aguas más profundas. Los julios almacenados emanaban de sus muelles de precisión en un flujo constante conforme se liberaban las moléculas, una detrás de otra, fiables desde el primer resorte hasta el último. Colocó la lancha entre los bamboleantes trenes de barcas y volvió a bloquear los muelles, dejando la embarcación a la deriva.

Cuando Bowman y Creo subieron a cubierta, este estaba preguntando:

—... ¿sabes cultivar SoyPRO?

Bowman se rió y se sentó al lado de Tazi.

—¿De qué serviría eso? Los agentes de PI buscarían los sembrados, pedirían las licencias y, si no obtuvieran ninguna, los incendiarían, arrasarian y reducirían a cenizas.

—Entonces ¿para qué vales?

Bowman sonrió y respondió con otra pregunta.

—SoyPRO... ¿cuál es su característica más preciada?

—Tiene muchas calorías.

Las carcajadas de Bowman retumbaron de una orilla a la otra. Alborotó el cabello de Tazi, y los dos cruzaron una mirada de complicidad.

—Has visto demasiados anuncios de AgriGen. «Energía para el mundo», ya, ya. Ah, AgriGen y sus secuaces deben de quereros un montón. Sois tan maleables, tan... dóciles. —Volvió a reírse y sacudió la cabeza—. No. Cualquiera puede diseñar plantas ricas en calorías. ¿Qué más?

Herido en su orgullo, Creo dijo:

—Es resistente al gorgojo.

Bowman adoptó una expresión maliciosa.

—Caliente, caliente. Es difícil diseñar una planta capaz de combatir el gorgojo, la abolladura, las bacterias del suelo que devoran sus raíces... hoy en día hay tantas plagas, son tantas las bestias que asolan nuestros cultivos... Pero venga, ¿qué es lo que nos gusta de la SoyPRO por encima de todo? ¿Qué hace que AgriGen «proporcione energía al mundo»? —Apuntó con el dedo a un tren de barcas cubiertas con logotipos de SuperFlavor—. ¿Qué hace que SuperFlavor sea perfecto desde el punto de vista empresarial? —Se giró hacia Lalji—. Tú lo sabes, ¿verdad, indio? ¿No es ese el motivo de que hayas venido hasta aquí?

Lalji se lo quedó mirando fijamente. Cuando habló, lo hizo con voz ronca.

—Es estéril.

Bowman sostuvo la mirada de Lalji por unos instantes. Su sonrisa se tambaleó. Agachó la cabeza.

—Sí. Precisamente, eso es. Se trata de un callejón sin salida genético. Un carril de un solo sentido. Lo que hacemos ahora es pagar por un privilegio que antes la naturaleza nos proporcionaba gustosa, a cambio de un poco de trabajo físico. —Miró a Lalji—. Lo siento. Tendría que haberme dado cuenta. Habrás sufrido más que la mayoría las exigencias de optimización de nuestros contables.

Lalji meneó la cabeza.

—No te disculpes. —Hizo un ademán en dirección a Creo—. Cuéntale el resto. Dile lo que eres capaz de hacer. Lo que me han asegurado que eres capaz de hacer.

—Hay cosas de las que quizá sería mejor no hablar.

—Cuéntaselo —insistió Lalji—. Yo también quiero escucharlo otra vez.

Bowman se encogió de hombros.

—Si tú confías en él, yo también debería, ¿verdad? —Se volvió hacia Creo—. ¿Te acuerdas de los cheshires?

Creo emitió un ruido de repugnancia.

—Son una plaga.

—Ah, es verdad. Un billete azul por cada uno de ellos muerto. Lo había olvidado. Pero ¿qué hace que nuestros cheshires sean una plaga?

—Se teletransportan. Matan pájaros.

—¿Y? —lo azuzó Bowman.

Creo se encogió de hombros.

Bowman sacudió la cabeza.

—Y pensar que por personas como tú malgasté mi vida investigando y mis calorías en ciclos de ordenador.

»Dices que los cheshires son una plaga, y es cierto, lo son. Un puñado de ricachones obsesionados con Lewis Carroll y de repente están por todas partes, reproduciéndose con gatos naturales, cazando aves, maullando a altas horas de la madrugada, pero lo más importante es que su progenie, en un asombroso noventa y dos por ciento de los casos, se compone de cheshires purasangre. Creamos una nueva especie en un abrir y cerrar de ojos de la escala evolutiva, y las poblaciones de aves canoras se extinguen casi igual de rápido. Un depredador perfeccionado, pero sobre todo, un depredador que se reproduce.

»En el caso de la SoyPRO o el U-TEX, aunque las empresas calóricas patenten sus plantas y empleen policías de propiedad intelectual y perros especializados para rastrear sus productos, el número de hectáreas que pueden inspeccionar los agentes de PI es limitado. Lo fundamental es que las semillas son estériles, una caja fuerte cerrada. Algunas personas puedan robar de aquí y de allá, como hacéis Lalji y tú, pero al final no sois nada más que un gasto insignificante en una hoja de balance repleta de beneficios porque nadie es capaz de cultivar esas plantas salvo sus respectivas empresas calóricas.

»Ahora bien, ¿qué pasaría si introduyéramos una característica diferente en la SoyPRO, furtivos, como quien se encarama encima de la mujer de su mejor amigo? —Abarcó con un ademán los verdes cultivos que lamían las márgenes del río—. ¿Y si alguien esparciera polen adulterante sobre estas joyas de la corona que nos rodean? Antes de que las empresas calóricas recogieran y exportaran las semillas resultantes a todos los rincones del planeta con sus imponentes flotas de veleros, antes de que los comerciantes con licencia entregaran la cosecha patentada a sus clientes. ¿Qué clase de semillas estarían dándoles?

Bowman empezó a enumerar características con los dedos.

—Resistentes al gorgojo y a la abolladura, sí. Alto contenido en calorías, sí, por supuesto. ¿Genéticamente individuales y por tanto imposibles de patentar? —Una sonrisa aleteó en sus labios—. Quizá. Pero sobre todo, fecundas. Increíblemente fértiles. Maduras, rebosantes de potencial reproductor. —Se inclinó hacia delante—. Imagínatelo. Semillas distribuidas a los lugares más recónditos del mundo por los mismos malnacidos que siempre las han tenido en un puño, semillas ansiosas por multiplicarse, por engendrar su propia progenie cargada con los mismos pólenes que contaminaron las joyas de la corona en primer lugar. —Dio una palmada—. ¡Ah, la infección sería espectacular! ¡Y cómo se propagaría!

Creo se lo quedó mirando fijamente. Su expresión se debatía entre el horror y la fascinación.

—¿Tú puedes hacer algo así?

Bowman se rió y dio otra palmada.

—Me convertiré en el próximo Johnny Appleseed.

Lalji se despertó de golpe. A su alrededor, la oscuridad reinaba casi por completo en el río. Un puñado de balizas de cuerda brillaban en las barcazas de cereales, alimentadas por el roce de la corriente contra sus pesadas moles. El agua chapaleaba contra los costados de la lancha y la ribera contra la que habían atracado. Junto a él, en la cubierta, los demás yacían arrebujados en sus mantas.

¿Por qué se había despertado? A lo lejos, una pareja de gallos domésticos se desafiaban en la penumbra. Un perro ladraba, espoleado por cualesquiera que sean los olores o los sonidos ocultos que hacen que los perros se sobresalten y defiendan su territorio. Lalji cerró los ojos y escuchó la suave ondulación del río, los sonidos de la aldea lejana. Si se esforzaba, podía imaginarse que estaba tumbado al filo del amanecer en otra aldea, más lejana aún, desaparecida tiempo atrás.

¿Por qué estaba despierto? Abrió los ojos de nuevo y se sentó. Guiñó los ojos para escudriñar la oscuridad. Una sombra apareció en la negrura del río, un sutil movimiento borroso.

Lalji zarandeó a Bowman para despertarlo, tapándole la boca con una mano.

—¡Escóndete! —susurró.

Unos haces de luz pasaron por encima de ellos. Bowman abrió unos ojos como platos, se desembarazó de las mantas y gateó en dirección a la bodega. Lalji mezcló las mantas de Bowman con las suyas, intentando disimular el número de durmientes conforme las luces crecían en número e intensidad, barriendo la cubierta, examinándolos como a insectos en una vitrina.

La lancha de PI renunció al sigilo, desbloqueó los muelles y aceleró. Embistió la lancha, inmovilizándola contra la orilla mientras los agentes la abordaban. Tres de ellos, con dos perros.

—¡Que todo el mundo mantenga la calma! ¡Las manos a la vista!

El resplandor cegador de las linternas no dejaba de barrer la cubierta. Creo y Tazi retiraron las mantas y se pusieron de pie, sorprendidos. Los perros gruñeron y se rebelaron contra las correas. Creo se apartó de ellos con las manos en alto, intimidado.

Uno de los agentes de PI los apuntó con la linterna.

—¿Quién gobierna este barco?

Lalji respiró hondo.

—Yo. Ésta es mi lancha. —El haz de luz se clavó en sus ojos. Entornó los

párpados frente al resplandor—. ¿Hemos hecho algo malo?

El líder no contestó. Los demás agentes de PI se desplegaron en abanico, barriendo la embarcación con sus luces, tomando nota de los presentes en la cubierta. Lalji se fijó en que, a excepción hecha del líder, los demás eran simples muchachos, justificados apenas por su edad los bigotes y las barbas que lucían. Simples muchachos barbilampiños equipados con armas de resortes y enfundados en armaduras que imprimían un aire arrogante a sus movimientos.

Dos de ellos se dirigieron a las escaleras con los perros mientras un cuarto saltaba a bordo desde el bote de PI ya amarrado. Las linternas desaparecieron en las entrañas de la lancha, proyectando sombras ominosas desde el hueco de la escalera. De alguna manera Creo se las había apañado para terminar con la espalda apoyada en el baúl que contenía las armas de la lancha. Como por casualidad, deslizó una mano hasta dejarla junto a los cierres. Lalji se acercó al capitán con la esperanza de mitigar la impulsividad de Creo.

El capitán lo apuntó con su linterna.

—¿Qué hacen aquí?

Lalji se detuvo y extendió las manos en señal de impotencia.

—Nada.

—¿Nada?

Lalji se preguntó si Bowman habría conseguido esconderse.

—Me refiero a que solo hemos atracado aquí para pasar la noche.

—¿Por qué no han amarrado en Willow Bend?

—No conozco esta parte del río. Anochecía. No quería que nos arrollara ninguna barcaza. —Se retorció las manos—. Comercio con antigüedades. Habíamos ido a mirar a los suburbios del norte. No es ileg... —Lo interrumpió un grito procedente de abajo. Lalji cerró los ojos, apesadumbrado. El Mississippi sería su cementerio. Jamás encontraría el camino hasta el Ganges.

Los agentes de PI reaparecieron arrastrando a Bowman.

—¡Mira lo que hemos encontrado! ¡Quería esconderse debajo de las tablas del suelo!

Bowman intentó sacudírselos de encima.

—No sé de qué estáis hablando...

—¡Silencio! —Uno de los jóvenes estrelló su porra en el estómago de Bowman. El anciano se dobló por la mitad. Tazi se abalanzó sobre ellos, pero el capitán la acorraló y la inmovilizó mientras iluminaba los rasgos de Bowman. Se quedó sin aliento.

—Esposadlo. Nos lo llevamos. ¡Cubridlos! —Un círculo de pistolas de resortes se levantó alrededor de los detenidos. Ceñudo, el capitán miró a Lalji—. Anticuario. Casi me lo creo. —Dirigiéndose a sus hombres añadió—: Es un pirata genético. De

los viejos. Mirad a ver si hay algo más a bordo. Discos, ordenadores, papeles, lo que sea.

Uno de los agentes informó:

—Abajo hay un ordenador de pedales.

—Traedlo aquí.

El ordenador llegó a la cubierta instantes después. El capitán paseó la mirada sobre sus cautivos.

—Esposadlos a todos. —Uno de los chicos de PI obligó a Lalji a ponerse de rodillas y empezó a cachearlo mientras uno de los perros observaba la escena sin dejar de gruñir.

Bowman estaba diciendo:

—Lo siento mucho. Quizá se trate de un error. Quizá...

De repente, el capitán profirió un alarido. Las linternas de los agentes de PI apuntaron en dirección al sonido. Tazi estaba aferrada con los dientes a la mano del capitán, que la zarandeaba como si de un perro se tratara mientras intentaba desenfundar la pistola de resortes con la mano libre. Por un momento todos se quedaron mirando la refriega entre la muchacha y el hombre, mucho más corpulento. A alguien —a Lalji le pareció que uno de los agentes de PI— se le escapó la risa. A continuación, Tazi voló por los aires, el capitán empuñó la pistola y silbaron las cuchillas. Las linternas golpearon la cubierta y rodaron por ella, proyectando mareantes rayos de luz.

Más discos hendieron la oscuridad. Uno de los haces de luz perdidos mostró al capitán desplomándose, estrellándose contra el ordenador de Bowman, con la armadura tachonada de cuchillas. El ordenador y él se deslizaron de espaldas. De nuevo la oscuridad. Un chapuzón. Los perros aullaron, liberados, atacando o heridos. Lalji se tiró al suelo y se quedó tumbado de bruces en la cubierta mientras el metal silbaba sobre su cabeza.

—¡Lalji! —Era la voz de Creo. Una pistola resbaló por las tablas. Lalji se arrastró en dirección al sonido.

Una de las linternas había dejado de rodar. El capitán estaba sentándose, con la barbilla surcada de negros regueros de sangre mientras apuntaba la pistola contra Tazi. Bowman se abalanzó sobre el haz de luz, protegiendo a la niña con su cuerpo. Se ovilló cuando las cuchillas se incrustaron en su carne.

Los dedos de Lalji rozaron la pistola de resortes. Tanteó a ciegas. Encontró la culata. Accionó el percutor, apuntó en dirección al sonido de unos pasos y oprimió el disparador. La sombra de uno de los agentes de PI, uno de los muchachos, se cernió sobre él, desangrándose. Estaba muerto cuando golpeó la cubierta.

Se hizo el silencio.

Lalji aguardó. Nadie se movía. Se obligó a seguir esperando, a respirar

acompañadamente, esforzando la vista frente a las sombras que las linternas no lograban disipar. ¿Era el único superviviente?

Una por una, las tres linternas restantes se agotaron. La oscuridad lo envolvió todo. El bote de PI chocaba delicadamente contra la lancha. El olor a pescado y hierba impregnaba la brisa que agitaba los sauces de la orilla. Los grillos cantaban.

Lalji se puso de pie. Nadie más se movía. Despacio, cojeando, cruzó la cubierta. Se había torcido el tobillo, no sabía cómo. Tanteó en busca de una de las linternas, la encontró gracias a su tenue brillo metálico y la tensó. Barrió la cubierta con un rayo de luz tembloroso.

Creo. El grandullón rubio estaba muerto, con una cuchilla clavada en la garganta. La sangre manaba a borbotones de la arteria desgarrada. No muy lejos, Bowman yacía triturado por los discos. Su sangre lo bañaba todo. El ordenador había desaparecido. Se había caído por la borda. Lalji se acuclilló junto a los cadáveres y suspiró. Apartó las trenzas ensangrentadas del rostro de Creo. Había sido rápido. Tan rápido como siempre se lo había imaginado. Tres agentes de PI acorazados, con sus perros. Exhaló otro suspiro.

Alguien sollozaba en alguna parte. Lalji apuntó la linterna hacia el origen del sonido, temiéndose lo que iba a encontrar, pero solo era la pequeña, aparentemente ilesa, gateando hacia el cadáver de Bowman. Levantó la cabeza y miró fijamente al fulgor de la lámpara de Lalji, no le hizo caso y se encorvó sobre Bowman. Tras una serie de hipidos, logró dominarse. Lalji bloqueó el muelle de la linterna y dejó que la oscuridad los arrojara.

Volvió a concentrarse en los sonidos de la noche mientras rezaba a Ganesha para que no hubiera más patrullas en el río. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra. La sombra de la apenada muchacha arrodillada entre los cuerpos inermes se corporeizó en medio de la negrura. Lalji sacudió la cabeza. Cuántos muertos por una idea. Que alguien como Bowman pudiera contener tanto potencial y ahora no sirviera de nada. Aguzó el oído por si acaso alguien más había sido alertado, pero no detectó nada que así lo indicara. Una patrulla solitaria, al parecer, no parte de una acción coordinada. Mala suerte. Eso era todo. Un golpe de mala suerte que terminaba con una racha afortunada. Los dioses eran caprichosos.

Renqueó hasta las amarras de la lancha y empezó a deshacer los nudos. Tazi se reunió con él por iniciativa propia, sus manitas se pelearon con los cabos. Lalji se dirigió al timón y desbloqueó los muelles percutores. La embarcación se encabritó ante la inyección de energía, y se adentraron en las tinieblas del río. Lalji dejó que los muelles funcionaran durante una hora, derrochando julios pero ansioso por alejarse del escenario de la matanza. Escudriñó las márgenes en busca de una ensenada y echó el ancla. La oscuridad era casi absoluta.

Tras asegurar la lancha, ató los lastres a los tobillos de los agentes de PI. Hizo lo

mismo con los perros y empezó a empujar los cadáveres por la borda. El agua los engulló con avidez. Se sentía impuro por deshacerse de ellos sin la menor ceremonia, pero no tenía ninguna intención de tomarse el tiempo necesario para enterrarlos. Con suerte, los cuerpos rodarían bajo el agua, picoteados por los peces hasta desintegrarse.

Una vez eliminados los agentes de PI, hizo una pausa para contemplar a Creo. Tan prodigiosamente rápido. Lo arrojó por la borda, deseando haber podido encender una pira en su honor.

Lalji comenzó a fregar la cubierta, diluyendo los restos de sangre. La luna apareció en el firmamento y los bañó con su luz plateada. La niña estaba sentada junto al cadáver de su anciano acompañante. Al final, Lalji no pudo seguir esquivándola con la fregona. Se arrodilló a su lado.

—¿Entiendes que debe ir a parar al río?

La muchacha no respondió. Lalji lo tomó como un sí.

—Si hay algo suyo que quieras conservar, deberías cogerlo ahora. —La niña negó con la cabeza. Vacilante, Lalji le apoyó una mano en el hombro—. Entregarse a las aguas no es ninguna desgracia. Al contrario, que lo entierren a uno en un río como este es un honor.

Aguardó. Al cabo, la pequeña asintió con la cabeza. Lalji se levantó y arrastró el cadáver hasta el filo de la lancha. Lo cargó de lastres y descolgó las piernas por la borda. El anciano se le escurrió de las manos. La muchacha, en silencio, se quedó contemplando fijamente el lugar donde las aguas se habían tragado a Bowman.

Lalji terminó de fregar. Por la mañana debería darle otra pasada a las tablas y lijarlas para borrar las manchas, pero por ahora tendría que conformarse. Empezó a levar anclas. Instantes después la muchacha volvía a estar a su lado, ayudando. Lalji se instaló al timón. Qué desperdicio, pensó. Qué desperdicio más grande.

Lentamente, la corriente condujo la lancha a las corrientes más profundas del río. La niña fue a arrodillarse junto a él.

—¿Nos perseguirán?

Lalji se encogió de hombros.

—¿Con suerte? No. Buscarán algo más importante que nosotros para explicar la desaparición de tantos agentes. Ahora que estamos solos los dos, les pareceremos unos pececillos inofensivos. Con suerte.

Tazi asintió con la cabeza mientras parecía digerir la información.

—Me salvó, ¿sabes? Ahora debería estar muerta.

—Lo vi.

—¿Plantarás sus semillas?

—Sin él para diseñarlas, no habrá nada que sembrar.

Tazi frunció el ceño.

—Pero si tenemos un montón. —Se incorporó y bajó a la bodega. Cuando

regresó, cargaba con el saco de provisiones de Bowman. Empezó a sacar tarros de arroz y maíz, brotes de soja y granos de trigo.

—Eso es comida, nada más —protestó Lalji.

Tazi rechazó la idea con un ademán obstinado.

—Son sus herramientas de Johnny Appleseed. Se suponía que no debía decirte nada. No se fiaba de que nos llevaras a nuestro destino. Al menos a mí. Pero tú también podrías plantarlas, ¿verdad?

Lalji frunció el ceño y cogió un tarro de maíz. Las pepitas se apretujaban a cientos, todas ellas sin patentar, cada una de ellas una infección genética en potencia. Cerró los ojos y se imaginó una pradera: hilera tras hilera de tallos verdes meciéndose al viento, y su padre riendo, con los brazos en cruz y gritando: «¡Cientos! ¡Miles si rezas lo suficiente!».

Lalji apretó el bote contra su pecho, y muy despacio en sus labios se dibujó una sonrisa.

La lancha proseguía su rumbo río abajo como una humilde tabla a la deriva a merced de la corriente del Mississippi. A su alrededor se cernían las moles sombrías de los trenes de barcazas, todas ellas con el sur como destino, atravesando el fértil interior hacia las compuertas de Nueva Orleans; todas ellas avanzando inexorablemente hacia el ancho mundo.

EL CAZADOR DE TAMARISCOS

Un tamarisco de gran tamaño puede absorber hasta 275 m³ de agua fluvial anuales. Por 2,88 dólares al día, más una recompensa extra de agua, Lolo se pasa el invierno arrancando tamariscos de raíz.

Hace diez años, se ganaba bien la vida con ello. Por aquel entonces, los tamariscos se agolpaban en todas las riberas de la cuenca del río Colorado, junto con los álamos, los árboles del paraíso y los olmos. Hace diez años, las ciudades como Grand Junction y Moab pensaban que todavía podían extraer vida de un río.

Lolo se yergue al filo de un cañón, con Maggie la camella por toda compañía. Contempla fijamente el abismo. Lo espera una hora de complicado descenso hasta llegar al fondo. Deja a Maggie amarrada a un junípero y comienza a bajar, patinando con las botas por una quebrada. Unas pocas briznas de brotes de hierba fosforecen verdes a su alrededor, perforando los bancos de nieve tachonados de juníperos. A finales de invierno, tan solo un reguero de agua serpentea por el lecho del cañón; el hielo comienza a retirarse de las márgenes del río. Más arriba, las montañas todavía conservan sus raídos mantos de nieve. Lolo resbala con el barro y aterriza en un canal de esquistos, deslizándose y lanzando rocas en todas direcciones. Las garrafas de veneno para tamariscos gorgotean y chapotean a su espalda. La pala y el sacarrocas se enganchan en los juníperos salteados mientras avanza a trompicones. Va a ser un descenso interminable. Por otra parte, precisamente eso es lo que hace que esta zona resulte perfecta. La bajada es muy larga, y las riberas se encuentran prácticamente ocultas.

Es una forma de ganarse la vida como otra cualquiera; mientras los demás languidecían y se marchitaban, él ha perdurado: un cazador de tamariscos, una pulga de agua, una mala hierba obstinada. Todos los demás han sido barridos del terreno como semillas de diente de león, libres de volar hacia el este o al sur; o al norte, en su mayoría, donde algunas de las cuencas todavía pueden considerarse profundas y, aunque los exuberantes helechos y los peces habituados a las corrientes más frías ya se hayan extinguido, por lo menos la gente sigue teniendo agua para beber.

Cuando Lolo llega por fin al pie del cañón, su aliento forma nubes de vaho en las sombras heladas.

Saca una cámara digital y empieza a fotografiar las pruebas que necesita. La Oficina de Reclamaciones se ha vuelto inflexible en lo concerniente a las pruebas. Exigen imágenes del tamarisco responsable tomadas desde distintos ángulos, quieren que se lo fotografíe antes y después, que se documente todo el proceso, se le ponga un sello de geoposición y se remita directamente desde la cámara. Quieren que todo se haga in situ. Y después todavía se acercan a veces al lugar de los hechos para calibrar su cepo antes de otorgarle la recompensa de agua.

Pero ni todas las precauciones del mundo pueden protegerlos de las personas como Lolo, que ha descubierto el secreto de la vida eterna como cazador de tamariscos. A espaldas del Departamento de Interior y su subsidiaria, BuRec, hace tiempo que se dedica a plantar nuevas parcelas de tamariscos, reintroduciendo vigorosas y frondosas arboledas en zonas previamente despejadas. Ha transportado y plantado cepellones sanos a lo largo del sistema fluvial, en corredores estratégicamente ocultos e inaccesibles, a fin de guardarse las espaldas frente a los enjambres de cazadores de tamariscos que hacen batidas por estos mismos afluentes. Lolo es astuto. Las reservas como ésta, de cuatrocientos metros de largo y poblada de tamariscos cargados de salitre, constituyen su póliza de seguros.

Una vez finalizadas las labores de documentación, desata las correas de una sierra plegable, junto con el sacarrocas y la pala, y deposita las garrafas de veneno en la estéril orilla salina. Empieza a cortar, penetrando en las raíces del tamarisco, deteniéndose cada treinta segundos para impregnar las incisiones de Garlon 4 y anular así la capacidad de regeneración del árbol. Pero algunos de los tamariscos más prometedores, los más robustos, los arranca de raíz y los reserva para usarlos más tarde.

2,88 dólares al día, más una recompensa extra de agua.

Entre balidos de protesta, con paso bamboleante, Maggie tarda una semana en desandar el camino de regreso a la granja de Lolo. Siguen el río, ascendiendo ocasionalmente las dunas yermas que lo dominan o adentrándose en el páramo desértico a fin de soslayar las cadavéricas ciudades fantasma que tachonan la ribera. Los helicópteros de los guardas sobrevuelan el río incesantemente, zumbando como enjambres de avispas furiosas, a la caza de bombeadores de agua furtivos y gatos monteses que abatir por diversión. Surcan el firmamento veloces, dejando una estela de aire vapuleado a su paso, entrevistos apenas los relucientes emblemas de la Guardia Nacional. Lolo aún recuerda cuando los guardas intercambiaban disparos con los habitantes de las orillas, cuando en las quebradas reverberaban las detonaciones de las trazadoras y el cascabeleo de las ametralladoras. Rememora el glorioso siseo y la parábola de aquel misil Stinger que surcó una vez el desierto de rocas rojas, centellando, para envolver en una bola de fuego al helicóptero que flotaba suspendido en el cielo azul.

Pero de eso hace mucho. Ahora, las patrullas de guardas peinan el río sin oposición.

Lolo corona otra duna y contempla el familiar paisaje de una urbe eviscerada, con las calzadas sinuosas y los callejones sin salida que la subdividen silenciosamente tendidos al sol. Al filo mismo de la ciudad fantasma se extiende un campo de golf abandonado, rodeado de pequeños ranchos de cuatrocientas hectáreas y suntuosas

mansiones de 460 m² asediadas por un ejército de árboles raquíticos y colinas de polvo, jalonado de sarmentosas plantas rodadoras. Los antiguos búnkeres de arena se confunden con el entorno.

Cuando California empezó a privatizar el río, nadie le dio demasiada importancia. Un par de ciudades pequeñas se vieron obligadas a mendigar agua. Unos cuantos recién llegados que no habían tenido la precaución de consolidar sus derechos de explotación dejaron de abreviar los caballos, y eso fue todo. Al cabo de unos pocos años, la gente empezó a tomar duchas más cortas. Poco después, las duchas adquirieron un carácter semanal. Al final, la gente comenzó a recurrir a los barreños. A esas alturas, todo el mundo había dejado de bromear acerca del «calor» que hacía. Daba igual el «calor» que hiciera. En realidad el problema no estribaba en la escasez de agua ni en el exceso de calor, sino en los 5.500 m³ que supuestamente bajaban por el río hasta California. El agua estaba allí; no podían tocarla, eso era todo.

Se esperaba de ellos que se quedaran allí plantados, como pasmarotes, viéndola pasar de largo.

—¿Lolo?

La voz lo pilla desprevenido. Maggie se sobresalta, gime y se abalanza sobre el filo de la duna antes de que Lolo pueda tirar de las riendas. Mientras las grandes pezuñas almohadilladas del animal levantan una nube de polvo, Lolo intenta empuñar la escopeta que cuelga a un costado de la camella. Obliga a Maggie a girarse, con el arma medio desenfundada, sosteniéndose a duras penas sobre la silla y maldiciendo.

Un rostro familiar, camuflado entre la maraña de juníperos.

—¡Maldición! —Lolo deja que la escopeta caiga de nuevo en su funda—. Dios, Travis. Me has dado un susto de muerte.

Travis sonrío. Emerge de entre los jirones de corteza plateada de los juníperos montado en una mula, sujetándose el sombrero de fieltro gris con una mano y empuñando las riendas con la otra.

—¿Sorprendido?

—¡Podría haberte pegado un tiro!

—No seas tan asustadizo. Aquí no hay nadie más que pulgas de agua como nosotros.

—Lo mismo pensaba yo la última vez que fui de compras ahí. Había adquirido para Annie un juego entero de vajilla nueva, y todos los platos terminaron hechos añicos cuando me tropecé con un ultraligero aparcado en pleno centro de la calle principal.

—¿Tragafetas?

—Ni puñetera idea. No me paré a preguntar.

—Mierda. Seguro que se sorprendieron tanto como tú.

—No me mataron de milagro.

—A la vista está.

Lolo sacude la cabeza y masculla otra maldición, esta vez sin enfado. A pesar de la emboscada, se alegra de haberse encontrado con Travis. La vida en los páramos es muy solitaria, y Lolo lleva fuera el tiempo suficiente como para empezar a acusar los silencios de Maggie. Como dicta el ritual, intercambian las cantimploras para beber un trago de agua y acampan juntos. Cuentan historias sobre BuRec, evitan hablar de los lugares donde han estado arrancando tamariscos y disfrutan de la vista de la ciudad desierta a sus pies, con sus calles serpentinadas, sus casas deshabitadas y su resplandeciente río intacto.

Solo cuando el sol se ha puesto y la urraca que van a cenar ha terminado de asarse, se anima Lolo a plantear la pregunta que lleva rondándole la cabeza desde que el rostro de Travis, tostado por el sol, asomó entre la maleza. Va en contra de la etiqueta, pero no puede evitarlo. Mientras se hurga los dientes para desencajar unos trocitos de carne de urraca dice:

—¿No estabas trabajando río abajo?

Travis mira a Lolo de reojo, y en su expresión recelosa, dubitativa, Lolo ve que Travis ha tropezado con una zona desierta. No es tan listo como Lolo. No ha estado sembrando. No tiene seguro. No ha planificado qué hacer con toda la competencia, no se ha parado a pensar en las reglas que dictan la caza de tamariscos a estas alturas del partido, y ahora está atravesando un bache. Lolo siente una punzada de lástima. Travis le cae bien. Una parte de él quiere desvelarle su secreto, pero reprime el impulso. Hay demasiadas cosas en juego. Los crímenes de agua se han convertido ya en algo serio, tanto que Lolo ni siquiera se lo ha contado a Annie, su esposa, por miedo a lo que pudiera decirle. Como la mayoría de los delitos vergonzosos, robar agua es un asunto privado, y a la escala a la que opera Lolo, trabajos forzados en la Pajita es la pena más clemente que podría esperar.

Enervado por esta invasión de su intimidad, Travis replica:

—Llegué aquí con un par de vacas, pero las he perdido. Se las habrá zampado algún bicho.

—Has recorrido mucho trecho para apacentar a las vacas.

—Ya, bueno, allí de donde vengo la artemisa está muerta. Doña Sequía se está ensañando con mis tierras. —Se pellizca el labio, contemplativo—. Ojalá pudiera encontrar esas vacas.

—Seguro que se han ido río abajo.

Travis exhala un suspiro.

—Entonces se las habrán cepillado los guardas.

—Las abatirían desde un helicóptero y hala, a las brasas.

—Californianos.

Los dos escupen ante esa palabra. El sol continúa poniéndose. Las sombras se

ciernen sobre las silenciosas estructuras de la ciudad. Los tejados rojos relucen, un racimo de rubíes engarzados en la gargantilla azul del río.

—¿Crees que habrá alguna mata que arrancar por ahí abajo? —pregunta Travis.

—Puedes acercarte a echar un vistazo, pero yo diría que las arranqué todas el año pasado. Además, ya había pasado otro por allí antes que yo, así que me extrañaría que hubiera crecido gran cosa.

—Mierda. En fin, lo mejor será que me vaya de compras. A ver si así por lo menos saco algo en claro de este viaje.

—Nadie te lo va a impedir, puedes estar seguro.

Como si se propusiera contradecir las palabras de Lolo, el golpeteo sordo de las aspas de un helicóptero rompe el silencio nocturno. La mota negra, como una mosca en movimiento, apenas si destaca sobre el fondo oscuro del firmamento. No tarda en perderse de vista, y el canto de los grillos eclipsa los últimos restos de su paso.

Travis se ríe.

—¿Recuerdas cuando los guardas decían que iban a mantener a raya a los saqueadores? Los vi en la tele, con sus helicópteros y sus todoterrenos, asegurando que iban a protegerlo todo hasta que la situación mejorara. —Suelta otra carcajada—. ¿Te acuerdas de cómo recorrían las calles de un lado para otro?

—Sí que me acuerdo.

—A veces me pregunto si no deberíamos habernos resistido un poco más.

—Annie estaba en la ciudad del lago Havasu cuando los enfrentamientos llegaron allí. Ya viste lo que ocurrió. —Lolo se estremece—. En cualquier caso, una vez tu planta de tratamiento de aguas residuales salta por los aires, no queda mucho por lo que luchar. Si abres el grifo y no sale nada, lo mejor es emigrar.

—Ya, bueno, a veces creo que tienes que pelear de todas formas. Siquiera por orgullo. —Travis hace un gesto en dirección a la ciudad que se extiende a sus pies, una sombra de movimiento—. Todavía recuerdo cuando esos terrenos se vendían como rosquillas y todos perdían el culo por construir tan pronto como llegaban los barcos cargados de troncos. Centros comerciales, aparcamientos y subdivisiones allí donde encontraban un palmo de suelo llano.

—Por aquel entonces no conocíamos a Doña Sequía.

—Cuarenta y cinco mil personas. Y ni uno solo de nosotros se olió nada. Lo mejor de todo es que yo era agente inmobiliario. —Travis se ríe, un sonido burlón que se apaga enseguida. Suena demasiado a autocompasión para el gusto de Lolo. Restaurado el silencio, vuelven a contemplar los restos de la ciudad.

Al cabo, Travis dice:

—Me parece que me voy a ir al norte.

Lolo lo mira de soslayo, sorprendido. De nuevo le sobreviene el impulso de contarle su secreto a Travis, pero se contiene.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—Recoger fruta, a lo mejor. Tal vez otra cosa. En cualquier caso, allí arriba hay agua.

Lolo señala el río.

—Ahí también.

—Pero no para nosotros. —Travis hace una pausa—. Tengo que confesarte una cosa, Lolo. He estado en la Pajita.

Por un instante, lo incongruente de sus palabras desconcierta a Lolo. La declaración es demasiado estrambótica. Sin embargo, la expresión de Travis es seria.

—¿En la Pajita? ¿En serio? ¿Tan lejos?

—Tan lejos, sí señor. —Travis se encoge de hombros, a la defensiva—. De todas formas, no encontré ningún tamarisco. Y tampoco tardé tanto en llegar, la verdad. Está mucho más cerca que antes. Una semana hasta las vías, me subí en marcha a un tren que transportaba carbón y me llevó justo hasta la interestatal, y a partir de allí seguí a dedo.

—¿Cómo está aquello?

—Desierto. Un camionero me contó que California y el Departamento de Interior habían trazado un montón de planes para decidir qué ciudades iban a apagar y cuándo. —Lanzó una miradita elocuente a Lolo—. Eso fue después de lo del lago Havasu. Llegaron a la conclusión de que tenían que hacerlo despacio. Se inventaron algún tipo de fórmula: cuántas ciudades, cuántas personas podían evaporar a la vez sin provocar demasiados disturbios. Se inspiraron en los chinos, de cuando se dedicaban a cerrar las viejas fábricas comunistas. En cualquier caso, tiene toda la pinta de que ya han terminado. Allí no hay nada, aparte de los camiones que circulan por la autopista, los trenes de carbón y un par de áreas de descanso para los camioneros.

—¿Y viste la Pajita?

—Sí, ya lo creo. Cerca de la frontera. Qué grande es la hijaputa. Tanto que no te puedes encaramar en lo alto, ahí tirada en el desierto como una puñetera serpiente plateada. Llega hasta California. —Escupe por acto reflejo—. Están rociándola de cemento para evitar que el agua se filtre en el suelo, y le han echado por encima algún tipo de cubierta de fibra de carbono para frenar la evaporación. El río sencillamente desaparece en su interior. Debajo no hay nada más que un cañón vacío. Más seco que la mojama. Y aquello está infestado de helicópteros y todoterrenos, es un puñetero avispero. Me ordenaron que no me acercara a menos de ochocientos metros con la excusa de los ecologistas chiflados que intentan volarla por los aires. Y tampoco te creas que lo hicieron de buenos modos.

—¿Qué esperabas?

—No sé. Acabé deprimido, eso sí: nos explotan aquí, nos apaciguan con una

miserable recompensa de agua y luego, al año siguiente, toda esa agua va a parar a esa vieja y gorda tubería. Seguro que en estos momentos hay algún californiano que está llenando la piscina con el agua que recaudamos el año pasado.

El canto de los grillos palpita en la oscuridad. A lo lejos, una manada de coyotes empieza a gañir. Los dos guardan silencio durante unos instantes. Al cabo, Lolo da una palmadita en el hombro a su amigo.

—Qué diablos, Travis, seguro que es lo mejor. Además, plantar un río en medio del desierto es una estupidez.

La granja de Lolo consiste en una hectárea de tierra semialcalina, convenientemente próxima a la orilla del río. Annie, que está en el campo cuando él corona las colinas bajas que señorean sobre su parcela, saluda con la mano antes de seguir cavando, plantando en previsión del agua que Lolo pueda obtener como recompensa.

Lolo se detiene para ver trabajar a Annie. El viento caliente arrecia, llevando consigo los olores de la artemisa y la arcilla. Un diablo de polvo se arremolina alrededor de Annie, arrancándole el pañuelo de la cabeza. Lolo sonrío mientras ella lo recoge; Annie lo descubre observándola todavía y le hace señas para que deje de haraganear.

Lolo sonrío para sus adentros y azuza a Maggie colina abajo, pero no se entretiene viendo trabajar a Annie. Le está agradecido. Agradecido porque cada vez que vuelve de cazar tamariscos ella todavía está allí. Es firme. Más que las personas como Travis, que tiran la toalla cuando la situación se calienta. Más firme que nadie que Lolo conozca, a decir verdad. Y si a veces sufre pesadillas, si no soporta las ciudades ni las multitudes, si se despierta de madrugada llamando a familiares a los que jamás volverá a ver, en fin, tanto más motivo para sembrar tamariscos y asegurarse de que nadie los expulse de su parcela como hicieron con ella.

Lolo consigue que Maggie hinue la rodilla para permitirle desmontar y la conduce a un abrevadero, medio lleno de légamo y zapateros. Agarra un balde y encamina sus pasos hacia el río mientras Maggie gruñe y protesta a su espalda. Antes la parcela contenía un pozo y agua potable, pero, como todos los demás, perdieron sus derechos de bombeo y BuRec llenó el pozo de cemento rápido en cuanto el acuífero descendió por debajo de la reserva mínima permitida. Ahora Annie y él sustraen calderos del río o, cuando el Departamento de Interior no mira, brincan encima de una bomba de pie y vierten el agua en una cisterna subterránea oculta que Lolo construyó cuando entraron en vigor las Directrices de Conservación de Recursos y Uso Admisible.

Annie se refiere a ellas como «DiCRUA», y parece que esté haciendo gárgaras cuando lo dice, pero aun con su pozo ciego pueden considerarse afortunados. No les ha pasado como a Spanish Oaks, Antelope Valley o River Reaches: poblaciones caras

con unas restricciones de agua lamentables que quedaron reducidas a polvo, con dinero o sin él, cuando Las Vegas y Los Ángeles interpusieron sus exigencias. Tampoco tuvieron que contribuir al rescate de Phoenix Metro cuando el Proyecto de Arizona Central fue cancelado y vio cómo sus acueductos quedaban hechos añicos cuando Arizona se negó a dejar de extraer agua del lago Havasu.

Mientras vierte agua fresca en el abrevadero de Maggie, paseando la mirada por su polvorienta parcela con Annie en los sembrados, Lolo se recuerda la suerte que ha tenido. La tormenta no se los ha llevado. Annie y él tienen las raíces bien plantadas en el suelo. Quizá los californianos los llamen pulgas de agua, pero que se jodan. Si no fuera por personas como él y Annie, se secarían y el viento los arrastraría como a todos los demás. Y si Lolo se dedica a trasplantar algún que otro tamarisco de acá para allá, pues bueno, les está bien empleado a esos californianos, habida cuenta de lo que han hecho ellos con todos los demás.

Tras terminar de arreglar a Maggie, Lolo entra en la casa y se sirve un trago de su purificadora particular. Las sombras de la casa de adobe mantienen el agua fresca. Se sienta y conecta la cámara de BuRec al panel solar que han instalado en el tejado. El indicador de carga parpadea, anaranjado. Lolo va a buscar un poco más de agua. Está acostumbrado a la sed, pero por algún motivo hoy no consigue saciarse. Hoy Doña Sequía le ha echado las manos al cuello.

Annie entra enjugándose la frente con un brazo bronceado.

—No bebas demasiado —dice—. No he podido bombear nada. Hay un grupo de guardas merodeando por los alrededores.

—¿Qué diablos hacen esos aquí? Todavía no hemos abierto las compuertas.

—Dijeron que te estaban buscando.

A Lolo está a punto de caérsele la taza.

Lo saben.

Saben lo de su repoblación de tamariscos. Saben que ha estado guardando y trasplantando raíces. Que se dedica a pasear grandes manojos de tamariscos perfectamente sanos por todo el río. Hace una semana envió las imágenes del tamarisco del cañón, la mayor de sus plantaciones hasta la fecha, digna de una recompensa de más de mil metros cúbicos de agua. Y ahora los guardas llaman a su puerta.

Lolo se esfuerza por evitar que le tiemble la mano mientras suelta la taza.

—¿Dijeron qué querían? —Le sorprende que no se le trunque la voz.

—Hablar contigo, eso es todo. —Annie hace una pausa—. Llegaron en uno de esos todoterrenos equipados con ametralladoras.

Lolo cierra los ojos. Se obliga a respirar hondo.

—Siempre portan armas. Seguro que no es nada.

—Me acordé del lago Havasu. Cuando nos expulsaron. Cuando cerraron la planta

de tratamiento de aguas residuales y todo el mundo intentó prender fuego a la sede de la Oficina de Ordenación del Territorio.

—Seguro que no es nada.

De repente se alegra de no haberle contado nunca acerca de sus trapicheos con los tamariscos. No pueden aplicarle el mismo castigo que a él. ¿Cuántos metros cúbicos podrían inculparle? Probablemente cientos de miles. Pedirán su cabeza, sin duda. Lo asignarán a las cuadrillas de la Pajita y le obligarán a trabajar de por vida, pasará el resto de sus días pagando su deuda de agua. Ha trasplantado cientos, quizá miles de tamariscos, barajándolos como un tahúr sus cartas en la mesa de póquer, llevándolos de una orilla a otra, matándolos una y otra vez, enviando siempre sus «pruebas» sin ningún remordimiento.

—Seguro que no es nada —repite.

—Lo mismo dijeron en Havasu.

Lolo agita un brazo en dirección a las tierras recién removidas. El sol cae con fuerza, brillante y abrasador, sobre la pequeña parcela.

—Nadie se tomaría tantas molestias por nosotros. —Esboza una sonrisa forzada—. Lo más probable es que se trate de algo relacionado con esos ecologistas chiflados que querían volar la Pajita. Algunos de ellos huyeron en esta dirección, por lo visto. Será eso, seguro.

Annie sacude la cabeza, poco convencida.

—No sé. Podrían haberme interrogado a mí en vez de a ti.

—Ya, pero es que yo cubro mucho terreno. Veo muchas cosas. Me apuesto lo que sea a que es por eso que quieren hablar conmigo. Están buscando a esos ecotarados, nada más.

—Sí, puede que tengas razón. Probablemente se trate de eso. —Annie asiente despacio con la cabeza, obligándose a creer—. Esos ecologistas están locos de atar. No hay suficiente agua para la gente, y quieren darle el río a un puñado de peces y pájaros.

Lolo asiente enfáticamente y sonrío de oreja a oreja.

—Ya. Qué estupidez. —Pero de repente los ecotarados le inspiran una especie de afecto fraternal. Después de todo, los californianos también andan tras su pista.

Lolo no pega ojo en toda la noche. Su instinto le grita que huya, pero no tiene valor para decírselo a Annie, ni para abandonarla. Por la mañana, sale a cazar tamariscos, y también en eso fracasa. No corta ni una sola mata en todo el día. Contempla la posibilidad de descerrajarse un tiro con la escopeta, pero se acobarda cuando se mete el arma en la boca. Más vale vivo y proscrito que muerto. Al final, con la mirada fija en los cañones gemelos, sabe que tiene que contárselo a Annie, tiene que confesarle que hace años que se dedica a robar agua y que debe huir al norte. Quizá lo

acompañe. Quizá atiende a razones. Escaparán juntos. Les quedará eso, al menos. Una cosa es segura: no permitirá que esos malnacidos lo encierren de por vida en un campo de trabajos forzados.

Pero los guardas están esperando a Lolo cuando este regresa. Conversan agazapados a la sombra de su todoterreno. Cuando Lolo corona la colina, uno de ellos da un golpecito en el hombro a su compañero y señala con el dedo. Los dos se incorporan. Annie vuelve a estar en el sembrado, removiendo la tierra, ajena a lo que está a punto de suceder. Lolo tira de las riendas y estudia a los guardas, que se apoyan en el todoterreno y le devuelven la mirada.

De improviso, Lolo ve el futuro que le espera. Se despliega en su mente igual que una película, tan claro como el cielo azul sobre su cabeza. Acerca una mano a la escopeta, colgada en el costado de Maggie que los guardas no pueden ver. Conduce a Maggie en diagonal con respecto a ellos y deja que la camella baje la colina.

Los guardas se acercan a él con tranquilidad. Tienen su todoterreno con la ametralladora del calibre 50 y sus M-16 colgados al hombro. El uniforme antibalas los cubre de la cabeza a los pies, y parecen sudorosos y acalorados. Lolo se acerca lentamente. Tendrá que acertarles a los dos en la cara. Un reguero de sudor se desliza entre sus omóplatos. Siente la mano resbaladiza sobre la culata de la escopeta.

Los guardas se lo toman con calma. Todavía no han empuñado los rifles y dejan que Lolo siga acercándose. Uno de ellos esboza una amplia sonrisa. Debe de tener unos cuarenta años, y lo intenso de su bronceado sugiere que lleva mucho tiempo en el cargo. El otro levanta una mano y dice:

—Hola, Lolo.

La sorpresa de Lolo es tal que aparta la mano de la escopeta.

—¿Hale? —Ahora reconoce al guarda. Crecieron juntos. Solían jugar al fútbol hace un millón de años, cuando los campos todavía estaban cubiertos de verdor y los aspersores lanzaban el agua al aire en todas direcciones. Hale. Hale Perkins. Lolo frunce el ceño. No puede disparar contra Hale.

—Todavía por estos lares, ¿eh? —dice Hale.

—¿Qué diablos haces tú con ese uniforme? ¿Es que ahora estás con los californianos?

Hale hace una mueca y señala los emblemas de su uniforme: Guardia Nacional de Utah.

Lolo arruga el entrecejo. Guardia Nacional de Utah. Guardia Nacional de Colorado. Guardia Nacional de Arizona. Son todos iguales. Es difícil encontrar un solo miembro de la «Guardia Nacional» que no sea un mercenario procedente de otro estado. La mayoría de los guardas locales dimitieron hace tiempo, asqueados de expulsar a familiares y amigos de sus propiedades, hartos de intercambiar disparos con personas que solo querían conservar sus hogares. De modo que aunque todavía

haya una Guardia Nacional de Colorado, o de Arizona, o de Utah, dentro de esos uniformes con sus caros equipos de visión nocturna y de los flamantes helicópteros que sobrevuelan las hoces del río solo hay California pura y dura.

Y luego quedan unos pocos como Hale.

Lolo recuerda a Hale como un tipo legal. Recuerda haber robado un barril de cerveza de detrás del Club Elks una noche con él. Lolo lo mira de arriba abajo.

—¿Qué te parece el Programa de Asistencia Suplementaria? —Observa de reojo al otro guarda—. ¿Te va bien con eso? ¿Te echan una mano los californianos?

Hale le implora comprensión con la mirada.

—Venga ya, Lolo. Yo no soy como tú. Tengo una familia que mantener. Si cumplo otro año de servicio, dejarán que Shannon y los niños se instalen en las afueras de California.

—¿Y te pondrán también una piscina en el patio?

—Sabes que no es así. Allí también hay escasez de agua.

A Lolo le encantaría seguir provocándolo, pero tiene la cabeza en otro sitio. Una parte de él se pregunta si Hale no será sencillamente listo. Al principio, cuando California empezó a ganar sus demandas legales de agua y a dejar ciudades desabastecidas, los desplazados se limitaron a seguir el agua... hasta la misma California. Los burócratas tardaron un tiempo en percatarse de lo que sucedía, pero al final alguien con el lapicero más afilado que los demás sumó dos y dos y se dio cuenta de que atraer a la gente junto con el agua no remediaba los problemas de carestía. De modo que se erigieron las vallas de inmigración.

Pero las personas como Hale todavía tienen acceso.

—Bueno, ¿qué queréis? —Para sus adentros, Lolo se pregunta por qué no lo han apeado todavía de Maggie para llevárselo a rastras, pero está dispuesto a seguirles la corriente hasta el final.

El otro guarda sonríe.

—A lo mejor solo hemos venido hasta aquí para ver cómo viven las pulgas de agua.

Lolo lo observa. A este sí que podría pegarle un tiro. Deja que su mano acaricie la escopeta de nuevo.

—BuRec controla mi compuerta. No tenéis ningún motivo para estar aquí.

—Hay marcas en ella —dice el californiano—. De las grandes.

Lolo sonríe sin despegar los labios. Sabe a qué marcas se refiere el guarda. Las hizo con cinco palancas distintas cuando intentó dismantelar todo el mecanismo de la compuerta en un ataque de obsesión. Al final renunció a forzar los cerrojos y se limitó a aporrear el chisme, abollando el acero de la puerta, aplastándolo, mientras sus plantas se marchitaban al otro lado. Después de aquello, se resignó a acarrear cubos de agua hasta los cultivos y lo dejó correr. Pero las muescas y los rasguños

todavía siguen estando allí, recordándole su período de locura.

—Todavía funciona, ¿verdad?

Hale levanta una mano en dirección a su compañero, conciliador.

—Sí, todavía funciona. No hemos venido por eso.

—Entonces ¿qué queréis? No habréis sacado la ametralladora de paseo hasta aquí tan solo para hablar de las abolladuras de mi compuerta.

Hale exhala un suspiro, conteniéndose, procurando mostrarse razonable.

—¿Te importa bajar de esa condenada camella para que podamos hablar?

Lolo estudia a los dos guardas, calculando sus posibilidades en el suelo.

—Mierda. —Escupe—. Sí, vale. Me habéis pillado. —Azusa a Maggie para que se arrodille y se apea de su joroba—. Annie no sabe nada de esto. No la involucréis. La idea fue solo mía.

Hale arruga el entrecejo, desconcertado.

—¿A qué te refieres?

—¿No vais a detenerme?

El californiano que acompaña a Hale suelta una carcajada.

—¿Por qué? ¿Porque te llevas un par de calderos del río? ¿Porque probablemente tengas una cisterna ilegal por aquí en alguna parte? —Vuelve a reírse—. Todas las pulgas sois iguales. ¿Te crees que no estamos al corriente de todas esas chorradas?

Hale frunce el ceño en dirección al californiano antes de girarse de nuevo hacia Lolo.

—No, no hemos venido para arrestarte. ¿Te has enterado de lo de la Pajita?

—Sí. —Lolo responde despacio, pero para sus adentros, sonrío.

De repente se ha quitado un peso enorme de encima. No lo saben. No tienen ni remota idea. El plan era bueno cuando lo puso en marcha, y continúa siéndolo. Lolo se obliga a apartar el júbilo de su expresión y procura concentrarse en las palabras de Hale, pero no puede, está dando botes y balbuciendo como un mono. No saben...

—Espera. —Lolo levanta una mano—. ¿Qué acabas de decir?

—California va a abolir las recompensas de agua —repite Hale—. La Pajita cuenta ya con suficientes secciones completas como para no seguir necesitando el programa. Han conseguido canalizar medio río. El Departamento de Interior ha aceptado concentrar todo su presupuesto en los controles de filtración y evaporación. Ahí es donde se consolidan los grandes beneficios. Van a cerrar el programa de gratificaciones con agua. —Hace una pausa—. Lo siento, Lolo.

Lolo frunce el ceño.

—Pero un tamarisco sigue siendo un tamarisco. ¿Por qué deberían quedarse con el agua esas condenadas plantas? Si talo un tamarisco, aunque California no quiera el agua, yo todavía podría quedarme con ella. A mucha gente le vendría bien esa agua.

Hale adopta una expresión compungida.

—Nosotros no hacemos las leyes, nos limitamos a procurar que se cumplan. Me han encargado informarte de que tu compuerta no se abrirá el año que viene. Si sigues cazando tamariscos, no servirá de nada. —Pasea la mirada por la parcela y se encoge de hombros—. En cualquier caso, dentro de un par de años está previsto que tiendan tuberías por toda esta franja. Después de eso ya no quedará ningún tamarisco.

—Y entonces ¿qué esperan que haga?

—California y BuRec se ofrecen a comprar los terrenos. —Hale extrae un talonario de su chaleco antibalas y lo abre con un giro de muñeca—. Para amortiguar el golpe, por así decirlo. —La brisa caliente agita las hojas de la libreta. Hale las sujeta con el pulgar y saca una estilográfica de otro bolsillo. Anota algo en el talonario y arranca una hoja perforada—. No es mal trato.

Lolo coge el cheque. Se queda mirándolo fijamente.

—¿Quinientos dólares?

Hale se encoge de hombros, apenado.

—Es lo que están dispuestos a ofrecer. Eso solo son los códigos en papel. Hay que confirmarlo online. Usa el teléfono con cámara de BuRec y te ingresarán la suma en el banco que elijas. O también pueden guardar el dinero en fideicomiso hasta que llegues a una ciudad y decidas retirarlo. Puedes hacerlo en cualquier sucursal de la Oficina de Ordenación del Territorio. Pero tendrás que dar el visto bueno antes del 15 de abril. BuRec enviará a alguien para sellar la compuerta antes de que termine esta estación.

—¿Quinientos dólares?

—Tendrás de sobra para llegar al norte. Y es más de lo que te ofrecerán el año que viene.

—Pero estos son mis terrenos.

—Hasta que no se vaya Doña Sequía, no. Lo siento, Lolo.

—La sequía podría terminar en cualquier momento. ¿Por qué no nos conceden un par de años más? Podría terminar en cualquier momento. —Pero Lolo ni siquiera lo cree mientras lo dice. Hace diez años, quizá. Pero no ahora. Doña Sequía ha venido para quedarse. Aferra el talón y sus códigos contra el pecho.

A cien metros de distancia, el río continúa fluyendo hacia California.

RESPUESTA EVOLUTIVA

El familiar hedor a cuerpos sin asear, comida y excrementos me baña como una ola cuando atravieso la puerta. Las luces de los coches patrulla atraviesan las persianas parpadeando, rutilantes bajo la lluvia, iluminando el escenario del crimen con estroboscópicos fogonazos rojos y azules. Una cocina. Un caos de humedad. Una mujer fornida acurrucada en una esquina, aferrada a su camisón para impedir que se abra. La seda pugna por contener sus muslos regordetes y sus pechos bamboleantes. Los miembros de la brigada la rodean, la zarandean, la obligan a sentarse, acobardada. Otra mujer, joven y bonita, embarazada y de cabellos morenos, yace despatarrada contra la pared opuesta, con la blusa salpicada de restos de espaguetis. Gritos en la habitación de al lado: niños.

Me pellizco la nariz para taponarla y respiro por la boca, combatiendo las náuseas mientras aparece Pentle, enfundando su Grange. Me ve y me lanza una cápsula de sales. Rompo la ampolla y aspiro la fragancia a lavanda hasta que la pestilencia empieza a disiparse. Los niños llegan correteando detrás de Pentle, una camada de tres que se enredan entre sus rodillas: los llorones del otro cuarto. Rodean la cocina al galope y vuelven a perderse de vista, sin dejar de gritar, en la salita donde la información que reluce como polvo de hadas en las pantallas de las paredes probablemente constituya su único contacto con el mundo exterior.

—Ésos son todos —anuncia Pentle. Tiene el rostro alargado y enjuto, y unos labios finos y amargados cuyas comisuras siempre apuntan al sur. Es como si llevara unas pesas colgadas en las mejillas. Las cejas pobladas se comban como orugas sobre sus ojos. Pasea la mirada por la cocina; las comisuras de sus labios se hundan un poco más. Toparse con estos escenarios siempre es deprimente—. Estaban todos dentro cuando derribamos la puerta.

Asiento distraídamente mientras me sacudo el agua del monzón del sombrero.

—Estupendo. Gracias. —El suelo se puebla de cuentas líquidas que pasan a engrosar los charcos dejados por la brigada de respuesta evolutiva y los agusanados vestigios de los espaguetis de la cena. Vuelvo a calarme el sombrero. A pesar de todos mis esfuerzos, el agua consigue descolgarse del ala y colarse por el cuello de mi camisa, un viscoso reguero de incomodidad. Alguien cierra la puerta de la calle. El olor a mierda se intensifica, una mezcla de huevos podridos y humedad. Las sales lo mantienen a raya a duras penas. Bajo mis pies crujen guisantes reventados y migas de cereales que van a mezclarse con los espaguetis, los estratos geológicos de antiguos yantares. El programa de limpieza automática de la cocina lleva años sin activarse.

La mayor de las dos mujeres carraspea mientras se ajusta el camisón que le ciñe la celulitis y me pregunto, como hago siempre en este tipo de situaciones, qué la

habrá llevado a elegir esta repugnante vida furtiva de basura putrefacta y fugaces incursiones ilícitas a la luz del día. La muchacha embarazada parece haberse refugiado aún más en sí misma desde nuestra llegada. Tiene la mirada perdida en el vacío. Habría que comprobar su pulso para saber si está viva. Me fascina que las mujeres puedan acabar así, tan seducidas por la vida en las cloacas que llegan a esto, fugitivas de todos aquellos que habrían podido mantenerlas, apoyarlas, quererlas y permitirles ver el mundo exterior.

Los niños regresan corriendo de la sala de estar, persiguiéndose: uno rubio, de no más de cinco años; otra, más pequeña y con trenzas castañas, desnuda de cintura para arriba y con un pañal improvisado, de menos de tres; y un bebé que gatea a la altura de nuestras rodillas, con el pañal de baratillo enroscado alrededor de unos muslitos regordetes, luciendo una camiseta con manchas de salsa de tomate que reza: «¿Quién es el más mono?». La camiseta valdría algo en los mercados de antigüedades si no estuviera tan sucia.

—¿Necesitas algo más? —pregunta Pentle. Una nueva vaharada apestosa procedente de los chiquillos le hace arrugar la nariz.

—¿Tienes las fotos para la fiscalía?

—Las tengo. —Pentle saca una cámara digital y me enseña las imágenes de las damas y los tres niños, todos ellos con los ojos abiertos como platos en la pantalla, como muñequitos mugrientos—. ¿Quieres que me las lleve ya?

Echo un vistazo a las mujeres. Los críos han vuelto a esfumarse. Sus aullidos resuenan en la habitación adyacente mientras continúan persiguiéndose. Los alaridos son ensordecedores. Incluso a pesar de la distancia, me provocan dolor de cabeza.

—Sí. Yo me encargo de los niños.

Pentle levanta a las mujeres del suelo y sale arrastrando los pies, dejándome solo en medio de la cocina. Qué familiar me resulta todo: la típica distribución del espacio de Builders United. Las mismas luces empotradas en los armarios de siempre, baldosas negras reflectantes en el suelo, ingeniosas espitas de limpieza automática ocultas tras rodapiés decorativos, todo ello tan parecido a las cosas que tenemos Alice y yo que prácticamente podría olvidar dónde estoy. Es el negativo de la cocina de nuestro apartamento: luz contra oscuridad, limpieza contra suciedad, silencio contra alboroto. La misma planta, todo es igual, y sin embargo, nada lo es. Es algo arqueológico. Puedo mirar las capas de porquería, mugre y ruido y ver lo que debía de haber antes debajo... cuando estas personas todavía se preocupaban por las combinaciones cromáticas y los electrodomésticos elegantes.

Abro el frigorífico (de níquel antiadherente, qué práctico). El nuestro contiene piñas, aguacates, endivias, maíz, café y nueces amazónicas de los jardines colgantes de Angel Spire. Éste alberga una balda atestada de barras de microproteínas molidas y montones de bolsitas de suplementos nutritivos como las que reparte el gobierno en

las clínicas de lozanol. Aparte de un paquete de lechuga pringosa, en el frigorífico no hay absolutamente nada que no esté procesado. Las únicas verduras se encuentran en tarros de concentrados en polvo, y lo mismo ocurre con la fruta. Una pila de bandejas de calentado automático con arroz frito, *laap* y espaguetis como los que todavía yacen en la mesa de la cocina en medio de un charco formado por su propia salsa, y eso es todo.

Cierro la nevera y enderezo la espalda. Hay algo aquí, en medio del desorden, los chillidos de la habitación de al lado y el tufo que desprende el pañal de uno de los mocosos, pero no logro precisar de qué se trata. Podrían haber disfrutado del sol y del aire. En vez de eso, se ocultaban en la oscuridad y la humedad, entre la maleza selvática, palideciendo y sacrificando sus vidas.

Los niños vuelven a aparecer a la carrera, persiguiéndose en cadeneta, riendo y vociferando. Se detienen y miran a su alrededor, sorprendidos, quizá, por la ausencia de sus mamis. El más pequeño de todos arrastra un dinosaurio al que agarra por la nariz. Tiene el cuello largo y verde, y el cuerpo abombado. Un brontosaurio, me parece, con grandes ojos de dibujo animado y negras pestañas de fieltro. Tiene gracia lo del dinosaurio, porque se extinguieron hace mucho, pero aquí hay uno, reencarnado en un peluche. También tiene gracia porque, si te paras a pensarlo, un dinosaurio de juguete en realidad es como si estuviera extinto por partida doble.

—Lo siento, chicos. Mamá se ha ido.

Desenfundo la Grange. Sus cabezas rebotan hacia atrás en espasmos sucesivos, bang bang bang, uno detrás de otro, mientras los orificios se materializan en sus frentes como manchas de pintura y una lluvia de sesos se esparce a sus espaldas. Sus cuerpos se desploman y resbalan en el suelo de negras baldosas reflectantes. Aterrizan en un amasijo de extremidades descoyuntadas. Por un segundo, el olor a pólvora hace que el hedor resulte más tolerable.

Salgo de la jungla como un murciélago escapado del infierno, descendiendo del reducto suburbano del supercomplejo de Rhinehurst y ascendiendo sobre el techo selvático. Surco la carretera elevada en dirección a Angel Spire y el mar. Los monos abandonan el carril brincando como saltamontes, arrojándose al vacío ante el coche patrulla y perdiéndose de vista entre los mangles, los kudzus, los caobos y las tecas, adentrándose en las húmedas entrañas del laberinto de fronda. Dejo el coche patrulla en la central, sin tiempo para ducharme; de todas formas, no me hace falta. Guardo el sombrero, la gabardina y el resto de mi atuendo en las bolsas precintadas de los residuos tóxicos, salgo de nuevo a la calle por el otro lado y me apresuro a ponerme el esmoquin antes de montar en el megaascensor que habrá de llevarme 188 plantas más arriba, hasta las límpidas alturas que señorean sobre el manto selvático del proyecto N22 de captura de carbono.

Mma Telogo ha organizado un nuevo concierto. Alice es su viola estrella, su trofeo, y Hua Chiang y Telogo han estado dando vueltas a su alrededor como cuervos, desmenuzando la actuación sin apartar sus córvidos ojos de ella, ávidos y atentos al menor desliz, pero ahora la consideran preparada. Preparada para disputarle el trono a Banini. Preparada para aspirar a hacerse un hueco en el canon inmortal de la música clásica. Y yo llego tarde. Atrapado en un megaascensor en el nivel 55, oprimido por el aliento y el calor de los comensales de la terraza y los domingueros que escalan la aguja mientras se desgranán los segundos, escuchando cómo zumban y chirrían los ventiladores mientras todos sudamos y nos marchitamos, aguardando a que se resuelva algún problema en la línea.

Por fin reanudamos el ascenso, nuestros estómagos se desploman contra nuestros zapatos, nos pitan los oídos mientras nos elevamos hacia el firmamento en alas de la aceleración magnética... y aminoramos de pronto, tan deprisa que a punto estamos de atravesar el suelo. Nuestros estómagos regresan a su sitio. Me abro paso a empujones entre cientos de personas, enseñando la placa de policía en cuanto alguien protesta, y cruzo corriendo el arco de cristal del Centro Ki de Artes Escénicas. Me zambullo entre los monolitos de las puertas de recepción antes de que terminen de cerrarse.

Las barras automáticas encajan en sus ranuras con un golpe sordo, sellando el auditorio. Resulta reconfortante. Estoy dentro, envuelto por la sinfonía, como si sus manos se hubieran ahuecado a mi alrededor para atraerme hacia una cámara de concentración absoluta. Las luces se atenúan. El murmullo de las conversaciones se apaga. Encuentro mi asiento gracias al tacto más que a la vista. Los hombres con sombreros de topacio y las mujeres con antiparras intentan fulminarme con la mirada mientras me escurro entre las butacas. Es una vulgaridad, lo sé. Llegar absurdamente tarde a un acontecimiento que solo se celebra una vez cada diez años. Me siento de golpe justo cuando Hua Chiang sube al podio.

Despliega los brazos como alas de grulla. Un destello señala el movimiento de los arcos, las trompas y las flautas, y entonces comienza la música, una insinuación al principio, como bruma incipiente, antes de intensificarse y enhebrarse en una serie de estrofas repetidas que habré oído tocar a Alice en diez mil ocasiones. Las notas que oyera por primera vez hace ya tanto tiempo, titubeantes y agónicas, fluyen ahora como el agua y eclosionan como flores de hielo. La música se apacigua, de nuevo el pianísimo, los adorables y delicados motivos que conozco gracias a los ensayos de Alice. Una mera introducción, me ha contado, con la intención de limar de la mente del público los últimos pensamientos del mundo exterior, estrofas que se repiten hasta que Hua Chiang acepta que el público es completamente suyo y da rienda suelta a la viola de Alice, respaldada por el resto de la orquesta, quince años de práctica dando sus frutos.

Bajo la mirada a mis manos, abrumado. En la sala de conciertos es distinto.

Distinto de todos los días que Alice se había pasado maldiciendo, ensayando e insultando a Telogo, jurando que su obra era imposible de interpretar. Distinto incluso de las ocasiones en que terminaba los ensayos temprano, risueña, con las manos cubiertas de nuevas formaciones de callos, sofocada, ansiosa por compartir un refrescante vino blanco conmigo en el balcón a la luz del ocaso y contemplar el cielo mientras las nubes del monzón se separaban y las estrellas iluminaban nuestra velada. Esta noche, su parte se funde con el resto de la sinfonía y la belleza del conjunto me deja sin habla, incapaz de pensar.

Más tarde, oiré si Telogo ha superado a Banini en audacia. Oiré cómo los expertos comparan los recuerdos vivos de antiguas representaciones y veré cómo la opinión de la crítica fluctúa para encajar esta nueva obra en un canon que se remonta más de un siglo en el pasado y flota como un fantasma sobre todo lo que Alice y su director, Hua Chiang, anhelan: una actuación que destrone a Banini y tal vez lo deprima lo suficiente como para renunciar al lozanol y llevarlo a la tumba. Para mí, competir con toda esa historia supondría un lastre demasiado pesado. Me alegra tener un trabajo en el que olvidar sea la parte más importante. Formar parte de la brigada de respuesta evolutiva conlleva que tu cerebro se tome unas vacaciones y tus manos hagan todo el trabajo. Y que, cuando termines, puedas marcharte sin mirar atrás.

Solo que ahora, mientras me observo las manos, me sorprende encontrarlas salpicadas de gotitas de sangre como cabezas de alfiler. Una fina película. El rocío de los restos del pequeño del dinosaurio. Los dedos me huelen a herrumbre.

El tempo acelera. Alice vuelve a tocar. Las notas se imbrican con tanta fluidez que parece imposible que no estén generadas por medios electrónicos, y sin embargo la calidez y la modulación son suyas, dolorosamente suyas, lo he oído por la mañana, cuando ensayaba en el balcón, poniéndose a prueba, embistiendo una y otra vez contra sus propias limitaciones. Disciplinando sus dedos y sus manos, obligándoles a aceptar las exigencias de Telogo, las que hacía años calificaba de imposibles y ahora discurren limpiamente entre el público.

Tengo las manos cubiertas de sangre. La pellizco, la arranco en copos secos. Tuvo que ser el niño del dinosaurio. Era el que estaba más cerca cuando recibió el balazo. Una parte de sus residuos se niegan a desaparecer, aferrados a mi piel. No debería haberme saltado la ducha.

Me rasco.

El hombre que tengo sentado a mi lado, de rostro bronceado y carmín en los labios, frunce el ceño. Estoy estropeándole un momento histórico, algo que llevaba años esperando escuchar.

Me rasco con más cuidado. Sin hacer ruido. La sangre se descascarilla. Desgraciado chiquillo con su desgraciado dinosaurio que a punto estuvo de conseguir que me perdiera la función.

Los del equipo de limpieza también se fijaron en el dinosaurio. Supieron captar la ironía. Bromearon, sacaron las cápsulas de sales y empezaron a guardar los cadáveres en bolsas para reciclarlos en fertilizante. Me entretuvieron. Estúpido dinosaurio.

La cascada de música enmudece. Hua Chiang baja las manos. Aplausos. Alice se pone en pie a petición de Chiang, y la ovación se intensifica. Estiro el cuello para verla, sonrosadas sus mejillas de diecinueve años, radiante y triunfal su sonrisa, arropada por nuestra adulación.

Terminamos en una fiesta organizada por Maria Illoni, una de las principales benefactoras de la sinfonía. Amasó su fortuna gracias a los proyectos de mitigación del calentamiento global para la ciudad de Nueva York, antes de que esta se fuera al garete. Su ático se encuentra en la Curva de Playa, arqueándose atrevidamente sobre los rompeolas y los farallones, una metafórica higa al océano que derrotó sus cálculos de las sobretensiones debidas a las tormentas. Una sedosa enredadera plateada en suspensión sobre las aguas oscuras y las comunidades flotantes que se mecen mar adentro. Huelga decir que Nueva York jamás recuperó el dinero: el patio exterior de Illoni se extiende a lo largo de toda la planta superior de la Curva y sirve de plataforma para los pétalos adicionales de fibra de carbono ahuecada que se extienden sobre el vacío.

Desde la otra punta de la Curva, la vista alcanza hasta más allá de los racimos incandescentes de los núcleos superpoblados de la antigua urbe, a oscuras salvo en los ejes de los que irradian las líneas magnéticas. Un extraño amasijo de escombros, ruinas y desperfectos. De día parece una especie de formación fúngica escarlata que se hubiera desplomado sobre sí misma, un entramado de dosel selvático y antiguo monte bajo suburbano, pero por la noche todo cuanto resulta visible es el esqueleto de la fosforescente infraestructura, flores radiales que brillan en la oscuridad, y aspiro profundamente, disfrutando del frescor y del aire libre ausentes en los claustrofóbicos escondrijos que me dedico a registrar con la brigada.

Alice resplandece con el calor, perfectamente cimbreña, proporcionadas sus curvas: una muchacha preciosa de la cabeza a los pies. La temperatura otoñal no llega a los treinta y tres grados, la sensación es placentera, y me siento infinitamente cariñoso con ella. La atraigo hacia mí. Nos adentramos en un bosque de bonsáis centenarios esculpidos por el marido de Maria. Alice murmura que el hombre se pasa todo el rato aquí arriba, en el tejado, contemplando fijamente las ramas, estudiando sus curvas, y ocasionalmente, cada pocos años tal vez, desvía una de ellas y la guía en una nueva dirección. Nos besamos a la sombra que proporcionan; Alice es hermosa, todo es perfecto.

Pero no logro concentrarme.

Cuando disparé a los críos con la Grange, el más pequeño de todos —el que

sujetaba aquel estúpido dinosaurio— dio una voltereta de espaldas. La Grange está pensada para los piojosos, no para unos mequetrefes tan pequeños, de modo que el proyectil embistió al pequeño, levantándolo del suelo, y su dinosaurio salió volando por los aires. Literalmente. Y ahora no puedo dejar de pensar en él, en ese dinosaurio volante. Que después golpeó la pared y rebotó en el suelo de negras baldosas reflectantes. Tan deprisa y tan despacio. Bang bang bang, uno detrás de otro... y después, el dinosaurio por los aires.

Como si percibiera mi falta de atención, Alice se aparta. Enderezo los hombros. Procuero concentrarme en ella.

—Pensé que no llegabas —dice—. Mientras afinábamos me asomé y vi que tu asiento estaba vacío.

Me obligo a sonreír.

—Pero al final llegué. Lo conseguí.

Por los pelos. Me demoré demasiado con los chicos de limpieza mientras el dinosaurio yacía en un charco y empapaba la sangre del crío. Extintos por partida doble. Tanto el niño como el dinosaurio. Muertos una vez, y después muertos de nuevo. Hay una perversa simetría ahí, en alguna parte.

Alice ladea la cabeza, estudiándome.

—¿Tan malo ha sido?

—¿Qué? —¿*El brontosaurio?*—. ¿El encargo? —Me encojo de hombros—. Un par de chifladas, nada más. No iban armadas ni nada. Pan comido.

—No me entra en la cabeza. Renunciar al lozanol así porque sí. —Suspira y estira un brazo para acariciar uno de los bonsáis, guiado a la perfección a lo largo de las décadas por el mapa que únicamente Michael Illoni es capaz de ver o entender—. ¿Por qué renunciar a todo esto?

Desconozco la respuesta. Rebobino el escenario del crimen en mi cabeza. Me asalta la misma sensación que experimenté al pisar los espaguetis agusanados y registrar la nevera. Hay algo ahí, en el hedor, el ruido y la oscuridad, algo cálido, obsesivo y maduro. Pero no sé lo que es.

—Las señoras parecían mayores —digo—. Como globos al cabo de una semana, abotargadas y arrugadas.

Alice compone una mueca de repugnancia.

—¿Te imaginas intentar interpretar a Telogo sin ayuda del lozanol? No nos daría tiempo. La mitad de nosotros habríamos dejado atrás nuestro mejor momento, necesitaríamos aprendices, y luego estos necesitarían más aprendices. Quince años. Y esas mujeres lo tiran todo por la borda. ¿Cómo pueden renunciar a algo tan bello como Telogo?

—¿Estás pensando en Kara?

—Habría interpretado a Telogo dos veces mejor que yo.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. Era la mejor. Antes de que le entrara la niñitis. —Suspira—. La echo de menos.

—Podrías ir a visitarla. Todavía no está muerta.

—Como si lo estuviera. Ya era veinte años mayor que nosotros cuando la conocimos. —Sacude la cabeza—. No. Prefiero recordarla en la flor de la vida, no como la interna en un campo de trabajo que es ahora, entregada al cultivo de hortalizas y privada de la mitad de su talento. Ahora no soportaría escuchar cómo toca. —Se gira de repente—. A propósito, la inyección de lozanol me toca mañana. ¿Puedes llevarme?

—¿Mañana? —Titubeo. Mañana debería estar de servicio, exterminando mocosos—. Podrías haberme avisado con más antelación.

—Lo sé. Quería pedírtelo antes, pero con la inminencia del concierto se me olvidó. —Alice se encoge de hombros—. No tiene tanta importancia. Puedo acercarme sola. —Me mira de reojo—. Pero sería más agradable si me acompañaras.

Qué diablos. De todas formas, no me seduce la idea de volver tan pronto al trabajo.

—Vale, de acuerdo. Le pediré a Pentle que me cubra. —Que se las vea él con los dinosaurios.

—¿En serio?

Me encojo de hombros.

—¿Qué puedo decir? Soy así de encantador.

Alice sonrío y se pone de puntillas para darme un beso.

—Si no fuéramos a vivir eternamente, me casaría contigo.

Suelto una carcajada.

—Si no fuéramos a vivir eternamente, te dejaría embarazada.

Nos sostenemos la mirada. Alice suelta una risita nerviosa y decide tomárselo a broma.

—No seas zafio.

Antes de que podamos decir algo más, Illoni sale de detrás de un bonsái y agarra a Alice del brazo.

—¡Conque aquí te habías metido! Te estaba buscando por todas partes. No puedes esconderte así. Eres la mujer del momento.

Se lleva a Alice con el mismo aplomo que debió de convencer a los neoyorquinos de que realmente podría salvarlos. Apenas si se digna echarme un vistazo antes de alejarse. Alice esboza una sonrisa tolerante y me indica por señas que la siga. A continuación, Maria convoca a todo el mundo y hace que nos agolpemos mientras ella se encarama al borde de una fuente y atrae a Alice junto a ella. Empieza a perorar sobre el arte, el sacrificio, la disciplina y la belleza.

Desconecto. La cantidad de autocomplacencia que soy capaz de soportar tiene un límite. Es evidente que Alice es una de las mejores violas del mundo. Disertar al respecto solo sirve para trivializar ese hecho. Pero los mecenas necesitan sentir que forman parte del momento, de modo que todos quieren apretujar a Alice entre sus brazos para hacerla un poco más suya, y hablar, hablar, hablar sin cesar.

—... no estaríamos aquí, felicitándonos —dice Maria—, de no ser por nuestra encantadora Alice. Hua Chiang y Telogo cumplieron con su cometido, pero a la hora de la verdad fue la ejecución de la ambiciosa obra de Telogo por parte de Alice lo que ha conseguido suscitar una opinión tan favorable entre los críticos. Debemos darle las gracias por la impecabilidad de su actuación.

Todo el mundo rompe a aplaudir y un rubor adorable tiñe las mejillas de Alice, poco acostumbrada a la adulación de sus colegas y sus competidores. Maria levanta la voz para imponerse al clamor:

—He intentado llamar varias veces a Banini, y es más que evidente que se niega a responder a nuestro desafío, por lo que espero que los próximos ochenta años sean nuestros. ¡Y de Alice! —La intensidad de los aplausos es ensordecedora.

Cuando Maria agita los brazos para reclamar de nuevo la atención, las ovaciones se reducen a unos cuantos silbidos y gritos dispersos que finalmente decrecen lo suficiente como para permitir que Maria continúe.

—Para conmemorar el fin de la era de Banini y el comienzo de una nueva, me gustaría ofrecerle a Alice una pequeña muestra de afecto. —Dicho lo cual, se agacha y recoge una bolsa de yute trenzado con motivos dorados—. A todas las mujeres nos gustan el oro y las joyas, por supuesto, y cuerdas para nuestras violas, pero me pareció que este sería un obsequio especialmente adecuado para la ocasión...

Me apoyo en la mujer que tengo al lado, intentando ver algo, mientras Maria levanta la bolsa sobre su cabeza con gesto teatral y anuncia al gentío:

—¡Para Alice, nuestra matadora de dinosaurios! —Extrae un brontosaurio verde de la bolsa.

Es idéntico al que tenía el mocosito.

Sus enormes ojos me miran directamente. Por un segundo es como si sus grandes pestañas negras estuvieran batiendo en mi dirección. La multitud prorrumpe en carcajadas y aplausos cuando todos captan la broma. *Banini = dinosaurio*. Ja, ja.

Alice coge el dinosaurio, lo agarra por el pescuezo y lo alza por encima de su cabeza. Las carcajadas se redoblan, pero yo ya no puedo ver nada porque estoy tirado en el suelo, atrapado en una maraña selvática de piernas, sin poder respirar.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Seguro. No me pasa nada. Ya te lo he dicho. Estoy bien.

Supongo que es cierto. Sentado junto a Alice en la sala de espera, no me siento

mareado ni nada, solo un poco cansado. Anoche, Alice colocó el dinosaurio encima de la mesilla, al lado de su colección de cajitas de música enjoyadas, y el puñetero bicho se pasó toda la noche sin quitarme ojo. Al final, a las cuatro de la madrugada, no pude seguir soportándolo y lo tiré debajo de la cama. Pero por la mañana, Alice lo encontró y volvió a colocarlo en su sitio, y desde entonces no ha dejado de observarme.

Alice me aprieta la mano. La clínica de lozanol es pequeña, privada, estudiadamente decorada con ventanas holográficas de veleros sobre el Atlántico para ofrecer un aspecto abierto y espacioso a pesar de que la claridad del sol que llega a su interior lo hace canalizada por un sistema de espejos. No tiene nada que ver con las grandes monstruosidades públicas que proliferaron en los núcleos superpoblados cuando expiraron las patentes de la fórmula del lozanol. Hay que pagar un poco más que por los genéricos de Medicaid, pero no tienes que codearte con un puñado de ludópatas muertos de hambre, piojosos y alcohólicos que siguen deseando rejuvenecer pese a tirar por la borda cada día de sus interminables vidas.

Las enfermeras son rápidas y eficientes. Alice no tarda en verse tendida de espaldas, conectada a un gotero, conmigo sentado junto a su cama contemplando cómo el lozanol entra en sus venas.

No es más que un líquido transparente. Puesto que sirve para hacer crecer cosas, siempre me lo había imaginado verde y chispeante. Bueno, verde puede que no, pero chispeante sin lugar a dudas. Cuando entra en el cuerpo, es como si te metieran burbujas.

Alice jadea y alarga un brazo hacia mí. Sus dedos, finos y pálidos, me rozan el muslo.

—Dame la mano.

El elixir de la vida entra en ella palpitando, inundándola, vigorizándola. Respira entrecortadamente. Se le dilatan las pupilas. Ha dejado de verme. Se encuentra en algún rincón de su interior, reclamando lo que le han arrebatado los últimos dieciocho meses. Da igual cuántas veces pase por esto, no dejo de sorprenderme cuando observo cómo posee a alguien, cómo parece engullirlos antes de que resurjan más vivos y enteros que antes de empezar.

La mirada de Alice me enfoca de nuevo. Sonríe.

—Ay, Dios. No consigo acostumbrarme a eso.

Intenta ponerse de pie, pero la retengo y llamo a la enfermera. Cuando terminan de quitarle las sondas, la acompaño hasta el coche. Se apoya pesadamente en mí, trastabillando mientras me acaricia. Casi puedo sentir el chisporroteo y el cosquilleo que recorren su piel. Se sienta en el coche. Cuando termino de montar a mi vez, mira en mi dirección y se ríe.

—Es increíble, qué maravilla de sensación.

—No hay nada como atrasar el reloj.

Oprimo el botón de encendido del coche y abandonamos la plaza de aparcamiento con una maniobra fluida. Nos incorporamos al carril magnético que sale de Center Spire. Alice contempla la ciudad que se desliza al otro lado de las ventanillas. Dejamos atrás a las personas cargadas con bolsas de compras, a los hombres de negocios, los mártires y los fantasmas, y salimos al cielo descubierto, cabalgando el raíl elevado que cruza la jungla, acelerando de nuevo hacia el norte, con rumbo a Angel Spire.

—Es maravilloso estar viva —dice Alice—. Es una completa locura.

—¿El qué?

—Renunciar al lozanol.

—Si la gente no estuviera loca, no tendríamos tantos psicólogos. —Ni compraríamos dinosaurios de juguete para unos chiquillos que de todas formas nunca tuvieron la menor oportunidad. Rechino los dientes. Una completa locura. Estúpidas madres.

Alice suspira y desliza las manos por sus muslos, masajeándose, recogiendo la falda y clavándose los dedos en la piel.

—Sigo sin poder explicármelo. Es una sensación maravillosa. Habría que estar chiflado para renunciar al lozanol.

—Y lo están. Se matan ellas solas, tienen bebés a los que no saben cuidar, viven a oscuras en apartamentos mugrientos, no salen nunca a la calle, huelen mal, tienen un aspecto horrible, jamás vuelven a experimentar nada positivo... —Estoy empezando a gritar. Cierro la boca.

Alice me mira.

—¿Estás bien?

—Sí.

No. Estoy furioso. Furioso con las mujeres que se dedican a comprar juguetes estúpidos. Me cabrea que esas estúpidas mujeres se burlen así de sus estúpidos mocosos terminales, que los traten como si no fueran a terminar convertidos en fertilizante.

—Preferiría no hablar del trabajo ahora mismo. Vayamos a casa. —Me obligo a sonreír—. Ya que me he pedido el día libre, deberíamos aprovecharlo.

Alice continúa observándome. Puedo ver la pregunta que anida en sus ojos. Si no estuviera en la cresta de la ola de un subidón de lozanol, insistiría, pero el hormigueo de su cuerpo reconstruido la envuelve de tal manera que lo deja correr. Se ríe, me acaricia la pierna con los dedos y empieza a jugar conmigo. Utilizo mis códigos de policía para anular las medidas de seguridad del carril magnético y surcamos la autopista hacia Angel Spire con el sol sobre el océano, Alice sonriendo y carcajeándose, y el aire radiante arremolinándose a nuestro alrededor.

Las tres de la madrugada. Otro caso, las ventanillas bajadas, aullando a través de la humedad y el bochorno de Nueva Tierra Descubierta. Alice quiere que vaya a casa, que vuelva, que me relaje, pero no puedo. No me apetece. No sé bien qué es lo que quiero, pero no es almorzar con gofres belgas ni follar en el suelo del salón ni ir al cine ni... ni nada, en realidad.

De todas formas, no puedo. Llegamos a casa y no fui capaz. Me sentía incómodo. Alice dijo que no tenía importancia, que quería ensayar.

Y ahora llevo más de una jornada sin verla.

He estado de servicio, poniéndome al día con los casos atrasados. Llevo trabajando veinticuatro horas seguidas, sin pausa, impulsado por pastillitas para maderos y café en vena, y tengo el sombrero, la gabardina y las manos salpicadas de finos restos del trabajo.

El mar, encrespado y abrasador, arremete contra los rompeolas a lo largo de toda la costa. Luces al frente, el fulgor de las fundiciones y las fábricas de gas. El aviso me lleva a la rutilante fachada del Núcleo de Palomino. Bonito edificio. Cojo el megaascensor y derribo una puerta con Pentle cubriéndome las espaldas, sabiendo con qué nos vamos a encontrar pero sin estar seguros de cuánta resistencia opondrán esta vez.

El caos. Una mujer, una morena preciosa que podría haber tenido una vida extraordinaria si no hubiera decidido que necesitaba un bebé, y un crío tirado en una esquina, dentro de una caja, desgañitándose sin parar. La chica está gritando también, profiriendo alaridos como el crío de la caja, como si le faltara un tornillo.

Empieza a gritarnos en cuanto cruzamos la puerta. El niño sigue chillando. La mujer chilla más todavía. Es como tener un puñado de destornilladores incrustados en los oídos; el escándalo no cesa. Pentle agarra a la chica y procura reducirla, pero el crío y ella continúan desgañitándose y, de repente, me falta el aire. Me cuesta mantenerme en pie. El niño chilla, chilla y chilla sin parar: destornilladores, cristales y picahielos en mi cabeza.

De modo que le pego un tiro. Desenfundo la Grange y descerrajo un balazo al mocosito. Una lluvia de jirones de cartón y bebé surca el aire.

Yo nunca hago eso, por lo general; va en contra del procedimiento habitual cargarse al chiquillo delante de la madre.

Pero ahí estamos todos, contemplando fijamente el cadáver, con gotitas de sangre y restos de pólvora salpicándolo todo. Me pitan los oídos a causa de la detonación y, por un segundo prístino, cristalino, reina el silencio.

De pronto la mujer empieza a gritarme otra vez, y Pentle también porque me he cargado las pruebas antes de que pudiéramos sacar ninguna foto, y a continuación la chica se abalanza sobre mí, intentando sacarme los ojos con las uñas. Pentle me la

quita de encima y se la lleva a rastras mientras ella no deja de llamarme hijo de puta, asesino, hijo de puta, sicario, madero de mierda, ojos de muerto.

Y eso es lo que me saca de mi estupor: que me diga que tengo los ojos de un muerto. Esta muchacha se tambalea al borde de un colapso de lozanol, no durará otros veinte años y pasará el resto de sus días en un campo de trabajo para mujeres. Es joven, se parece mucho a Alice, quizá la última de ellas en cruzar la línea del lozanol, justo al alcanzar la mayoría de edad —no un viejo caballo de tiro como yo, que ya contaba los cuarenta cuando se volvió genérico— y ahora habrá muerto en un abrir y cerrar de ojos. Pero el que tiene ojos de muerto soy yo.

Empuño la Grange y se la clavo en la frente.

—¿Tú también quieres morir?

—¡Adelante! ¡Hazlo! ¡Hazlo! —No se calla ni un solo segundo, aúlla y escupe sin cesar—. ¡Puto cabrón! ¡Puto cabrón hijoputa de mierda! ¡Hazlo! ¡Hazlo! —Está llorando.

Aunque nada me gustaría más que ver sus sesos desparramados sobre su nuca, me falta corazón para ello. Habrá muerto enseguida. Veinte años más y estará acabada. El papeleo no merece la pena.

Pentle le coloca las esposas mientras la mujer balbucea hacia el bebé de la caja, reducido ahora a un simple montón de sangre y partes de muñeca inertes.

—Mi bebé mi pobre bebé no lo sabía lo siento mi bebé mi pobre bebé lo siento... —Pentle se la lleva a rastras al coche.

Durante unos instantes, todavía puedo oírla en el pasillo. «Mi bebé mi pobre bebé mi pobre bebé...» Después el ascensor se la lleva y es un alivio el mero hecho de estar allí de pie, con los olores húmedos del apartamento y el cadáver.

Estaba usando el cajón de un tocador a modo de cuna.

Deslizo los dedos por el canto astillado, acaricio las manillas de bronce. Estas mujeres tienen recursos, cuando menos, se las apañan para improvisar las cosas que ya no se pueden comprar. Si cierro los ojos, casi soy capaz de recordar toda una industria que giraba en torno a estos enanos. Vestiditos. Sillitas. Camitas. Todo minúsculo.

Dinosaurios en miniatura.

—No lograba que se callase.

Aparto las manos de golpe de la caja del bebé, sobresaltado. Pentle ha reaparecido a mi espalda.

—¿Eh?

—No conseguía que dejara de llorar. No sabía qué hacer con él. No sabía cómo tranquilizarlo. Por eso lo oyeron los vecinos.

—Imbécil.

—Pues sí. Ni siquiera tenía un lector de etiquetas. ¿Cómo diablos pretendía

comprar comestibles?

Saca la cámara y le hace un par de fotos de prueba al bebé. No queda gran cosa que ver. Una Grange de 12 mm está pensada para drogas, piojosos chiflados, bots asesinos. Emplearla contra una cosita sin blindaje como esta es una exageración. Cuando salieron los nuevos modelos, Grange llenó de publicidad los laterales de nuestros coches patrulla. «Grange: Imparable.» O algo por el estilo. Había un anuncio que rezaba: «Grange a quemarropa», con la foto de un piojoso completamente triturado. Todos teníamos uno en la taquilla.

Pentle intenta enfocar el cajón desde otro ángulo, buscando un perfil, procurando sacarle el mejor partido a una situación deplorable.

—Me gusta cómo usaba el cajón —dice.

—Sí. Tenía recursos.

—Vi uno una vez donde la señora había construido un juego completo de mesa y silla para su crío. Todo a mano. Era increíble la energía que había invertido en ello. —Hace formas con las manos—. Cantos ondulados, figuritas pintadas encima: cuadrados, triángulos y cosas.

—Si vas a morir haciendo algo, supongo que querrás hacerlo lo mejor posible.

—Antes preferiría hacer parapente. O ir a un concierto. He oído que Alice estuvo sensacional la otra noche.

—Sí. Fue estupendo. —Estudio el cadáver del bebé mientras Pentle saca unas cuantas fotos más—. Llegado el caso, ¿cómo crees tú que lo harías para tranquilizar a uno de éstos?

Pentle asiente con la cabeza en dirección a mi Grange.

—Le diría que cerrara el pico.

Hago una mueca y enfundo la pistola.

—Perdona. Ha sido una semana accidentada. Llevo demasiadas horas al pie del cañón. No he pegado ojo. —*Demasiados dinosaurios observándome.*

Pentle se encoge de hombros.

—Lo que tú digas. Lo mejor habría sido obtener una imagen intacta. —Saca otra foto—. Pero aunque se salve esta vez, cabe suponer que estaremos aporreando su puerta otra vez dentro de uno o dos años. Estas chicas son condenadamente reincidentes. —Saca otra foto.

Me acerco a una ventana y la abro. La brisa cargada de salitre entra en la estancia como un soplo de vida renovada, purificando el hedor a mierda líquida y sudor. Probablemente se trate del primer cambio de aires que se produce en el apartamento desde que nació el bebé. Hay que mantener las ventanas cerradas para que los vecinos no oigan nada. Hay que dejar las llaves echadas. Me pregunto si tendrá novio, algún insumiso del lozanol que podría aparecer de un momento a otro con la compra para descubrir que se ha ido. Probablemente valga la pena vigilar el apartamento, por si

acaso. Hay que evitar que las feministas se nos abalancen encima por enchironar solo a las madres. Aspiro una honda bocanada de brisa marina para llenarme los pulmones de aire fresco, enciendo un cigarrillo y vuelvo a contemplar la habitación, pestilente y desordenada.

Reincidentes. Bonita palabra para las víctimas de una compulsión. Como los piojosos o los cocainómanos, pero más extrañas, más autodestructivas. Por lo menos estar enganchado a las drogas es divertido. ¿Quién diablos elige voluntariamente vivir en un apartamento a oscuras sin más compañía que pañales cagados y comida instantánea, sin poder conciliar el sueño durante años? Todo el tema de la reproducción es un anacronismo, una innecesaria tortura ritual escapada del siglo XXI. Pero estas chicas no dejan de intentar atrasar el reloj y siguen pariendo cachorros, impulsadas por sus cerebros de lagartija a perpetuar algún vestigio de ADN. Todos los años surge una nueva remesa, grupúsculos de camadas diseminados por aquí y por allá, las convulsiones de una especie que procura reiniciarse y volver a poner en marcha la evolución, como si no saltara a la vista que ya hemos ganado.

De nuevo en el coche patrulla, examino el directorio de comercios, peleándome con los anuncios publicitarios, las palabras clave y las preferencias de búsqueda, en mi empeño por encontrar algo que no aparece por mucho que me esfuerce.

Dinosaurio.

Juguetes.

Peluches.

Nada. Nadie vende nada parecido a ese dinosaurio. Pero ya me he tropezado con dos de ellos.

Los monos corretean por el techo del vehículo. Uno de ellos aterriza en los raíles de impacto delanteros y me observa sin pestañear, con los ojos amarillos abiertos de par en par, antes de que otro le caiga encima y ambos se precipiten al vacío desde el pétalo de carbono donde he aparcado. Abajo, en alguna parte, las ruinas suburbanas albergan pequeñas manadas de ellos. Recuerdo cuando toda esta zona era tundra. Hace mucho. Conozco técnicos de la industria de reducción del carbono que hablan de darle la vuelta al clima y crear un casquete polar, pero se trata de un proceso muy lento, una acreción que probablemente llevaría siglos. Lo verán mis ojos, siempre y cuando alguna mamá chiflada o algún piojoso no me pegue antes un tiro. Pero de momento, monos y selva, eso es lo que hay.

Cuarenta y ocho horas de servicio y dos encargos de limpieza después, Alice quiere que me pida el fin de semana libre para jugar, pero no puedo. Vivo a base de estimulantes. Se siente satisfecha con su trabajo y me quiere para ella sola todo el día. Lo hemos hecho antes. Quedarnos en la cama, disfrutando del silencio y de nuestra

mutua compañía, el placer de estar juntos sin nada que hacer. Es maravillosa esa paz, el silencio y el ondear de las cortinas del balcón mecidas por la brisa marina.

Debería irme a casa. Puede que dentro de una semana regresen las preocupaciones, las dudas, el afán por esforzarse más todavía, por ensayar más horas, por escuchar, sentir y habitar una música tan compleja como las matemáticas del caos para cualquiera que no sea ella. Pero en realidad, tiene tiempo. Todo el tiempo del mundo, y me alegra que lo tenga, que quince años no sean demasiados para prepararse para algo tan demoledoramente hermoso como lo que hizo con Telogo.

Me gustaría compartir este momento con ella, disfrutar de su entusiasmo. Pero no quiero volver y dormir con ese dinosaurio. No puedo.

La llamo desde el coche patrulla.

—¿Alice?

Me mira desde el salpicadero.

—¿Vas a venir a casa? Podríamos almorzar juntos.

—¿Sabes dónde consiguió Maria ese dinosaurio de juguete?

Se encoge de hombros.

—¿De alguna de las tiendas del Tramo, tal vez? ¿Por qué?

—Curiosidad, eso es todo. —Hago una pausa—. ¿Podrías averiguarme el nombre?

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos hacer algo divertido? Tengo vacaciones. Acaban de darme el lozanol. Me siento de maravilla. Si quieres ver mi dinosaurio, ¿por qué no vienes a casa y lo coges?

—Alice, por favor.

Frunce el ceño y desaparece del encuadre. Regresa a los pocos minutos, sosteniéndolo contra la pantalla, restregándomelo por la cara. Siento cómo se me acelera el pulso. A pesar del frío que hace en el coche patrulla, empiezo a sudar cuando veo el dinosaurio en la imagen. Carraspeo.

—¿Qué pone en la etiqueta?

Arrugando el entrecejo, le da la vuelta al peluche y lo peina con los dedos. Enseña la etiqueta a la cámara. Aparece borrosa antes de que la cámara la enfoque, y a continuación está ahí, limpia y nítida. Coleccionables Ipswitch.

Por supuesto. Eso no es ningún juguete.

La mujer que regenta Ipswitch es vieja, la consumidora de lozanol más anciana que haya visto en mi vida. Las arrugas de su rostro se parecen tanto al plástico que cuesta distinguir qué es real y qué podría ser una máscara. Sus ojos son dos diminutas ascuas azules hundidas, y tiene el cabello tan blanco que me evoca imágenes de bodas y sedas. Debía de contar noventa años de edad cuando irrumpió el lozanol.

Como sea que quiera llamarse, Coleccionables Ipswitch está repleto de juguetes:

muñecas que observan sin pestañear desde sus baldas, distintas caras, formas y colores de cabello, blandas algunas de ellas, otras hechas de brillantes plásticos endurecidos; trenes diminutos que corren en círculos por raíles en miniatura y escupen penachos de vapor por sus chimeneas del tamaño de meñiques; figuritas de películas antiguas y cómics en poses dinámicas: Superman, Dolphina, Rex Mutinous. Y allí, debajo de una estantería de coches de madera tallados a mano, una caja llena de dinosaurios de peluche verdes, azules y rojos. Un tiranosaurio. Un pterodáctilo. El brontosaurio.

—Tengo unos cuantos estegosaurios en la trastienda.

Levanto la cabeza de golpe, sobresaltado. La anciana me observa desde detrás del mostrador, un extraño buitre apergaminado, estudiándome con esos penetrantes ojos azules, examinándome como si fuera un montón de carroña.

Agarro el brontosaurio por el pescuezo y lo saco de la caja.

—No. Éste está bien.

Suena una campanilla. Las puertas correderas de la tienda se abren automáticamente. Una mujer entra procedente de la calle, titubeante. Lleva el pelo recogido en una coleta y las facciones libres de maquillaje; antes incluso de que termine de traspasar el umbral sé que es una de ellas: una mamá.

No hace mucho que dejó el lozanol; su apariencia se conserva joven y fresca, pese a las inevitables redondeces que vienen con los niños. Todavía es atractiva. Pero aun sin las marcas delatoras del colapso de lozanol se nota a la legua lo que se ha hecho a sí misma. La envuelve el halo de cansancio propio de quienes están en guerra con el mundo. Ninguno de nosotros ofrece ese aspecto. Ninguno de nosotros tiene motivos para ello. Ni siquiera los piojosos parecen tan asediados. Intenta comportarse como la persona que era antes, como la actriz, la asesora financiera, la ingeniera informática, la bióloga, la camarera o lo que sea, vestida con ropas de su vida anterior, un atuendo que antes le sentaba como un guante y ahora no, obligándose a conducirse sin temor al aire libre, algo que ya empieza a olvidar cómo se hace.

Mientras deambula por los pasillos diviso una mancha en su hombro. Es pequeña pero llamativa si uno sabe lo que busca, una sutil franja verde en la blusa beige. El tipo de cosa que nunca le ocurre a nadie salvo a las mujeres con hijos. Da igual cuánto se esfuerce, ya no encaja aquí. Con nosotros.

Coleccionables Ipswitch, como tantos otros establecimientos de su calaña, es una especie de trampilla, la boca de una madriguera de conejos que comunica con el país de las maternidades ilícitas: el reino de las manchas de puré de guisantes, las paredes insonorizadas y las excursiones furtivas al exterior en busca de suministros y víveres. Si me quedo aquí el tiempo suficiente, sujetando mi brontosaurio mágico por el cuello, cruzaré al otro lado y veré su mundo superpuesto al mío, lo percibiré con el extraño doble sentido de estas mujeres que han aprendido a convertir los cajones en

cunas, a hacer pañales con una camiseta vieja y un puñado de imperdibles, a reconocer que donde pone «coleccionables» en realidad quiere decir «juguetes».

La mujer se aleja en dirección a los juegos de trenes. Elige uno y lo coloca encima del mostrador. Es de madera, brillante, todos los vagones son de colores distintos, unidos entre sí por medio de imanes.

La anciana coge el tren y dice:

—Ay, sí, qué bonito. Mis nietos jugaban con trenes como este cuando tenían poco más de un año.

La madre no dice nada, se limita a extender la muñeca esperando el cambio, sin apartar la mirada del tren. Acaricia la locomotora azul y amarilla con dedos nerviosos.

Me acerco al mostrador.

—Seguro que vende un montón de ellos.

La madre da un respingo. Por un segundo parece que vaya a salir corriendo, pero se domina. Los ojos de la anciana se clavan en mí. Oscuros núcleos azules hundidos, infinitamente sabios.

—No muchos. Ya no. No quedan muchos coleccionistas interesados en este tipo de cosas. Ya no.

Una vez completada la transacción, la mujer sale apresuradamente de la tienda, sin mirar atrás. La veo alejarse.

—Ese dinosaurio cuesta cuarenta y siete, si lo quiere —dice la anciana. El tono de su voz denota que ya sabe que no voy a comprar nada.

No tengo pinta de coleccionista.

Turno de noche. Más encuentros de madrugada con maternidades ilícitas. Hay bebés por todas partes, proliferan como los hongos venenosos después de la lluvia. No puedo seguirles el ritmo. Me veo obligado a abandonar el escenario de mi último encargo antes de que llegue el equipo de limpieza. Rompí la cadena de pruebas, pero ¿qué podía hacer? Adondequiera que voy, el mundo de los bebés se abre de par en par a mi alrededor, melones, vainas y úteros fértiles que se desgajan y vomitan bebés en el suelo. Nos ahogamos en un mar de bebés. Es como si la selva estuviera infestada de ellos, las mujeres ocultas en los suburbios están en ebullición, y mientras surco los raíles magnéticos a gran velocidad con rumbo a mis sangrientos cometidos, los zarcillos de la jungla se desenroscan a mi alrededor, extendiéndose hacia mí.

Tengo la dirección de la mamá en el coche patrulla. Se ha escondido. Ha vuelto a la madriguera de conejo. Ha cerrado la tapa con fuerza sobre su cabeza. Procura pasar desapercibida con su prole, reconectada con el inframundo de mujeres que, como ella, han decidido sacrificarse con tal de seguir pariendo cachorros. Regreso al hervidero de puertas cerradas con llave y pañales cagados entre la hermandad que

regala juegos de trenes a criaturitas que realmente pueden jugar con ellos en vez de colocarlos encima de una mesa auxiliar y obligarte a mirarlos todo el puñetero día...

La mujer. La «coleccionista». He postergado mi encuentro con ella. No me parece justo. Me da la impresión de que debería aguardar a que cometa un error antes de exterminar a sus niños. Pero saber que está ahí fuera me reconcome la conciencia. Una y otra vez, me descubro intentando introducir las coordenadas de su hogar.

Pero siempre recibo otro aviso, otra operación de limpieza, y me permito fingir que no sé nada de ella, que no he perforado la puerta de su escondrijo y ahora puedo espiarla siempre que quiera. La mujer sobre la que no sabemos nada... todavía. La que no ha cometido ningún error... todavía. Lo que hago en cambio es surcar los raíles como una exhalación en respuesta a otra llamada, devorando la distancia con rumbo al destino de otra mujer que ha tenido menos suerte y ha sido menos precavida que la aficionada a los coleccionables. Todas estas mujeres me entretienen durante algún tiempo. Pero al final, aparcado a orillas del mar, con los monos chillando en la jungla y la lluvia salpicando el parabrisas, introduzco la dirección de la coleccionista.

Daré una vuelta de reconocimiento, nada más.

Podría haber sido una casa lujosa antes de los proyectos de captura de carbono. Antes de que todos nos encaramáramos a las alturas de las agujas y los núcleos superpoblados en busca de aire limpio. Pero ahora subsiste al filo mismo de lo que queda de los suburbios. Me sorprende que disponga de electricidad o cualquier otro servicio. La selva la rodea, la envuelve. La carretera que conduce hasta ella, lejos de los raíles magnéticos y de las rutas de mantenimiento, está cubierta de baches y grietas, jalonada de árboles al acecho. Es astuta. Está tan cerca de la espesura como resulta posible vivir. Más allá solo hay sombras enmarañadas y tinieblas verdosas. Los monos huyen en desbandada ante el abanico de los faros. Las casas de los alrededores ya han sido abandonadas. Cualquier día de éstos, dejarán de abastecer de servicios completamente esta zona. Dentro de un par de años, la selva lo habrá invadido todo. Cortaremos los suministros, la última de las agujas entrará en funcionamiento y la jungla devorará este lugar por completo.

Me quedo un rato sentado frente a la casa, observándola. Qué lista es. Vive aislada. Sin vecinos que oigan los llantos. Pero, puestos a pensar en ello, lo más inteligente habría sido mudarse directamente a la selva y convivir con el resto de simios que no son capaces de contener su afán reproductor. Supongo que, en el fondo, incluso estas chifladas siguen siendo humanas. No pueden dejar totalmente atrás la civilización. O no saben cómo, en cualquier caso.

Bajo del coche, desenfundo la Grange y embisto contra la puerta.

Mientras la derribo la mujer levanta la cabeza desde su silla, junto a la mesa de la cocina. Ni siquiera parece sorprendida. Es como si una minúscula porción de su ser

se desinflara, y eso es todo. Como si supiera desde el principio lo que iba a pasar. Lo dicho: es lista.

Un crío entra corriendo procedente de la habitación contigua, atraído por el estruendo de la puerta destrozada. Un año y medio, quizá dos. Se detiene en seco y se me queda mirando fijamente, una cosita cabezona cuyos mechones empiezan a ser demasiado largos, como los de ella. Nos sostenemos la mirada. A continuación, gira sobre los talones y se encarama al regazo de su madre.

La mujer cierra los ojos.

—Venga, adelante. Hazlo.

Levanto la Grange, mi cañón portátil de 12 mm. Apunto al mocosito. La mujer lo envuelve con los brazos. No será un disparo limpio. Lo atravesará de parte a parte y matará a la mamá. Apunto mejor, buscando el ángulo idóneo. Nada.

La mujer abre los ojos.

—¿A qué esperas?

Nos miramos.

—Te vi en la juguetería. Hace un par de días.

Cierra los ojos otra vez, apesadumbrada, comprendiendo su error. No suelta al chiquillo. Podría quitárselo de los brazos, tirarlo al suelo y cargármelo. Pero no lo hago. La mujer sigue sin abrir los ojos.

—¿Por qué lo hacéis? —pregunto.

Abre los ojos de nuevo. Está desconcertada. Me he saltado el guión. Ha ensayado mentalmente esta misma situación. Mil veces, lo más probable. No le quedaba otro remedio. Sabía que llegaría este día. Pero heme aquí, solo, y su crío todavía respira. Y yo no dejo de hacerle preguntas.

—¿Por qué seguís teniendo estos niños?

Me observa sin pestañear, en silencio. El chiquillo se revuelve en su regazo e intenta empezar a mamar. La mujer se levanta la blusa y el crío se cuelga debajo. Puedo ver las bolsas grávidas que son los pechos de la mujer, sus pesadas ubres oscilantes, mucho más grandes de lo que recuerdo haber visto en la tienda, disimuladas por el sostén y la blusa. Penden sin fuerza mientras el niño se cuelga de ellas. La mujer continúa mirándome fijamente. Es como si se le hubiera encendido el piloto automático, amamantando al chiquillo. La última cena.

Me quito el sombrero, lo dejo encima de la mesa y me siento. También suelto la Grange. No me parece correcto volarle los sesos al mocosito mientras está tomando el pecho. Saco un cigarrillo y lo enciendo. Le doy una calada. La mujer me observa del mismo modo que cualquiera observaría a un depredador. Le doy otra calada al cigarro y se lo ofrezco.

—¿Fumas?

—No. —Inclina la cabeza en dirección al niño.

Asiento con la cabeza.

—Ah. Claro. Es malo para los pulmones jóvenes. Lo oí una vez. No recuerdo dónde. —Sonrío—. No recuerdo cuándo.

Me mira fijamente.

—¿A qué esperas?

Contemplo la pistola, tendida en la mesa. El pesado mecanismo de cartuchos y acero, un arma monstruosa. El cañón portátil sin retroceso Grange 12 mm. Modelo oficial. Capaz de parar en seco a un piojoso. Capaz de arrancarle el puñetero corazón del pecho si apuntas con cuidado. De pulverizar un bebé.

—Tuviste que dejar de tomar el lozanol para tener el niño, ¿verdad?

Se encoge de hombros.

—Es un simple añadido. No hay motivo para que fabriquen el lozanol de esa manera.

—Pero, de lo contrario, tendríamos un problema de superpoblación de tres pares de narices, ¿no?

Vuelve a encogerse de hombros.

La pistola espera en la mesa, entre nosotros. Sus ojos saltan sobre ella, sobre mí, sobre el arma de nuevo. Aspiro el humo del cigarrillo. Sé lo que está pensando mientras contempla la enorme pistola de acero que reposa encima de su mesa. Demasiado lejos de su alcance, pero está desesperada, de modo que podría parecerle que está mucho más cerca, casi lo suficiente. Casi.

Su mirada vuelve a concentrarse en mí.

—¿Por qué no lo haces y terminas de una vez?

Me toca a mí encogerme de hombros. En realidad desconozco la respuesta. Debería estar sacando fotos y encerrándola en el coche, liquidando al chiquillo y llamando al equipo de limpieza, pero aquí estamos, sentados. Se le anegan los ojos en lágrimas. Veo cómo llora. Mamas, redondeces y una aterradora especie de sabiduría, fruto tal vez de saber que no va a vivir eternamente. Todo lo contrario que Alice, con su piel tersa, muy tersa, y sus pechos firmes, muy firmes. Esta mujer es fecunda. Fértiles las caderas, los senos y el vientre, rodeada del caos que reina en su cocina, la selva. La tierra de la vida. Parece cómodamente instalada en todo esto, una húmeda criatura de Gaia.

Un dinosaurio.

Debería estar colocándole las esposas. La he descubierto con el niño. Debería estar disparando al chiquillo. Pero no lo hago. En vez de eso, tengo una erección. No es exactamente guapa, pero tengo una erección. Es fofa, es oronda, es tetuda, caderona y descuidada; me cuesta permanecer sentado, los pantalones me oprimen. Me esfuerzo por no mirar al lactante. Los pechos expuestos. Le doy otra calada al cigarro.

—¿Sabes?, hace mucho que me dedico a esto.

Me observa sin pestañear, embotada, en silencio.

—Siempre he querido saber por qué hacéis esto las mujeres. —Inclino la cabeza en dirección al pequeño. Se ha desenganchado del pecho, y ahora todo él está expuesto, esta cosa grávida, inmensa, con su pesado pezón. La mujer no se tapa. Cuando levanto la cabeza, la encuentro estudiándome, consciente de mi fascinación por su seno. El niño baja al suelo y me observa a su vez, con ojos solemnes. Me pregunto si podrá sentir la tensión que impera en la estancia. Si sabe lo que se avecina—. ¿Por qué el niño? En serio. ¿Por qué?

Frunce los labios. Me parece vislumbrar un destello de enfado en sus ojos entrecerrados, llorosos, le da rabia que esté jugando con ella. Que esté aquí sentado, hablando con ella, con mi Grange encima de su mesa mugrienta; su mirada se posa en el arma y prácticamente puedo ver cómo giran los engranajes de su cabeza. Los cálculos. La loba se dispone a saltar.

Suspira y arrastra la silla hacia delante.

—Siempre quise uno. Desde que era pequeña.

—¿Jugabas con muñecas, todo eso? ¿Con «coleccionables»?

Se encoge de hombros.

—Supongo. —Hace una pausa. Sus ojos vuelven a la pistola—. Sí. Supongo que sí. Tenía una muñequita de plástico y solía vestirla. Jugaba a las meriendas con ella. Ya sabes, preparábamos té y después yo le derramaba un poco por la cara, para que bebiera. No era gran cosa. Tenía voz, pero su repertorio era limitado. Mis padres no nadaban en la abundancia. «Vamos de compras.» «Vale, ¿qué vamos a comprar?» «Relojes.» «Me encantan los relojes.» Cosas así. Era muy simple. Pero me gustaba. Y entonces, un buen día, me dio por llamarla «mi bebé». No sé por qué. El caso es que lo hice, y la muñeca respondió: «Te quiero, mami».

Se le empañan los ojos mientras continúa hablando.

—Entonces supe que quería tener un bebé. Jugaba con ella a todas horas, fingía que era mi hija, hasta que mi madre me pilló y me dijo que era una estúpida, que no debería hablar así, que las chicas ya no tenían bebés, y se llevó la muñeca.

El niño está tumbado en el suelo, empujando unos cubos debajo de la mesa. Apilándolos y derribándolos. Se fija en mí. Tiene los ojos azules y sonrío con timidez. Lo vuelvo a asustar, se levanta del suelo y gatea hasta su madre para ocultar la cara entre sus pechos, escondiéndose. Me espía con el rabillo del ojo, suelta una risita y vuelve a ocultarse.

Apunto al crío con la barbilla.

—¿Quién es el padre?

La mujer se mantiene impertérrita.

—No lo sé. Un tipo que conocí en la red me envió una muestra. No queríamos

quedar en persona. Borré todo lo relacionado con él en cuanto recibí el paquete.

—Lástima. Las cosas serían más fáciles si hubierais mantenido el contacto.

—Más fáciles para ti.

—A eso me refería. —Me doy cuenta de que la punta de mi cigarrillo se ha convertido en un largo pene ceniciento que cuelga flácido al extremo de la boquilla. Le doy una sacudida y se cae—. Sigo sin entender lo del lozanol.

Inexplicablemente, se ríe. Se anima, incluso.

—¿Por qué? ¿Porque no estoy tan pagada de mí misma como para aspirar a vivir por siempre jamás?

—¿Qué pensabas hacer? ¿Dejarlo encerrado en casa hasta que...?

—Dejarla —me interrumpe de improviso—. Dejarla encerrada en casa. Es una niña y se llama Melanie.

Al oír su nombre, la mocosa mira en mi dirección. Ve mi sombrero encima de la mesa y lo agarra. Baja del regazo de su madre y me lo trae. Me lo enseña, extendidos por completo los brazos, una ofrenda. Cuando pruebo a coger el sombrero, lo aparta.

—Quiere ponértelo en la cabeza.

Miro a la señora, desconcertado. En sus labios aletea la sombra de una sonrisa, cargada de tristeza.

—Es un juego. Le encanta ponerme cosas en la cabeza.

Miro otra vez a la niña. Está empezando a impacientarse con el sombrero en las manos. Emite una serie de gruñidos, intentando comunicarse, y agita el sombrero de forma incitante. Me agacho. La niña me coloca el sombrero en la cabeza y sonrío de oreja a oreja. Me enderezo en la silla y me lo calo con firmeza.

—Estás sonriendo —dice la mujer.

La miro.

—Es muy graciosa.

—Te gusta, ¿verdad?

Vuelvo a observar a la pequeña, pensativo.

—No estoy seguro. Nunca me he fijado mucho en ellos.

—Embustero.

El cigarrillo está muerto. Lo aplasto sobre la mesa de la cocina. La mujer me observa con el ceño fruncido, cabreada conmigo por ensuciar todavía más su mesa mugrienta, tal vez, pero en ese momento parece acordarse de la pistola. Yo también. Un escalofrío me recorre la espalda. Por un momento, al agacharme ante la niña, se me había olvidado. Ahora mismo podría estar muerto. Tiene gracia cómo olvidamos, recordamos y volvemos a olvidar estas cosas. Los dos. La mujer y yo. Tan pronto estamos conversando plácidamente como esperamos a que comience la carnicería.

Esta mujer da la impresión de ser de esas con las que se puede salir. Tiene chispa. Salta a la vista. Estaba a punto de aflorar cuando se acordó de la pistola. Puedo ver

cómo aletea, intermitente. Ora es una persona, ora otra distinta: llena de vitalidad, de ingenio, de recuerdos, y de repente ¡bang!, está sentada en una cocina repleta de platos sucios, con la encimera cubierta de manchas de café y un policía armado con un cañón portátil sentado a la mesa.

Enciendo otro cigarrillo.

—¿No echas de menos el lozanol?

Mira a su hija y le tiende los brazos.

—No. Ni un poco. —La niña vuelve a encaramarse al regazo de su madre.

Dejo que un remolino de humo escape entre mis labios.

—Pero si era imposible que te salieras con la tuya. Es una locura. Tienes que renunciar al lozanol; tienes que encontrar un donante de semen que también esté dispuesto a renunciar a él a su vez, por lo que ya son dos las personas que se sacrifican por un mocoso; tienes que dar a luz sin ayuda de nadie, y después tienes que ocultarlo. Tarde o temprano necesitarías un documento identificativo para comenzar su tratamiento de lozanol, porque nadie va a tratar a un paciente indocumentado, y tendrías que saber desde el principio que todo esto estaba abocado al fracaso. Pero aquí estás.

Frunce el ceño.

—Podría haberlo conseguido.

—Pero no es así.

Bang. Vuelve a estar en la cocina. Se encorva en la silla, abrazando a la pequeña.

—Entonces ¿por qué no te das prisa y lo haces de una vez?

Me encojo de hombros.

—Sentía curiosidad por saber qué pensáis las criadoras, eso es todo.

Me fulmina con la mirada, furiosa.

—¿Quieres saber lo que pienso? Pienso que necesitamos savia nueva. He vivido ciento dieciocho años y pienso que no se trata exclusivamente de mí. Pienso que quiero un bebé, que quiero ver las mismas cosas que ella cuando despierte, cosas nuevas para mí porque será nuevo. Por fin, algo nuevo. Es estupendo ver las cosas a través de sus ojitos y no a través de unos ojos de muerto como los tuyos.

—Yo no tengo ojos de muerto.

—Mírate en el espejo. Todos tenéis ojos de muerto.

—Tengo ciento cincuenta años y me siento tan bien como el día que decidí perpetuarme.

—Me apuesto lo que sea a que ni siquiera te acuerdas. Nadie se acuerda. —Sus ojos vuelven a posarse en la pistola, pero renuncian a ella para clavarse en mí—. Pero yo sí. Ahora. Y es mejor así. Mil veces mejor que vivir eternamente.

Hago una mueca.

—¿Vivir a través de la prole y todo eso?

—Serías incapaz de entenderlo. Como todos los demás.

Aparto la mirada. No sé por qué. Soy yo el que tiene una pistola. Estoy al mando de todo, pero no deja de observarme, y siento una opresión en mi interior ante sus palabras. Si poseyera más imaginación, diría que es el vestigio de un antiguo simio primigenio que intenta arrastrarse fuera del fango y hacerse escuchar. Una sombra de la alimaña que éramos antes. Contemplo al crío... la cría... y descubro que me está mirando. Me pregunto si todos harán ese truco con los sombreros, o si esta es especial de algún modo. Si a todos les gusta poner sombreros en las cabezas de sus verdugos. Sonríe y esconde la cabeza bajo el brazo de su madre. La mujer no pierde de vista mi pistola.

—¿Quieres dispararme? —pregunto.

Levanta la cabeza.

—No.

Sonríe sin despegar los labios.

—Venga ya. Sé franca.

Entorna los párpados.

—Te volaría la tapa de los sesos si pudiera.

Me sobreviene un cansancio insoportable. He perdido el interés. Estoy harto de cocinas mugrientas, de habitaciones en penumbra y de malolientes pañales improvisados. Doy un empujón a la Grange, deslizándola hacia ella.

—Adelante. ¿Quieres acabar con una vida tan antigua como la mía para salvar una que no tiene la menor oportunidad? Yo viviré eternamente, mientras que esa enana no durará más de setenta años si tiene suerte... que no la tendrá... y tú ya estás prácticamente muerta. Aun así, ¿quieres acabar con mi vida? —Me siento como si estuviera al filo de un precipicio. Las posibilidades rugen a mi alrededor—. Dispara.

—¿Qué quieres decir?

—Que dispires. ¿Quieres intentarlo? Ésta es tu oportunidad. —Empujo la Grange un poco más, provocándola. Un cosquilleo me recorre la piel de la cabeza a los pies. La cabeza me da vueltas, me siento casi mareado. La adrenalina corre por mis venas. Le doy otro empujoncito a la Grange, sin saber de repente si pienso disputarle el arma o si permitiré que se quede con ella—. Ésta es tu oportunidad.

No da la menor advertencia.

Se abalanza sobre la mesa. La niña sale disparada de sus brazos. Sus dedos rozan el arma al mismo tiempo que la dejo lejos de su alcance de un manotazo. Vuelve a impulsarse, gateando por encima de la mesa. Derribo la silla al retroceder de un salto. Doy un paso atrás. Se estira hacia la pistola, desplegando los dedos engarfiados, desesperada todavía pese a saber que ya ha perdido. La apunto con la pistola.

Me mira fijamente y apoya la cabeza en la mesa, sollozando.

La niña también ha empezado a llorar. Berrea sentada en el suelo, con la carita

roja, congestionada, lamentándose con su madre, quien lo ha apostado todo a ese intento por capturar mi pistola: todas sus esperanzas, los años de dedicación furtiva, la necesidad de proteger a su prole, todo. Y ahora yace despatarrada encima de una mesa mugrienta, llorando mientras su hija se desgañita en el suelo. La cría llora y llora sin cesar.

Apunto la Grange hacia la niña. Ahora está expuesta. Chilla y extiende las manos en dirección a su madre, pero no se levanta. Se limita a estirar los brazos, esperando a que la recoja y la abrace una mujer a la que ya no le queda nada. Ni yo ni la pistola existimos para ella.

Un disparo y habrá dejado de existir, una mancha de pintura en la frente y la pared cubierta de sesos como espaguetis, los llantos habrán terminado, sustituidos por el olor a pólvora y las llamadas a los equipos de limpieza.

Pero el disparo no se produce.

En vez de eso, enfundo la Grange y salgo a la calle, dejándolas con sus lágrimas, su porquería y sus vidas.

Llueve una vez más. Los aleros del tejado escupen gruesos cuajarones de agua que se estrellan contra el suelo. A mi alrededor la jungla hierve con el parloteo de los monos. Me levanto el cuello de la gabardina y me arreglo el sombrero. A mi espalda, los llantos se han vuelto prácticamente inaudibles.

Quizá lo consigan. Todo es posible. Tal vez la niña llegue a cumplir los dieciocho, obtenga algo de lozanol en el mercado negro y viva hasta los ciento cincuenta. Lo más probable es que dentro de seis meses, o un año, o dos años, o diez, algún poli derribe su puerta y se cargue a la chiquilla. Pero no seré yo.

Corro hasta el coche patrulla, salpicando en medio del barro, las enredaderas y la humedad. Y por primera vez en mucho tiempo, la lluvia me parece algo nuevo.

TARJETA AMARILLA

Los machetes relucen en el suelo del almacén, reflejando una roja conflagración de yute, tamarindo y muelles percutores. Ya están por todas partes. Los hombres con sus pañuelos verdes en la cabeza, sus consignas y sus hojas chorreantes. Sus voces resuenan en el almacén y en la calle. El hijo número uno ya ha desaparecido. A Flor de Jade no consigue encontrarla, da igual cuántas veces pedalee su número de teléfono. Los rostros de sus hijas se han partido por la mitad, como durios afectados por la roya.

Más llamaradas. La negra humareda se enrosca a su alrededor. Atraviesa las oficinas del almacén a la carrera, dejando atrás las carcasas de madera de teca y los pedales de hierro de los ordenadores, los montones de ceniza que señalan el lugar donde sus empleados se han pasado la noche quemando documentos, eliminando los nombres de las personas que han ayudado a las Tres Velas.

Corre, asfixiado por el calor y el humo. Una vez en su elegante despacho, se abalanza sobre los postigos de la ventana y forcejea con los pestillos de bronce. Embiste con el hombro contra la madera pintada de azul mientras el almacén arde y los hombres de piel tostada irrumpen como una marabunta, blandiendo sus viscosos cuchillos escarlatas...

Tranh se despierta, sin aliento.

Unos afilados cantos de cemento se clavan en las protuberancias de su espinazo. Un asfixiante muslo salobre le cubre la cara. Aparta de un empujón la pierna del desconocido. En la penumbra resplandecen pieles barnizadas de sudor, marcadores impresionistas que señalan la posición de los cuerpos que fluctúan y se agolpan a su alrededor. Ventosidades, gemidos y vuelcos, carne contra carne, hueso contra hueso, los vivos y los muertos a causa del calor, todos juntos.

Un hombre tose. Pulmones húmedos y gotitas de saliva que surcan el aire hasta el rostro de Tranh, que tiene la espalda y el vientre pegados a las sudorosas pieles desnudas de los desconocidos que lo rodean. La claustrofobia se revuelve en su cubil. Se obliga a contenerla. Se obliga a yacer inmóvil, a respirar de forma acompasada, hondamente, a pesar del calor. A paladear las sofocantes tinieblas con toda la paranoia de su mente de superviviente. Se mantiene despierto mientras los demás duermen. Conserva la vida cuando otros hace ya mucho que la perdieron. Se obliga a permanecer inmóvil, y a escuchar.

Suenan timbres de bicicleta. Abajo, a lo lejos, a diez mil cuerpos de distancia, a toda una vida de distancia, suenan timbres de bicicleta. Se desenreda de la madeja humana, arrastrando tras él el saco de cáñamo que contiene sus pertenencias. Llega tarde. De todos los días en los que podría demorarse, este es el peor. Se cuelga la bolsa de un hombro huesudo y baja las escaleras a tuestas, pisando con cuidado entre

el alud de carne dormida. Sus sandalias se deslizan entre familias enteras, amantes y hambrientos fantasmas al acecho, rezando para no resbalar y partirle el cuello a algún anciano. Paso, tanteo, paso, tanteo.

Una maldición se eleva de entre la masa. Los cuerpos ruedan y se sacuden. Recupera el equilibrio en un rellano, entre los privilegiados que yacen horizontalmente, y continúa anadeando. Abajo, siempre hacia abajo, doblando más recodos en la escalera, pisando con cuidado en el manto que forman sus compatriotas. Paso. Tanteo. Paso. Tanteo. Otro recodo. Un destello de luz grisácea se insinúa a lo lejos. Un soplo de aire fresco le besa la cara, le acaricia el cuerpo. La catarata de carne anónima se materializa en individuos, hombres y mujeres amontonados unos encima de otros, con el cemento por almohada, apoyados en la pendiente de la escalera sin ventanas. La luz gris se torna dorada. El tintineo de los timbres suena ya con más fuerza, tan claro como el repicar de las alarmas de cibiscosis.

Tranh sale de la torre de pisos y se zambulle en la marea de vendedores de *congee*, tejedores de cáñamo y carros de patatas. Apoya las manos en las rodillas y jadea, llenándose los pulmones de remolinos de polvo y estiércol pisoteado, agradeciendo cada bocanada de aire mientras el sudor mana a chorros de su cuerpo. De la punta de su nariz caen perlas salobres cuya humedad salpica el empedrado rojo de la acera. El calor mata a las personas. Mata a los ancianos. Pero él ha salido del horno; no ha perecido asado, pese al ardor de la estación seca.

Las bicicletas y sus timbres pasan por su lado como bancos de carpas, camino de los respectivos puestos de trabajo de sus dueños. La torre de pisos se cierne a su espalda, cuarenta alturas de calor, enredaderas y hongos. Una ruina vertical de ventanas rotas y apartamentos saqueados. Un residuo del esplendor de la antigua Expansión energética, devenida ahora en recalentado ataúd tropical, sin aire acondicionado ni electricidad que lo protejan del implacable sol ecuatorial. Bangkok mantiene a sus refugiados encerrados en el pálido firmamento azul, con la esperanza de que no salgan de allí. Y sin embargo él ha emergido con vida, pese al Señor del Estiércol, pese a los camisas blancas, pese a los años; una vez más, ha bajado de los cielos abriéndose paso con uñas y dientes.

Tranh endereza los hombros. La gente remueve woks repletos de fideos y extrae humeantes bolas de *baozi* estofado de sus ollas de bambú. El engrudo gris de arroz U-*Tex* rico en proteínas inunda el aire con la pestilencia del pescado podrido y los aceites ácidos saturados. El estómago de Tranh se encoje de hambre y una película de saliva pastosa le reviste la boca, todo cuanto consigue invocar su cuerpo deshidratado ante el olor a comida. Los gatos demonio rondan las piernas de los vendedores ambulantes como tiburones, aguardando a que caiga algún bocado, atentos a la menor ocasión de latrocinio. Sus relucientes formas camaleónicas centellean parpadeantes, revelando indicios de pelajes manchados, siameses y anaranjados antes de

confundirse con el telón de fondo de las paredes de cemento y las hordas hambrientas contra las que se rozan. Los woks arden con fuerza, resplandecientes de metano teñido de verde, emitiendo nuevos aromas conforme los fideos de arroz chapotean en el aceite caliente. Thanh se obliga a girar sobre los talones.

Se abre paso a empujones entre el gentío, arrastrando la bolsa de cáñamo con él, ignorando a quién golpea y quién lo impreca a su espalda. Las víctimas del Incidente ocupan los portales, agitando las extremidades amputadas y mendigando a aquellos que tienen un poco más que ellas. Acucillados en taburetes para el té, algunos ven cómo se acumula el bochorno de la jornada mientras fuman diminutos cigarrillos de tabaco de hoja dorada de contrabando liados a mano que saltan de boca en boca. Las mujeres conversan en corrillos, manoseando nerviosas sus tarjetas amarillas mientras esperan a que los camisas blancas aparezcan y les renueven los sellos.

Los tarjetas amarillas se extienden hasta donde alcanza la vista: un pueblo entero, refugiados en el gran reino de Tailandia tras huir de Malaca, donde de repente habían dejado de ser bienvenidos. Un denso coágulo de desplazados sometidos a la autoridad de los camisas blancas del Ministerio de Medio Ambiente, como si no fueran más que otra especie invasora que contener, como la cibiscosis, la roya y el gorgojo pirata. Tarjetas amarillas, personas amarillas. *Huang ren* por todas partes, y Thanh llega tarde a la única oportunidad de escapar de su presa. Una sola oportunidad en todos sus meses como refugiado chino tarjeta amarilla. Y llega tarde. Se abre camino junto a un vendedor de ratas, traga otro torrente de saliva ante el olor de la carne asada y se adentra corriendo en un callejón, en dirección a la bomba de agua. Frena en seco.

Otras diez personas hacen cola delante de él: ancianos, jóvenes, madres, chiquillos.

Se le hunden los hombros. Le gustaría indignarse ante semejante revés. Si tuviera energías para ello... si hubiera comido bien ayer, o anteayer, o incluso el día anterior, gritaría, tiraría la bolsa de cáñamo al suelo y la pisotearía hasta reducirla a polvo... pero sus calorías están demasiado bajas. No es más que otra oportunidad malograda gracias a la mala suerte de los huecos de la escalera. Debería haber dado sus últimos baht al Señor del Estiércol para alquilar un espacio en algún apartamento cuyas ventanas dieran al este a fin de ver el sol en cuanto despuntara y levantarse temprano.

Pero optó por racanear. Con su dinero. Con su futuro. ¿Cuántas veces les había dicho a sus hijos que gastar dinero para ganar más dinero era perfectamente aceptable? Pero el tímido refugiado tarjeta amarilla en que se ha convertido le aconsejó que reservara los baht. Como un ignorante ratón de campo, eligió aferrarse a su dinero y dormir en huecos de escalera negros como la brea. Debería haberse alzado como un tigre y haber hecho frente al toque de queda y a las porras de los camisas blancas del ministerio. Ahora llega tarde, apesta a hacinamiento y debe hacer cola detrás de otros diez, todos los cuales deben beber y llenar un cubo y cepillarse

los dientes con el agua marrón del río Chao Phraya.

Hubo una época en que exigía puntualidad a sus empleados, a su esposa, a sus hijos y a sus concubinas, pero eso era cuando poseía un reloj de pulsera de cuerda y podía contemplar el lento desgranar de los minutos y las horas. De vez en cuando daba vueltas al muelle diminuto, escuchaba su tictac y azotaba a sus vástagos por su actitud indolente. Se ha vuelto viejo, lento y estúpido, de lo contrario habría previsto esta situación. Como debería haber previsto la creciente beligerancia de los Pañuelos Verdes. ¿Cuándo se embotó tanto su mente?

Uno por uno, los demás refugiados terminan con sus abluciones. Una madre con la dentadura mellada y brotes grises de *fa' gan* tras las orejas llena su cubo, y Trinh avanza.

Él no tiene ningún cubo. Tan solo la bolsa. La preciada bolsa. La cuelga junto a la bomba y se ciñe el sarong en torno a las caderas enjutas antes de acuclillarse debajo del caño. Tira de la palanca de la bomba con un brazo esquelético. Lo baña un chorro caliente de agua marrón. La bendición del río. La piel se descuelga de su cuerpo con el peso del agua, tan flácida como la de un gato afeitado. Abre la boca y bebe el líquido arenoso, se frota los dientes con un dedo, preguntándose qué protozoos podría estar engullendo. No importa. Ahora confía en la suerte. Es lo único que le queda.

Los niños observan cómo se baña el cuerpo arrugado mientras sus madres rebuscan entre las pieles de mango de PurCal y las cáscaras de tamarindo de Red Star con la esperanza de encontrar algún pedazo de fruta sin contaminar por la cibiscosis.111mt.6... ¿O es 111mt.7? ¿O mt.8? Antes conocía todas las plagas biológicas de diseño que las afectaban. Sabía cuándo estaba a punto de malograrse una cosecha, y si los nuevos bancos de semillas estaban pirateados. Se beneficiaba de esos conocimientos llenando sus clíperes con las semillas y las hortalizas adecuadas. Pero de eso hace toda una vida.

Le tiemblan las manos cuando abre la bolsa y saca su ropa. ¿Es la edad o la emoción lo que le hace estremecer? Ropa limpia. De calidad. El traje de lino blanco de un hombre adinerado.

El atuendo no era suyo, pero ahora sí, y lo ha mantenido a salvo. A salvo para esta ocasión, aun cuando necesitaba desesperadamente venderlo a cambio de dinero en efectivo o ponérselo mientras el resto de sus ropas se convertían en harapos. Arrastra los pantalones por sus piernas huesudas, quitándose las sandalias y haciendo equilibrios sobre cada pie. Comienza a abotonarse la camisa, obligando a sus dedos a apresurarse mientras una vocecita en su cabeza le recuerda que el tiempo apremia.

—¿Piensas vender esas ropas? ¿O vas a pasearlas por ahí hasta que te las arrebatase alguien con carne en los huesos?

Trinh mira de reojo a pesar de que no debería ser necesario, debería reconocer esa voz, y sin embargo mira de todas maneras. No puede evitarlo. Antes era un tigre.

Ahora no es nada más que un ratoncito asustado que salta y se estremece a la menor insinuación de peligro. Y allí está: Ma. De pie ante él, sonriente. Gordo y exultante. Tan vital como un lobo.

Ma sonrío de oreja a oreja.

—Pareces uno de esos maniquís de alambres de la plaza Palawan.

—Ni idea. No puedo permitirme el lujo de comprar allí. —Tranh continúa vistiéndose.

—Ese traje es tan elegante que podría haber salido de Palawan. ¿Cómo lo has conseguido?

Tranh guarda silencio.

—¿A quién quieres engañar? Esas ropas se diseñaron para alguien mil veces más grande que tú.

—No todos podemos ser igual de gordos y afortunados. —La voz de Tranh es un susurro. ¿Desde cuándo susurra así? ¿Ha sido siempre un montón de huesos traqueteante que susurra y suspira ante cada nueva amenaza? Lo duda. Pero le cuesta recordar cómo debería sonar un tigre. Lo intenta otra vez, templando la voz—. No todos podemos ser tan afortunados como Ma Ping, que vive en los pisos más altos con el Señor del Estiércol en persona. —A pesar de todo, sus palabras suenan como juncos barriendo el cemento.

—¿Afortunado? —Ma suelta una carcajada. Tan joven. Tan pagado de sí mismo—. Me gano mi destino. ¿No es eso lo que solías decirme siempre? ¿Que la suerte no tiene nada que ver con el éxito? ¿Que todas las personas se forjan su propia fortuna? —Vuelve a reírse—. Mírate ahora.

Tranh rechina los dientes.

—Hombres mejores que tú han caído. —Otra vez ese espantoso susurro cohibido.

—Y hombres mejores que tú se alzarán. —Los dedos de Ma se posan en su muñeca. Acarician un reloj de pulsera, un elegante cronógrafo antiguo de oro y diamantes: Rolex. De otra época. De otro lugar. De otro mundo. Tranh se queda mirándolo fijamente, embobado, como una serpiente hipnotizada. No logra apartar la vista de él.

Una sonrisa lánguida se dibuja en los labios de Ma.

—¿Te gusta? Lo encontré en una tienda de antigüedades, cerca de Wat Rajapradit. Me pareció familiar.

La rabia de Tranh se incrementa. Empieza a replicar, después sacude la cabeza y no dice nada. Pasa el tiempo. Abrocha los últimos botones, se pone la chaqueta y se peina los últimos mechones de su lacio cabello gris con los dedos. Si tuviera un peine... Hace una mueca. Es un deseo estúpido. La ropa es suficiente. Tiene que serlo.

Ma se ríe.

—Ahora pareces un pez gordo.

No le hagas caso, dice la voz en la cabeza de Tranh. Saca los últimos baht arrugados de la bolsa de cáñamo —el dinero que ha ahorrado durmiendo en los huecos de las escaleras, el responsable de que ahora llegue tarde— y se los guarda en los bolsillos.

—Cuántas prisas. ¿Tienes una cita en alguna parte?

Tranh se abre paso a empujones, procurando no encogerse mientras aparta el corpachón de Ma.

—¿Adónde vas, míster Pez Gordo? —se ríe Ma a su espalda—. ¡Mister Tres Prosperidades! ¿Tienes algo de información que te gustaría compartir con el resto de nosotros?

Otros levantan la cabeza ante sus gritos: tarjetas amarillas de rostros famélicos y bocas hambrientas. Los tarjetas amarillas se extienden hasta donde alcanza la vista, y todos ellos están mirándolo ahora. Supervivientes del Incidente. Hombres. Mujeres. Niños. Ahora saben quién es. Reconocen su leyenda. Con un cambio de atuendo y un simple grito ha salido del anonimato. Sus burlas lo bañan como un diluvio monzónico:

—*Wei!* ¡Mister Tres Prosperidades! ¡Bonita camisa!

—¡Comparta un cigarrillo, mister Pez Gordo!

—¿Adónde vas tan deprisa, tan arreglado?

—¿Te vas a casar?

—¿Has encontrado una décima esposa?

—¿Has encontrado un empleo?

—¡Mister Pez Gordo! ¿Tienes trabajo para mí?

—¿Adónde vas? ¡Quizá deberíamos seguir todos al antiguo empresario!

A Tranh se le eriza el vello sobre la nuca. Se sacude el miedo de encima. Aunque lo siguieran, sería demasiado tarde para que pudieran aprovecharse. Por primera vez en seis meses, la ventaja de la habilidad y la información está de su parte. Ahora todo depende del tiempo.

Trota en medio de la aglomeración matinal de Bangkok, cruzándose con bicicletas, rickshaws y escúteres de cuerda. Está cubierto de sudor. Tiene la camisa empapada, incluso la chaqueta se ha humedecido. Se la quita y se la cuelga en el brazo. Su cabello gris se adhiere al cuero cabelludo liso como una cáscara de huevo, salpicado de vitíligo, chorreante de agua. Se detiene cada pocas manzanas para caminar y recuperar el aliento mientras las espinillas empiezan a dolerle, su respiración se entrecorta y su corazón de anciano martillea en su pecho.

Debería invertir los baht en un viaje en rickshaw, pero no logra animarse a hacerlo. Llega tarde. ¿Demasiado tarde, quizá? Si es demasiado tarde, habrá

dilapidado los baht y pasará hambre esta noche. Por otra parte, ¿de qué sirve un traje empapado de sudor?

El hábito hace al monje, les decía a sus hijos; la primera impresión es la que cuenta. Empezad con buen pie y empezareis con ventaja. Por supuesto que se puede conquistar a alguien con talento e información, pero las personas son ante todo animales. Cuida tu aspecto. Huele bien. Satisface sus sentidos primarios. Después, cuando se sientan bien dispuestos hacia ti, formula tu propuesta.

¿No fue ese el motivo de que propinara una paliza a su segundo hijo cuando este se presentó en casa con un tigre rojo tatuado en el hombro, como si fuese un gángster de calorías cualquiera? ¿No fue ese el motivo de que pagara a un dentista para que retorciese los dientes de su propia hija con bambú cultivado y curvas de goma importadas de Singapur hasta dejárselos rectos como cuchillas?

¿Y no es ese el motivo de que los Pañuelos Verdes de Malaca odiaran a los chinos? ¿Por nuestro buen aspecto? ¿Por parecer tan acaudalados? ¿Por hablar tan bien y trabajar con tanto ahínco cuando ellos ganduleaban y nosotros sudábamos de sol a sol?

Tranh ve pasar una manada de escúteres de cuerda, todos ellos de manufactura chino-tailandesa. Qué artefactos tan ingeniosos y veloces: un muelle percutor de un megajulio y un volante, pedales y frenos de fricción para reutilizar la energía cinética. Y todas sus fábricas pertenecían al ciento por ciento a los chinos chiu chow, a pesar de lo cual, la sangre de los chiu chow no corre por las cunetas de este país. Los chinos chiu chow son queridos, pese al hecho de que llegaron al reino thai como *farang*.

Si nos hubiéramos integrado en Malaca como hicieron aquí los chiu chow, ¿habríamos sobrevivido?

Tranh sacude la cabeza para apartar de sí esa idea. Habría sido imposible. Su clan habría tenido que convertirse también al islam y renegar de todos sus antepasados en el infierno. Habría sido imposible. Quizá fuera ese el karma de su pueblo, la destrucción. Controlar y dominar brevemente las ciudades de Penang y Malaca, además de toda la costa oeste de la península malaya, y extinguirse después.

El hábito hace al monje. O lo mata. Tranh por fin ha aprendido esta lección. Un traje blanco a medida de los Hermanos Hwang es lo más parecido a una diana. Una antigualla mecánica de oro oscilando en tu muñeca no es más que un cebo. Tranh se pregunta si los dientes perfectos de sus hijos yacerán aún entre las cenizas de los almacenes de Tres Prosperidades, si sus preciosos relojes atraerán ahora a los tiburones y los cangrejos en las bodegas de sus clíperes barrenados.

Debería haberlo sabido. Debería haber visto cómo subía la marea de sectas sedientas de sangre y nacionalismo exacerbado. Del mismo modo que el hombre al que siguió hace dos meses debería haber sabido que un atuendo elegante no es

ninguna armadura. Un hombre trajeado, tarjeta amarilla para colmo de males, debería haber sabido que no era más que un pedazo de cebo ensangrentado ante un dragón de Komodo. Por lo menos el muy mentecato no manchó sus elegantes ropas de sangre cuando los camisas blancas acabaron con él. Ése no tenía espíritu de superviviente. Había olvidado que ya no era un pez gordo.

Pero Tranh está aprendiendo. Igual que aprendió una vez a leer los informes de las mareas y los mapas de profundidad, el movimiento de los mercados y las plagas biológicas de diseño, ahora aprende de los gatos demonio que parpadean y se ocultan a la vista, que huyen de sus cazadores al primer indicio de peligro. Aprende de los cuervos y los milanos que prosperan con la carroña. Éstos son los animales a los que debe emular. Debe descartar los reflejos del tigre. Ya no quedan tigres, salvo en los zoológicos. El destino de un tigre es ser cazado y abatido. Pero un animal de pequeño tamaño, un carroñero, tiene la oportunidad de roer los huesos del tigre y huir con el último traje de los Hermanos Hwang que habrá de cruzar jamás la frontera de Malaca. Con el clan de los Hwang exterminado y todos sus diseños reducidos a cenizas, no queda nada salvo recuerdos y antigüedades, y un anciano carroñero que conoce el poder y los peligros de una fachada elegante.

Un rickshaw vacío pasa ociosamente por su lado. El conductor mira a Tranh por encima del hombro, inquisitivos los ojos, intrigado por la tela de los Hermanos Hwang que ondea sobre el magro armazón de Tranh. Dubitativo, Tranh levanta una mano. El rickshaw aminora.

¿Es prudente arriesgarse? ¿Dilapidar con tanta frivolidad su última medida de seguridad?

Hubo una época en que enviaba clíperes al otro lado del océano, a Chennai, con las bodegas repletas de durios pestilentes con el presentimiento de que los indios no habrían tenido tiempo de sembrar variedades resistentes antes de que se les echaran encima las nuevas mutaciones de la roya. Una época en que compraba té negro y madera de sándalo en los mercados fluviales con la esperanza de poder revenderlos en el sur. Ahora no es capaz de decidir si debería montar en el rickshaw o seguir caminando. ¡Qué personaje tan gris se ha vuelto! A veces se pregunta si no será en realidad un fantasma voraz, atrapado entre dos mundos sin poder escapar hacia ninguno de los dos.

El rickshaw rueda despacio ante él; el jersey azul del conductor reluce bajo el sol tropical, aguardando una decisión. Por señas, Tranh le indica que siga su camino. El conductor del rickshaw se pone de pie sobre los pedales, sus sandalias aletean contra los talones encallecidos, y acelera.

El pánico se apodera de Tranh. Levanta la mano otra vez, corre detrás del rickshaw.

—¡Espera! —Su voz no es más que un susurro.

El rickshaw se incorpora al tráfico, uniéndose a las bicicletas y las gigantescas formas bamboleantes de los megodontes elefantinos. Tranh deja caer la mano, alegrándose secretamente de que el conductor no lo haya oído, de que la decisión de gastar sus últimos baht haya recaído sobre una fuerza más grande que él.

Las aglomeraciones de la mañana fluyen a su alrededor. Cientos de niños con sus uniformes de marineros cruzan en columnas las puertas de las escuelas. Monjes con hábitos azafranados pasean a la sombra de grandes paraguas negros. Un hombre con un sombrero cónico de bambú se fija en él y murmura algo para su amigo. Ambos lo estudian. Un reguero de temor recorre la espalda de Tranh.

Lo rodean por completo, igual que en Malaca. Para sus adentros, los llama extranjeros, *farang*. Y sin embargo aquí es él el forastero. La criatura que no encaja. Y lo saben. Las mujeres que cuelgan sarongs en los alambres de sus balcones, los hombres sentados descalzos mientras beben café con azúcar. Los pescaderos y los vendedores de curri. Todos lo saben, y Tranh a duras penas consigue dominar el terror.

Bangkok no es Malaca, se dice. Bangkok no es Penang. Ya no tenemos esposas ni relojes de oro y diamantes que puedan robarnos. Pregunta a los cabezas de serpiente que me abandonaron en la jungla infestada de sanguijuelas de la frontera. Ellos tienen toda mi riqueza. Yo no tengo nada. No soy ningún tigre. Estoy a salvo.

Durante unos segundos, lo cree de veras. Pero, de repente, un muchacho con la piel oscura como la teca rebana la tapa de un coco con un machete oxidado y se lo ofrece con una sonrisa, y Tranh debe recurrir a toda su fuerza de voluntad para no proferir un alarido y huir despavorido.

Bangkok no es Malaca. No van a incendiar tus almacenes ni a cortar a tus trabajadores en pedazos que emplear como cebo para los tiburones. Se enjuga el sudor de la cara. Quizá debería haber esperado antes de ponerse el traje. Llama demasiado la atención. Hay demasiadas personas que lo observan. Sería mejor mimetizarse como un gato demonio y cruzar la ciudad al amparo del anonimato en vez de pasearse por ahí como un pavo real.

Poco a poco, los bulevares ribeteados de palmeras dan paso al páramo descubierto del nuevo barrio extranjero. Tranh aprieta el paso camino del río, adentrándose en el imperio manufacturero de los *farang* blancos.

Gweilo, yang guizi, farang. Cuántas palabras en cuántos idiomas para estos simios sudorosos de piel translúcida. Hace dos generaciones, cuando se agotó el petróleo y se clausuraron las fábricas *gweilo*, todo el mundo dio por sentado que estaban verdaderamente acabados. Pero ahora han vuelto. Los monstruos del pasado han regresado con nuevos juguetes y nuevas tecnologías. Las pesadillas con que lo amenazaba su madre invaden las costas asiáticas. Auténticos demonios, inmortales.

Y él se dispone a rendirles pleitesía: los secuaces de AgriGen y PurCal, con sus

monopolios de arroz U-*Tex* y trigo TotalNutrient; los hermanos de sangre de los ingenieros biológicos que piratearon gatos demonio inspirándose en un libro y los dejaron en libertad para que procrearan a sus anchas; los patrocinadores de la misma Policía de Propiedad Intelectual que abordaba sus flotas de clíperes en busca de infracciones, husmeando como lobos tras el rastro de calorías sin sello y cereales pirateados, como si sus plagas de cibcosis y roya de diseño no bastaran para garantizarles los mayores beneficios...

Ve un corro de gente ante él. *Tranh* frunce el ceño. Empieza a correr, pero se obliga a seguir caminando. Será mejor no dilapidar calorías ahora. Ya se ha formado una fila enfrente de la fábrica de los Hermanos Tennyson, esos diablos extranjeros. Se extiende a lo largo de casi toda una *li*, dobla la esquina, pasa por delante del logotipo de equipamiento para ciclistas que adorna la reja de hierro forjado de la Corporación de Investigación Sukhumvit, por delante de los dragones entrelazados de la División del Este Asiático de PurCal, y por delante de Mishimoto & Cía., la ingeniosa empresa japonesa de dinámica de fluidos a la que *Tranh* solía encargarse el diseño de sus clíperes.

Se rumorea que Mishimoto está repleta de mano de obra mecánica importada. Repleta de neoseres ilegales modificados biológicamente que caminan, hablan y se mueven a trompicones... y que roban el arroz de los cuencos de personas reales. Criaturas de hasta ocho brazos, como los dioses hindúes, criaturas sin piernas para que no puedan fugarse, criaturas con ojos tan grandes como tazas que, aunque solo pueden ver a unos pocos palmos de distancia, lo inspeccionan todo con su tremenda curiosidad aumentada. Nadie puede ver lo que hay dentro, no obstante, y si los camisas blancas del Ministerio de Medio Ambiente saben algo, los astutos japoneses deben de pagarles bien para que hagan la vista gorda ante sus afrentas contra la biología y la religión. Se trata tal vez de lo único en lo que podrían estar de acuerdo un budista, un musulmán e incluso los cristianos grahamitas *farang*: los neoseres carecen de alma.

Cuando *Tranh* compraba sus clíperes a Mishimoto, hace tanto tiempo, eso le traía sin cuidado. Ahora se pregunta si, tras sus altas puertas, no habrá unas monstruosidades mecánicas que trabajan mientras los tarjetas amarillas deben quedarse fuera, implorando.

Tranh avanza lentamente por la fila. Unos agentes de policía armados con porras y pistolas de muelles vigilan a los aspirantes, bromeando acerca de los *farang* que mendigan trabajo a otros *farang*. El sol cae a plomo, implacable con las personas alineadas ante la puerta.

—*Wah!* Pareces un pajarito de adorno con esa ropa.

Tranh da un respingo. *Li Shen*, *Hu Laoshi* y *Lao Xia* lo observan desde la fila, arracimados. Un trío de ancianos tan patéticos como él mismo. *Hu* agita un cigarrillo

recién enrollado a modo de invitación, indicándole que se reúna con ellos. Tranh prácticamente se estremece al ver el tabaco, pero se obliga a rechazar la oferta. Hu insiste tres veces, y al final Tranh se permite aceptar, agradeciendo su sinceridad a Hu mientras se pregunta dónde habrá encontrado este su inesperado tesoro. Por otra parte, Hu es ligeramente más fornido que el resto. Un carretero ganará más si trabaja tan deprisa como Hu.

Tranh se enjuga el sudor de la frente.

—Cuántos aspirantes.

Todos se ríen de la desesperación de Tranh.

Hu le enciende el cigarro.

—¿Te creías que conocías un secreto, a lo mejor?

Tranh se encoge de hombros y aspira hondamente antes de pasarle el cigarrillo a Lao Xia.

—Un rumor. El Dios de las Patatas me contó que el hijo de su hermano mayor había recibido un ascenso. Me imaginé que habría quedado un hueco libre en el escalafón, el que antes ocupaba su sobrino.

Hu sonríe.

—Yo también me enteré así. «Eee. Se hará rico. Quince oficinistas a su cargo. ¡Eee! Se hará rico.» Pensé que yo podría ser uno de esos quince.

—Al menos el rumor era fundado —dice Lao Xia—. Además, el sobrino del Dios de las Patatas tampoco es el único que ha recibido un ascenso. —Se rasca la nuca con un movimiento convulsivo, como un perro infestado de pulgas. Los mismos flecos cenicientos de *fa' gan* que luce en la cara interior de los codos sobresalen de unas bolsas sudorosas tras sus orejas, allí donde el cabello ha desaparecido. A veces bromea al respecto: nada que no se pueda arreglar con un poco de dinero. El chiste es bueno. Pero hoy no deja de rascarse y tiene la piel agrietada y enrojecida detrás de las orejas. Se da cuenta de que todos lo observan y baja la mano de golpe. Con una mueca, pasa el cigarrillo a Li Shen.

—¿Cuántos puestos? —pregunta Tranh.

—Tres. Tres oficinistas.

Tranh tuerce el gesto.

—Mi número de la suerte.

Li Shen contempla la cola tras sus gafas de culo de botella.

—Me parece que seríamos demasiados aunque tu número de la suerte fuera el 555.

Lao Xia se ríe.

—Entre nosotros cuatro somos ya demasiados. —Da un golpecito en el hombro al tipo que espera en la fila justo delante de ellos—. Tío, ¿a qué te dedicabas antes?

El desconocido lo mira por encima del hombro, sorprendido. Fue un caballero

distinguido una vez, como denotan su cuello de estudioso y sus elegantes zapatos de cuero, ahora cubiertos de arañazos y ennegrecidos por el carbón recogido en la basura.

—Enseñaba física.

Lao Xia asiente con la cabeza.

—¿Lo ves? Todos estamos más preparados de lo exigido. Yo dirigía una plantación de caucho. Nuestro profesor es un experto en dinámica de fluidos y diseño de materiales. Hu era un médico excelente. Y luego está nuestro amigo, el de las Tres Prosperidades. No era una empresa cualquiera, sino prácticamente una multinacional.

—Paladea las palabras. Las repite—: Multi. Nacional. —El sonido resulta extrañamente poderoso y seductor.

Tranh agacha la cabeza, azorado.

—Eres demasiado amable.

—*Fang pi*. —Hu le da una calada al cigarrillo antes de volver a pasarlo—. Tenías más dinero que todos los demás juntos. Y aquí estás ahora, rodeado de ancianos como tú que pretenden conseguir el trabajo de un joven. Hasta el último de nosotros está diez mil veces más cualificado de lo necesario.

El hombre que tienen detrás declara de repente:

—Yo era asesor legal en Standard & Commerce.

Lao Xia hace una mueca.

—¿Y eso a quién le importa, follaperros? Ahora no eres nada.

El abogado financiero se da la vuelta, ofendido. Lao Xia sonrío, chupa con fuerza el cigarrillo liado a mano y se lo pasa otra vez a Tranh. Cuando este se dispone a darle una calada, Hu le da un golpecito en el codo.

—¡Fíjate! Por ahí va el viejo Ma.

Tranh mira en la dirección indicada mientras aspira con fuerza. Por un momento le asalta la sospecha de que Ma lo ha seguido hasta aquí, pero no. Es simple coincidencia. Se encuentran en el distrito industrial *farang*. Ma trabaja para los diablos extranjeros, les lleva la contabilidad. Una empresa de muelles percutores. Springlife. Sí, Springlife. Es natural que Ma esté aquí, acudiendo con comodidad al trabajo en un rickshaw cuyo conductor suda profusamente.

—Ma Ping —dice Li Shen—. He oído que ahora vive en el piso de arriba. En lo más alto, con el mismísimo Señor del Estiércol.

Tranh frunce el ceño.

—Lo despedí una vez. Hace mil años. Un gandul malversador.

—Qué gordo está.

—He visto a su esposa —dice Hu—. Y a sus hijos. Todos están rollizos. Comen carne todas las noches. Los chicos están más gordos que gordos. Rebosantes de proteínas U-*Tex*.

—Exageras.

—Más gordos que nosotros.

Lao Xia se rasca una costilla.

—Las cañas de bambú están más gordas que tú.

Tranh ve cómo Ma Ping abre la puerta de una fábrica y se cuelga en su interior. El pasado, pasado está. Vivir en el pasado es una locura. Allí no hay nada para él. Ni relojes de pulsera, ni concubinas, ni pipas de opio, ni esculturas de jade con la misericordiosa efigie de Quan Yin. Ningún clíper estilizado va a surcar las aguas del puerto con las bodegas repletas de fortunas. Sacude la cabeza y le ofrece la colilla a Hu para que este recupere el tabaco y pueda volver a utilizarlo más tarde. En el pasado no hay nada para él. Ma pertenece al pasado. La empresa de distribución Tres Prosperidades pertenece al pasado. Cuanto antes se grabe esto en la memoria, antes saldrá de este espantoso agujero.

—*Wei!* —exclama un hombre a su espalda—. ¡Calvorota! ¿Cuándo te has saltado la fila? ¡Vuelve atrás! ¡Haz cola como todos los demás!

—¿Que haga cola? —replica Lao Xia—. ¡No seas cretino! —Hace un gesto en dirección a la columna que se extiende ante ellos—. ¿Cuántos cientos de aspirantes tenemos delante? Que se ponga aquí o allá no cambiará nada.

Otros empiezan a responder a las quejas del hombre. Se suman a ellas.

—¡A tu sitio! *Pai dui! Pai dui!* —Ante el creciente alboroto, los agentes de policía comienzan a recorrer la columna, haciendo girar sus porras con indolencia. No son camisas blancas, pero tampoco sienten el menor cariño por los famélicos tarjetas amarillas.

Mediante gestos Tranh intenta apaciguar a la multitud y a Lao Xia.

—Sí. Por supuesto. Ya vuelvo a mi sitio. No tiene mayor importancia. —Se despide de sus camaradas y empieza a abrirse camino por la sinuosa serpiente de tarjetas amarillas, buscando la cola lejana.

Mucho antes de que Tranh regrese a su puesto, todos los aspirantes reciben la orden de dispersarse.

Noche de rapiña. Noche de hambre. Tranh merodea por los callejones a oscuras, evitando el calor acumulado en la prisión vertical de las torres. Los gatos demonio se encrespan y se desbandan a su paso en oleadas ondulantes. Las luces de las lámparas de metano parpadean, se consumen y se apagan, ennegreciendo la ciudad. Las sofocantes tinieblas de terciopelo, impregnadas de la fetidez de la fruta podrida, lo envuelven. El aire cargado de humedad pesa sobre sus hombros. Oscuridad muda, asfixiante. Tenderetes vacíos. En una esquina, una comparsa callejera ensaya estilizadas cadencias al compás de las historias de Ravana. En una de las vías principales, los megodontes avanzan pesadamente, bamboleándose como montañas

cenicientas, capitaneadas sus sombras amasadas por el destello de las cintas doradas de los cuidadores del sindicato.

En los callejones, niños armados con brillantes cuchillos de plata dan caza a tarjetas amarillas desprevenidos y thais borrachos, pero Tranh conoce sus ferales costumbres. Hace un año no los habría visto, pero ahora ha desarrollado el paranoico don de la supervivencia. Esas criaturas son como los tiburones: predecibles, fáciles de evitar. No son estos depredadores visiblemente salvajes los que atenazan de miedo las entrañas de Tranh; quienes lo aterran son los camaleones, las personas corrientes que trabajan, compran, sonrían y saludan con *wais* corteses antes de enfurecerse sin previo aviso.

Rebusca entre los montones de basura, peleándose con los gatos demonio por cualquier resto de comida, deseando ser lo bastante rápido como para capturar y matar a uno de esos felinos prácticamente invisibles. Recoge mangos descartados, los estudia atentamente con sus ojos de anciano, los observa de cerca y de lejos, los olfatea, palpa las pieles cubiertas de roya y los tira lejos de sí cuando sus entrañas revelan la delatora pigmentación rojiza. Algunos de ellos todavía huelen bien, pero ni siquiera los cuervos aceptarían semejante lacra. Estarían encantados de picotear un cadáver agusanado, pero jamás se alimentarían de roya.

Calle abajo, los esbirros del Señor del Estiércol usan sus palas para guardar las heces animales acumuladas durante la jornada en sacos que después cargan en carros tirados por triciclos: la cosecha nocturna. Lo observan con suspicacia. Tranh rehúye su mirada, evitando cualquier conflicto, y prosigue su camino arrastrando los pies. De todas formas, no tendría nada que cocinar en una fogata ilegal de excrementos robados, ni la menor oportunidad de vender el fertilizante en el mercado negro. El monopolio del Señor del Estiércol es demasiado fuerte. Tranh se pregunta cómo sería encontrar un lugar en el sindicato de los recogedores de estiércol, saber que su supervivencia depende de seguir alimentando los hornos de las fábricas de reciclaje de metano de Bangkok. Pero es el sueño de un fumador de opio; ningún tarjeta amarilla puede ingresar en ese club exclusivo.

Tranh coge otro mango y se queda petrificado. Se agacha, entornando los ojos. Aparta una pila de pasquines de protesta contra el Ministerio de Medio Ambiente y de folletos que reclaman un nuevo río Wat cubierto de oro. Aparta un montón de viscosas pieles de plátano ennegrecidas y hurga en la basura. Debajo de todo ello, cubierta de manchas y rota pero todavía legible, encuentra una porción de lo que en su día era un enorme cartel publicitario que quizá presidía esta plaza: ...ogística. Transportes. Comerc... Y tras esas palabras, la gloriosa silueta del *Lucero del alba*, una parte del logotipo del clíper de tres velas de las Tres Prosperidades, empujado por el viento, estilizado y veloz como un tiburón: un prodigio de tecnología punta compuesto de polímeros de aceite de palma, dotado de unas velas tan blancas y

afiladas como las alas de una gaviota.

Tranh aparta la mirada, abrumado por la emoción. Es como profanar una tumba y descubrirse a sí mismo dentro del ataúd. Su orgullo. Su ceguera. El fantasma de una época en que creía que podría competir con los diablos extranjeros y convertirse en un magnate mercantil. Un Li Ka Shing, o un Richard Kuok renacido para la Nueva Expansión. Él solo iba a devolver su prestigio a las dotes para el comercio y el transporte de los chinos nanyang. Y aquí, como una bofetada en la cara, una porción de su ego, sepultada bajo la podredumbre, la roya y los orines de gato.

Mira a su alrededor, rebuscando en pos de más porciones del cartel, preguntándose si alguien seguirá pedaleando llamadas a ese antiguo número de teléfono, si la secretaria cuyo sueldo antes dependía de él seguirá en el despacho, trabajando para un nuevo jefe, un nativo malayo quizá, de pedigrí y religión irreprochables. Preguntándose si los pocos clíperes que no consiguió barrenar seguirán surcando los mares y visitando las islas del archipiélago. Se obliga a interrumpir su búsqueda. Aunque dispusiera del dinero necesario, jamás pedalearía ese número. No malgastaría calorías. No podría soportar la pérdida otra vez.

Los gatos demonio que se han ido acercando sigilosamente huyen en desbandada cuando Tranh se endereza. En esta plaza no hay nada, salvo mondaduras y estiércol sin recoger. Ha vuelto a desperdiciar sus calorías. Incluso las cucarachas y los escarabajos necrófagos han sido devorados ya. Aunque se pasara doce horas buscando, seguiría sin encontrar nada. Son demasiadas las personas que han pasado por aquí antes que él, estos huesos ya han quedado limpios.

En tres ocasiones se esconde de los camisas blancas camino de casa, en tres ocasiones se refugia en las sombras mientras pasan de largo, pavoneándose. Encogiéndose cuando se acercan, maldiciendo el traje de lino blanco que lo delata en la oscuridad. A la tercera, un temor supersticioso corre abrasador por sus venas. Es como si su atuendo de hombre rico atrajera a las patrullas del Ministerio de Medio Ambiente, como si conspirase para acarrear la muerte a su portador. Unas manos indolentes hacen girar las porras negras a escasos centímetros de su cara. Las pistolas de muelles relucen plateadas en la oscuridad. Sus cazadores están tan cerca que Tranh puede contar las afiladas cuchillas circulares guardadas en sus bandoleras de yute. Uno de los camisas blancas se para a orinar en el callejón que le sirve de refugio, y si no consigue verlo es tan solo porque su socio, en la calle, detiene a unos recolectores de estiércol para pedirles los permisos.

En cada ocasión, Tranh reprime el aterrado impulso de deshacerse de su ostentoso atuendo y hundirse en la seguridad del anonimato. Que los camisas blancas lo capturen es simplemente cuestión de tiempo. Que empuñen las porras negras y reduzcan su cráneo chino a un amasijo de huesos rotos y pulpa sanguinolenta. Correr

desnudo al amparo de la noche sofocante es preferible a pasearse como un pavo real y morir. Sin embargo, no se decide a abandonar el traje maldito. ¿Se trata de orgullo? ¿De estupidez? Se lo queda, en cualquier caso, aunque su corte arrogante amenace con licuarle las atemorizadas entrañas.

Cuando llega a su hogar, incluso las luces de gas de las grandes avenidas de Sukhumvit y Rama IV se han apagado ya. Frente a la torre del Señor del Estiércol, los puestos callejeros continúan calentando woks para los escasos trabajadores que tienen la suerte de hacer el turno de noche y gozan de permiso para saltarse el toque de queda. Velas de sebo de cerdo chisporrotean en las mesas. Los fideos se zambullen con un siseo en el aceite caliente. Las camisas blancas deambulan con indolencia de un lado para otro, sin perder de vista a los tarjetas amarillas sentados, cerciorándose de que ningún extranjero tenga la osadía de dormir al aire libre y ensuciar las aceras con su presencia y sus ronquidos.

Tranh se sumerge en la protectora sombra de las torres, amparándose en la seguridad extraterritorial de la influencia del Señor del Estiércol. Tambaleándose, encamina sus pasos a los portales y el bochorno de la torre de pisos, preguntándose hasta dónde tendrá que subir esta vez antes de encontrar un rincón libre en los huecos de las escaleras.

—No conseguiste el trabajo, ¿verdad?

Tranh hace una mueca al oír esa voz. De nuevo Ma Ping, sentado en una mesa en la acera, con una botella de whisky de Mekong a su lado. El alcohol tiñe de rojo sus facciones, tan resplandecientes como un farolillo de papel. Alrededor de su mesa yacen varias bandejas de comida a medio degustar. Suficiente para alimentar a otras cinco personas sin problemas.

En la cabeza de Tranh batallan distintas imágenes de Ma: el joven oficinista al que despidió una vez por pasarse de listo con el ábaco, el hombre cuyo hijo está gordo, el hombre que siempre salía antes de tiempo, el hombre que imploró que lo readmitieran en las Tres Prosperidades, el hombre que ahora se pavonea por toda Bangkok con la última posesión de valor de Tranh en la muñeca, lo único que ni siquiera los cabezas de serpiente pudieron robarle. Tranh piensa que el destino debe de ser verdaderamente cruel para rebajarlo a la altura de un hombre al que siempre había considerado inferior.

Pese a poner todo su empeño para aparentar bravuconería, las palabras de Tranh escapan de sus labios como ratones asustados.

—¿Y a ti qué te importa?

Ma encoge los hombros mientras se sirve un trago de whisky.

—No te habría visto en la cola de no ser por ese traje. —Inclina la cabeza en dirección a las ropas empapadas de sudor de Tranh—. Buena idea, arreglarse. Demasiado atrás en la fila, no obstante.

A Tranh le gustaría alejarse, ignorar al cachorro arrogante, pero las sobras de Ma, róbalo y *laap* al vapor con fideos de arroz U-*Tex*, yacen tentadoramente cerca. No puede evitar que la boca se le haga agua cuando cree percibir un olor a carne de cerdo. Le duelen las encías ante la posibilidad de volver a masticar algo tan sólido, y se pregunta si sus dientes estarían a la altura de tan exagerado lujo...

De pronto, Tranh se percata de que lleva un rato sin parpadear. Lleva un rato sin apartar la mirada de los restos de la cena de Ma. Y Ma se ha dado cuenta. Tranh se ruboriza y empieza a alejarse.

—¿Sabes? —dice Ma—, no compré el reloj para vengarme de ti.

Tranh se detiene en seco.

—Entonces ¿por qué?

Ma acaricia la chuchería de oro y diamantes, y después parece arrepentirse. Coge el vaso de whisky.

—Quería un recuerdo. —Le da un trago al licor y vuelve a posar el vaso entre los montones de platos, con el cuidado exagerado de los borrachos. Sonríe tímidamente. Sus dedos vuelven a acariciar el reloj, un movimiento furtivo, culpable—. Una advertencia. Contra el ego.

—*Fang pi* —escupe Tranh.

Ma sacude vigorosamente la cabeza.

—¡No! Es verdad. —Hace una pausa—. Cualquiera puede caer. Si las Tres Prosperidades pueden, yo también. Quería recordar esa lección. —Bebe otro sorbo de whisky—. Hiciste bien al despedirme.

—Entonces no pensabas lo mismo —resopla Tranh.

—Estaba enfadado. Entonces no sabía que me estabas salvando la vida. —Ma se encoge de hombros—. Jamás habría abandonado Malaca si no me hubieras despedido. Jamás hubiera visto venir el Incidente. Habría estado demasiado ocupado con el día a día. —De improviso, endereza los hombros e indica a Tranh que se siente con él—. Ven. Bebe algo. Come. Te lo debo. Me salvaste la vida. No he sabido agradecértelo. Siéntate.

Tranh se da la vuelta.

—No me tengo en tan baja estima.

—¿Tan orgulloso eres que no puedes aceptar la comida de otro? No seas engreído. Me da igual que me odies, pero acepta mi comida. Podrás maldecirme más tarde, con la tripa llena.

Tranh intenta controlar el hambre, obligarse a seguir caminando, pero no puede. Conoce algunas personas a las que el orgullo las obligaría a morir de inanición antes de aceptar las sobras de Ma, pero él no es una de ellas. Hace una eternidad, podría haberlo sido. Pero las humillaciones de su nueva vida le han enseñado muchas cosas sobre quién es realmente. Ya no se hace ilusiones. Se sienta. Ma sonrío de oreja a

oreja y empuja en su dirección los platos a medio degustar.

Tranh piensa que debe de haber hecho algo espantoso en una vida anterior para merecerse esta humillación, pero aun así debe contenerse para no enterrar las manos en la comida pringosa y prescindir de los cubiertos. Al cabo, el propietario del puesto ambulante le trae un par de palillos para los fideos, y un tenedor y una cuchara para el resto. Los fideos y el cerdo picado se deslizan por su garganta como si esta fuera un tobogán. Se esfuerza por masticar, pero engulle los alimentos en cuanto estos tocan su lengua. La comida sigue llegando. Se acerca un plato a los labios, devorando las últimas sobras de Ma. Pescado, lascias hebras de cilantro y aceite viscoso y picante, verdaderas delicias.

—Bueno. Bueno. —Ma hace una seña al encargado del puesto nocturno, que se apresura a enjuagar y entregarle un vaso de whisky.

La penetrante fragancia del licor envuelve a Ma como un aura mientras llena los vasos. El olor hace que Tranh sienta una opresión en el pecho. Tiene la barbilla embadurnada de aceite, fruto de su precipitación. Se limpia los labios con el brazo mientras ve cómo el líquido ambarino chapotea contra el cristal.

Antes Tranh bebía coñac: XO. Importado en sus propios cliques. Un producto extraordinariamente caro a causa de los costes derivados del transporte. Una delicia de los diablos extranjeros, anterior a la Contracción. El fantasma de una utopía histórica, reforzado por la nueva Expansión y por su comprensión de que el mundo estaba volviéndose más pequeño una vez más. Con los nuevos diseños de los cascos y los avances en la producción de polímeros, sus cliques surcaban el globo y regresaban con las bodegas repletas de mercancías de ensueño. Y sus clientes malayos estaban encantados de comprárselas, con independencia de su religión. Cómo se había enriquecido. Se obliga a apartar de sí esos pensamientos mientras Ma empuja un vaso en su dirección y levanta el suyo a modo de brindis. Eso pertenece al pasado. Todo pertenece al pasado.

Beben. El whisky arde placenteramente en el estómago de Tranh, mezclándose con las guindillas, el pescado, la carne de cerdo y el aceite caliente de los fideos fritos.

—Es una verdadera lástima que no consiguieras ese trabajo.

Tranh hace una mueca.

—No te regodees. El destino siempre encuentra la manera de equilibrar la balanza. He aprendido esa lección.

Ma agita una mano.

—No me burlo. Somos demasiados, esa es la verdad. Estabas diez mil veces más cualificado de lo necesario para ese puesto. Para cualquier puesto. —Bebe un sorbo de whisky y observa a Tranh por encima del borde del vaso—. ¿Recuerdas cuando me llamabas sabandija holgazana?

Tranh se encoge de hombros, no logra apartar la mirada de la botella de whisky.

—Te llamaba cosas peores. —Espera a ver si Ma vuelve a llenarle el vaso. Preguntándose cuánto dinero tiene y cuál es el límite de su generosidad. Odiándose por tener que representar el papel de mendigo ante un mocoso al que en su día rehusó mantener como oficinista y que ahora se cree mejor que él... y que ahora, en un alarde de orgullo, llena el vaso de Tranh hasta arriba de whisky, dejando que rebose en una cascada ambarina a la oscilante luz de las velas.

Cuando termina de servir, Ma contempla fijamente el charco que se ha formado.

—El mundo se ha vuelto del revés, sin duda. Los jóvenes gobiernan a los viejos. Los malayos pisotean a los chinos. Y los diablos extranjeros regresan a nuestras costas como peces abotargados tras una epidemia de *ku-shui*. —Ma esboza una sonrisa—. Hay que mantener los ojos abiertos y estar atento a la menor oportunidad. No como todos esos ancianos que hacen cola en la acera, esperando a que alguien les ofrezca un trabajo penoso. Hay que encontrar un nicho nuevo. Y eso fue lo que hice. Así conseguí el empleo que tengo ahora.

Tranh hace una mueca.

—Llegaste en un momento más propicio —protesta envalentonado por la tripa llena y el licor que le caldea las mejillas y las extremidades—. De todas formas no deberías vanagloriarte tanto. Por lo que a mí respecta, todavía apesta a la leche de tu madre, viviendo en la torre del Señor del Estiércol. Tú solo eres el Señor de los Tarjetas Amarillas. ¿Y qué significa eso realmente? Todavía no me llegas a la suela de los zapatos, mister pez gordo.

Ma abre los ojos de par en par. Suelta una carcajada.

—No. Por supuesto que no. Algún día, quizá. Pero procuro aprender de ti. —Sonríe ligeramente e inclina la cabeza en dirección al decrepito aspecto de Tranh—. No quiero que este sea mi epílogo.

—¿Es cierto que tienen ventiladores de manivela en los pisos más altos? ¿Que se está fresco allí arriba?

Ma contempla de reojo la torre de apartamentos que se cierne sobre ellos.

—Sí. Por supuesto. Y hombres con las calorías necesarias para accionarlos. Acarrear agua para nosotros, y algunos ejercen de contrapeso para el montacargas... se pasan el día subiendo y bajando... haciéndole favores al Señor del Estiércol. —Se ríe, les sirve más whisky e indica a Tranh que beba—. Pero tienes razón. En realidad no es nada. Como palacio resulta muy triste.

»Pero eso ya no tiene importancia. Mi familia se traslada mañana. Hemos obtenido los permisos de residencia. Mañana, cuando vuelva a cobrar, nos mudaremos de aquí. Se acabaron los tarjetas amarillas. Se acabaron los sobornos a los esbirros del Señor del Estiércol. Se acabaron los problemas con los camisas blancas. Lo hemos arreglado todo con el Ministerio de Medio Ambiente. Depondremos

nuestras tarjetas amarillas y nos convertiremos en thais. Seremos inmigrantes, en vez de una simple especie invasora. —Levanta el vaso—. Por eso estoy de celebración.

Tranh frunce el ceño.

—Estarás satisfecho. —Apura la bebida y suelta el vaso encima de la mesa, con fuerza—. Pero no olvides que el clavo que más sobresale es el que antes recibe los martillazos.

Ma sacude la cabeza y sonrío, con la mirada iluminada por el whisky.

—Bangkok no es Malaca.

—Ni Malaca era Bali. Pero eso no impidió que aparecieran con sus machetes y sus pistolas de muelles, que amontonaran nuestras cabezas en las cunetas y enviaran nuestros cadáveres y nuestra sangre río abajo hasta Singapur.

Ma se encoge de hombros.

—Agua pasada. —Por señas, pide más comida al encargado del wok—. Ahora tenemos que fundar un nuevo hogar aquí.

—¿Crees que es posible? ¿No temes que algún camisa blanca decida clavar tu piel en su puerta? No puedes obligarles a querernos. Aquí tenemos la suerte en contra.

—¿La suerte? ¿Desde cuándo es tan supersticioso mister Tres Prosperidades?

Llega el plato de Ma, diminutos camarones fritos, con sal y aceite picante para que Ma y Tranh los cojan con los palillos y los trituren entre los dientes, ninguno de ellos mayor que la punta del dedo meñique de Tranh. Ma selecciona uno y lo muerde con un crujido.

—¿Desde cuándo es tan débil mister Tres Prosperidades? Cuando me despediste, dijiste que mi suerte dependía de mí mismo. ¿Y ahora insinúas que se te ha agotado? —Escupe en la acera—. He visto neoseres con más voluntad de vivir que tú.

—*Fang pi*.

—¡No! ¡Es verdad! Hay una chica mecánica japonesa en los bares a los que acude mi jefe. —Ma se inclina hacia delante—. Parece una mujer de verdad. Y hace cosas repugnantes. —Sonríe—. Te pone la polla dura. Pero nunca se queja de su suerte. Todos los camisas blancas de la ciudad pagarían por arrojarla a los hornos de metano, y ella sigue estando allí, en la torre de pisos, bailando cada noche a la vista de todos. Exhibiendo todo su cuerpo carente de alma.

—No es posible.

Ma se encoge de hombros.

—Di lo que quieras. Pero yo la he visto. Y no está en los huesos. Acepta los salivazos y las limosnas que le tira el destino y sobrevive. No le importan los camisas blancas, ni los edictos del reino, ni los detractores de Japón, ni los fanáticos religiosos. Lleva meses bailando.

—¿Cómo puede sobrevivir?

—¿Sobornos? ¿Quizá a algún *farang* perverso le gusta revolcarse en su porquería? ¿Quién sabe? Ninguna muchacha de carne y hueso haría las cosas que hace ella. Se te para el corazón en el pecho. Uno olvida que es un neoser cuando hace esas cosas. —Suelta una carcajada, antes de mirar a Tranh de soslayo—. No me hables de la suerte. Ni en todo el reino hay suerte suficiente para mantenerla con vida durante tanto tiempo. Y sabemos que tampoco sobrevive gracias al karma. No tiene ninguno.

Tranh se encoge diplomáticamente de hombros y engulle otro bocado de camarones.

Ma sonrío.

—Sabes que tengo razón. —Apura el vaso de whisky y lo deja de golpe encima de la mesa—. ¡Nos forjamos nuestra propia suerte! Nuestro propio destino. ¡Un neoser baila en un bar público y yo trabajo para un *farang* podrido de dinero que no sería capaz ni de encontrarse el culo sin mi ayuda! ¡Por supuesto que tengo razón! —Sirve más licor—. Deja de compadecerte de ti mismo y sal de tu agujero. A los diablos extranjeros les traen sin cuidado tu suerte y tu destino, y mira cómo han vuelto, como un virus recién diseñado. Ni siquiera la Contracción los detuvo. Son como otra invasión de gatos demonio. Pero se fabrican su propia suerte. Ni siquiera estoy seguro de que exista el karma para ellos. Si unos necios como estos *farang* pueden salir adelante, los chinos no permaneceremos sometidos mucho más tiempo. Cada cual se fabrica su propia suerte, eso fue lo que me dijiste al despedirme. Dijiste que yo mismo me había buscado mi mala suerte, que solo yo era el culpable.

Tranh eleva la mirada hacia Ma.

—A lo mejor podría trabajar en tu empresa. —Sonríe en un intento por disimular su desesperación—. Podría ganar dinero para el gandul de tu jefe.

Ma entorna los párpados.

—Ah. Eso es complicado. No sabría decirte.

Tranh sabe que debería aceptar la educada negativa, que debería cerrar el pico. Pero aunque una parte de él hace una mueca, sus labios se abren de nuevo, insistiendo, implorando.

—¿Quizá necesites un ayudante? ¿Para llevar los libros? Hablo su diabólico idioma. Lo aprendí por mi cuenta cuando negociaba con ellos. Podría resultar útil.

—Apenas si hay trabajo suficiente para mí.

—Pero si es tan estúpido como aseguras...

—Estúpido, sí. Pero no es tan zoquete como para no darse cuenta de que hay otro cuerpo en su despacho. Nuestras mesas no están tan lejos la una de la otra. —Hace un movimiento con las manos—. ¿Crees que no se fijaría en un culí esquelético acuclillado junto al pedal de su ordenador?

—¿En su fábrica, entonces?

Pero Ma ya ha empezado a negar con la cabeza.

—Te ayudaría si pudiera. Pero los sindicatos de megodontes ostentan todo el poder, y los sindicatos de inspectores de línea están vetados a los *farang*, no te ofendas, y nadie se va a creer que eres un experto en materiales. —Sacude la cabeza de nuevo—. No. De ninguna manera.

—Cualquier cosa. Aunque sea de recogedor de estiércol.

Pero Ma ya ha empezado a menear la cabeza más vigorosamente, y Tranh por fin consigue dominar la lengua, taponar esta diarrea de ruegos.

—No importa. Da igual. —Esboza una sonrisa forzada—. Estoy seguro de que ya saldrá algo. No me preocupa. —Coge la botella de whisky del Mekong y rellena el vaso de Ma, poniendo la botella boca abajo y vaciándola pese a las protestas de Ma.

Tranh levanta el vaso medio vacío y brinda con el joven que lo ha superado en todos los sentidos, antes de apurar el resto del alcohol de un solo trago. Bajo la mesa, unos gatos demonio prácticamente invisibles le rozan las piernas huesudas, aguardando a que se marche, con la esperanza de que sea lo suficientemente iluso como para dejar atrás alguna sobra.

Amanece. Tranh recorre las calles en busca de un desayuno que no se puede permitir. Registra callejones en los que perdura el tufo del pescado, el lacio cilantro verde y los brillantes tallos de limoncillo. Los durios se amontonan en pilas pestilentes, cubiertas de las vesículas rojas de la roya sus pieles espinosas. Se pregunta si podrá robar uno. Aunque la superficie amarilla esté blanda y sucia, la pulpa sigue siendo nutritiva. Se pregunta cuánta roya puede consumir una persona antes de caer en coma.

—¿Quieres? Trato especial. Cinco por cinco baht. Bien, ¿sí?

La mujer que lo llama con voz chillona no tiene dientes, sonrío con las encías y repite:

—Cinco por cinco baht. —Se dirige a él en mandarín reconociendo la herencia que comparten, aunque ella tuvo la suerte de nacer en el reino y él la desgracia de criarse en Malaca. Una china chiu chow, dichosamente protegida por su clan y su reino. Tranh reprime una punzada de envidia.

—Cuatro por cuatro, más bien. —Forma un juego de palabras con los homónimos. Sz por sz. Cuatro por morir—. Tienen la roya.

La mujer agita una mano, airada.

—Cinco por cinco. Todavía están buenos. Mejor que buenos. Recién recogidos. —Empuña un machete afilado y parte el durio por la mitad, revelando la limpia pulpa amarilla del interior con sus gordas pepitas relucientes. La mareante fragancia dulzona del durio fresco impregna el aire y los envuelve—. ¡Mira! Dentro está bueno. Recogido justo a tiempo. Todavía es seguro.

—Podría comprar uno. —No puede permitírselo. No puede evitar responder. Es

demasiado agradable que lo vean como a un posible comprador. Se da cuenta de que se trata del traje. Los Hermanos Hwang lo enaltecen a los ojos de esta mujer. Jamás le habría dirigido la palabra de no ser por el traje. Ni siquiera estarían teniendo esta conversación.

—¡Compra más! A más compras, más ahorras.

Tranh se obliga a sonreír, preguntándose cómo escapar de un regateo que nunca debería haber empezado.

—Soy un simple anciano. No necesito tantos.

—Un anciano flacucho. Come más. ¡Ponte gordo!

Los dos se ríen ante estas palabras. Tranh busca una réplica, algo con lo que mantener viva su cordial interacción, pero le falla la lengua. La mujer ve la impotencia en sus ojos. Sacude la cabeza.

—Ah, abuelo. Corren tiempos difíciles para todos. Demasiados de vosotros a la vez. Nadie se imaginaba que la situación aquí sería tan mala.

Tranh agacha la cabeza, azorado.

—Te he molestado. Debería irme.

—Espera. Toma. —La mujer le ofrece la mitad del durio—. Llévatelo.

—No puedo pagarlo.

La mujer muestra su impaciencia con un ademán.

—Llévatelo. Tengo suerte de ayudar a alguien de la vieja tierra. —Sonríe—. Y la roya tiene tan mala pinta que no puedo vendérselo a otro.

—Eres muy amable. Que Buda te sonría. —Pero mientras acepta el obsequio vuelve a fijarse en la enorme montaña de durios que se alza detrás de ella. Todos pulcramente apilados, con sus cardenales y sus sanguinolentas vejigas de roya. Como las cabezas chinas apiladas en Malaca: su mujer y su hija observándolo boquiabiertas, con gesto acusador. Suelta el durio y le propina una patada, limpiándose las manos frenéticamente en la chaqueta, intentando quitarse la sangre que le tiñe las palmas.

—¡Ay! ¡Qué desperdicio!

Tranh apenas si oye los gritos de la mujer. Tambaleándose, retrocede ante el durio caído, sin poder apartar la vista de su superficie rugosa. Las entrañas desparramadas. Mira a su alrededor, desesperado. Tiene que alejarse de la multitud. Tiene que alejarse del hervidero de cuerpos y del hedor a durio que lo impregna todo, agolpándose en su garganta, estrangulándolo. Se tapa la boca con una mano y empieza a correr, apartando a empujones a los demás compradores, abriéndose paso a través del gentío.

—¿Adónde vas? ¡Vuelve! *Huilai!* —Pero las palabras de la mujer no consiguen imponerse al bullicio. Tranh atraviesa la multitud a empujones, apartando a los lados a mujeres cargadas con cestos repletos de raíces de loto blanco y berenjenas moradas, esquivando a los agricultores con sus traqueteantes carretillas de bambú, soslayando

barreños de calamares y peces con cabeza de serpiente. Corre por el callejón del mercado como un ladrón identificado, trastabillando y contoneándose, avanzando sin pensar ni saber adónde se dirige, sencillamente huyendo, desesperado por escapar de las cabezas amontonadas de sus familiares y sus compatriotas.

Corre y corre sin cesar.

E irrumpe en la amplia avenida de la carretera de Charoen Krung. Lo baña una ola de polvo de estiércol y sol abrasador. Los rickshaws circulan traqueteando por la calzada. Las palmeras y los bananeros achaparrados relucen exuberantes a cielo descubierto.

Tan violentamente como le sobrevino, el pánico lo abandona. Se detiene en seco, con las manos en las rodillas, maldiciéndose mientras intenta recuperar el aliento. *Imbécil. Estúpido. Morirás si no comes.* Endereza la espalda y prueba a darse la vuelta, pero los durios amontonados centellean en su mente y se aleja del callejón tambaleándose, conteniendo las arcadas. No puede regresar. No puede enfrentarse a esas pilas ensangrentadas. Se dobla por la cintura y su estómago se contrae, pero sus tripas vacías solo consiguen conjurar unos hilachos de saliva.

Al cabo, se limpia la boca en una manga de los Hermanos Hwang, se obliga a erguirse y se enfrenta a los rostros extranjeros que lo rodean. El mar de forasteros entre los que debe aprender a nadar, todos los cuales lo tildan de *farang*. La mera idea lo repele. Y pensar que en Malaca, con veinte generaciones de su familia y su clan arraigadas en la ciudad, también era un intruso. Que la noble historia de su clan no es más que la nota a pie de página de una expansión china que ha resultado ser tan transitoria como el frescor de la noche. Que su pueblo no era más que un puñado de granos de arroz derramados por accidente sobre un mapa, recogidos y eliminados ya mucho más minuciosamente de lo que jamás lograron esparcirse.

Tranh descarga fardos de las marcas RedSilk y U-TeX al amparo de la noche, ofrendas para el Dios de las Patatas. Un trabajo afortunado. Un momento de suerte, aunque le tiemblen las rodillas nudosas y amenacen con ceder bajo su peso en cualquier momento. Un trabajo afortunado, aunque tenga los brazos entumecidos de tanto acarrear los pesados sacos que le lanzan desde los megodontes. Esta noche, se esfuerza no solo por la paga sino también por la oportunidad de sustraer algo de la cosecha. Aunque las patatas RedSilk sean pequeñas y se hayan recogido antes de tiempo para evitar un nuevo brote de escabiosa —la cuarta variedad genética en lo que va de año— siguen estando buenas. Y lo reducido de su tamaño supone que sus nutrientes mejorados le caben sin problemas en los bolsillos.

En cuclillas sobre su cabeza, Hu le tiende las patatas. Mientras los colosales megodontes elefantinos se agitan y gruñen, esperando a que las grandes carretas terminen de vaciarse, Tranh sujeta las ofrendas de Hu con un garfio en cada mano y

baja los sacos al suelo, el último paso. Enganchar, sujetar, girar y bajar. Una vez, y otra, y otra.

No trabaja solo. Las mujeres de los suburbios de la torre se agolpan alrededor de su escalera. Extienden los brazos y acarician cada uno de los sacos mientras Tranh los deja en el suelo. Sus dedos tantean el cáñamo y la arpillera en busca de agujeros, pequeños desgarrones, golpes de suerte. En mil ocasiones acarician los fardos, comprobando reverentemente las costuras, retirándose tan solo cuando los culís se abren paso entre ellas para recoger los sacos y llevárselos al Dios de las Patatas.

Tras una hora de trabajo, a Tranh le tiemblan los brazos. Después de tres, apenas si puede mantenerse en pie. Se tambalea en la escalerilla decrepita con cada nuevo saco que deja en el suelo, y jadea y sacude la cabeza para quitarse el sudor de los ojos mientras espera a que llegue el siguiente.

Hu lo observa desde lo alto.

—¿Estás bien?

Con cautela, Tranh mira de reojo por encima del hombro. El Dios de las Patatas monta guardia, contando los sacos que están siendo transportados al almacén. Su mirada vaga ocasionalmente hasta los carros y se desliza por encima de Tranh. Detrás de él, cincuenta hombres sin suerte observan en silencio desde las sombras, hasta el último de ellos más perspicaz de lo que el Dios de las Patatas será jamás. Tranh endereza los hombros y estira los brazos para recoger el próximo saco, sin pensar en los ojos que lo escudriñan. Cuán diplomáticamente aguardan su turno. Cuán silenciosos. Cuán voraces.

—Estoy bien. Perfectamente.

Hu se encoge de hombros y levanta el siguiente fardo de arpillera por encima del borde del carro. Aunque el puesto de Hu sea mejor, Tranh no puede tenérselo en cuenta. Uno de los dos debe sufrir. Y Hu encontró el trabajo. Hu tiene derecho a ocupar su lugar de privilegio. A descansar un momento antes de que el siguiente saco se ponga en marcha. Después de todo, Hu eligió a Tranh para este trabajo cuando debería haber pasado hambre esta noche. Es justo.

Tranh coge el saco y lo baja al bosque de expectantes manos femeninas, suelta los garfios con sendos giros de muñeca y deja caer el bulto al suelo. Siente las articulaciones flojas y resbaladizas, como si el fémur y la tibia amenazaran con salirse de su sitio en cualquier momento. Pese al mareo que le produce el calor, no se atreve a pedir que aminoren el ritmo.

Desciende otro saco de patatas. Las manos de las mujeres se elevan como marañas de algas, tanteando, palpando, hambrientas. No puede obligarlas a retroceder. Aunque grite para ahuyentarlas, regresarán. Son como los gatos demonio, no pueden evitarlo. Deja que el saco caiga los últimos palmos que lo separan del suelo y extiende los garfios hacia el siguiente que asoma por el borde del carro.

Cuando engancha el saco, la escalera emite un crujido y resbala de repente. Cae por el costado del carro, deslizándose con estrépito, antes de detenerse de golpe. Tranh se tambalea, haciendo malabarismos con el saco de patatas, intentando recuperar el centro de gravedad. Las manos lo rodean por completo, tirando de la bolsa, sacudiendo, empujando.

—Cuidado...

La escalera resbala de nuevo. Se desploma como una piedra. Las mujeres se desbandan mientras Tranh se precipita al vacío. Siente un estallido de dolor al golpear el suelo. El saco de patatas revienta. Por un momento le preocupa lo que va a decir el Dios de las Patatas, pero entonces oye gritos procedentes de todas direcciones. Se gira hasta quedar tendido de espaldas. Sobre su cabeza, el carro se tambalea, estremeciéndose. Por todas partes hay chillidos y carreras. El megodonte da un paso adelante y el carro tiembla. Las escaleras de bambú caen como gotas de lluvia, abofeteando el suelo con unos chasquidos secos como detonaciones de petardos. La bestia se gira y el carro pasa volando ante los ojos de Tranh, reduciendo las escaleras a astillas. Es imposiblemente veloz, aun lastrado por el peso del carro. De improviso, el megodonte abre sus fauces inmensas y profiere un vagido, un sonido tan estridente y aterrado como el de una persona.

A su alrededor, los demás megodontes responden a coro. Su cacofonía inunda la calle. El megodonte se yergue sobre las patas traseras, una explosión de musculatura y velocidad que destroza las correas del carro y lo arroja por los aires como si de un juguete se tratara. Los hombres salen rodando en todas direcciones, flores de cerezo sacudidas del árbol. Enfurecida, la bestia se encabrita otra vez y pateo el carro, que patina por el suelo de costado. Pasa junto a Tranh como una exhalación, a escasos centímetros.

Tranh prueba a incorporarse, pero una de sus piernas no responde. El carro se estrella contra una pared. El bambú y la teca crujen y explotan, el carro se desintegra mientras el megodonte lo arrastra y lo pisotea, intentando liberarse por completo. Tranh se aleja a rastras del carro volante, mano a mano, remolcando la pierna inútil tras él. A su alrededor, los hombres se desgañitan impartiendo instrucciones, procurando controlar a la bestia, pero Tranh no mira atrás. Se concentra en los adoquines que se extienden ante él, en poner tierra de por medio. Su pierna no reacciona. Se niega a obedecerlo. Es como si lo odiara.

Por fin alcanza el refugio de una pared protectora. Se incorpora con esfuerzo.

—Estoy bien —se dice—. Estoy bien. —Pone a prueba la pierna con cuidado, cargando algo de peso sobre ella. La nota temblorosa, pero el dolor no es exagerado, ya no—. *Mei wenti. Mei wenti* —susurra—. No ha pasado nada. Se me torció, eso es todo. No ha pasado nada.

Los hombres continúan gritando y el megodonte sigue bramando, pero Tranh solo

tiene ojos para su frágil rodilla huesuda. Se aparta de la pared. Da un paso, poniendo a prueba su resistencia, y se desploma como un títere al que le hubieran cortado los hilos.

Rechinando los dientes, vuelve a levantarse de los adoquines. Se apoya en la pared mientras se masajea la rodilla y contempla el caos. Los hombres están lanzando cuerdas sobre el lomo del megodonte rebelde, obligándole a agacharse e inmovilizándolo. Más de una veintena de personas se esfuerzan por controlarlo.

El almacén del carro ha quedado destrozado por completo, y las patatas yacen desperdigadas por todas partes. Una gruesa capa de puré cubre el suelo. Las mujeres gatean arrodilladas, hundiendo las manos en el estropicio, peleándose por amasar los tubérculos aplastados. Recogen los restos de la calzada. Algunos están teñidos de rojo, pero a nadie parece importarle. Continúan riñendo. La mancha roja se extiende. En el centro de la misma, los pantalones de un hombre asoman entre las patatas trituradas.

Tranh frunce el ceño. Vuelve a enderezarse con dificultad y, a la pata coja, se dirige al carro destrozado. Se apoya en el amasijo de astillas, con la mirada fija. El cuerpo de Hu es una ruina arrasada en medio del estiércol de megodonte y el puré de patata. Ahora que Tranh se ha acercado puede ver que las vísceras de su amigo salpican las inmensas patas grises del megodonte desbocado. Alguien pide que llamen a un médico, pero sin convicción, la costumbre de una época en que no eran tarjetas amarillas.

Tranh vuelve a poner a prueba la pierna, pero su rodilla se ha convertido en una articulación frustrante e inútil. Se apoya en las tablas astilladas del carro para incorporarse de nuevo. Mueve la pierna, intentando comprender por qué no lo sostiene. La rodilla se dobla, ni siquiera le duele particularmente, pero se niega a aguantar su peso. El resultado es el mismo cuando la pone a prueba otra vez.

Dominado ya el megodonte, se restaura el orden en la zona de descarga. Arrastran a un lado el cadáver de Hu. Los gatos demonios se congregan junto al charco de sangre, destellos felinos bajo el fulgor del metano. Sus huellas perforan el puré de patata cada vez en mayor número. La papilla no deja de cubrirse de impresiones que, procedentes de todas direcciones, convergen en el cuerpo descartado de Hu.

Tranh exhala un suspiro. Así terminamos todos, piensa. Todos morimos. Incluso aquellos que tomábamos nuestros tratamientos antienviejecimiento y nuestros penes de tigre y nos manteníamos en forma estamos sujetos al viaje al infierno. Promete quemar dinero por Hu, para facilitar su viaje al más allá, pero se lo piensa mejor y se recuerda que ya no es la misma persona de antes. Que incluso el dinero del infierno de papel está por encima de sus posibilidades.

El Dios de las Patatas, con la ropa arrugada y furioso, se acerca y lo estudia. Frunce el ceño con suspicacia.

—¿Todavía puedes trabajar?

—Sí. —Tranh intenta caminar, pero se tambalea de nuevo y debe apoyarse en el armazón destrozado del carro.

El Dios de las Patatas sacude la cabeza.

—Te pagaré las horas que has trabajado. —Llama por señas a un joven, risueño y lozano tras inmovilizar al megodonte—. ¡Tú! Eres rápido. Mete el resto de estos sacos en el almacén.

Cada vez son más los trabajadores que forman una cadena y extraen la mercancía del interior del carro machacado. Cuando el recién incorporado coge su primer saco, sus ojos se posan en Tranh antes de alejarse enseguida, disimulando su alivio ante la incapacidad del anciano.

El Dios de las Patatas observa con satisfacción y regresa al almacén.

—Paga doble —dice Tranh a la espalda del Dios de las Patatas—. Págame el doble. He perdido una pierna por ti.

El capataz mira a Tranh con pesar, observa el cuerpo de Hu de reajo y se encoge de hombros. No le cuesta nada acceder. Hu no va a exigir ninguna compensación.

Vale más morir sin previo aviso que sentir cada hambrienta pulgada del colapso; Tranh guarda el dinero de su pierna maltrecha en una botella de whisky del Mekong. Es viejo. Es un tullido. Es el último de su estirpe. Sus hijos han muerto. Las bocas de su hija desaparecieron hace mucho. Sus ancestros vivirán desatendidos en el inframundo, sin nadie que quemase incienso u ofrezca arroz dulce por ellos.

Cómo deben de maldecirlo.

Renquea, se tambalea y se arrastra por las calles al amparo de la noche asfixiante, aferrando la botella abierta con una mano mientras la otra araña puertas, paredes y farolas de metano para mantenerlo erguido. A veces le funciona la rodilla; a veces lo abandona por completo. Ha besado las calles docenas de veces.

Se dice que está rapiñando, buscando cualquier posible sustento. Pero Bangkok es una ciudad de rapiñadores, y los cuervos, los gatos demonio y los niños ya estaban allí antes que él. Si la suerte le sonrío de veras, se tropezará con los camisas blancas y estos lo enviarán a porrazos al olvido sanguinolento, quizá lo manden a reunirse con el anterior propietario de este elegante traje de los Hermanos Hwang que ahora ondea andrajoso en torno a sus espinillas. Le seduce la idea.

Un océano de whisky se encrespa en su estómago vacío, y se siente abrigado, feliz y sin preocupaciones por primera vez desde el Incidente. Se ríe, bebe y llama a gritos a los camisas blancas, tachándolos de tigres de papel, de follaperros. Intenta atraerlos a voces. Arroja sus palabras al aire como cebo para que cualquiera que las oiga las encuentre irresistibles. Pero esta noche las patrullas del Ministerio de Medio Ambiente deben de tener otras tarjetas amarillas que humillar, pues Tranh deambula

en solitario por las calles teñidas de verde de Bangkok.

No importa. Da igual. Si no hay ninguna camisa blanca dispuesto a hacer el trabajo, se ahogará él solo. Irá al río y se lanzará a sus aguas pestilentes. Le agrada la idea de flotar hasta el mar transportado por las corrientes fluviales. Terminará en el océano, como sus clíperes barrenados y el último de sus herederos. Bebe un trago de whisky, pierde el equilibrio y acaba en el suelo de nuevo, sollozando y maldiciendo a los camisas blancas, los pañuelos verdes y los machetes mojados.

Al cabo, se arrastra hasta un portal para descansar, sosteniendo la botella de whisky, milagrosamente intacta, con una mano debilitada. La abraza contra sí como si fuera la última piedra de jade del mundo, sonriendo y alegrándose de que no se haya roto. No le gustaría que fuesen los adoquines los que se bebieran sus últimos ahorros.

Bebe otro trago. Contempla fijamente las lámparas de metano que parpadean sobre su cabeza. La desesperación tiene el color del metano de combustión aprobada, verde y gaseoso, vinoso en la oscuridad. Antes el verde simbolizaba cosas como el cilantro, la seda y el jade, pero ahora lo único que significa para él es hombres sedientos de sangre con pañuelos patrióticos en la cabeza y noches de hambre rebuscando en la basura. Las lámparas parpadean. Toda una ciudad teñida de verde. Toda una ciudad teñida de desesperación.

Una figura se mueve sigilosamente al otro lado de la calle, ateniéndose a las sombras. Tranh se inclina hacia delante, entornados los ojos. Al principio la toma por un camisa blanca. Pero no. Es demasiado furtiva. Una mujer. Una chica. Una criatura preciosa, maquillada. Una tentación que se mueve con los movimientos sincopados de...

Una chica mecánica.

Tranh sonrío de oreja a oreja, un sorprendido rictus cadavérico de alegría ante el espectáculo de esta criatura antinatural que recorre la noche a hurtadillas. Una chica mecánica. La chica mecánica de Ma Ping. Lo imposible hecho carne.

Se desliza de una sombra a otra, una criatura aún más aterrada de los camisas blancas que un tarjeta amarilla geriátrico. Una evanescente niña espectral arrancada de su hábitat natural y abandonada en una ciudad que desprecia todo cuanto representa: su herencia genética, sus fabricantes, su competencia antinatural... su fantasmagórica ausencia de alma. Estaba aquí todas las noches mientras él escarbaba entre las cáscaras de melón descartadas. Estaba aquí, deambulando por las tinieblas sofocantes, mientras él esquivaba las patrullas de camisas blancas. Y a pesar de todo, sobrevive.

Tranh se obliga a ponerse de pie. Se tambalea, ebrio y mareado, y sigue a la figura con la botella de whisky aferrada en una mano y la otra tanteando las paredes, sujetándose cuando le falla la rodilla lastimada. Es una estupidez, un capricho, pero la

chica mecánica ha disparado su imaginación alcoholizada. Quiere seguir a esta improbable criatura japonesa, esta intrusa en suelo extranjero, más despreciada incluso que él. Quiere seguirla. Quizá incluso robarle algún beso. Tal vez protegerla de los peligros de la noche. Fingir cuando menos que no es este caricaturesco espantapájaros borracho, que todavía es un tigre.

La chica mecánica se mueve por las sombras más cerradas de los callejones, al amparo de la oscuridad, oculta de los camisas blancas que la detendrían y la fundirían antes de darle tiempo siquiera a protestar. Los gatos demonio maúllan a su paso, presintiendo algo tan cínicamente diseñado como ellos mismos. El reino está infestado de plagas y bestias, asediado por más monstruos diseñados genéticamente de los que puede contener. Acuden en masa, tan pequeños como los brotes grises de *fa'gan* y tan grandes como los megodontes. Y mientras el reino pugna por adaptarse, Tranh sigue sigilosamente a una chica mecánica, ambos igual de invasivos que la roya de un durio, e igual de bien recibidos.

Pese a sus movimientos irregulares, la chica mecánica avanza deprisa. A Tranh le cuesta mantener su ritmo. Su rodilla cruje y rechina, y el dolor le obliga a apretar los dientes. A veces se cae con un gruñido apagado, pero persiste. Ante él, la chica mecánica se adentra en un nuevo bloque de sombras, un suspiro de movimientos titubeantes. Su paso sincopado la delata como la criatura inhumana que es, con independencia de lo bella que pueda llegar a ser. Por inteligente que sea, por mucha fuerza que tenga, por tersa que resulte al tacto su piel, no deja de ser un neoser diseñado para servir, señalado como tal por una especificación genética que la traiciona a cada paso antinatural.

Por fin, cuando Tranh comienza a temer que sus piernas le fallen por última vez y ya no pueda continuar, la chica mecánica se detiene. Se encuentra ante la negra boca de una torre de pisos decrepita, tan alta y maltrecha como la de Tranh, otro cadáver de la antigua Expansión. Desde las alturas se filtran música y risas. Unas siluetas flotan en las ventanas de la planta más alta de la torre, ribeteadas de rojo, mujeres que bailan a contraluz. Voces masculinas y el pulsar de tambores. La chica mecánica desaparece en el interior.

¿Cómo sería entrar en un sitio así? ¿Gastar baht como si fuera agua mientras las mujeres danzan y entonan cantos de pasión? Tranh lamenta de repente haber empleado sus últimos ahorros para comprar el whisky. Aquí es donde debería morir. Rodeado de placeres carnales que no ha vuelto a experimentar desde que perdiera su país y su vida. Frunce los labios, contemplativo. Tal vez consiga entrar de farol. Todavía lleva puesto el traje de los Hermanos Hwang. Todavía parece un caballero, quizá. Sí. Lo intentará, y si descarga la vergüenza del rechazo sobre su cabeza, si vuelve a quedar en ridículo una vez más, ¿qué más da? Pronto estará muerto en algún río de todos modos, flotando hacia el mar para reunirse con sus hijos.

Tranh empieza a cruzar la calle, pero la rodilla lo abandona y se desploma de bruces. Consigue salvar la botella de whisky, más por suerte que gracias a su destreza. La luz de metano arranca destellos a los restos del líquido ambarino. Tranh hace una mueca y se sienta con esfuerzo antes de arrastrarse hasta un portal. Primero debe reunir fuerzas. Y terminar la botella. La chica mecánica estará ahí dentro un buen rato, seguramente. Le dará tiempo a reponerse. Y si vuelve a caerse, al menos no habrá desperdiciado el licor. Empina la botella contra sus labios y deja que su agotada cabeza repose contra el edificio. Antes debe recuperar el aliento.

Un torrente de carcajadas escapa de la torre de pisos. Tranh se despierta de golpe. Un hombre sale de entre las sombras del portal dando tumbos: borracho, riéndose. Más hombres lo siguen en tropel. Intercambian bromas y empujones. Las mujeres que los acompañan se ríen tontamente. Llaman por señas a los rickshaws que aguardan en los callejones, a la espera de clientes ebrios y fáciles. Poco a poco, se dispersan. Tranh empina la botella de whisky. Descubre que está vacía.

Otro par de hombres emerge de las fauces de la torre de pisos. Uno de ellos es Ma Ping. El otro, un *farang* que solo puede ser el jefe de Ma. El *farang* indica al conductor de un rickshaw que se acerque. Monta y se despide con la mano. Cuando Ma imita su gesto, el reloj de oro y diamantes rutila a la luz de metano. El reloj de Tranh. La historia de Tranh. La herencia de Tranh, resplandeciendo en la oscuridad. Tranh frunce el ceño. Nada le gustaría más que arrancar ese reloj de la muñeca de Ma.

El rickshaw del *farang* se pone en marcha con un rechinar de cadenas sin engrasar y carcajadas ebrias, dejando a Ma Ping solo en medio de la calzada. Ma se ríe para sí mismo, parece contemplar la posibilidad de regresar a los bares, se vuelve a reír y gira sobre los talones, cruzando la calle en dirección a Tranh.

Tranh se refugia en las sombras, reacio a permitir que Ma lo vea en este estado. Reacio a soportar más humillaciones. Se agazapa en el interior del portal mientras Ma recorre la calle con paso tambaleante en busca de algún rickshaw. Pero todos los rickshaws están de servicio en estos momentos. Se acabó el acechar bajo los bares.

La cadena de oro del reloj de Ma reluce otra vez a la luz de metano.

Unas figuras pálidas barnizadas de verde se materializan en la calle, tres hombres caminando, prácticamente negras en la oscuridad sus pieles de caoba, en pronunciado contraste con el blanco impoluto de sus uniformes. Sus porras negras giran ociosas alrededor de sus muñecas. Ma no parece percatarse de su presencia al principio. Los camisas blancas convergen sobre él con naturalidad. Sus voces se oyen perfectamente en el silencio nocturno.

—Es muy tarde para pasear.

Ma se encoge de hombros, esboza una sonrisa nerviosa.

—En realidad no. No es tan tarde.

Los tres camisas blancas estrechan el cerco.

—Es tarde para un tarjeta amarilla. Ya deberías estar en casa. Trae mala suerte andar por la calle tras el toque de queda para los tarjetas amarillas. Sobre todo con todo ese oro en la muñeca.

Ma levanta las manos en actitud defensiva.

—No soy ningún tarjeta amarilla.

—Tu acento dice lo contrario.

Ma hunde las manos en los bolsillos, rebusca en su interior.

—En serio. Ya lo veréis. Mirad.

Uno de los camisas blancas da un paso al frente.

—¿Quién te ha dado permiso para moverte?

—Mis papeles. Mirad...

—¡Saca las manos de los bolsillos!

—¡Mirad mis sellos!

—¡Que las saques! —Una porra negra centellea. Ma suelta un gañido, se agarra el codo. La lluvia de golpes continúa. Ma se encoge en un intento por resguardarse. Maldice—: *Nimade bi!*

Los camisas blancas se ríen.

—Así hablan los tarjetas amarillas. —Uno de ellos descarga un porrazo, rápido y bajo, y Ma se desploma con un chillido, encogiéndose alrededor de la pierna lastimada. Los camisas blancas se acercan. Uno de ellos le clava la punta de la porra en la cara, obligándole a estirarse, y desliza el arma por el pecho de Ma, dejando una estela de sangre.

—Va mejor vestido que tú, Thongchai.

—Seguro que cruzó la frontera con el culo lleno de jade.

Uno de ellos se pone en cuclillas, estudia las facciones de Ma.

—¿Es eso cierto? ¿Puedes cagar jade?

Ma sacude desesperadamente la cabeza. Rueda boca abajo y empieza a alejarse a gatas. Un reguero negro de sangre escapa de sus labios. Arrastra una pierna tras él, inutilizada. Uno de los camisas blancas lo sigue, le da la vuelta con la punta del zapato y le planta la suela en la cara. Los otros dos contienen el aliento y dan un paso atrás, consternados. Una cosa es darle una paliza a alguien...

—Suttipong, no.

El llamado Suttipong mira con el rabillo del ojo a sus compañeros.

—No es nada. Estos tarjetas amarillas son peores que la roya. Esto no tiene importancia. Todos vienen a mendigar, a robarnos la comida cuando apenas si tenemos bastante para los nuestros, y mirad. —Patea la muñeca de Ma—. Oro.

Ma jadea, intenta quitarse la cadena de la muñeca.

—Quédate con él. Toma. Por favor. Quédatelo.

—No puedes darme lo que no te pertenece, tarjeta amarilla.

—No soy... tarjeta amarilla —jadea Ma—. Por favor. Vuestro ministerio no. — Sus manos escarban desesperadamente en sus bolsillos ante la mirada impasible del camisa blanca. Saca sus documentos y los agita en el cálido aire nocturno.

Suttipong coge los papeles, los mira por encima. Se agacha.

—¿Crees que nuestros compatriotas no nos temen también?

Tira los papeles al suelo y ataca con la celeridad de una cobra. Uno, dos, tres, los golpes llueven sobre Ma. El camisa blanca es muy rápido. Muy metódico. Ma se encoge formando un ovillo, procurando resguardarse del asalto. Suttipong da un paso atrás, resoplando. Hace una seña a los otros dos.

—Enseñadle lo que es el respeto. —Sus compañeros se miran, dubitativos, pero ante la insistencia de Suttipong, no tardan en comenzar a golpear a Ma, alentándose mutuamente a gritos.

Unos pocos hombres salen de los locales de ocio y llegan a la calle tambaleándose, pero corren a refugiarse de nuevo al interior cuando ven los uniformes blancos. Los camisas blancas están solos. Si hay alguien más observándolos, no se muestra. Al cabo, Suttipong parece darse por satisfecho. Se arrodilla y retira el antiguo Rolex de la muñeca de Ma, le escupe en la cara y llama a sus compañeros por señas. Mientras se alejan pasan junto al escondite de Tranh.

El llamado Thongchai mira atrás por encima del hombro.

—Podría presentar una queja.

Suttipong sacude la cabeza sin apartar la vista del Rolex que lleva en la mano.

—Ha aprendido la lección.

Sus pasos se pierden en la oscuridad. La música se filtra procedente de los clubes de la torre de pisos. En la calle reina el silencio. Tranh permanece vigilante durante largo rato, atento a otros cazadores. No se mueve nada. Es como si la ciudad entera hubiera dado la espalda al vapuleado chino malayo que yace tendido en la calle. Por fin, Tranh sale renqueando de las sombras y se acerca a Ma Ping.

Al verlo, Ma levanta una mano sin fuerzas.

—Ayuda. —Lo repite en thai, después en el inglés de los *farang*, y por último en malayo, como si hubiera regresado a su infancia. Entonces parece reconocer a Tranh. Abre los ojos de par en par. Sonríe débilmente, con los labios ensangrentados y abiertos—. *Lao pengyou* —dice en mandarín, la lengua comercial que los hermana—. ¿Qué haces aquí?

Tranh se acuclilla a su lado, estudiando el rostro lacerado.

—He visto a tu chica mecánica.

Ma cierra los ojos, prueba a sonreír.

—¿Me crees, entonces? —La hinchazón le oculta los ojos prácticamente por completo, la sangre mana sin cesar de un corte que tiene en la frente, fluyendo

libremente.

—Sí.

—Creo que me han roto una pierna. —Ma procura levantarse, suelta un jadeo y se derrumba. Se tantea las costillas, desliza la mano hasta su espinilla—. No puedo caminar. —Aspira una bocanada de aire entre los dientes mientras se palpa otro hueso roto—. Tenías razón acerca de los camisas blancas.

—El clavo que sobresale recibe todos los martillazos.

Algo en el tono de Tranh hace que Ma levante la cabeza. Estudia la cara de Tranh.

—Por favor. Te di de comer. Llama a un rickshaw. —Una mano vaga hasta su muñeca, buscando el reloj que ya no está allí, intentando ofrecérselo a Tranh. Intentando negociar.

¿Es esto el destino?, piensa Tranh. ¿La suerte? Tranh frunce los labios, pensativo. ¿Quiso el destino que su propio reloj reluciente atrajera a los camisas blancas y sus despiadadas porras negras? ¿Quiso la suerte que llegara a tiempo de ver caer a Ma? ¿Tienen todavía Ma Ping y él algún asunto kármico pendiente?

Tranh ve implorar a Ma y recuerda cómo despidió a un joven oficinista hace más de una vida, cómo lo puso de patitas en la calle con una reprimenda y la advertencia de no regresar jamás. Pero eso fue cuando él era alguien importante. Y ahora no es nadie. Tan insignificante como el empleado al que amonestó hace tanto tiempo. Quizá más. Desliza las manos bajo las axilas de Ma y tira hacia arriba.

—Gracias —jadea Ma—. Gracias.

Tranh desliza los dedos en los bolsillos de Ma, registrándolos metódicamente, buscando los baht que los camisas blancas hayan podido olvidar. Ma gime, masculla una maldición mientras Tranh lo cachea. Tranh cuenta el fruto de su rapiña, las heces de los bolsillos de Ma que para él siguen siendo un tesoro. Se guarda las monedas en el bolsillo.

El aliento de Ma escapa de sus labios en jadeos entrecortados.

—Por favor. Un rickshaw. Eso es todo. —A duras penas consigue exhalar las palabras.

Tranh ladea la cabeza, pensativo, mientras sus instintos batallan entre sí. Suspira y sacude la cabeza.

—Todos nos forjamos nuestra propia suerte, ¿no fue eso lo que me dijiste? —Sonríe sin despegar los labios—. Mis propias palabras arrogantes en labios de un joven engreído.

Menea la cabeza otra vez, asombrado por la magnitud de su ego anterior, y rompe la botella de whisky contra los adoquines. El cristal salta en todas direcciones. Las esquirlas resplandecen verdosas a la luz de metano.

—Si todavía fuera alguien importante... —Tranh hace una mueca—. Por otra parte, supongo que los dos hemos dejado atrás ese tipo de ilusiones. Lamento tener

que hacer esto. —Tras echar un último vistazo a la calle en penumbra, hunde el gollete roto en la garganta de su antiguo empleado. Ma sufre un espasmo y la sangre se derrama alrededor de la mano de Tranh, que retrocede para evitar que este nuevo manantial empape la tela de los Hermanos Hwang. Los pulmones de Ma borbotean, sus manos tantean en busca de la botella incrustada en su cuello y se desploman. Sus jadeos húmedos cesan.

Tranh está temblando. Sus manos son víctimas de espasmos eléctricos. Ha sido testigo de muchas muertes, pero artífice de muy pocas. Y ahora Ma yace ante él, otro chino malayo muerto, con él como único responsable. Otra vez. Reprime una arcada.

Se gira, se arrastra hasta las sombras protectoras del callejón y se yergue. Pone a prueba la pierna debilitada. Parece capaz de aguantarlo. Más allá de las sombras, la calle está en silencio. El cadáver de Ma yace como un montón de basura en el centro. No se mueve nada.

Tranh da media vuelta y se aleja renqueando por la calle, sin separarse de las paredes, apoyándose cuando la pierna amenaza con fallarle. Al cabo de unas pocas manzanas, las lámparas de metano comienzan a apagarse. Una por una, como si una mano gigantesca recorriera la calle extinguiéndolas, chisporrotean y enmudecen cuando el Ministerio de Obras Públicas corta el suministro de gas. La calle se sume en la más completa oscuridad.

Cuando Tranh llega por fin a la carretera de Surawong, la amplia avenida negra se encuentra prácticamente desierta. Un par de viejos búfalos de agua tiran plácidamente de un carro con ruedas de goma a la luz de las estrellas. La sombra de un campesino viaja sentada tras ellos, musitando en voz baja. Los maullidos de los gatos demonio en celo rasgan el sofocante aire nocturno, pero eso es todo.

De repente, a su espalda, el chirrido de una cadena de bicicleta. El tamborileo de unas ruedas sobre los adoquines. Tranh se gira, medio esperando ver a unos camisas blancas sedientos de venganza, pero solo es un rickshaw que recorre traqueteando la calle en penumbra. Tranh levanta una mano, mostrando sus baht recién encontrados. El rickshaw aminora. Las nervudas extremidades del conductor relucen de sudor a la luz de la luna. Unos pendientes gemelos le decoran los lóbulos de las orejas, pegotes de plata en la noche.

—¿Adónde vas?

Tranh escudriña las amplias facciones del conductor del rickshaw en busca de indicios de traición, indicios de que se trate de un cazador, pero el hombre solo tiene ojos para los baht que Tranh sostiene en la mano. Tranh aparta de sí sus paranoicos temores y monta en el asiento del rickshaw.

—A las fábricas *farang*. Junto al río.

El conductor del rickshaw mira atrás por encima del hombro, sorprendido.

—Todas las fábricas estarán cerradas. Cuesta demasiada energía mantenerlas en

activo durante la noche. Ahí abajo será noche cerrada.

—No importa. Ha quedado libre una vacante. Harán entrevistas.

El hombre se pone de pie en los pedales.

—¿Esta noche?

—Mañana. —Tranh se acomoda en el asiento—. No quiero llegar tarde.

SUAVE

Jonathan Lilly se sentó en el agua caliente, dejando que esta lo cubriera hasta el cuello, y contempló a su difunta esposa. La mujer flotaba en la otra punta de la bañera, con las facciones nórdicas ribeteadas de pompas de jabón. Sus cabellos rubios se adherían a la piel exangüe. Sus ojos entrecerrados contemplaban fijamente el techo. Jonathan cambió de postura, empujando las piernas enredadas de Pia a un lado para hacerse más sitio, y se preguntó si este momento de paz entre el delito y la confesión influiría de algún modo en el veredicto.

Sabía que debería entregarse. Que alguien supiera que el día se había torcido en el vecindario del parque del Congreso de Denver. Quizá no fuera para tanto. Quizá ni siquiera tuviese que pasar mucho tiempo entre rejas. En alguna parte había leído que quienes cultivaban marihuana recibían penas más largas que los asesinos, y recordaba vagamente que la ley podía llegar a proporcionar atenuantes en casos de muerte no premeditada como éste. ¿Era homicidio? ¿Asesinato en segundo grado? Agitó la espuma jabonosa, pensativo.

Tendría que mirarlo en Google.

Cuando aplastó la almohada contra la cara de Pia, esta ni siquiera se debatió. Puede que se riera, incluso. Puede que farfullara algo ininteligible tras el muro de algodón: «Para», tal vez, o «Déjalo ya». O puede que le dijera que así no iba a librarse de lavar los platos. Ésa era la discusión que habían tenido: los platos en el fregadero de la noche anterior.

Pia rodó de costado y dijo: «Anoche te olvidaste de fregar los platos», y le propinó un golpecito con el codo. Un empujoncito para que se pusiera en marcha. Las palabras. El codo. Le cubrió la cara con la almohada y ella levantó las manos y empujó con suavidad contra él, animándole a dejarla en paz, como si todo fuera una broma.

Incluso él lo pensaba.

Su intención era levantar la almohada, reírse e ir a lavar platos. Y por un frágil momento de cristal le había parecido posible. La fragancia de las lilas se colaba por las ventanas entreabiertas, las abejas zumbaban en el exterior y los listones de las persianas filtraban los rayos de sol de una plácida mañana de domingo. Vivieron vidas enteras dentro de ese momento. Se rieron del incidente y salieron a desayunar huevos benedictinos en Le Central; se divorciaron tras otros quince años de matrimonio; tuvieron cuatro hijos y discutieron sobre si Milo era mejor nombre de bebé que Alistair; Pia resultó ser lesbiana, pero lo arreglaron; él tuvo una amante, pero lo arreglaron; ella plantó girasoles, tomates y calabacines en el huerto de detrás de la casa, y él fue a trabajar el lunes y obtuvo un ascenso.

Tenía toda la intención de levantar la almohada de su cara.

Pero entonces Pia comenzó a forcejar, a gritar y a aporrearle con los puños, y los niños, los tomates, Le Central y cien futuros más se dispersaron como semillas de dientes de león al viento, y de repente Jonathan ya no pudo soportar la idea de soltarla. No podía soportar ver el dolor y el horror en sus ojos grises cuando levantara la almohada, la rancia versión de sí mismo que sabía que encontraría reflejada en ellos, de modo que cargó todo el peso contra su cuerpo forcejeante, aplastó la almohada con fuerza contra su cara y empujó como si pretendiera hundirla en el infierno.

Pia se contoneó y manoteó. Le arañó la mejilla con las uñas. Su cuerpo se corcoveó. A punto estuvo de escabullirse de él, retorciéndose como una anguila, pero Jonathan volvió a inmovilizarla y enterró sus gritos en la almohada mientras las manos de Pia buscaban sus ojos. Torció la cabeza y dejó que le arañara el cuello. Pia brincaba como un pez fuera del agua, pero no podía sacudírselo de encima, y de repente Jonathan sintió deseos de reír. Estaba ganando. Por primera vez en su vida estaba ganando de veras.

Las manos de Pia saltaban de su rostro a la almohada y otra vez a su rostro, los movimientos irracionales de un animal aterrado. El plumón filtraba sus toses entrecortadas. Su pecho bombeaba convulso, pugnando por aspirar el aire a través de la almohada. Sus uñas le rasguñaron la oreja. Estaba perdiendo la coordinación. Había dejado de arquearse. Su cuerpo aún se contoneaba, pero ahora era fácil mantenerla atrapada. No eran más que los recuerdos musculares de su anterior resistencia. Jonathan empujó contra la almohada con más fuerza, consagrando todo su peso al acto de asesinarla.

Los dedos de Pia dejaron de intentar arañarlo. Regresaron a la almohada asfixiante y la acariciaron. Un gesto inquisitivo. Como si fueran un par de criaturas completamente independientes de ella, pálidas mariposas que se esforzaran por averiguar la causa de la angustia de su dueña. Dos insectos sin cerebro desconcertados por la naturaleza de la obstrucción de sus vías respiratorias.

En la calle, un cortacésped cobró vida con un ronroneo sobre el verde manto de hierba primaveral. Sonó el canto de una alondra silvestre. El cuerpo de Pia se quedó flojo, y sus manos cayeron a los costados. La brillante luz solar se imbricaba lánguidamente en sus rubios cabellos, enredados en la almohada y desplegados sobre las sábanas. Jonathan percibió lentamente una humedad, la calidez de la vejiga liberada de Pia.

Otro cortacésped entonó su zumbido.

Los blancos islotes de espuma se arremolinaban, revelando uno de los pezones rosados de Pia. Jonathan cogió un montón de burbujas crepitantes y lo depositó con delicadeza encima del pecho, volviendo a cubrirla. Había empleado media botella de

gel hidratante, pero las burbujas no dejaban de esfumarse, exhibiendo el cuerpo de Pia y su creciente palidez a medida que la sangre se asentaba cada vez a más profundidad en sus extremidades. Sus ojos contemplaban sin parpadear el techo a lo lejos, fijos en lo que fuera que viesan los muertos.

Ojos grises. Cuando la conoció, Jonathan pensó que le daban repelús. Para cuando se casó con ella, le gustaban. Y ahora volvían a darle repelús, entreabiertos, mirando sin ver. Lo asaltó el deseo de estirarse y cerrárselos, pero detestaba la idea de que el rígor mortis pudiera volver a abrirlos de golpe. De que pudiera encontrarla observándolo fijamente, tras habérselos cerrado. Se estremeció. Sabía que compartir la bañera con su difunta esposa era morboso, pero se resistía a abandonarla. Anhelaba aún su proximidad. Estaba lavando su cuerpo ensuciado por la muerte cuando de improviso le pareció tan correcto, tan apropiado, meterse en la bañera con ella. Musitar una disculpa, sumergirse en la bañera rebosante de agua y darse un último chapuzón con ella. De modo que aquí estaba, en una bañera cada vez más helada con un cadáver cada vez más helado, y con todas las consecuencias de su rabia reprimida instalándose pesadamente sobre él.

La culpa era del sol primaveral.

Si el día hubiera estado nublado, ahora Pia estaría elaborando listas de la compra en vez de apretujada en una bañera con el asesino de su marido, empujadas a un lado sus piernas rígidas.

Nunca le había gustado bañarse con él. No le gustaba que invadieran su espacio. Era su momento de calma. Un instante para olvidar las irritaciones de un departamento de compras cuyas prioridades de abastecimiento eran un continuo desbarajuste. Un momento para cerrar los ojos y relajarse totalmente. Jonathan lo respetaba. Del mismo modo que respetaba su predilección por las colchas amish en la cama, su afición a las fotos de fauna salvaje en las paredes y su aversión patológica al aguacate. Pero aquí estaban ambos ahora, compartiendo una bañera que a Pia nunca le había gustado compartir, con la sangre sedimentándose en sus nalgas y su rostro resbalándose bajo el agua de vez en cuando, obligándole a incorporarla de nuevo, a levantarla entre los islotes de espuma como una ballena rompiendo la superficie; cada vez que sus facciones emergían del agua, Jonathan esperaba que Pia aspirara una bocanada de aire jadeante y le preguntara qué cojones se proponía, manteniéndola sumergida tanto tiempo.

El sol. Después de tantos meses de gris invernal y lloviznas primaverales, por fin había llegado el calor de repente. Ésa era la causa. Los olmos se habían cuajado de brotes verdes, las lilas habían florecido, purpúreas, y tras años de apretar los dientes y atender servicialmente a las responsabilidades laborales y conyugales, de efectuar reparaciones en la casa y cambiarle el aceite al coche, Jonathan había despertado a una mañana impregnada de posibilidades vivificantes. Había despertado con una

sonrisa.

La última vez que recordaba haberse sentido tan vivo había sido en quinto grado, con una cochambrosa BMX azul que conducía a toda velocidad por las calles del suburbio —saltando por encima de los bordillos y robando embellecedores de cromo por todo el camino— para luego fundirse toda la paga en barritas de chocolate Three Musketeers, Nerds, Bubblicious y demás golosinas del 7-Eleven.

Pero entonces Pia se dio la vuelta, le propinó un codazo y le recordó que se había olvidado de fregar los platos.

Jonathan removió el agua de la bañera. Sus cuerpos desnudos ondularon bajo los menguantes islotes de espuma: el suyo, sonrosado; el de ella, cada vez más pálido. Asomó el cuerpo fuera de la bañera, empujando el cuerpo de Pia en el proceso y sumergiéndola casi por completo antes de agarrar el bote de gel. Lo sostuvo en alto y dejó que el jabón se derramara en el agua, una viscosa maraña esmeralda que se extendió por las piernas de Pia. Jonathan volcó el bote por completo. *Esencia de té verde: revitaliza la piel. Agave, pepino y extractos de té verde. Absorbe la tensión como una esponja, suaviza e hidrata la piel, revitaliza el espíritu.* Lanzó el recipiente vacío al suelo y abrió el grifo de nuevo. Un calor abrasador se derramó por sus hombros, llenando la bañera y escurriéndose borbotando por el canalón desbordado. Jonathan se reclinó y cerró los ojos.

Supuso que esto debía de encajar con alguna pauta de violencia doméstica tipificada, algún mapa estadístico de la conducta humana. Al FBI le gustaban las estadísticas: un asesinato cada veinte minutos, una violación cada quince, un atraco cada treinta segundos. Alguien tenía que matar a su esposa cada equis tiempo para validar las estadísticas. Resulta que le había tocado a él, eso era todo. Responsabilidad estadística. En su trabajo, cabía esperar cierto nivel de inestabilidad en los servidores, en el hardware y en el software donde se alojaban las aplicaciones que él programaba. Se lo esperaba. Igual que el FBI. Estas cosas pasan. Mientras sus amigos aprovechaban las últimas nieves de la estación para esquiar en Colorado, o visitaban Home Depot con algún proyecto de restauración doméstica en mente, él se dedicaba a satisfacer requisitos estadísticos.

Desde donde yacía tumbado se acertaba a entrever el cielo azul por la ventana elevada del cuarto de baño. Un azul optimista, impregnado de chillona luz solar desenfrenada. Lo único que quería era aprovechar ese sol. Salir a correr. O a montar en bici. O a desayunar leyendo el periódico. Hasta que Pia le dijo que quedaban platos por fregar y Jonathan ya no pudo pensar en nada más: la fuente de lasaña encostrada, los cazos mugrientos, las copas con posos de vino, las migas de la tabla para el pan y el lavavajillas que también se le había olvidado poner en marcha, por lo que tendría que lavar más platos a mano. De la vajilla pasó a pensar en la declaración de la renta, el 15 de abril se abalanzaba sobre él como un tanque. Debería haber

hablado con su asesor de inversiones acerca de su plan 401(k), pero hoy era domingo y ya no podía hacer nada al respecto, y el lunes probablemente se le volvería a olvidar. Lo cual entroncó con las facturas de la electricidad y el teléfono que se había olvidado de echar al correo y cuyo ingreso a cuenta debería organizar, pero se empeñaba en postergarlo y ahora lo más seguro era que tuviese que pagar un recargo por el servicio, sin olvidar que su portátil yacía en el suelo de la sala de estar, donde lo había tirado, un cepo de horas facturables que aguardaba a atraparle la pierna entre sus fauces. El proyecto de Astai Networks se negaba a compilarse, la demo estaba programada para el lunes a las once y Jonathan no entendía cómo era posible que el programa se hubiese fastidiado hasta tal punto en tan poco tiempo.

Últimamente le había dado por fijarse en los camareros del Starbucks y envidiar su trabajo. Alto, grande, latte, cappuccino, con leche desnatada, lo que fuera. El grado de complejidad no era exagerado. Y cuando salías del trabajo al final de la jornada no tenías que devanarte los putos sesos. ¿Qué más daba que ganaran una mierda? Por lo menos tampoco tendrían que pagar tantos impuestos.

Impuestos. ¿Estaban obligados a hacer la declaración los asesinos? ¿Qué pensaba hacer Hacienda? ¿Detenerlo otra vez?

Jonathan frunció el ceño ante la idea del arresto. Debería llamar a la policía. O a la madre de Pia, cuando menos. ¿Al 911, tal vez? Pero eso era para emergencias. Y si bien el asesinato se podría haber calificado como tal, este placentero baño de espuma no. Contempló fijamente el cadáver de Pia. Debería llorar. Debería lamentarlo por ella. O por él mismo, al menos. Apretó los puños mojados, se los llevó a los ojos y esperó a que brotaran las lágrimas, pero no lo hicieron.

¿Por qué no puedo llorar?

Está muerta. Más tiesa que la mojama. Has matado a Pia. Todo lo relacionado con ella ya no existe. No volverá a ponerse la falda hippie roja y azul que le compraste en San Francisco. No volverá a pedir que le regales un cachorro de pastor alemán. No volverá a llamar a su madre y pasarse tres horas al teléfono para decidir qué plantar en el huerto, si calabazas o calabacines.

Jonathan continuó enumerando cosas que Pia no volvería a hacer nunca: se acabaron los sermones sobre el hilo dental, se acabó el salir del cine cogidos de la mano, se acabaron las gominolas y el leer en la cama... pero la lista parecía una farsa, igual que las lágrimas. Un poco de teatro, por si acaso Dios estaba mirando.

Se quitó los nudillos de los ojos y fijó la mirada en el techo. *Fue un accidente.* Cerró los ojos y se concentró en Dios, comoquiera que fuese su aspecto: un hombre de barba blanca, una mujer regordeta como la Gaia de los libros de Pia, el buda rechoncho que la había acompañado durante su pasajera afición a la meditación.

No pretendía matarla. En serio. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? No quería matarla. Perdóname, Padre, porque he pecado...

Lo dejó por imposible. Se sentía igual que cuando lo pillaron después de robar golosinas del 7-Eleven cuando se le acabó el dinero de la paga. Llorando de mentirijillas. Actuando como si le importara, incapaz de conjurar la sinceridad necesaria. Deseando, sobre todo, que nadie se hubiera fijado en la bandolera de Pez que colgaba de su bolsillo. Sabía que debería importarle. Le importaba, maldita sea. No creía que Pia mereciera morir con una almohada en la cara y las bragas cagadas. Le gustaría culpar a sus constantes regañinas, aunque lo cierto es que el único culpable era él. Principalmente, sin embargo, se sentía... ¿cómo?

¿Furioso?

¿Contrariado?

¿Atrapado?

¿Perdido y sin posibilidad de redención?

Se rió para sus adentros. Eso último sonaba demasiado manido.

Se sentía sorprendido, más que nada. Asombrado por la absoluta realineación de su mundo: una vida sin esposa, ni impuestos, ni fechas tope para el lunes por la mañana. *Soy un asesino.*

Probó a pensarlo de nuevo, diciéndolo en voz alta esta vez:

—Soy un asesino. —Intentando que significara algo para él, aparte de que a partir de ese momento no tendría que volver a preocuparse por los platos de la cena.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta principal.

Jonathan regresó al mundo que lo rodeaba con un parpadeo: el cadáver de su esposa frotándose contra su cadera, el agua que empezaba a enfriarse. El baño le había dejado las manos arrugadas. ¿Cuánto tiempo llevaba a remojo? Llamaron de nuevo. Más fuerte. Un golpeteo insistente y autoritario. Así llamaba la policía a las puertas.

Jonathan salió de la bañera de un salto y corrió chorreando por el suelo de madera para espiar entre las persianas. Esperaba ver coches patrulla, estroboscópicas luces rojas y azules, vecinos apostados en sus porches, espectadores del drama que se representaba en su tranquila calle ribeteada de árboles. Un asesino en los suburbios de Denver. En vez de eso, solo vio a su vecina, Gabrielle Roberts. Gabby. La clase de chica hiperactiva y obsesionada con el orden que Jonathan no se cansaba de esperar que terminara aplastada por las desilusiones de la vida diaria.

Lo mortificaba con sus excursiones en bicicleta de montaña en verano, con sus fines de semana de snowboard en invierno, con su inagotable torrente de proyectos destinados a reacondicionar su casa y el aparente placer que le producía un empleo relacionado con la atención a los clientes de determinado medio de telecomunicación, la clase de trabajo que parecía perfecto para embotar el alma y que ella, a pesar de todo, aparentemente adoraba.

Gabby estaba en el porche meneando la coleta negra, arrugando el entrecejo

mientras se inclinaba y volvía a aporrear la puerta. Dando saltitos de un pie a otro, moviéndose al son de algún ritmo techno interno que solamente ella podía escuchar. Llevaba puestos unos pantalones cortos y una camiseta sudada en la que se podía leer «Los corredores de maratón llegan más lejos», además de unos sucios guantes de cuero.

Jonathan hizo una mueca. Así que se trataba de otro proyecto de reacondicionamiento doméstico. La había ayudado a llevar unas baldosas al patio un caluroso día de verano hacía unos años, y a punto había estado de destrozarlo en el proceso. Pia le había dado un masaje en la espalda cuando acabó y le había recordado que no tenía por qué hacer todo lo que le pidiera la gente, pero cuando Gabby se presentó en su puerta no supo cómo decirle que no. Y ahora aquí estaba de nuevo.

¿No podía parar y pasarse un día entero sin hacer nada? ¿Y por qué ahora, con el cadáver de Pia flotando en la bañera a cinco metros de distancia? ¿Cómo iba a silenciar a Gabby? ¿Tendría que matarla también a ella? ¿Cómo lo haría? Con una almohada no, eso seguro. Gabby estaba cachas. Diablos, probablemente fuera más fuerte que él. ¿Un cuchillo de cocina, quizá? Si consiguiera conducirla a la cocina antes de que viera a Pia en la bañera, podría rebanarle el pescuezo. No se esperaba algo así...

Apartó la idea de su cabeza. No quería asesinar a Gabby. No quería ninguna montaña de cuerpos y sangre apilándose a su alrededor. Quería que esto acabara. Le contaría a Gabby lo ocurrido, sin más, se iría corriendo a llamar a la policía, y él podría esperar en el porche de la entrada hasta que llegaran. Problema resuelto. Lo encontrarían sentado en albornoz, con su esposa macerando en la bañera, e ingresaría en prisión por homicidio en primer grado, o segundo, tercero, cuarto o lo que fuese, y los vecinos obtendrían su espectáculo.

Parecían la pareja perfecta.

Con lo simpáticos que eran los dos.

Dejamos los gatos a su cuidado cuando nos fuimos a Belice el año pasado.

Bueno. La hora del baño se había acabado. La vida real se reanudaba. Hora de afrontar las consecuencias. Fue a buscar un albornoz y regresó justo cuando Gabby empezaba a aporrear la puerta de nuevo.

—¡Hey! ¡Jon! —Gabby sonrió de oreja a oreja cuando Jonathan abrió la puerta—. No quería despertarte. ¿Domingo de relax?

—Acabo de matar a mi esposa.

—¿Me prestas tu pala? La mía se ha roto.

Jonathan se la quedó mirando fijamente. Gabby empezó a dar saltitos, expectante.

¿Había confesado o no? Pensaba que sí. Pero Gabby no estaba corriendo ni llamando a la policía. Estaba saltándose el guión por completo. Brincaba de un talón a otro y lo observaba como un golden retriever. Repasó la conversación para sus

adentros. ¿Sería que Gabby no lo había oído? ¿O que él no había dicho nada?

—Tienes cara de resacón —dijo Gabby—. ¿Mucha fiesta anoche?

Jonathan quiso repetir la confesión, pero se le atragantaron las palabras en la garganta. Puede que no hubiera dicho nada la primera vez. Puede que solo se lo hubiera imaginado. Se frotó los ojos.

—¿Qué has dicho que querías?

—He roto la pala. ¿Me prestas la tuya?

—¿La has roto?

—Fue sin querer. Estaba intentando sacar una roca del patio y el mango se partió.

He matado a mi mujer. En estos momentos está en la bañera, a remojo. ¿Podrías llamar a la policía por mí? No logro decidir si marcar el 911 o el número principal de la comisaría. A lo mejor debería esperar hasta el lunes y hablar antes con un abogado. ¿Tú qué opinas?

—Pia tenía una pala en el cobertizo de atrás —dijo, al cabo—. ¿Quieres que vaya a buscarla?

—Sería estupendo. ¿Dónde está Pia?

—En la bañera.

Gabby pareció fijarse en el albornoz de Jonathan por vez primera. Abrió mucho los ojos.

—Oh. Perdón. No era mi intención...

—No es lo que te imaginas.

Gabby agitó una mano, azorada, y se apartó de la puerta abierta.

—No debería haberme plantado aquí sin avisar. Debería haber llamado. No pretendía interrumpir nada. Puedo coger la pala yo sola si me dices dónde está.

—Hum. Bueno. Puedes dar la vuelta por la reja lateral. Está en el cobertizo, colgada de las perchas que hay junto a la puerta. —¿Por qué no se sinceraba? No dejaba de representar una farsa, fingiendo ser el mismo de hacía unas horas.

—Gracias mil. Perdón por irrumpir de sopetón. —Gabby se giró y bajó los escalones dando saltitos, dejando a Jonathan plantado en el umbral. Cerró la puerta. La coleta de Gabby centelló brevemente al otro lado de la ventana del salón cuando pasó corriendo camino del patio de la parte de atrás. Jonathan regresó al cuarto de baño y se sentó al filo del inodoro. Pia estaba flotando.

—A nadie le importa nada, ¿verdad, tesoro?

Estudió el cadáver rígido antes de abrir el grifo para añadir más agua caliente. Se elevó una nube de vapor. Sacudió la cabeza mientras veía cómo se llenaba la bañera.

—Nadie presta la menor atención.

La gente moría todo el rato. Sin embargo, todo el mundo continuaba con sus quehaceres, iba a la tienda a comprar hortalizas y sacaba piedras de sus huertos. La vida continuaba. El sol todavía brillaba con fuerza en el exterior, la fragancia de las

lilas persistía y el día seguía siendo igual de esplendoroso, y Jonathan jamás tendría que volver a hacer la declaración de la renta. Cerró el grifo. Una energía eléctrica cosquilleaba en sus extremidades, un ansia juvenil de sol y movimiento. Hacía un día verdaderamente estupendo para salir a correr.

Lo bueno de tirar toda tu vida por la borda, decidió Jonathan, era que por fin podías disfrutar de ella. Mientras pasaba corriendo por delante de sus vecinos, saludando con la mano y llamándolos por sus nombres, pensó en lo poco que entendían realmente cuán radiante se había vuelto este día primaveral. Era mil veces mejor de lo que sospechaba cuando despertó por la mañana. El último día de libertad era mucho mejor que un millón de jornadas de rutina diaria. Quienes tenían la conciencia limpia no sabían aprovechar los días soleados. Corría envuelto en la cálida brisa primaveral. Se detenía ante todas las señales de STOP, corriendo en el sitio y disfrutando de un mundo que era exactamente igual que siempre, salvo por su lugar en él.

Se sentía casi como si estuviera corriendo por primera vez en su vida. Notaba cada soplo de brisa, olía cada flor resplandeciente, veía a cada persona simpática, todas eran hermosas y a todas las extrañaba tremendamente. Las observaba desde una distancia increíble, pero con una claridad extraordinaria, como si las estuviera viendo a través de un potente telescopio desde la superficie de Marte.

Corría y corría y sudaba y jadeaba y descansaba y seguía corriendo y le encantaba. Se preguntó si sería esto lo que significaba ser budista. Si sería esto lo que buscaba Pia por medio de sus meditaciones. Esta sensación de equilibrio, esta certeza de que todo era transitorio, de que todo era efervescente y susceptible de perderse con suma facilidad. Quizá no lo hubiera experimentado jamás de no ser por este repentino amor nostálgico espoleado por lo cerca que estaba de perderlo todo. Dios, correr era maravilloso. Trabajar todos los músculos y sentir el pavimento contra los pies, ver los árboles con sus hojas de neón recién reverdecidas y sentir por vez primera que estaba prestándole atención a todo.

Esperaba que alguien reparara en su singularidad, que alguien reconociera el hecho de que ahora era un asesino, pero nadie lo hizo. Se detuvo en un 7-Eleven y compró una botella de Gatorade, sonrió al cajero que le entregó el cambio y pensó: *Soy un asesino. Esta mañana he asfixiado a mi mujer.* Pero el anciano de detrás del mostrador no reparó en la A escarlata de Jonathan.

De hecho, mientras Jonathan engullía sus electrolitos verdes, pensó de pronto que no se diferenciaba en nada de este tipo tan encantador del mostrador, con su chaleco naranja y su logotipo corporativo en la espalda. Lo asaltó el presentimiento de que podría invitar al anciano arrugado a su casa para sacar de la nevera un par de botellas de cerveza Fat Tire, o si el anciano prefería algo más suave, que fuesen dos Pabst Blue Ribbon, lo que él quisiera, abrirían sus latas de cerveza aguada, irían al patio de

la parte de atrás, se tenderían en el césped y se empaparían de sol, y en un momento dado Jonathan mencionaría como si tal cosa que su difunta esposa estaba a remojo en la bañera, y el tipo asentiría con la cabeza y diría: «Ah, sí, yo hice algo por el estilo con la mía. ¿Te importa que eche un vistazo?».

Ambos regresarían adentro y se quedarían en la puerta del cuarto de baño, estudiando el nenúfar de Jonathan, el cajero asentiría pensativamente con la cabeza nevada y sugeriría que Pia probablemente preferiría estar enterrada en el patio trasero, en su jardín.

Después de todo, eso era lo que habría querido su difunta esposa, también aficionada a la horticultura.

El lunes, Jonathan vació sus cuentas bancarias y sus fondos de jubilación y lo convirtió todo en dinero en efectivo: billetes de cincuenta y cien dólares, gruesos fajos de ellos que introdujo a presión en una bolsa de mensajería para salir del banco con 112.398 dólares encima. Los ahorros de toda su vida. Los réditos del pecado. El fruto de una meticulosa planificación financiera. La empleada de la entidad le había preguntado si iba a divorciarse, y Jonathan se ruborizó, asintió y dijo que era algo por el estilo, pero la mujer no le impidió vaciar la cuenta, y más que nada parecía encontrar divertido que fuera a ganar a su esposa por la mano. A punto estuvo de pedirle una cita antes de recordar el motivo por el que estaba amontonando todo ese dinero en el mostrador delante de él.

Cuando llegó a casa, soltó la bolsa en el diván y se llevó el teléfono al cuarto de baño para sentarse con Pia mientras procuraba ganar algo de tiempo. Llamó al trabajo y les contó que su mujer tenía problemas familiares y que él necesitaba tomarse unas vacaciones y pedir unos días de baja por adelantado. Perdón por lo de la demo de Astai. Seguro que Naeem podía encargarse de todo. A un puñado de amigos en común les dijo que a Pia le había surgido una emergencia familiar y que había volado hasta Illinois para echar una mano. Dio parte en el trabajo de Pia, asegurándoles que Pia se pondría en contacto con ellos en cuanto supiera algo más acerca de la naturaleza de la emergencia para acordar cuántos días de permiso iba a necesitar. Charló con los padres de Pia y les explicó que pensaba regalarle a Pia unas vacaciones por sorpresa con motivo de su aniversario, y que las líneas telefónicas en Turquía eran poco de fiar. Cada conversación cerraba la puerta a cualquier posible interrogatorio cordial. Cada conversación prolongaba el tiempo que habría de transcurrir entre las sospechas y el descubrimiento.

Le sorprendió la firmeza de su voz. De alguna manera, resultaba difícil ponerse nervioso cuando lo peor ya había pasado. Compró un par de billetes de avión a Camboya, a su nombre y el de Pia, con un mes de diferencia entre sus respectivas fechas de salida. Desde Vancouver, tan solo para complicar un poco más las cosas. Y

cuando acabó, se preparó un gin-tonic y se sentó en el baño de maceración de Pia por última vez. La envolvía ahora un olor, la podredumbre de sus entrañas, los gases de su vientre. Los estragos provocados por el agua caliente en la carne muerta. Pero se bañó con ella de todos modos y se disculpó como mejor pudo por rehacer su vida a través de su cadáver. A continuación, se dirigió a la casa de Gabby y le pidió que le devolviera la pala.

A la luz de unas pocas farolas, enterró a Pia en el patio, bajo una parte del huerto. Dejó una nota para la policía, describiendo a grandes rasgos lo ocurrido —disculpa incluida— para cuando lo aprehendieran por fin y necesitara que algún tribunal anónimo le perdonara y le dejara salir en menos tiempo del que exigirían para un cultivador de marihuana. Esparció semillas de girasol, amapola y dondiego por todo el montículo y pensó que el cajero del 7-Eleven le daría el visto bueno.

Esa noche, atravesó las montañas en coche. Se preguntó si habría cruzado por fin la línea que separa el homicidio del asesinato, o el asesinato en primer grado del asesinato en segundo grado, aunque en realidad le traía sin cuidado. Le parecía apropiado viajar un poco. Unas largas vacaciones antes de una estancia aún más larga en prisión. La verdad, no se diferenciaba gran cosa de cambiar de empleo. Todo el mundo se tomaba un descansito antes de empezar en el nuevo trabajo.

Vendió el coche en Las Vegas por otros cinco mil dólares en efectivo, haciéndose pasar por un ludópata convencido de que su suerte estaba a punto de cambiar. A continuación, encaminó sus pasos por la orilla de la carretera, camino de la interestatal y el vasto mundo que se extendía ante él.

Empezó a hacer dedo al llegar a una rampa en el desierto. Se preguntó si seguiría sonriéndole la suerte, primero, y después se preguntó hasta qué punto le importaba realmente. Le maravillaba el hecho de que algo tan trivial como un plan 401(k) pudiera haberle quitado el sueño alguna vez. Estaba en la carretera que conducía a México, con su sol, su arena, sus agradables melodías y... ¿quién sabía? Quizá lo pillaran. O quizá sencillamente desaparecería en el anonimato de su extraña nueva vida.

Jonathan había leído una vez que los samuráis japoneses vivían como si ya hubieran fallecido. Pero dudaba que ni siquiera ellos se imaginaran lo que se sentía realmente. De pie junto a la abrasadora interestatal de Nevada, con su viento arenoso y sus enormes tráileres pasando ante él como exhalaciones, pensó que él comenzaba a hacerse una idea.

Cuando sacó a Pia de la bañera y la enterró, temía que se cayera a pedazos después de tanto tiempo a remojo. Su madre solía decir que, si te quedabas en la bañera demasiado tiempo, te arrugarías hasta desaparecer. Pero Pia se había mantenido completamente íntegra, incluso después de un par de días. Estaba muerta, pero no irreconocible. Él, por su parte, pese a seguir vivo y coleando, había

cambiado por completo.

Un RAV4 de aspecto deportivo apareció en la rampa. Pasó ante él como un fogonazo blanco, para luego aminorar de repente y echarse al arcén. Jonathan corrió en su dirección, con la bolsa de mensajería rebotando contra su cadera. De un tirón, abrió la puerta del pequeño vehículo suburbano. Un muchacho con un sombrero de vaquero aplastado lo examinó a través de sus Ray-Ban de espejo.

—¿Adónde vas?

—A San Diego.

—¿Pagas la gasolina?

Jonathan no puedo reprimir una sonrisa.

—Sí. Me parece que puedo aportar algo.

El chico le indicó por señas que montara, arrancó el pequeño motor y aceleró para incorporarse a la autopista.

—¿Qué vas a hacer en San Diego?

—En realidad me dirijo a México. A algún sitio con playas.

—Yo me voy a Cabo a pasar las vacaciones de primavera. Pienso emborracharme, hartarme de ver tetas y mezclarme con los nativos.

—Suenas bien.

—Ya te digo, tío. Va a ser genial.

El muchacho subió el volumen del estéreo y llevó el RAV4 al carril de adelantamiento, dejando atrás como una exhalación a camiones de dieciocho ruedas y domingueros rezagados que regresaban a Los Ángeles después de pasar el fin de semana en Las Vegas.

Jonathan bajó la ventanilla, se reclinó en el asiento y cerró los ojos mientras el estéreo palpitaba y el muchacho parloteaba sobre cómo le gustaría salir en un vídeo de skate algún día, a cuántas tías se iba a tirar en México y cómo allí se podía comprar marihuana de primera prácticamente a cambio de nada.

Los kilómetros se sucedían a gran velocidad. Jonathan se permitió relajarse y pensar en Pia otra vez. Al sacarla de la bañera, le sorprendió lo suave que se le había quedado la piel a ella.

La próxima vez que se casara, esperaba que también él pudiera decir lo mismo.

LA BOMBA NÚMERO SEIS

Lo primero que vi el jueves por la mañana al entrar en la cocina fue el culo en pompa de Maggie. Hay maneras peores de despertar, la verdad. Tiene buen tipo, se conserva en forma, así que la vista de su bonito trasero apretado contra un camisón de malla negro generalmente es una forma positiva de empezar la jornada.

Solo que tenía la cabeza metida en el horno. Y toda la cocina olía a gas. Y empuñaba un mechero con una llama azul de veinte centímetros de alto que ondeaba por el interior del horno como si los Tickle Monkey se hubiesen reagrupado y estuvieran celebrando un concierto allí dentro.

—¡Por el amor de Dios, Maggie! ¿Qué diablos estás haciendo?

Crucé la cocina de un salto, agarré un puñado de camisón y tiré con todas mis fuerzas. Se golpeó la cabeza al salir del horno. Las sartenes cascabelearon en los fogones, y Maggie soltó el encendedor, que resbaló por el linóleo hasta terminar en una esquina.

—¡Auuu! —Se agarró la cabeza—. ¡Aaauuu!

Giró sobre los talones y me abofeteó.

—¿A qué coño ha venido eso? —Sus uñas me rasgaron la mejilla y se abalanzaron sobre mis ojos. La aparté de un empujón. Chocó contra la pared y se dio la vuelta, lista para volver a la carga—. ¿Qué mosca te ha picado? —chilló—. ¿Te cabrea que no se te levantara anoche? ¿Ahora prefieres molerme a palos? —Agarró la sartén de hierro forjado del fogón, esparciendo beicon NiftyFreeze por todos los quemadores—. ¿Quieres probar otra vez, troglodita? ¿Eh? ¿Quieres? —Esgrimió la sartén con gesto amenazador y dio un paso en mi dirección—. ¡Pues venga!

Retrocedí de un brinco, frotándome el cuello allí donde me había arañado.

—¡Estás loca! ¿Evito que saltes en pedazos y me lo pagas intentando partirme la crisma?

—¡Te estaba preparando el puñetero desayuno! —Se pasó los dedos por la enmarañada cabellera morena y me los enseñó manchados de sangre—. ¡Me has abierto la puñetera cabeza!

—Lo que he hecho ha sido salvarte el estúpido trasero. —Me giré y empecé a abrir las ventanas para dejar que escapara el gas. Dos de las ventanas consistían en simples cortinas de cartón, fáciles de desmontar, pero una de las otras se había atascado y no cedía de ninguna manera.

—¡Hijo de perra!

Me giré justo a tiempo de esquivar la sartén. Se la quité de las manos y la aparté de un empujón, con firmeza, antes de seguir abriendo las ventanas. Volvió a la carga, procurando colocarse delante de mí. Sus uñas me recorrían toda la cara, arañando y raspando. Le propiné otro empujón y enarbolé la sartén cuando hizo ademán de

querer abalanzarse sobre mí otra vez.

—¿Quieres que use esto?

Retrocedió, con la mirada fija en la sartén. Empezó a rodearme.

—¿Eso es todo lo que piensas decirme? ¿«Te he salvado el estúpido trasero»? — Tenía el rostro congestionado de rabia—. ¿Qué tal «Gracias por intentar arreglar la cocina, Maggie», o «Gracias por preocuparte de que desayune en condiciones antes de ir al trabajo, Maggie»? —Carraspeó acumulando flemas y escupió; el salivazo pasó de largo y golpeó la pared; me hizo un corte de mangas—. Prepárate el puñetero desayuno tú solo. A ver si se me ocurre ayudarte otra vez.

Me la quedé mirando fijamente.

—Eres más tonta que un hatajo de trogloditas, ¿lo sabías? —Agité la sartén en dirección a la cocina—. ¿Comprobar una fuga de gas con un mechero? ¿Hay algún cerebro ahí dentro? ¿Hola? ¿Hola?

—¡No me hables así! Tú eres el troglodita... —Se atragantó a media frase y se sentó, de improvviso, como si acabara de caérsele un bloque de cemento en la cabeza. Se desplomó encima del linóleo amarillo. Completamente aturdida—. Oh. —Me miró con los ojos abiertos como platos—. Lo siento, Trav. Ni siquiera pensé en eso. —Fijó la mirada en el encendedor que yacía abandonado en una esquina—. Ay, mierda. Uau. —Apoyó la cabeza en las manos—. Ay... Uau.

Le dio un ataque de hipo, primero, y después empezó a llorar. Cuando volvió a mirarme, tenía los grandes ojos castaños anegados en lágrimas.

—Lo siento. Lo siento, lo siento muchísimo. —Las lágrimas empezaron a rodar, derramándose por sus mejillas—. No tenía ni idea. No lo pensé. No...

Seguía estando dispuesto a luchar, pero al verla sentada en el suelo, tan desconsolada, perdida y arrepentida, se me quitaron las ganas.

—Olvídalo. —Dejé la sartén encima de la cocina y continué abriendo las ventanas. La brisa que comenzó a circular por la estancia disipó el tufo del gas. Cuando el interior se hubo aireado lo suficiente, tiré de la cocina para apartarla de la pared. Había tiras de beicon encima de todos los quemadores, flácidas y descongeladas ahora que habían salido del envoltorio de celofán de NiftyFreeze, lonchas de cerdo esparcidas por todas partes, veteadas y relucientes de grasa. Lo que Maggie entendía por un desayuno casero. A mi abuelo le habría encantado. Adoraba los desayunos contundentes. Pero no los productos de NiftyFreeze. Detestaba esos envoltorios con toda su alma.

Maggie me vio con la mirada fija en el beicon.

—¿Puedes arreglar la cocina?

—Ahora mismo no. Tengo que ponerme a trabajar.

Se enjugó los ojos con la palma de la mano.

—Qué desperdicio de beicon —dijo—. Lo siento.

—No pasa nada.

—Tuve que visitar seis tiendas distintas para encontrarlo. Era el último paquete, y no sabían cuándo iban a recibir más.

No tenía nada que responder a eso. Encontré la espita del gas y la cerré. Aspiré por la nariz. Husmeé alrededor de los fogones y el resto de la cocina.

El olor a gas había desaparecido casi por completo.

Por primera vez, me di cuenta de que me temblaban las manos. Se me cayó un paquete de café cuando probé a sacarlo del armario. Golpeó la encimera como un globo lleno de agua. Coloqué las palmas de las manos en la superficie plana y me apoyé en ellas, con fuerza, intentando detener los estremecimientos. Comenzaron a temblarme los codos. Uno no está a punto de saltar por los aires todas las mañanas.

Tenía su gracia, no obstante, si te parabas a pensar en ello. La mitad de las veces, el gas ni siquiera funcionaba. Y para un día que lo hacía, a Maggie se le ocurría jugar a las chapuzas. Procuré reprimir una risita.

Maggie aún estaba en medio del suelo, sorbiendo por la nariz.

—Lo siento de veras —repitió.

—Está bien. Olvídalo. —Retiré las manos de la encimera. Habían dejado de aletear. Algo es algo. Rasgué el envase de café y engullí el líquido frío. Tras todo lo ocurrido esa mañana, la cafeína resultaba reconfortante.

—No, lo siento de veras. Podría habernos matado a los dos.

Pensé en replicar algo mordaz, pero no tenía sentido. Sería innecesariamente cruel.

—Bueno, pero no lo hiciste. Así que todo está en orden. —Cogí una silla, me senté y miré por las ventanas abiertas. Sobre la ciudad, el *esmog* amarillo del amanecer daba paso al gris azulado del *esmog* matinal. Allí abajo, la gente empezaba la jornada. El ruido se filtraba hasta nosotros: niños que gritaban camino del colegio, traqueteantes carretillas de reparto, los esfuerzos del motor de un camión, chirriante y tambaleante, cuyo tubo de escape expulsaba negras nubes de gas que se colaban por la ventana junto con el calor estival. Tanteé en busca del inhalador, aspiré una bocanada y me obligué a sonreír en dirección a Maggie—. Es como aquella vez que te empeñaste en limpiar el enchufe con un tenedor. Tienes que acordarte de no buscar fugas de gas con un mechero. No es buena idea.

Palabras inadecuadas, supongo. O quizá lo inadecuado fuera el tono con que las pronuncié.

Se reanudaron los llantos: no solo el sorber de mocos y las lágrimas, sino el berrinche con programa completo, las mejillas surcadas de regueros, la nariz hecha un grifo y ella que no paraba de decir «lo siento, lo siento, lo siento» una y otra vez, como una remezcla de Ya Lu pero sin el martilleo subsónico que haría placentera su escucha.

Me quedé un rato mirando la pared fijamente, intentando esperar a que se le pasara, pensando en ir a buscar los auriculares y escuchar un poco de Ya Lu de verdad, pero no quería agotar la batería porque encontrar de las buenas llevaba su tiempo, y además no me parecía correcto largarme y dejar a Maggie berreando. De modo que me quedé allí sentado mientras ella seguía llorando, hasta que al final me armé de valor, me senté en el suelo a su lado y la abracé hasta que la venció el cansancio.

Por fin dejó de llorar y empezó a restregarse los ojos.

—Lo siento. Me acordaré para la próxima.

Debió de fijarse en mi expresión, porque insistió:

—En serio. Lo recordaré. —Usó la hombrera del camisón para limpiarse la nariz goteante—. Debo de tener una pinta espantosa.

Tenía la cara hinchada, los ojos enrojecidos y el labio superior cubierto de mocos.

—Tienes buen aspecto —le dije—. Fenomenal. Estás fenomenal.

—Embustero. —Sonrió mientras sacudía la cabeza—. No quería derrumbarme de esa manera. Y la sartén... —Meneó la cabeza otra vez—. Debe de ser el síndrome premenstrual.

—¿Te has tomado el Gynoloft?

—No quiero que se me alteren las hormonas. Ya sabes, por si acaso... —Volvió a sacudir la cabeza—. No dejo de pensar que esta vez podría ser la definitiva, pero... —Se encogió de hombros—. Da igual. Estoy hecha un desastre. —Se recostó contra mí y permaneció un ratito en silencio. Podía sentir su respiración—. No pierdo la esperanza —dijo al cabo.

Le acaricié el pelo.

—Si tiene que pasar, pasará. Tan solo debemos mantener el optimismo.

—Claro. Está en manos de Dios. No pierdo la esperanza, eso es todo.

—Miku y Gabe tardaron tres años. Nosotros llevamos intentándolo desde hace, ¿qué, seis meses?

—Dentro de dos hará un año. —Hizo una pausa antes de añadir—. Lizzi y Pearl solo tuvieron abortos.

—Nos falta mucho antes de tener que empezar a preocuparnos por los abortos. —Me desenredé de ella y fui a buscar otro envase de café de la alacena. Esta vez me tomé mi tiempo para agitarlo. Se calentó solo, lo rasgué y probé un sorbo. No estaba tan rico como la mezcla que le traía a Maggie del mercado para que preparara el café en la cocina, pero le daba mil vueltas a volar en pedazos.

Maggie se arregló un poco, se levantó del suelo y empezó a atarearse yendo de un lado a otro. Aun con la cara hinchada, el camisón de malla le quedaba bien: un montón de piel, un montón de sombras interesantes.

Me pilló mirándola.

—¿A qué viene esa sonrisa?

Me encogí de hombros.

—Te queda bien ese camión.

—Lo compré en la venta de patrimonio de la vecina de abajo. Está casi sin estrenar.

Sonreí con lascivia.

—Me gusta.

Maggie se echó a reír.

—¿Ahora? Anoche no podías, anteanoche tampoco, ¿y te apetece hacerlo ahora?

Me encogí de hombros.

—Ya vas a llegar tarde. —Se giró y empezó a revolver los armarios—. ¿Quieres llevarte una barrita de muesli? Encontré un puñado de ellas cuando salí a comprar el beicon. Supongo que la fábrica ya está en marcha otra vez. —Me lanzó una sin darme tiempo a responder. La atrapé al vuelo, rasgué el brillante envoltorio de plástico y leí los ingredientes mientras comía. Higos y frutos secos, más un puñado de nutrientes como el dextro-forma-salbutamol. No llegaba a la altura de los componentes de los congelados de NiftyFreeze, pero qué diablos, todo alimenta, ¿verdad?

Maggie se giró y estudió la cocina, varada allí donde yo la había soltado. Con el aire caliente que entraba por las ventanas, el beicon estaba volviéndose cada vez más flácido y grasiento. Pensé en llevármelo abajo y freírlo en la acera. Por lo menos, podría echárselo a los trogloditas. Maggie estaba pellizcándose el labio. Esperaba que dijera algo acerca de la cocina o del beicon desperdiciado, pero en vez de eso anunció:

—Esta noche salimos de copas con Nora. Quiere ir al Wicky.

—¿La de los granos de pus?

—No tiene gracia.

Engullí el resto de la barrita de muesli.

—Para mí sí. Os lo advertí. El agua no es segura.

Hizo un mohín.

—Bueno, sabihondo, pues a mí no me pasó nada. Echamos un vistazo y no estaba amarilla, ni viscosa ni nada...

—Así que os lanzasteis de cabeza para nadar un rato. Y ahora tiene el cuerpo cubierto de espinillas. Qué misterioso. —Apuré el segundo envase de café, lo tiré al triturador de residuos junto con el envoltorio de la barrita y abrí el grifo para empujarlo todo con un chorro de agua. Dentro de media hora estarían dando vueltas y disolviéndose en la barriga de la bomba número dos—. No puedes pensar que algo está limpio por el mero hecho de que lo parezca. Tuviste suerte. —Me sequé las manos y me acerqué a ella. Deslicé los dedos por sus caderas—. Pues sí. Suerte. Ninguna reacción todavía.

Me apartó las manos de un cachete.

—¿Qué pasa, ahora eres médico?

—Especializado en cremas para la piel...

—No seas desagradable. Le pedí a Nora que se reuniera con nosotros a las ocho.

¿Podemos ir al Wicky?

Me encogí de hombros.

—Lo dudo. Es muy exclusivo.

—Pero Max te debe... —Se interrumpió al ver la lujuria con que volvía a observarla—. Ah. Vale.

—¿Qué has dicho?

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Debería alegrarme después de lo de las dos últimas noches.

—Exacto. —Me agaché para besarla.

Cuando se apartó por fin, me miró con sus grandes ojos castaños y todos los males de esa mañana se evaporaron.

—Llegarás tarde —dijo.

Pero su cuerpo se apretaba contra el mío, y mis manos no volvieron a recibir ningún cachete.

El verano en Nueva York es una de mis épocas menos preferidas del año. El calor se instala entre los edificios, congestionándolo todo, y el aire sencillamente... se detiene. Puedes olerlo todo. Los plásticos que se funden con el cemento caliente, las hogueras de basura, la orina rancia que borbotea en el aire cuando alguien vierte agua en la alcantarilla; el hedor de todas esas personas hacinadas. Como si todos los rascacielos fueran alcohólicos sudorosos después de una juerga, en pie a duras penas, extenuados, rezumando por los poros la evidencia de todo por lo que han pasado. Mi asma se vuelve loca. Hay días en los que necesito tres chutes de inhalador tan solo para llegar al trabajo.

Prácticamente lo único bueno que tiene el verano es que ya no es primavera, por lo que al menos no tienes que aguantar el incesante goteo de nieve derretida mezclada con cemento en el cogote.

Tomo un atajo a través del parque tan solo para darles a los pulmones una tregua de tanta pestilencia y miasma, pero la mejora es imperceptible. Aun con el calor matinal acumulándose todavía, los árboles se ven polvorientos y cansados, cabizbajas todas sus hojas, y el césped presenta grandes parches marrones allí donde el verdor empieza a sucumbir al estío, como calvas en el pelaje de un chucho viejo.

Los trogloditas campaban a sus anchas, tendidos en la hierba, revolcándose en el polvo y al sol, disfrutando de otro día de verano sin nada que hacer. El tiempo los atraía al exterior. Me detuve para verlos retozar, peludos y cachondos, sin la menor

preocupación.

Hace tiempo, alguien inició una recogida de firmas para librarse de ellos, o al menos para que los esterilizaran, pero el alcalde salió a la palestra y declaró que también ellos tenían derechos. Después de todo, eran los hijos de alguien, aunque nadie estuviera dispuesto a admitirlo. Llegó a conseguir incluso que la policía se comidiera a la hora de controlarlos, lo que puso como locos a los tabloides. Todos coincidían en que tenía un hijo troglodita, fruto de una relación extramatrimonial, oculto en Connecticut. Pero al cabo de los años, la gente se acostumbró a su presencia. Y todos los tabloides quebraron, así que el alcalde dejó de preocuparse por lo que dijeran acerca de sus deslices.

Ahora, los trogloditas forman parte integral del paisaje, una horda de tipos simiescos con la nariz achatada que se pasean por ahí con sus brillantes ojos amarillos, sus grandes lenguas sonrosadas y demasiado poco pelaje como para sobrevivir en la espesura. Cuando llega el invierno, o bien se congelan a montones o bien emigran hacia pastos más cálidos. Pero todos los veranos aparecen más de ellos.

Cuando Maggie y yo empezamos a intentar tener un bebé, sufría pesadillas pensando que Maggie pudiera dar a luz a un troglodita. Lo abrazaba, sonriente, justo después del parto, sudorosa e hinchada, preguntando: «¿A que es precioso? ¿A que es precioso?», dicho lo cual me entregaba el mamoncete. Pero lo más aterrador no era que se tratase de un troglodita, sino devanarse los sesos pensando en cómo iba a explicarles a todos en el trabajo que nos lo pensábamos quedar. Porque quería a ese bichito con la nariz achatada. Supongo que en eso consiste ser padre, en el fondo.

Aquella pesadilla me dejó trastocado durante un mes entero. Maggie empezó a suministrarme estimulantes a causa de ellas.

Se me acercó un troglodita contoneándose. El bicho —o la bicha, o como se quiera llamar a esas rarezas hermafroditas armadas con tetas y tranca— me puso morritos. Sonreí, sacudí la cabeza y decidí que era varón porque tenía el lomo cubierto de pelo, además de porque lucía una auténtica tranca, en vez de los lapiceros que lucen algunos. El troglodita encajó deportivamente mi negativa. Esbozó una sonrisa y se encogió de hombros. Es lo bueno que tienen: aunque tengan menos cerebro que un hámster, son bastante pacíficos. Y más simpáticos que la mayoría de la gente con la que trabajo, a decir verdad. Mil veces más agradables que algunas de las personas que se encuentra uno en el metro.

El troglodita prosiguió su camino, toqueteándose y gruñendo, y yo continué cruzando el parque. Una vez al otro lado, recorrí un par de manzanas hasta la calle Freedom y bajé por las escaleras que conducían a la subestación de control.

Chee estaba esperándome cuando abrí las puertas de acceso.

—¡Álvarez! Tío, llegas tarde.

Chee es un tipo delgado, canijo y nervioso al que le gusta ponerse tirantes,

con el pelo rojo repeinado hacia atrás para disimular la calva incipiente. Lo envuelve una sempiterna nube de olor acre debido a la fórmula de esteroides que utiliza contra la alopecia, la cual consigue que el cabello le crezca sano durante una temporada, hasta que Chee empieza a rascarse compulsivamente, se le cae todo y debe comenzar desde el principio con los esteroides. Mientras tanto, apesta más que el Hudson. Además, no sé en qué consiste ese gel, pero hace que su cabeza reluzca como una bola de bolos recién pulida. Antes le pedíamos que dejara de echarse ese potingue, pero se volvía rabioso y amenazaba con pegarte un bocado como insistieras demasiado.

—Llegas tarde —repitió. Estaba rascándose la cabeza como un mono epiléptico intentando despiojarse.

—Ya. ¿Y? —Saqué la chaqueta de faena de la taquilla y me la puse. Los fluorescentes arrojaban una luz tenue y parpadeaban sin cesar, pero el climatizador estaba encendido, de modo que la temperatura en el interior era soportable, para variar.

—Se ha estropeado la bomba número seis.

—¿Cómo que se ha estropeado?

Chee se encogió de hombros.

—No lo sé. Se ha parado.

—¿Hace algún ruido? ¿Se ha detenido por completo? ¿Va más despacio? ¿Está inundándose? Venga, dame una pista.

Chee se me quedó mirando fijamente, inexpresivo. Llegó incluso a dejar de rascarse la cabeza por un segundo.

—¿Has probado a consultar los índices de resolución de conflictos? —pregunté.

Chee se encogió de hombros.

—No se me ocurrió.

—¿Cuántas veces te he dicho que eso es lo primero que hay que hacer? ¿Cuánto tiempo lleva fuera de servicio?

—¿Desde medianoche? —Arrugó toda la cara, contemplativo—. No, desde las diez.

—¿Has trasladado los controles de desagüe?

Se pegó un manotazo en la frente.

—Se me olvidó.

Empecé a correr.

—¿El Upper West Side entero lleva desde ANOCHE sin procesar los residuos? ¿Por qué no me llamaste?

Chee trotaba detrás de mí, esquivando mis talones mientras recorríamos apresuradamente el laberinto de la planta en dirección a las salas de control.

—Estabas de permiso.

—¿Y te quedaste así, tan tranquilo?

Es difícil encogerse de hombros mientras se corre a toda velocidad, pero Chee lo consiguió.

—Estos chismes se estropean constantemente. Me imaginé que no sería tan grave. Ya sabes, como cuando lo de aquella bombilla en el túnel número tres, o lo de aquella fuga en los retretes. Y la fuente de agua potable, que volvió a fastidiarse. Uno lo va dejando. Pensé que sería mejor dejarte dormir.

No me molesté en intentar explicarle la diferencia.

—Si vuelve a ocurrir, recuerda, si las bombas, cualquiera de ellas, se apagan, tú me avisas. Da igual dónde esté, no voy a enfadarme. Pero llámame. Como dejemos que se paren las bombas, quién sabe cuántas personas podrían enfermar. Hay algo pernicioso en esas aguas, por eso debemos permanecer siempre atentos, de lo contrario se filtraría a las cloacas, de allí al aire y la gente se pondría mala. ¿Entendido?

Abrí las puertas de la sala de control de un empujón y me detuve en seco.

El suelo estaba cubierto de papel higiénico, rollos enteros, desliados y esparcidos por toda la estancia. Como si alguna momia se hubiera puesto a hacer striptease y la cosa se hubiese salido de madre. Debía de haber como cien rollos desmadejados por todo el suelo.

—¿Qué diablos es esto?

—¿Esto? —Chee miró en rededor, rascándose la cabeza.

—El papel, Chee.

—Ah. Ya. Anoche celebramos una pelea de papel higiénico. No sé por qué, pero el caso es que nos trajeron el triple. En el trastero no cabía todo. Quiero decir, hace dos meses que no tenemos con qué limpiarnos el culo, y de golpe y porrazo nos vemos con un montonazo de...

—¿Os dedicasteis a tiraros rollos de papel higiénico con la bomba número seis estropeada?

Por fin debió de notar algo raro en el tono de mi voz. Hizo una mueca.

—Oye, no me mires así. Lo recogeré. No te preocupes. Jolín. Eres peor que Mercati. Además, no fue culpa mía. Me disponía a recargar los dispensadores cuando aparecieron Suze y Zoo con ganas de bronca. —Se encogió de hombros—. Fue por hacer algo, nada más. Y de todas formas, empezó Suze.

Volví a fulminarlo con la mirada y me abrí paso a puntapiés por la maraña de papel higiénico hasta las consolas de control.

—Eh —dijo Chee a mi espalda—, ¿cómo quieres que los rebobine si no paras de pegarles patadas?

Comencé a pulsar interruptores en la consola, ejecutando diagnósticos. Intenté abrir la base de datos de resolución de conflictos, pero solo obtuve un error de

conexión. Menuda sorpresa. Miré en las estanterías en busca de las copias físicas de los manuales de operación y mantenimiento, pero no aparecían por ninguna parte. Miré a Chee.

—¿Sabes dónde están los manuales?

—¿Los qué?

Señalé los estantes vacíos.

—Ah. Están en el aseo.

Lo miré. Me miró. No tuve valor para seguir indagando. Volví a concentrarme en las consolas.

—Ve a buscarlos, tengo que averiguar qué significan estos indicadores. —Había un panel entero lleno de ellos, parpadeando, todos de la bomba número seis.

Chee salió de la estancia arrastrando los pies y dejando una estela de papel higiénico a su paso. Sobre mi cabeza, oí cómo se abría la puerta de la sala de observación: Suze, que bajaba por las escaleras. Más problemas. Se adentró en la maraña de papel higiénico y se me acercó por detrás hasta quedarse pegada a mi espalda. Noté su aliento en la nuca.

—La bomba lleva casi doce horas inactiva —dijo—. Podría abrirte un expediente. —Me clavó un dedo en la espalda con fuerza—. Podría abrirte un expediente, colega. —Otra vez, con más fuerza. *Bam*.

Pensé en devolverle la caricia, pero no estaba dispuesto a proporcionarle otro motivo para congelarme el sueldo. Además, es más grande que yo. Y tan musculosa como un orangután. Y casi igual de peluda. En vez de eso le dije:

—Habría estado bien que alguien me hubiera llamado.

—¿Te vas a poner respondón conmigo? —Me propinó otro empujón y se inclinó para rodearme el hombro y plantarse delante de mi cara, mirándome con sus ojillos miopes—. Doce horas de inactividad —repitió—. Eso es motivo para un expediente. Lo pone en el manual. Puedo hacerlo.

—No fastidies. ¿Te lo has leído? ¿Tú solita?

—No eres el único que sabe leer, Álvarez. —Giró sobre los talones y regresó a su despacho, subiendo las escaleras hecha una furia.

Chee reapareció cargado con los manuales de mantenimiento.

—No sé cómo te las apañas —resopló mientras me los entregaba—. Estos mamotretos son ininteligibles.

—Tengo un don.

Cogí los volúmenes de plastirén y eché una mirada al despacho de Suze. Estaba allí plantada, vigilándome a través de la ventana de observación, con toda la pinta de estar conteniéndose para no volver a bajar y partirme la crisma. Una cabeza de chorlito a la que le sonrió la suerte cuando se jubiló el anterior jefe.

Como no tiene ni idea de lo que supone su cargo, se dedica principalmente a

lanzarnos miraditas furibundas, a redactar memorandos que nunca se acuerda de enviar y a acosar a su secretaria. El derecho al empleo es estupendo para las personas como yo, pero entiendo por qué a veces uno querría despedir a alguien; la única manera de que Suze dejara su puesto sería si se cayera rodando por las escaleras de la sala de observación y se partiera el cuello.

Arrugó aún más el entrecejo, intentando obligarme a apartar la mirada. Le concedí esa victoria. Me abriría el expediente o no, según le placiera. Pero aunque lo hiciera, cabía la posibilidad de que se distrajese y se le olvidara cursarlo. Fuera como fuese, no podía despedirme. Estábamos condenados a convivir, como un par de gatos encerrados en el mismo saco.

Empecé a pasar las páginas de plástico de los manuales, consultando los índices una y otra vez mientras contrastaba todos los indicadores. Volví a fijarme en la consola. Había un montón de ellos. Tal vez más de los que hubiera visto en mi vida.

Chee se acuclilló junto a mí, observando. Empezó a rascarse la cabeza otra vez. Sospecho que para él es algo reconfortante. Pero te provoca escalofríos hasta que te acostumbras. Evoca imágenes de piojos.

—Qué rápido vas —dijo—. ¿Cómo es que no fuiste a la universidad?

—¿Me tomas el pelo?

—Tío, que no. Eres la persona más lista que conozco. Podrías haber ido a la universidad sin problemas, seguro.

Lo miré de reojo, esforzándome por dilucidar si intentaba cachondearse de mí. Me devolvió la mirada, completamente sincero, como un perro aguardando su recompensa. Volví a concentrarme en el manual.

—Falta de ambición, supongo.

Lo cierto era que nunca había conseguido terminar el instituto. Me fui de P.S. 105 sin mirar atrás. Ni adelante, ya puestos. Recuerdo estar en álgebra para principiantes viendo cómo se movían los labios del profesor, sin entender ni una sola palabra de lo que decía. Hacía los deberes y sacaba ceros pelados en todos ellos, incluso después de repetirlos. Los demás chavales no se quejaban, sin embargo. Se partían de risa cada vez que le pedía que explicara la diferencia entre plantear y resolver una incógnita. No hace falta ser Einstein para saber cuándo estás fuera de tu elemento.

Empecé a inspeccionar los diagramas de resolución de conflictos. Atascos indicados, ninguno. Véase el Diagnóstico mecánico, volumen 3. Agarré el siguiente montón de páginas anilladas y comencé a mirarlas por encima.

—En cualquier caso, te falla el marco de referencia. Tampoco es que aquí nos hayamos juntado ningún puñado de premios Nobel. —Miré de reojo en dirección al despacho de Suze—. Las personas inteligentes no trabajan en vertederos como éste. —Suze volvía a observarme con el ceño fruncido. Le dediqué el saludo universal—. ¿Lo ves?

Chee se encogió de hombros.

—No sé qué decirte. Probé a leer ese manual como veinte veces estando en el váter y sigo sin entender ni papa. De no ser por ti, media ciudad estaría nadando en mierda ahora mismo.

Se encendió otro piloto intermitente en la consola: ámbar, ámbar, rojo... Se quedó en rojo.

—Dentro de un par de minutos estaremos nadando en algo mucho peor. Créeme, compañero, hay muchas cosas peores que la mierda. Mercati me enseñó una lista una vez, antes de jubilarse. Todas las cosas que circulan por aquí para que las bombas las depuren: bifenilos policlorados, bisfenol-A, estrógenos, ftalatos, policlorobifenilos, heptaclor...

—Tengo una pegatina de Superlimpio con todo eso. —Se levantó la camiseta y me enseñó la que se había pegado en la piel, justo debajo de la caja torácica. Un *smiley* amarillo adhesivo, parecido a los que solía regalarme mi abuelo cuando se sentía generoso. En la frente del *smiley* se podía leer: SUPERLIMPIO.

—¿Te las compras?

—Pues claro. Siete por siete pavos. Las pillo todas las semanas. Ahora puedo beber el agua directamente. Podría beberla incluso del Hudson. —Empezó a rascarse la cabeza otra vez.

Me quedé viendo cómo se rascaba durante un segundo, recordando cómo Nora la de los granos había intentado venderle unas cuantas a Maria antes de irse a nadar.

—Bueno, pues me alegra que te den tan buen resultado. —Me giré y empecé a teclear secuencias de reinicio para las bombas—. Ahora, a ver si conseguimos que arranque esta capulla e impedimos que todos los vecinos que no compran pegatinas tengan una pandilla de trogloditas. Prepárate para reiniciar a mi señal.

Chee fue a despejar las líneas de datos y apoyó las manos en las palancas de reinicio.

—No entiendo qué diferencia hay. El otro día estaba cruzando el parque y ¿sabes lo que vi? Una mamá troglodita con cinco bebés trogloditas. ¿Qué más da que la buena gente no tenga trogloditas si los que hay en el parque se dedican a parir camadas enteras?

Miré en dirección a Chee dispuesto a replicar algo, pero tampoco le faltaba razón. Las secuencias de reinicio se completaron y los indicadores de la bomba número seis se pusieron a punto.

—Tres... dos... uno... carga completada —dije—. Vamos. Vamos. Vamos.

Chee empujó las palancas, las consolas se tiñeron de verde y en algún lugar bajo nuestros pies, a gran profundidad, las bombas comenzaron a filtrar residuos de nuevo.

Trepábamos por la epidermis del Centro Kusovic, ascendiendo hacia el cielo, camino

del Wicky. Maggie, Nora, Wu y yo, remontando un tramo de escaleras tras otro, gateando por encima de montones de escombros, apartando a patadas envoltorios de preservativos y esparciendo paquetes de Effy como hojas de otoño.

El palpar de los xilofones sintetizados y los timbales japoneses del Wicky nos incitaba a continuar escalando. Los trogloditas y la gente con ganas de fiesta pero sin medios ni contactos como los míos nos observaban celosos mientras ascendíamos. Nos miraban y cuchicheaban a nuestro paso, conscientes todos ellos de que Max me debía montones de favores, y de que si podía permitirme el lujo de acudir directamente a la cabeza de la fila era porque los aseos funcionaban como un reloj gracias a mí.

El club se encontraba en la cumbre misma del Kusovic, un puñado de antiguas oficinas bursátiles. Max había derribado los cubículos de cristal y las viejas pantallas digitales gigantes que antes marcaban los índices de la Bolsa de Nueva York, consiguiendo así abrir realmente el espacio. Por desgracia, el club ya no resultaba tan acogedor en invierno porque una noche nos dejamos llevar por el entusiasmo y empujamos las ventanas al vacío. Pero aunque la brisa soplara con ganas durante la mitad del año, ver cómo aquellos ventanales se precipitaban al vacío había supuesto un punto de inflexión para el club. Un par de años más tarde, la gente todavía hablaba de ello, y yo aún conservaba el recuerdo de la lentitud con que se habían salido de los marcos antes de caer planeando y dando tumbos. Al chocar contra el suelo, se desperdigaron por las calles como gigantescos cubos de agua.

En cualquier caso, el aliciente de la intemperie funcionaba realmente bien en verano, cuando se sucedían los apagones que no dejaban de cepillarse el aire acondicionado.

Me sirvieron un chupito de Effy en cuanto traspusimos el umbral; el club era un hervidero de carne primigenia, un aquelarre tribal de primates saltarines empapados de sudor vestidos con trajes de negocios medio desgarrados, todos nosotros desquiciados y enfebrecidos, con el rostro tan pálido e hinchado como los peces que se revuelcan en el fondo del océano.

Maggie me sonreía mientras bailábamos, completamente olvidada ya la riña a cuenta del horno. De lo cual me alegraba, porque después de nuestra pelea por culpa de su intento de ensartar un enchufe con el tenedor se pasó una semana entera comportándose como si yo tuviera la culpa de algo, incluso después de haber asegurado que me perdonaba. Pero ahora, inmersos en el danzar palpitante del Wicky, volvía a ser su caballero de radiante armadura, y me alegraba de estar con ella, aunque eso conllevara tener que cargar con Nora.

Durante todo el ascenso por las escaleras, me había esforzado por no fijarme en la piel cuajada de espinillas de Nora ni burlarme de su cara abotargada, pero ella sabía lo que yo estaba pensando porque no dejaba de fulminarme con la mirada cada vez

que le advertía que diera un rodeo allí donde los escalones amenazaban con desmoronarse. Lo cual no quitaba para que fuera una zopenca. Tenía tantas luces como una linterna sin pilas. A mí jamás se me ocurría beber ni bañarme en el agua de los alrededores. Es inevitable cuando uno se pasa el día trabajando con residuos. Se aprenden demasiadas cosas sobre todo lo que entra y sale del sistema. La gente como Nora se cuelga una medallita de Kali-María entre las tetas o se planta una pegatina con el *smiley* de Superlimpio en el culo y se encomienda a la suerte. Yo bebo agua embotellada y solo me ducho con alcachofas con filtro. Y aun así todavía hay ocasiones en las que paso miedo. Pero no ando por ahí rezumando pus.

Los timbales retumbaban tras mis cuencas oculares. En la otra punta del club, Nora estaba bailando con Wu, y ahora que el Effy que me había tomado empezaba a surtir efecto, podía ver sus cualidades positivas: danzaba con garbo y desenfreno... tenía el pelo largo y moreno... sus granos eran tan grandes como pechos.

Tenían un aspecto succulento.

Me coloqué a su lado e intenté disculparme por no haber sabido apreciarla antes, pero entre el ruido y las babas con que estaba regándole la piel, creo que fracasé a la hora de comunicarme eficazmente. Se alejó corriendo antes de que pudiera pedirle perdón y terminé dando botes yo solo en medio de la matriz retumbante del Wicky mientras la multitud fluía y se arremolinaba a mi alrededor y los efectos del Effy se intensificaban en corrientes oceánicas que se propagaban desde mis ojos hasta mi pelvis y vuelta a empezar, transportándome cada vez más y más arriba...

Una chica con medias raídas hasta la rodilla y hábito de monja maullaba en el cuarto de baño cuando Maggie nos encontró, nos separó y me sacó a la pista mientras la gente se apartaba a nuestro paso sin dejar de intentar utilizar los meaderos de acero inoxidable, pero en ese momento Max me agarró por banda y ya no supe si habíamos estado haciéndolo en la barra y a eso se reducía el problema o si todo se limitaba a que había intentado orinar donde no era. Max no paraba de quejarse porque su ginebra tenía burbujas y decía que se iba a montar una BUENA como todos estos flipados del Effy no obtuvieran el licor que querían, tras lo cual me mandó de un empujón debajo de la barra donde había unas mangueras que salían de unos barriles de gin- tonic y era como flotar en la tripa de un calamar con el reflujo de los timbales atronando sobre mi cabeza.

Quería dormir allí abajo, buscar tal vez las braguitas rojas de la monja, solo que Max se empeñaba en visitarme continuamente con más Effy mientras decía que teníamos que encontrar el problema, las burbujas, el problema de las burbujas, tómate esto te despejará la cabeza, averigua de dónde salen las burbujas, cómo se meten en la ginebra. ¡No no no! ¡La tónica la tónica la tónica! La tónica no tiene burbujas. Busca la tónica. Impide que se monte una BUENA, arréglalo antes de que aparezcan las camionetas con el gas incapacitador y nos cierren el negocio y me cago en todo pero

qué haces esnifando ahí abajo.

Nadando bajo la barra... Nadando largo y tendido... los ojos como platos... un pez prehistórico rodeado de gigantescas huevas musgosas entreveradas de sarmientos, enterradas bajo la bruma de la ciénaga, abajo con las bayetas y las cucharas perdidas y el lógamo pegajoso del azucarillo, y estas inmensas huevas plateadas inertes depositadas bajo las raíces, criando musgo y hongos pero nada más, de estas capullas no salía ninguna tónica lechosa, estaban secas, las habían dejado secas demasiados dinosaurios muertos de sed y cómo no ahí estaba el problema. No quedaba tónica. Ni rastro. Ni una sola gota.

¡Más huevas! ¡Más huevas! ¡Necesitamos más huevas! Más huevas grandes plateadas dispensadoras de tónica tienen que llegar retumbando en carretillas y a lomos de camareros con pajarita y chaqueta blanca. Más huevas tienen que encajar las incisiones de las largas mangueras verdes sarmentosas y succionadoras para que nosotros podamos aspirar la tónica de sus yemas y Max pueda seguir preparando gintonics y yo seré un héroe hip hip hurra un héroe una puñetera superestrella porque sé un montón de huevas plateadas y cómo insertar las mangueras adecuadas y no es ese el motivo de que Maggie ande siempre cabreada conmigo porque mi manguera nunca está lista para insertarse en sus huevas, o a lo mejor es que no tiene huevas en las que insertar nada y no me fastidies pero ni locos vamos a ir al médico para que nos diga que ni tiene huevas ni piezas de repuesto, de esas no va a aparecer ninguna en carretilla y no es por eso mismo que ahora está ahí en medio de la multitud con su corsé negro retozando con un tipo que le lame los pies mientras me hace un corte de mangas.

Y no es por eso que se va a montar una BUENA ahora mismo en cuanto le parta la cabeza a ese troglodita con este pedazo de mostrador que voy a conseguir que me preste Max... solo que estoy a demasiada profundidad como para pegarme con ningún lamebotas. Y en el suelo no dejan de acumularse humeantes montoncitos de Effy que todos nos dedicamos a chupetear porque soy un puñetero héroe un héroe un héroe, el arreglador que todo lo arregla, y todo el mundo me hace reverencias y choca esos cinco y me pasa más Effy porque se va a montar una BUENA y nadie va a incapacitarnos con ningún gas ni bajaremos por las escaleras vomitando y arrastrándonos hasta la calle.

Entonces Max me devuelve a la pista de baile de un empujón con más chupitos de Effy para Maggie, una vieja bandeja repleta de absolución, y qué fácil es perdonar cuando todos caminamos por el techo del rascacielos más alto y antiguo del firmamento.

Timbales azules y monjas oculares. Granos y citas para cenar. Escaleras abajo, hasta la calle.

Para cuando salimos dando tumbos del Wicky por fin comenzaba a desenredarme del abrazo del Effy, pero Maggie seguía volando, manoseándome de arriba abajo, tocándome, contándome todo lo que pensaba hacerme en cuanto llegáramos a casa. Nora y Wu en principio tendrían que estar con nosotros, pero de alguna manera habíamos conseguido separarnos. A Maggie no le interesaba esperar, de modo que nos dirigimos al centro, zigzagueando entre las antiguas torres de la ciudad, esquivando los anuncios odoríferos de Diabolo y Possession de las aceras, soslayando puestos de pescadito mutante frito con brochetas de calamares de after-hours.

La noche había refrescado por fin, nos encontrábamos en ese punto glorioso que media entre el final del bochorno de la medianoche y el comienzo del amanecer asfixiante. La humedad nos cubría con su manto, tan seductor después del club. Sin lluvia ni heladas, apenas si debía preocuparme por los goterones de cemento.

Maggie me acariciaba el brazo sin cesar mientras caminábamos, arrimándose ocasionalmente para darme un beso en la mejilla o mordisquearme el lóbulo de la oreja.

—Max dice que eres asombroso. Has salvado el día.

Me encogí de hombros.

—No ha sido nada.

Todo lo ocurrido bajo la barra era un recuerdo nebuloso, emborronado por la cantidad de Effy que me había metido. Todavía me cosquilleaba la piel a causa del exceso. Lo que sentía más que nada era una calidez luminiscente en la entrepierna y el tembleque de las calles oscuras que no terminaban de definirse, con sus largas hileras de velas en las ventanas de las torres, pero la mano de Maggie resultaba agradable, ella estaba muy guapa, y yo tenía mis propios planes para cuando regresáramos al apartamento, así que sabía que iba a bajar poco a poco y con suavidad, como si cayera en un cálido colchón de plumas lleno de lenguas y helio.

—Cualquiera podría haber deducido que los barriles de tónica se habían quedado vacíos, si no hubiéramos estado todos tan dichosamente colocados. —Me detuve ante una fila de máquinas expendedoras. Tres de ellas estaban agotadas y otra forzada de par en par, pero en la última todavía quedaban un par de bebidas. Metí el dinero y elegí una botella de Blue Vitality para ella, y un Sweatshine para mí. Me llevé una agradable sorpresa cuando la máquina escupió las botellas.

—¡Uau! —El semblante de Maggie se iluminó.

Sonreí y saqué su botella.

—Parece que es nuestra noche de suerte: primero lo del bar, y ahora esto.

—La suerte no tuvo nada que ver con lo del bar. A mí nunca se me habría ocurrido. —Se bebió el Blue Vitality de dos largos tragos y soltó una risita—. Y lo hiciste cuando tenías los ojos como un pez. Te pusiste a hacer el pino encima del mostrador.

No me acordaba de eso. Recordaba algo acerca del azucarillo y un sujetador de encaje rojo, pero nada de haber hecho el pino.

—No me explico cómo consigue llevar Max el negocio si ni siquiera es capaz de acordarse de llamar a los proveedores.

Maggie se restregó contra mí.

—El Wicky está mucho mejor que la mayoría de los clubs. Además, para eso te tiene a ti. Un héroe de carne y hueso. —Se rió otra vez—. Me alegra que no tuviéramos que escabullirnos de otro alboroto. Lo detesto.

En un callejón había unos trogloditas haciéndolo. Cuerpos arracimados, hermafroditas, encaramándose unos sobre otros y sacudiéndose, boquiabiertos, sonrientes y jadeantes. Los miré de reojo y seguí mi camino, pero Maggie me agarró del brazo y tiró de mí hacia atrás.

Los trogloditas estaban poniéndole auténtico empeño, tres de ellos amontonados, relucientes sus pieles cubiertas por una pátina de saliva y sudor. Nos devolvieron la mirada con sus ojos amarillos y ni pizca de vergüenza. Se limitaron a sonreír y enfrascarse en una pesada cadencia de gruñidos.

—Es increíble lo mucho que lo hacen —susurró Maggie. Se aferró a mi brazo, apretándose contra mí—. Son como perros.

—Y más o menos igual de listos.

Cambiaron de postura, con uno de ellos agazapándose como si las palabras de Maggie le hubieran inspirado una idea. Los demás se agolparon encima de él... o de ella. La mano de Maggie se deslizó hasta la bragueta de mi pantalón, me bajó la cremallera y tanteó dentro.

—Son tan... Ay, Dios. —Me atrajo hacia ella y empezó a pelearse con mi cinturón, haciéndolo prácticamente pedazos.

—¿Qué diablos? —Intenté apartarla de un empujón, pero se abalanzó sobre mí, sus manos escarbaban dentro de mis pantalones, magreándome, poniéndomela dura. El Effy continuaba surtiendo efecto, eso seguro.

—Vamos a hacerlo nosotros también. Aquí mismo. Te deseo.

—¿Te has vuelto loca?

—A ellos les da igual. Venga. A lo mejor esta vez cuaja. Préñame. —Mientras me acariciaba sus ojos se abrieron mucho ante lo inesperado de mi tamaño—. Nunca te habías puesto así antes. —Siguió acariciándome—. Ay, Dios. Por favor. —Se aplastó contra mí, con la mirada fija en los trogloditas—. Así. Igual que ellos. —Se quitó la blusa de seda resplandeciente, exponiendo su corsé negro y la palidez de sus pechos.

Su piel y sus curvas me dejaron hipnotizado. Aquel cuerpo tan hermoso con el que llevaba provocándome toda la noche. De pronto dejaron de importarme los trogloditas y las pocas personas que pudiera haber en la calle. Los dos forcejeamos con mi cinturón. Los pantalones se me cayeron a los tobillos. Nos estrellamos contra

la pared del callejón, presionando contra el cemento añejo y mirándonos a los ojos, hasta que me atrajo hacia sí y sentí sus labios en mi oreja, mordiéndome, jadeando y susurrando mientras nos restregábamos el uno contra el otro.

Los trogloditas continuaron sonriendo y vigilándonos con sus grandes ojos amarillos mientras todos compartíamos el callejón, observándonos mutuamente.

Chee volvió a llamar a las cinco de la madrugada; su voz resonó directamente dentro de mi cabeza a través del auricular. La emoción y el Effy habían conspirado para que se me olvidara apagarlo. La bomba número seis había vuelto a estropearse.

—Dijiste que te avisara —gimoteó.

Resoplé y me arrastré fuera de la cama.

—Vale. Vale. Tienes razón. No te preocupes. Has hecho bien. Enseguida estoy ahí.

Maggie rodó de costado.

—¿Adónde vas?

Me puse los pantalones y le di un beso rápido.

—A salvar el mundo.

—Te hacen trabajar demasiado. Creo que no deberías ir.

—¿Y dejar que Chee se las apañe solo? No me fastidies. Estaríamos hasta el cuello de légamo para la hora de cenar.

—Mi héroe. —Esbozó una sonrisa adormilada—. A ver si me puedes encontrar unos donuts a la vuelta. Me siento embarazada.

Parecía tan contenta, cálida y acogedora que a punto estuve de encaramarme otra vez en la cama con ella, pero resistí el impulso y me limité a darle otro beso.

—Cuenta con ello.

En el exterior, la luz comenzaba a insinuarse en el firmamento, un lento amarillear de la niebla industrial. Lo temprano de la hora propiciaba que en las calles reinara un silencio casi absoluto. Costaba no sentirse resentido por estar despierto con esta resaca tan intempestiva, pero seguía siendo preferible a tener que vérselas con el parón del procesamiento de residuos sin que Chee me avisara. Me dirigí al centro y le compré una rosquilla a un tipo de facciones afeminadas que no sabía cómo darme el cambio.

La rosquilla venía envuelta en una especie de película plástica que se disolvió cuando me la metí en la boca. No estaba mal, pero me fastidiaba que el tipo de la tienda se hubiera hecho un lío con el cambio y me hubiese obligado a rebuscar en su monedero y contar yo mismo la vuelta.

Es como si me pasara la vida sacándole las castañas del fuego a la gente. Hasta a los estúpidos vendedores de rosquillas. Maggie dice que soy igual de impulsivo que Chee. Ella se habría limitado a quedarse allí plantada, esperando a que el tipo

terminara aclarándose, aunque le llevara el día entero. Pero a mí me cuesta horrores ver cómo un cabeza de troglodita riega la acera de dólares. A veces lo más práctico es mover el culo y hacer las cosas uno mismo.

Chee estaba esperándome cuando llegué, prácticamente rebotando contra el techo. Las bombas desactivadas ya ascendían a cinco.

—Empezó con una sola cuando te llamé, pero ahora son cinco. No dejan de pararse.

Me dirigí a la sala de control. La base de datos de resolución de conflictos todavía estaba caída, de modo que volví a recurrir a los manuales físicos. Era muy raro que las bombas se empeñaran en desconectarse de esa manera. La sala de control, por lo general llena de vida con el runrún de las máquinas, estaba muy silenciosa con la mitad de ellas apagadas. Por toda la ciudad, las líneas de alcantarillado se congestionaban ante nuestra incapacidad para reconducir los residuos a las instalaciones de procesamiento y verter las aguas tratadas en el río.

Pensé en Nora y en los sarpullidos que le habían salido después de bañarse en ese cenagal. Era para ponerse nervioso. Parece que el agua está limpia, pero te irrita la piel. Y estamos en la desembocadura del río. No se trata únicamente de nuestra mierda, sino de la de toda la gente que vive corriente arriba. Nuestras plantas de tratamiento bombean el agua del subsuelo o la canalizan y procesan a partir de los lagos del interior del estado. Al menos en teoría. Lo cierto es que yo no me lo trago; he visto la cantidad de agua que movemos aquí y es imposible que toda ella provenga de los lagos. En realidad tenemos unos veinte millones de personas chupando agua que ni sabemos de dónde viene ni qué es lo que contiene. Lo dicho, yo bebo agua embotellada aunque tenga que ir a comprarla a la otra punta de la ciudad. O soda. O... o incluso tónica, si hace falta.

Cerré los ojos en un intento por ensamblar todas las piezas de la noche anterior. Todos aquellos barriles de tónica vacíos debajo del mostrador. Travis Álvarez salva el mundo mientras va a la Luna y vuelve montado en un cohete de Effy, y dos rondas de sexo para rematar la faena.

Que no se diga.

Chee y yo reactivamos las PressureDynes una por una. Conseguimos encenderlas todas menos la bomba número seis. Era tozuda. La recargamos. Arrancamos. Recargamos. Nada.

Suze bajó para hacernos de carabina, arrastrando detrás de ella a Zoo, su secretaria. Suze estaba completamente enajenada. Llevaba media blusa por fuera, y sus ojos de pez agrandados por el Effy se veían tan rojos como los pilotos de la consola. Pero esos ojos de pez se entornaron al reparar en todas las luces intermitentes.

—¿Cómo es que se han apagado todas estas bombas? Tu trabajo consiste en mantenerlas en funcionamiento.

Me limité a quedarme mirándola fijamente. Flipada a las seis de la mañana, retozando con su secretaria mientras intentaba dárselas de cómitre con el resto de nosotros. Eso se llama tener dotes de mando. De repente se me ocurrió que tal vez me vendría bien cambiar de empleo. O empezar a lamer grandes pilas de Effy antes de acudir al trabajo. Lo que fuera con tal de volver más llevadera la presencia de Suze.

—Si quieres que lo arregle, tendrás que esfumarte para que me pueda concentrar.

Suze me miró como si estuviera chupando un limón.

—Más te vale arreglarlo. —Me clavó un dedo rechoncho en el pecho—. De lo contrario, nombraré superior tuyo a Chee. —Miró a Zoo de soslayo—. Ahora te toca a ti el diván. En marcha. —Dicho lo cual, se fueron a paso ligero.

Chee se quedó viendo cómo se alejaban. Empezó a rascarse la cabeza.

—Nunca dan un palo al agua —dijo.

Otro piloto se tiñó de ámbar en la consola. Hojeé el manual en busca del posible motivo.

—¿Y quién lo da? ¿En un curro como éste, donde no despiden a nadie?

—Ya, pero debería haber alguna forma de librarse de ella, por lo menos. El otro día se trajo todos los muebles de casa al despacho. Ya nunca sale de ahí. Dice que le gusta el aire acondicionado.

—No te quejes. Tú eres el que andabas cubriéndolo todo con papel higiénico ayer. Puso cara de perplejidad.

—¿Y qué?

—Da igual. No te preocupes por Suze. Estamos en la base de la pirámide, Chee. Ve acostumbrándote. Probemos a reiniciar de nuevo.

No dio resultado.

Volví a consultar el manual. Lo más probable era que hubiese cien mil retretes inundados de lógamo a estas alturas. Qué raro que se bloqueasen todas las bombas de ese modo: una, dos, tres, cuatro. Cerré los ojos, contemplativo. Había algo relacionado con mi juerga de Effy que no dejaba de remorderme la conciencia. Flashbacks de Effy, sin lugar a dudas. Pero no paraban de producirse: grandes huevas primitivas, grandes huevas primitivas y plateadas, todas ellas secas por culpa de los dinosaurios ovívoros. Uau. Menuda juerga más rara. Monjas y huevas de acero inoxidable. Los urinarios y Maggie... pestañeé. Todo encajó en su lugar. Las piezas del rompecabezas se ensamblaron. Convergencia cósmica por medio del Effy: huevas plateadas vacías. Max olvidándose de reponer el almacén.

Miré a Chee, a los manuales, de nuevo a Chee.

—¿Cuánto hace que operamos con estas bombas?

—¿A qué te refieres?

—¿Cuándo las instalaron?

Chee fijó la vista en el techo mientras se rascaba la cabeza, pensativo.

—Que me aspen si lo sé. Antes de que yo me incorporara, eso seguro.

—Lo mismo digo. Llevo aquí nueve años. ¿Tenemos algún ordenador que nos lo sepa decir? ¿Algún recibo? ¿Algo? —Consulté la primera página del libreto que tenía en las manos—. PressureDyne: motor de bombeo multiplataforma de alto rendimiento, con autodepuración. Modelo 13-44474-888. —Fruñí el ceño—. Este manual se imprimió en 2020.

Chee soltó un silbidito y se agachó para acariciar las hojas plastificadas.

—Eso es viejo de narices.

—Hecha para durar, ¿eh? Así se hacían antes las cosas.

—¿Más de cien años? —Se encogió de hombros—. Una vez tuve un coche por el estilo. Lo más recio que había. El motor apenas si tenía nada de óxido. Y conservaba los dos faros. Pero era una puñetera antigualla. —Se quitó algo del cuero cabelludo y lo examinó durante un segundo antes de tirarlo al suelo—. Ya nadie tira de coche. No sé ni cuándo fue la última vez que vi un taxi circulando por ahí.

Lo observé, intentando decidir si me apetecía iniciar una conversación acerca de tirar pizcos de la cabeza al suelo, pero decidí dejarlo correr. Hojeé el manual un poco más hasta encontrar la parte que me interesaba: «Módulos de informe individuales: acceso remoto, características de conectividad y recolección de datos».

Siguiendo las instrucciones del manual, abrí un nuevo conjunto de ventanas de diagnóstico que sorteaban los informes generalizados de las PressureDynes para los responsables de las estaciones de bombeo y conectaban directamente con el log de datos desnudo de las bombas. Lo que obtuve fue: «No se ha encontrado la fuente de datos principal».

Menuda sorpresa.

El resto del mensaje de error me aconsejaba que comprobara los conectores de extensión de módulos de informes remotos, fueran lo que fuesen. Cerré el manual y me lo guardé bajo el brazo.

—En marcha. Me parece que ya sé lo que pasa. —Conduje a Chee fuera de la sala de control y bajamos a las entrañas del sistema de túneles de la planta. El ascensor estaba averiado, así que tuvimos que usar las escaleras de acceso.

La oscuridad se intensificaba conforme descendíamos. Todo estaba cubierto de polvo y arenilla. Las ratas se escabullían a nuestro paso. Los esporádicos diodos LED mantenían el hueco de la escalera visible, pero a duras penas. Lo único que se entreveía a la luz ambarina era polvo, sombras y ratas huidizas. Al final, incluso los LED desaparecieron. Chee encontró una linterna de emergencia en una cavidad en la pared, revestida de pelusa gris pero cargada todavía. Mi asma amenazaba con dispararse, oprimiéndome el pecho a causa de toda la porquería que flotaba en el aire.

Aspiré una bocanada del inhalador y seguimos bajando. Por fin, llegamos al fondo.

La luz de la linterna de Chee ondulaba y desaparecía en la oscuridad cavernosa. El metal de las PressureDynes relucía tenuemente. Chee estornudó. El movimiento imprimió un balanceo a la linterna. Las sombras se volvieron locas hasta que usó la otra mano para detenerla.

—Aquí abajo no se ve una mierda —masculló.

—Silencio. Estoy pensando.

—Nunca había venido hasta aquí.

—Yo bajé una vez. Cuando me incorporé. Cuando aún vivía Mercati.

—No me extraña que te comportes como él. ¿Te entrenó?

—Claro. —Miré en rededor en busca de las luces de emergencia.

Mercati me había enseñado los interruptores cuando me trajo aquí abajo, hacía casi una década, para hablarme de las bombas. Por aquel entonces ya estaba mayor, pero aún le regía la cabeza, y el tipo me caía bien. Tenía la costumbre de fijarse en las cosas. Se concentraba. No como la mayoría de las personas, que apenas si son capaces de decirte hola antes de ponerse a mirar el reloj, o planear la próxima fiesta, o quejarse de sus erupciones cutáneas.

Solía decirme que mis profesores no tenían ni puta idea de álgebra y que debería haberme quedado en la escuela. Pese a saber que solo estaba comparándome con Suze, me parecía que era un detalle muy considerado por su parte.

Nadie conocía los sistemas de las bombas tan bien como él, de modo que incluso después de que enfermara y yo heredara su puesto, seguía visitándolo a hurtadillas en el hospital para hacerle preguntas. Fue mi arma secreta hasta que el cáncer le reventó las tripas por fin.

Encontré el sistema de iluminación de emergencia y pulsé los interruptores. Las luces fluorescentes parpadearon y cobraron vida con un zumbido. No se encendieron todas las lámparas, pero eran suficientes.

Chee contuvo la respiración.

—Son enormes.

Un templo de ingeniería. Sobre nuestras cabezas, las tuberías se arqueaban en la penumbra cavernosa, resplandecientes a la exigua luz de los fluorescentes, una red interconectada de sombras y hierro que convergía en complejas rosetas alrededor de la mole escalonada de las bombas.

Señoreaban sobre nosotros reluciendo apagadamente con sus tres pisos de altura, dinosaurios de acero. Las recubría un manto de polvo. Las manchas de herrumbre salpicaban sus superficies en enrevesadas superposiciones que les conferían el aspecto de estar envueltas en alfombras orientales. Unas tuercas pentagonales tan grandes como mi mano tachonaban su blindaje y suturaban las inmensas tuberías segmentadas que cruzaban la oscuridad y se adentraban en los negros túneles que

irradiaban en todas direcciones, en pos de todos los vecindarios de la ciudad. Gemas de humedad rutilaban y se desprendían de las arcaicas articulaciones. Las bombas retumbaban sin cesar. Perfectamente diseñadas. Olvidadas por todos los habitantes de la urbe que se extendía sobre ellas. Bestias que laboraban sin rechistar, leales pese a la incuria.

Salvo por una de ellas, que ahora había enmudecido.

Reprimí el impulso de arrodillarme e implorar perdón por haberlas abandonado, por haber traicionado a estas máquinas leales que llevaban más de un siglo en activo.

Me acerqué al panel de control de la bomba número seis y acaricié el vasto vientre del dinosaurio allí donde se cernía sobre mí. El panel de control estaba cubierto de polvo, pero refulgió cuando le pasé la mano por encima. Las señales en ámbar y los caracteres verde lima que brillaban autoritativamente me indicaban qué andaba mal, me informaban y me avisaban, sin quejarse en ningún momento por no haber estado escuchando.

Los datos en bruto habían dejado de llegar a la sala de control en algún momento, y en lugar de eso aguardaban en la oscuridad a que alguien bajara y se fijara en ellos. Los mismos datos en bruto que contenían las respuestas a todas mis preguntas. En lo alto de la lista: Modelo 13-44474-888, requiere mantenimiento programado. 946.080.000 ciclos completados.

Repasé el diagnóstico de la bomba:

Junta tórica de la válvula Parte# 12-33939, sustitución programada.

Pistón Partes# 232-2, 222-5, 222-6, 222-4-1, sustitución programada.

Reserva de presas de desplazamiento, Parte# 37-37-375-77, defectuosa, sustitúyase.

Cojinete disparador de liberación de emergencia, Parte# 810-9, defectuoso, sustitúyase.

Juego de válvulas, Parte# 437834-13, defectuoso, sustitúyase.

Regulador motriz principal, Parte# 39-23-9834959-5, defectuoso, sustitúyase.

Prioridades de mantenimiento:

Sensores de compresión, Parte# 49-4, Parte# 7777-302, Parte# 403-74698

Tren principal, Parte# 010303-0

Válvula de la correa de la camilla, Parte# 9-0-2...

La lista continuaba. Entré en el historial de mantenimiento. La lista se expandió, abarcando todo el ejercicio de Mercati y más todavía, docenas de alarmas de mantenimiento y solicitudes de reparaciones programadas, todas ellas parpadeando aquí en la oscuridad, e ignoradas. Veinticinco años de desatención.

—¡Hey! —exclamó Chee—. ¡Fíjate en esto! ¡Alguien se ha dejado unas revistas aquí abajo!

Lo miré de reojo. Había encontrado una pila de basura que alguien había barrido

debajo de una de las bombas. Se había puesto a cuatro patas para escarbar allí abajo, desenterrando, entre otras cosas, unas revistas que más parecían antiguos envoltorios de comida. Empecé a decirle que dejara de enredar con eso, pero lo dejé correr. Por lo menos no estaba rompiendo nada. Me froté los ojos y volví a concentrarme en el diagnóstico de la bomba.

Había más de una docena de errores expuestos que pertenecían a los seis años que yo llevaba en el cargo, a pesar de lo cual las PressureDynes se habían limitado a seguir adelante, bregando mientras se caían a cachos, y ahora, de golpe y porrazo, esta había decidido tirar la toalla por completo, reventadas todas sus costuras, porfiando lealmente hasta no poder más, abrumada al fin por el cúmulo de tareas pendientes. Fui a comprobar los informes de las otras nueve bombas.

Hasta el último de ellos era una colección de muestras de dejadez: volcados de advertencias, informes de datos repletos de errores corregidos, alarmas.

Regresé junto a la bomba número seis y repasé otra vez sus historiales. Los constructores de las máquinas las habían hecho para durar, pero basta con que se acumulen las puñaladas suficientes para acabar hasta con el dinosaurio más enorme y antiguo, y este estaba muerto y bien muerto.

—Habrá que llamar a los de PressureDyne —dije—. Este chisme necesita más ayuda de la que nosotros le podemos proporcionar.

Chee levantó la mirada de una de las revistas que había encontrado, con un flamante coche amarillo en la portada.

—¿Todavía existen?

—Más les vale. —Agarré el manual y busqué el número de atención al cliente.

El formato ni siquiera era como el de nuestros números. No contenía ni una puñetera letra del alfabeto.

Los de PressureDyne no solo ya no existían, sino que habían quebrado hacía más de cuarenta años, víctimas de la excesiva perfección en el diseño de sus productos. Habían aniquilado su propio mercado. La única luz al final del túnel era el hecho de que su tecnología se había vuelto de dominio público y la red funcionaba, para variar, de modo que pude descargar los planos de las PressureDynes. La información se contaba por toneladas, solo que no conocía a nadie capaz de descifrarla. Y yo menos que nadie.

Me recliné en la silla del despacho, contemplando fijamente toda aquella información que no me servía de nada. Era como observar unos jeroglíficos egipcios. Había algo en medio de todo ello, pero no se me ocurría ni siquiera por dónde empezar a buscar. Había desviado el caudal de la bomba número seis a las otras bombas, y estas parecían estar soportando el exceso de carga, pero me ponía nervioso pensar en todos aquellos avisos de alerta parpadeando allí abajo, en la oscuridad:

Sello extensor de mercurio, Parte# 5974-30, defectuoso, sustitúyase... o lo que narices significara aquello. Descargué todo lo relacionado con las PressureDyne en el pinganillo de mi teléfono, sin saber muy bien a quién pensaba enseñárselo, pero condenadamente seguro de que aquí no había nadie capaz de ayudarme.

—¿Qué vas a hacer con eso?

Di un respingo y miré a mi alrededor. Suze se me había acercado a hurtadillas.

Me encogí de hombros.

—Ni idea. Mirar a ver si encuentro a alguien que me pueda ayudar, supongo.

—Eso es propiedad de la empresa. No puedes sacar esos esquemas de aquí. Bórralo todo.

—Te has vuelto loca. Esto es de dominio público. —Me levanté y volví a colocarme el auricular en la oreja. Intentó arrebatármelo, pero la esquivé y me abalancé sobre las puertas.

Me persiguió, hecha una furiosa montaña de músculos.

—¿Podría despedirte por esto y lo sabes!

—No si antes presento mi dimisión. —Tiré de la puerta de la sala de control y salí pitando de allí.

—¡Hey! ¡Vuelve aquí! ¡Soy tu jefa! —Su voz me siguió por los pasillos, cada vez más débil—. Aquí mando yo, maldita sea. ¡Puedo despedirte! ¡Está en el manual! ¡Lo he encontrado! ¡No eres el único que sabe leer! ¡Lo he encontrado! ¡Puedo despedirte! ¡Lo haré! —Como una niña pequeña teniendo un berrinche. Seguía desgañitándose cuando las puertas de la sala de control se cerraron por fin, silenciándola.

Una vez fuera, al sol, terminé deambulando por el parque, observando a los trogloditas y preguntándome qué había hecho para cabrear a Dios y que este me asignara a una chiflada como Suze. Pensé en llamar a Maggie para que saliera a buscarme, pero no me apetecía hablarle del trabajo; la mitad de las veces, cuando intentaba explicarle algún problema, se le ocurrían las peores maneras de arreglarlo, o no opinaba que las cosas de las que le hablaba fueran para tanto. Si la llamaba en mitad de la jornada seguro que se preguntaba por qué había salido tan pronto, y qué estaba pasando, y se enfadaría cuando no aceptara sus consejos sobre cómo lidiar con Suze.

No dejaba de cruzarme con trogloditas que estaban dale que te pego, sonriendo. Me hacían señas para que me acercara a jugar con ellos. Me limité a devolverles el saludo. Uno de ellos debía de ser hembra, porque estaba visiblemente preñada, retozando con un par de amigos, y volví a alegrarme de que Maggie no estuviera conmigo. Bastante obsesión tenía ya con los embarazos sin necesidad de ver cómo se apareaban los trogloditas.

No me hubiera importado echar a Suze a los trogloditas, sin embargo. Tenía las mismas luces que ellos. Jesús, estaba rodeado de memos. Necesitaba otro empleo. Algún lugar que atrajera a mejores talentos que el tratamiento de aguas residuales. Me pregunté cuán en serio hablaría Suze cuando amenazó con despedirme. Si realmente en los manuales habría algo sobre los métodos de empleo y cese laboral que a todos se nos había pasado por alto. Después me pregunté cuán en serio hablaba yo cuando dije lo de presentar mi dimisión. Odiaba a Suze, eso seguro. Pero ¿cómo se conseguía un trabajo mejor cuando no habías terminado el instituto, por no hablar de la universidad?

Me detuve en seco. Se me encendió la bombilla de pronto: la universidad. Columbia. Allí podrían ayudarme. Allí habría algún cerebritito capaz de descifrar toda la información de PressureDyne. Un departamento de ingeniería, o algo. Incluso dependían de la bomba número seis. Todos los argumentos estaban a mi favor.

Me dirigí al centro en el metro, con una jauría de trabajadores cabreados que no dejaban de observarse, ceñudos, y de comportarse como si estuvieras usurpando su territorio como se te ocurriera sentarte a su lado. Terminé colgado de una correa, observando a dos vejestorios que no paraban de fulminarse con la mirada de una punta del vagón a otra, hasta que la máquina se estropeó en la Ochenta y seis y todos tuvimos que conformarnos con continuar a pie.

Por todas partes se veían grupos de trogloditas que holgazaneaban en las aceras. Unos cuantos de los más listos pedían limosna, pero la mayoría se limitaban a fornicar. De no ser porque empezaban a asaltarme los celos, me habría cabreado el tener que abrirme paso a empujones entre tanta orgía. No dejaba de preguntarme qué demonios hacía yo aquí fuera, padeciendo el calor asfixiante del verano y la niebla industrial, pegándole chupadas al inhalador, mientras Suze, Chee y Zoo se dedicaban a disfrutar del aire acondicionado sin pegar ni un palo al agua.

¿Qué me pasaba? ¿Por qué era yo el que siempre intentaba arreglar las cosas? Mercati había sido igual, siempre echándose tareas a la espalda, trabajando sin parar hasta que el cáncer lo devoró de dentro afuera. Al final estaba tan ocupado que creo que incluso debió de alegrarse, lo que fuera con tal de tomarse un respiro.

Maggie siempre decía que me explotaban, y mientras arrastraba el culo por Broadway, comencé a pensar que tenía razón. Por otra parte, si lo dejaba todo en manos de Chee y Suze, estaría nadando río Broadway arriba inmerso en un torrente de heces y residuos químicos en vez de caminar sencillamente por la calle. Maggie habría dicho que eso era problema de otro, pero solo pensaba así porque cuando tiraba de la cadena, esta aún funcionaba. Al final del día, parecía que algunas personas se veían obligadas a pelear con la mierda, mientras otras se las componían para andar siempre de fiesta.

Media hora más tarde, cubierto de sudor y mugre, aferrado a la botella medio

vacía de Sweatshine rehidratante que le había robado a un troglodita despistado, traspuse las puertas de Columbia y entré en el patio principal, donde de inmediato empezaron mis problemas.

Aunque seguía los carteles que apuntaban al edificio de ingeniería, estos no dejaban de hacerme dar vueltas. Hubiera pedido indicaciones —no soy uno de esos a los que se les atraganta—, pero resulta puñeteramente embarazoso ser incapaz de seguir una simple fila de carteles, de modo que lo aplacé.

Además, ¿a quién iba a preguntar? El patio estaba repleto de críos, todos ellos despatarrados, prácticamente desnudos y con toda la pinta de estar sentando las bases de su propia colonia de trogloditas, pero no me apetecía entablar conversación con ellos. No soy ningún mojigato, pero en alguna parte hay que trazar el límite.

Acabé deambulando sin rumbo, perdido, yendo de un edificio a otro, tropezándome con un amasijo de enormes y antiguas estructuras de estilo romano y Ben Franklin: profusión de columnas, ladrillos y céspedes parcheados —todo tenía el aspecto de ir a desencadenar una lluvia de gotas de cemento de un momento a otro—, intentando determinar por qué era incapaz de interpretar correctamente los letreros.

Lo que me fastidia de los académicos es que siempre se comportan como si fueran más listos que uno. Los niños de papá, diletantes salidos de la escuela privada, son los peores. Empecé a pedir indicaciones a los de aspecto más brillante, intentando que me pusieran sobre la pista del departamento de ingeniería, o el edificio de ingeniería, o lo que diablos fuera, y todos se limitaban a mirarme de arriba abajo mientras balbucían como simios, cuando no se reían colocados de Effy y seguían su camino. Un par de ellos me dieron un abrazo y un «ni idea», pero eso fue lo máximo que obtuve.

Renuncié a conseguir indicaciones y me limité a deambular sin rumbo. No sé durante cuánto tiempo estuve dando vueltas. Encontré un edificio enorme frente a uno de los patios, una mole cuadrada con más columnas que el Partenón. Había unos cuantos chiquillos tumbados en los escalones, tomando el sol, pero era una de las zonas más tranquilas del campus que me había echado a la cara.

El primer juego de puertas que probé estaba trabado con cadenas, igual que el segundo, pero a la tercera di con una cadena que se había quedado sin cerrar, dos vueltas de eslabones con un viejo candado que colgaba abierto al extremo. Los chavales de la escalinata no me hacían el menor caso, así que tiré de las puertas para abrirlas de par en par.

Dentro, todo era polvo y silencio. Del techo colgaban grandes candelabros antiguos cuya chisporroteante luz anaranjada se filtraba por la mugre incrustada en las ventanas. La iluminación daba la impresión de pertenecer a un día que tocaba a su fin, con el sol comenzando a ponerse, a pesar de que tan solo era un poco después del mediodía. Un pesado manto de polvo lo cubría todo: los suelos, las mesas de lectura,

las sillas y los ordenadores, todo lucía una gruesa pátina gris.

—¿Hola?

No obtuve respuesta. Los ecos de mi voz se desvanecieron como si el edificio hubiera devorado el sonido. Empecé a caminar sin rumbo fijo, eligiendo puertas al azar: salas de lectura, salas de estudio, más ordenadores muertos, pero sobre todo libros. Pasillos y más pasillos llenos de estanterías repletas de ellos. Una sala tras otra abarrotada de libros, todos ellos cubiertos por gruesas capas de polvo.

Una biblioteca. Una puñetera biblioteca enterita en medio de la universidad, y ni una sola alma a la vista. Había huellas en el suelo y un surtido de paquetes de Effy, envoltorios de preservativos y botellas de licor allí por donde la gente había pasado en algún momento, pero incluso la basura exhibía su propia película de polvo.

En algunas estancias, todos los libros habían sido arrancados de las estanterías como si hubiera pasado un tornado por allí. En una, alguien los había usado para encender una hoguera. Yacían en un montón enorme, completamente calcinados, una pila de cenizas, páginas y lomos, un amasijo de fósiles negros que se desmenuzaron cuando me acuclillé y los toqué. Me apresuré a incorporarme, limpiándome las manos en los pantalones. Era como acariciar los huesos de alguien.

Seguí deambulando, pasando los dedos por las estanterías y viendo cómo el polvo se desprendía en cascadas en miniatura de lluvia de cemento. Cogí un libro al azar. Otra nube de polvo estalló en mi cara. Tosí. Sentí una opresión en el pecho y aspiré una bocanada del inhalador. En la penumbra, apenas si logré distinguir el título: *América tras la Liberación. Una retrospectiva contemporánea*. El lomo emitió un crujido cuando lo abrí.

—¿Qué haces aquí?

Retrocedí de un salto y se me cayó el libro. A mi alrededor se elevaron penachos de humo. Al fondo del pasillo había una arpía encorvada y apergaminada. Avanzó renqueando. Su voz restalló como un látigo cuando repitió:

—¿Qué haces aquí?

—Me he perdido. Intentaba encontrar el departamento de ingeniería.

La anciana ofrecía un aspecto deplorable: tenía la cara arrugada y cubierta de verrugas. La piel colgaba de sus huesos en flácidos jirones. Aparentaba mil años de edad, pero no como si fuera un receptáculo de sabiduría, sino más bien una ruina decrepita infestada de polillas. Sostenía algo plano y plateado en la mano. Una pistola.

Retrocedí otro paso.

Levantó el arma.

—Por ahí no. Por donde has venido. —Hizo un ademán con la pistola—. Largo.

Titubeé.

Sonrió ligeramente, revelando los tocones de los dientes que le faltaban.

—No te dispararé a menos que me des un motivo. —Volvió a agitar la pistola—. Venga. No deberías estar aquí. —Me sacó de la biblioteca y me condujo hasta las puertas principales con autoridad y sin miramientos. Tiró de ellas para abrirlas y esgrimió la pistola en mi dirección—. Vamos. En marcha.

—Espere. Por favor. ¿No podría decirme al menos dónde está el departamento de ingeniería?

—Lo clausuraron hace años. Lárgate ya.

—¡Pero tiene que haber alguno!

—Ya no. Venga. Fuera de aquí. —Empuñó la pistola con más firmeza—. Fuera. Me demoré en la puerta.

—Debe de conocer a alguien que sepa ayudarme. —Hablabla atropelladamente, procurando decir todo cuanto tenía que decir antes de que se le ocurriera utilizar el arma—. Trabajo en las bombas de procesamiento de aguas residuales de la ciudad. Están estropeándose, y no sé cómo arreglarlas. Necesito hablar con alguien que posea conocimientos de ingeniería.

La anciana, que no había dejado de sacudir la cabeza, empezó a agitar la pistola. Insistí.

—¡Por favor! Tiene que ayudarme. Todos se niegan a hablar conmigo, y terminarán nadando en un río de mierda como no encuentre ayuda. ¡La bomba número seis abastece a la universidad y no sé arreglarla!

Hizo una pausa. Ladeó la cabeza en una dirección, primero, y después en la otra.

—Continúa.

Le resumí sucintamente los problemas que asolaban a las PressureDynes. Cuando terminé, meneó la cabeza y se dio la vuelta.

—Pierdes el tiempo. Hace más de veinte años que no contamos con ningún departamento de ingeniería. —Se acercó a una mesa de lectura y barrió un par de veces el polvo con la mano. Sacó una silla e hizo otro tanto. Se sentó, dejó la pistola encima de la mesa y me indicó que la acompañara.

Sacudí tímidamente el polvo de mi asiento. Se rió al ver que no dejaba de observar la pistola. La recogió y se la guardó en uno de los bolsillos de su suéter apolillado.

—No temas. Ya no te voy a disparar. Solo la tengo por si los chicos se ponen belicosos. No les da a menudo por ahí, ya no, pero nunca se sabe... —Dejó la frase inacabada flotando en el aire mientras su mirada vagaba hacia el patio.

—¿Cómo es posible que el departamento de ingeniería no exista?

Sus ojos volvieron a posarse en mí.

—Por el mismo motivo que cerré la biblioteca. —Se rió—. No podemos permitir que los estudiantes campen por aquí a sus anchas, ¿no te parece? —Me observó durante largo rato, pensativa—. Me sorprende que lograras entrar. Debo de estar

haciéndome vieja para olvidarme de echar el candado de esa manera.

—¿Siempre cierra con llave? ¿No se supone que los bibliotecarios están para...?

—Yo no soy ninguna bibliotecaria —me interrumpió—. No ha vuelto a haber otro desde la muerte de Herman Hsu. —Se rió de nuevo—. No soy más que una viuda de la universidad. Mi difunto esposo enseñaba química orgánica.

—Pero ¿es usted la que pone los candados en las puertas?

—No quedaba nadie más para hacerlo. Vi cómo se lo pasaban los estudiantes aquí y me di cuenta de que alguien debía hacer algo antes de que redujeran todo este sitio a puñeteras cenizas. —Tamborileó con los sarmentosos dedos encima de la mesa, levantando nubecitas de polvo mientras me observaba. Al cabo, añadió—: Si te diera las llaves de la biblioteca, ¿encontrarías las cosas que necesitas saber? ¿Acerca de esas bombas? ¿Aprender su funcionamiento? ¿Arreglarlas, tal vez?

—Lo dudo. Por eso acudí aquí. —Me saqué el pinganillo de la oreja—. Tengo todos los planos aquí mismo. Lo único que necesito es que alguien les eche un vistazo por mí.

—Aquí no hay nadie que pueda ayudarte. —Sonrió sin despegar los labios—. Soy licenciada en psicología social, no en ingeniería. Y la verdad, no queda nadie más. A menos que los cuentes a ellos. —Indicó con un ademán a los estudiantes que fornicaban en el patio, al otro lado de la ventana—. ¿Crees que alguno de ellos sabría entender tus planos?

A través de las sucias puertas de cristal podía ver a los muchachos que estaban en los escalones de la biblioteca, completamente desnudos. Estaban dale que te pego, sonriendo de oreja a oreja y pasándose en grande. Una de las chicas se fijó en mí al otro lado del cristal y me hizo señas para que me uniera a ella. Sacudí la cabeza, se encogió de hombros y siguió retozando.

La anciana me estudiaba como un buitre.

—¿Ves lo que quiero decir?

La muchacha encontró su cadencia. Sonrió al verme observándola y volvió a indicarme por señas que saliera a jugar. Solo le faltaban unos grandes ojos amarillos para ser la troglodita perfecta.

Cerré los ojos y volví a abrirlos. No había cambiado nada. La chica todavía estaba allí, con todos sus amiguitos. Revolcándose y divirtiéndose de lo lindo.

—Los mejores y los más brillantes —musitó la anciana.

En medio del patio había más estudiantes desnudándose, indiferentes al hecho de estar haciéndolo a plena luz del día, sin importarles quién estuviera observándolos ni lo que pudiera pensar nadie. Un par de cientos de chavales, y ni uno solo de ellos llevaba encima un libro, ni un cuaderno, ni un boli, ni papeles, ni un ordenador.

La anciana se echó a reír.

—No pongas esa cara de sorpresa. No me digas que alguien de tu calibre no se

había percatado. —Hizo una pausa, expectante, antes de observarme con renovada incredulidad—. ¿Los trogloditas? ¿La lluvia de cemento? ¿Los trastornos reproductivos? ¿Nunca te has preguntado qué significa todo eso? —Sacudió la cabeza—. Eres más estúpido de lo que pensaba.

—Pero... —Carraspeé—. Cómo podría... Quiero decir... —Perdí el hilo de lo que quería decir.

—La especialidad de mi marido era la química. —Entornó los ojos en dirección a los muchachos que retozaban en la escalinata y se revolcaban por la hierba, sacudió la cabeza y se encogió de hombros—. Hay multitud de libros acerca del tema. Durante algún tiempo se publicaron artículos incluso en las revistas. «Por qué dar el pecho no puede darse por hecho» y chorradas por el estilo. —Agitó una mano, impacientándose—. Rohit y yo nunca le dimos mayor importancia hasta que sus alumnos empezaron a parecer más estúpidos cada año que pasaba. —Soltó una risita—. Cuando los puso a prueba, descubrió que no andaba desencaminado.

—No es posible que todos estemos convirtiéndonos en trogloditas. —Le enseñé mi botella de Sweatshine—. ¿Cómo podría comprar este refresco, o el auricular de mi oreja, o beicon, o lo que fuera? Alguien debe de estar produciendo todas estas cosas.

—¿Has encontrado beicon? ¿Dónde? —Se inclinó hacia delante, interesada.

—Mi mujer. El último paquete.

Volvió a echarse hacia atrás con un suspiro.

—No tiene importancia. De todas formas, tampoco podría masticarlo. —Estudió mi botella de Sweatshine—. ¿Quién sabe? Quizá tengas razón. Quizá no sea tan grave. El caso es que esta es la conversación más larga que he mantenido desde la muerte de Rohit. La mayoría de la gente parece sencillamente incapaz de prestar atención a las cosas como antes. —Me observó de reojo—. Quizá esa botella de Sweatshine tan solo signifique que en alguna parte hay una fábrica tan buena como lo eran antes tus bombas de procesamiento de aguas residuales. Y mientras no se estropee nada demasiado complejo, todos podremos seguir bebiendo refrescos.

—No es tan grave.

—Puede que no. —Se encogió de hombros—. A mí ya me da igual. No tardaré en estirar la pata. Después de eso, será problema vuestro.

Era de noche cuando salí de la universidad. Tenía una bolsa llena de libros, y nadie que supiera que me los había llevado. A la anciana le traía sin cuidado que los diera de baja o no, se limitó a indicarme por señas que cogiera todos los que quisiera, me entregó las llaves y me pidió que cerrara al marcharme.

Todos los libros estaban repletos de ecuaciones y diagramas. Los había hojeado uno por uno, leyéndolos de pasada antes de cerrar uno y empezar el siguiente. Lo que decían era prácticamente un galimatías. Era como intentar leer antes de aprender el

abecé. Mercati tenía razón. Debería haberme quedado en la escuela. Probablemente no me hubiera ido peor que a los chicos de Columbia.

En la calle, la mitad de los edificios estaban a oscuras. Algún tipo de apagón que se extendía por todo Broadway. El lado de la calle que aún tenía electricidad se mostraba luminoso y alegre. En el otro había velas reluciendo en las ventanas de los apartamentos, luces espectrales cuyo oscilar embellecía el ambiente.

Los ecos de la lluvia de cemento resonaron con estrépito a un par de manzanas de distancia. No pude reprimir un escalofrío. Todo se había vuelto siniestro. Era como si la anciana estuviera inclinada sobre mi hombro, señalando con el dedo los desperfectos que lo infestaban todo. Las máquinas expendedoras vacías. Los coches que llevaban años sin moverse. Las grietas en la acera. Las cunetas llenas de orines.

¿Cuál debería ser el aspecto de la normalidad?

Me obligué a fijarme en las cosas positivas. La gente seguía paseando por la calle, dirigiéndose a sus clubes de baile, saliendo a cenar, viajando a las afueras o al centro para visitar a sus padres. Había jóvenes montados en patinete y trogloditas salidos en los callejones. Un par de máquinas expendedoras estaban repletas de rosquillas envueltas en celofán, junto con una gran hilera de botellas de Sweatshine que resplandecían verdes bajo sus luces, aún bien aprovisionadas y listas para cumplir su función. Muchas cosas seguían funcionando todavía. Wicky aún era un gran club, aunque Max necesitara ayuda para acordarse de llamar a los proveedores. Y Miku y Gabe acababan de ser padres, aunque conseguirlo les hubiera llevado tres años. No podía permitirme pensar que ese bebé terminaría igual que los universitarios del patio. No todo estaba estropeado sin remedio.

Como para corroborarlo, el metro llegó hasta mi parada sin incidencias, para variar. En algún lugar de la línea debía de haber un par de tipos como yo, personas que todavía eran capaces de leer un plano, de acordarse de ir al trabajo y de no arrojar los rollos de papel higiénico por las salas de control. Me pregunté quiénes serían. Después me pregunté si alguna vez se pararían a pensar en lo difícil que era arreglar cualquier cosa.

Maggie ya estaba acostada cuando llegué a casa. Se despertó un poquito cuando le di un beso. Se apartó el cabello de la cara.

—Te he dejado un burrito precalentado. La cocina todavía está estropeada.

—Perdona. Se me había olvidado. Ahora mismo lo miro.

—No pasa nada. —Me dio la espalda y se arrebujó en las sábanas hasta el cuello. Por un momento pensé que la habría vencido el sueño, pero entonces dijo—: ¿Trav?

—¿Sí?

—Me ha venido la regla.

Me senté a su lado y empecé a masajearle la espalda.

—¿Cómo lo llevas?

—Bueno. A lo mejor la próxima vez. —Empezaba a quedarse dormida de nuevo—. Hay que ser optimistas, ¿verdad?

—Ni más ni menos, cariño. —Continué frotándole la espalda—. Ni más ni menos.

Cuando se durmió, regresé a la cocina. Encontré el burrito precalentado, lo sacudí y rasgué el envoltorio, sosteniéndolo con las puntas de los dedos para no quemarme. Probé un bocado y determiné que los burritos seguían funcionando a las mil maravillas. Dejé todos los libros encima de la mesa de la cocina y me los quedé mirando fijamente, intentando decidir por dónde empezar.

A través de las ventanas abiertas de la cocina, procedente del parque, oí otro estallido de lluvia de cemento. Miré en dirección a la oscuridad cuajada de velas. No muy lejos, en el subsuelo, nueve bombas bregaban contra viento y marea; sus indicadores parpadeaban cargados de errores, sus historiales de mantenimiento acumulaban solicitudes de reparaciones, y todas ellas debían esforzarse un poco más ahora que la bomba número seis se había parado. Pero resistían. Quienes las construyeron habían hecho un buen trabajo. Con suerte, aún seguirían funcionando por mucho tiempo.

Elegí un libro al azar y empecé a leer.

PEQUEÑAS OFRENDAS

Las cifras refulgen azules en los monitores conectados a los goteros que se hunden en la columna vertebral de Maya Ong. Está tumbada en la mesa de partos, con los ojos oscuros clavados en su marido mientras yo ocupo un taburete entre sus piernas y espero a su bebé. Maya se divide en dos mitades. Por encima de la sábana de quirófano azul, sostiene la mano de su marido, bebe agua a sorbitos y acepta sus palabras de aliento con una sonrisa cansada. Debajo, oculto a la vista e insensibilizado por dosis constantes de Sifusoft, su cuerpo yace desnudo, sujetas con correas sus piernas a los estribos de la mesa. El Purnate golpea su vientre en rítmicas oleadas, empujando al feto hacia abajo por el canal uterino, hacia mis manos expectantes.

Me pregunto si Dios sabrá perdonarme por el papel que he representado en sus cuidados prenatales. Si sabrá perdonarme por animarla a seguir el tratamiento hasta el final.

Toco el control remoto de mi cinturón y oprimo un botón con el pulgar para liberar otros 50 ml de Purnate. Las cifras parpadean y anuncian la nueva dosis mientras esta penetra con un siseo en el espinazo de Maya y se abre paso hasta su vientre. Maya aspira bruscamente, se recuesta y se relaja, respirando profundamente cuando amortiguo su respuesta al dolor con balsámicas capas de Sifusoft. El fantasma de las cifras parpadea y se desplaza en la periferia de mi visión: ritmo cardíaco, presión arterial, oxigenación, pulsaciones del feto, todo ello canalizado directamente a mi nervio óptico por el implante de MedAssist.

Maya estira el cuello para mirarme.

—¿Doctora Mendoza? ¿Lily? —Los narcóticos le deforman la voz, que suena pastosa y adormilada.

—¿Sí?

—Puedo sentir las patadas.

Se me eriza el vello sobre la nuca. Me obligo a sonreír.

—Se trata de fantasmas natales. Ilusiones generadas por el proceso de gestación.

—No. —Maya sacude la cabeza, con énfasis—. Lo noto. Está dando patadas. —Se toca la barriga—. Ahora lo siento.

Rodeo la sábana de quirófano para acariciarle la mano.

—No te preocupes, Maya. Relájate. Veré lo que podemos hacer para que estés cómoda.

Ben se agacha y besa a su mujer en la mejilla.

—Te estás portando fenomenal, cielo. Solo un poquito más.

Le doy unas palmaditas en la mano para tranquilizarla.

—Estás haciendo algo maravilloso por tu bebé. Ahora, relájate y deja que la

naturaleza siga su curso.

Adormilada, Maya muestra su conformidad con una sonrisa y vuelve a apoyar la cabeza en la mesa. Dejo escapar un suspiro que no sabía que estuviera conteniendo y empiezo a darme la vuelta. Maya se sienta como impulsada por un resorte. Me mira fijamente, alerta de repente, como si todos los medicamentos para el parto fuesen una manta que acabara de quitarse de encima, dejándola fría, despierta y agresiva.

En sus ojos oscuros, entrecerrados, anida un destello de locura.

—Vas a matarlo.

Oh, oh. Toco la unidad de mi cinturón con el pulgar para llamar a las enfermeras.

Agarra a Ben por el hombro.

—No dejes que se lo lleve. Está vivo, cariño. ¡Vivo!

—Cielo...

Lo atrae hacia ella de golpe.

—¡No permitas que se lleve a nuestro bebé! —Se gira hacia mí y ruge—: ¡Fuera! ¡Largo de aquí! —Se abalanza sobre el vaso de agua que hay encima de la mesilla—. ¡Fuera! —Me lo tira. Me agacho, y se hace añicos contra la pared. Los fragmentos de cristal me salpican el cuello. Me dispongo a esquivar otro ataque, pero en vez de eso Maya agarra la sábana de quirófano y tira hacia abajo, exponiendo la mitad inferior de su cuerpo, las piernas desnudas, abiertas para el parto. Manotea los estribos como un lobo atrapado en un cepo. Giro las ruedas del control remoto de mi cinturón, aumento la dosis de Purnate y cierro el grifo del Sifusoft mientras Maya vuelve a arrojar sobre los estribos. La mesa de partos se inclina alarmantemente. Me apresuro a estabilizarla. Las uñas de Maya me dejan el rostro cubierto de surcos. Me aparto de golpe, apretándome la mejilla con una mano. Hago una seña a su marido, en pie como un pasmarote al otro lado de la mesa de partos, observándolo todo con los ojos como platos.

—¡Ayúdame a sujetarla!

El hombre sale de su parálisis; me ayuda a inmovilizarla contra la mesa. Maya sufre otra contracción, solloza y se ovilla sobre sí misma. Sin Sifusoft no hay nada que palie la intensidad del parto. Combate el dolor meciéndose, sacudiendo la cabeza y gimiendo, reducida y derrotada. Me siento como un matón de instituto. Pero no reanudo el tratamiento con analgésicos.

—Ay, Dios —se lamenta—. Ay, Dios. Ay, Dios.

Benjamin apoya la cabeza junto a la suya, le acaricia la cara.

—No pasa nada, cielo. Todo va a salir bien. —Me mira esperando algún tipo de confirmación. Me obligo a asentir en silencio.

Otra contracción provocada por el Purnate. Ahora son más rápidas, su cuerpo ha quedado completamente a merced de la sobredosis que le he inoculado. Atrae a su marido hacia ella y susurra:

—No quiero hacer esto, cariño. Por favor, es pecado. —Sufre otra contracción. Con menos de veinte segundos de diferencia.

Dos enfermeras de brazos fornidos, embutidas en sendas blusas de reconfortante color rosa, irrumpen por fin en la habitación y se apresuran a inmovilizarla. La caballería siempre llega demasiado tarde. Maya se debate sin fuerzas hasta que le sobreviene una nueva contracción. Su cuerpo desnudo se arquea mientras el bebé emprende la última etapa del tránsito a nuestro mundo.

—Pero si ya ha llegado la reina del juramento hipocrático.

Dmitri se sienta rodeado de su prole, mi pecado y mi redención encarnados en un hombre enjuto de aspecto enfermizo. Sus hombros suben y bajan al compás de su trabajosa respiración asmática. Sus cínicos ojos azules se clavan en mí.

—Estás cubierta de sangre.

Me toco la cara y retiro los dedos empapados.

—Una paciente se puso de parto.

Los experimentos de Dmitri corretean a nuestro alrededor, berreando y peleando entre sí, toda una tribu de humanidad mal calculada, todos ellos agrupados al cuidado de Dmitri. Si tecleara sus códigos de paciente en la unidad de mi cinturón, MedAssist me proporcionaría listas interminables de pituitarias defectuosas, tumores suprarrenales, malformaciones genitales, trastornos de la atención y el aprendizaje, tiroides en mal estado, cocientes intelectuales por debajo de la media, hiperactividad y agresividad. Un pabellón entero repleto de iconos infantiles de la nueva reforma de la legislación química que ningún comité del gobierno parece ser capaz de aprobar.

—«Tu» paciente se puso de parto. —La risita de Dmitri es un silbido apenas audible. Incluso en esta zona de intervención química del hospital, con sus triples filtros de aire, le cuesta encontrar el oxígeno necesario para mantenerse con vida—. Menuda sorpresa. Una vez más, la pasión se impone a la ciencia. —Sus dedos tamborilean compulsivamente en la cama de una niña que yace inerte a su lado: una pequeña de cinco años de edad con los senos de una mujer adulta. Sus ojos se posan en el cuerpo antes de regresar a mí—. Es como si hoy en día nadie quisiera recibir atención prenatal, ¿verdad?

Me ruborizo contra mi voluntad; las carcajadas burlonas de Dmitri resuenan fugazmente antes de disolverse en un ataque de toses espasmódicas que lo dejan doblado por la cintura, sin resuello. Se enjuga los labios con la manga de su bata de laboratorio y estudia la mancha sanguinolenta resultante.

—Deberías habérmela enviado. Podría haberla convencido.

Junto a nosotros la niña yace como un maniquí de cera, con la mirada fija en el techo. Algún extraño cóctel de disruptores endocrinos la ha dejado completamente catatónica. Su presencia me infunde valor.

—¿Te quedan más limpiadores?

Dmitri emite una risita taimada, cargada de segundas intenciones. Su mirada salta a mi mejilla lacerada.

—¿Y qué diría tu paciente, la de las uñas afiladas, si se enterara?

—Por favor, Dmitri. No sigas. Ya me aborrezco lo suficiente.

—No me cabe la menor duda. Atrapada entre tu religión y tu profesión. Me sorprende que tu marido tolere siquiera lo que haces.

Aparto la mirada.

—Reza por mí.

—Dios puede arreglarlo todo, lo entiendo.

—No sigas.

Dmitri sonrío.

—Será eso lo que falla en mis investigaciones. Todos deberíamos limitarnos a implorar a Dios para que impida que los bebés absorban los residuos químicos de sus madres. Una buena sesión de plegarias este domingo, Lily, y podrás volver a meterte ácido fólico y vitaminas como si nada. Problema resuelto. —Se incorpora de improviso desplegando sus dos metros de altura como una araña que se desperezara—. Venga, consumemos tu hipocresía antes de que te arrepientas. Jamás me lo perdonaría si decidieras apostar todo a tu fe.

En el laboratorio de Dmitri, los fluorescentes bañan las encimeras de acero inoxidable y los instrumentos de ensayos con su luz implacable.

Dmitri revuelve los cajones uno por uno, buscando algo. En la encimera que tiene delante yace varado un pegote de carne, húmedo e incongruente sobre la reluciente superficie estéril. Me descubre observándolo.

—No lo reconocerás nunca. Debes imaginarte que es más pequeño.

Una porción es más grande que un globo ocular. El resto es estilizado, un segmento que cuelga de la masa principal. Carne esponjosa, vetada de venas y grasa. Dmitri remueve otro cajón. Sin levantar la cabeza, responde a su propio acertijo.

—Una glándula pituitaria. De una hembra de ocho años. Sufría unas jaquecas espantosas.

Contengo la respiración. Incluso para Chem-Int es una rareza.

Dmitri sonrío ante mi reacción.

—Diez veces más grande de lo normal. Y tampoco provenía de un sector de la población vulnerable: excelente atención prenatal, uso responsable de las máscaras de filtro, alimentos bajos en pesticidas. —Se encoge de hombros—. Creo que estamos perdiendo esta batalla. —Abre otro cajón—. Ah. Aquí. —Saca un envoltorio de plástico del tamaño de un condón, con estampados negros y amarillos, y me lo ofrece—. En mis ensayos, la dosis consta como si ya se hubiera dispensado. No debería

alterar la estadística. —Inclina la cabeza en dirección al pegote de carne—. Y ella no va a echarlo de menos, eso seguro.

El plástico luce la leyenda: prohibida su venta, junto con un número de serie y el icono de la División de Ensayos con Humanos de la FDA, una cadena de ADN y un telescopio entrelazados. Extiendo la mano hacia el envoltorio, pero Dmitri lo aparta.

—Póntelo antes de irte. Le han añadido un nuevo elemento de seguridad: plástico celular. Fácil de rastrear. Solo puedes llevarlo puesto en el hospital. —Me lanza el paquete y se disculpa con un encogimiento de hombros—. Nuestros patrocinadores sospechan que están desapareciendo demasiadas dosis.

—¿Durante cuánto tiempo debo llevarlo antes de poder irme?

—Tres horas te proporcionarán la mayor parte de la dosis.

—¿Suficiente?

—¿Quién sabe? ¿A quién le importa? Ya has renunciado al tratamiento más eficaz. Cosecharás lo que hayas sembrado.

No tengo nada que alegar en mi defensa. Dmitri me conoce demasiado bien como para intentar venderle las historias que me cuento a mí misma, las que me reconfortan a las tres de la madrugada cuando Justin duerme y yo contemplo el techo fijamente, escuchando su respiración franca y acompasada: *Lo hago por nuestro matrimonio... Lo hago por nuestro futuro... Lo hago por nuestro bebé.*

Rasgo el envoltorio, me saco los faldones de la blusa y me desabrocho el pantalón. Deslizo el parche bajo el elástico de las bragas. Cuando se adhiere a mi piel, me imagino cómo fluye por mi interior el remedio purificador. Pese a todas sus puyas, Dmitri me ha concedido la salvación, y de improviso me siento abrumada por la gratitud.

—Estamos en deuda contigo, Dmitri. De veras. No podíamos esperar a que terminaran las pruebas.

Dmitri suelta un gruñido por toda respuesta. Está ocupado palpando la pituitaria abotargada de la niña muerta.

—No podíais permitirlo, en cualquier caso. Es demasiado bueno para que lo tenga nadie.

El limpiador surte efecto cuando estoy en el tren elevado.

Estoy sentada, sonriendo a las niñas del otro lado del pasillo, con sus máscaras de filtro de Hello Kitty y Burn Girl, y antes de darme cuenta me veo doblada por la cintura, arrancándome la mascarilla, asfixiándome. Las chicas se me quedan mirando como si fuera una yonqui. Me sobreviene otra oleada de náusea y deja de importarme lo que piensen. Me quedo encogida en el asiento, intentando apartarme el pelo de la cara mientras vomito en el suelo entre mis zapatos.

Cuando llego a mi parada, consigo incorporarme a duras penas. Vomito de nuevo

en el andén, a cuatro patas. Debo obligarme para no bajar de la plataforma elevada arrastrándome. A pesar del frío invernal, estoy empapada en sudor. La muchedumbre se aparta a mi paso, botas, abrigos, bufandas y máscaras de filtro. Me esquivan hombres con las patillas tachonadas de chips receptores de noticias y mujeres con trenzas de microfilamentos fosforescentes, sonrientes sus labios pintados de plata. Calles caleidoscópicas: luces, tráfico, polvo y vapores de diésel derivado del carbón. Barro y charcos. Tengo la cara mojada y no recuerdo si me he caído en alguna acera enfangada o si se trata de mi propio vómito.

Encuentro mi apartamento puramente al azar, consigo mantenerme en pie hasta que llega el ascensor. Las radios del implante de mi muñeca abren las cerraduras.

Justin se levanta de un salto en cuanto cruzo la puerta.

—¿Lily?

Sufro una nueva arcada, pero me he dejado el estómago en la calle. Le pido por señas que se aleje de mí y me dirijo a la ducha con paso tambaleante, quitándome el abrigo y la blusa sobre la marcha. Me encojo formando un ovillo sobre las frías baldosas blancas mientras se calienta el agua. Forcejeo con las tiras del sujetador sin encontrar el enganche. Me asalta otra arcada que me estremece de la cabeza a los pies mientras el limpiador me desgarrar por dentro.

Los calcetines de Justin, firmes a mi lado: el par negro con el agujero por el que asoma uno de los dedos. Se arrodilla; me acaricia la espalda desnuda con una mano.

—¿Qué ocurre?

Me giro, sin atreverme a imaginar lo que podría pensar al ver mi rostro mugriento.

—¿Tú qué crees? —Estoy cubierta de sudor. Estoy tiritando. El vapor ha empezado a condensarse sobre las baldosas. Aparto la cortina de algodón y entro en la ducha a gatas, dejando que el agua empape el resto de mi ropa. El agua caliente me envuelve. Por fin consigo quitarme el sujetador, dejo que caiga encima del suelo encharcado.

—Esto no puede estar bien. —Estira un brazo para tocarme, pero lo retira cuando sufro un nuevo ataque de arcadas.

Se me pasan las náuseas. Puedo respirar.

—Es normal —susurro con un hilo de voz. El vómito me ha dejado la garganta en carne viva. No sé si me ha oído. Me desembarazo de los pantalones y la ropa interior chorreantes. Me quedo sentada en el suelo de baldosas, dejando que el agua se deslice por todo mi cuerpo, y apoyo la mejilla en la pared—. Dmitri dice que es normal. La mitad de los sujetos experimentan náuseas. Eso no afecta a la eficacia.

Se me constriñe la garganta una vez más, pero ya no es tan grave. La pared desprende un frescor maravilloso.

—No tienes por qué pasar por esto, Lily.

Giro la cabeza, buscándolo con la mirada.

—Quieres un hijo, ¿no?

—Sí, pero...

—Sí. —Dejo que mi cara vuelva a presionar contra las baldosas—. Sin atención prenatal, no tengo la menor oportunidad.

La siguiente oleada del limpiador comienza a surtir efecto. No dejo de sudar. De repente hace tanto calor que me cuesta respirar. Cada vez es peor que la anterior. Debería informar a Dmitri para sus archivos.

Justin vuelve a intentarlo.

—No todos los bebés naturales salen malos. Ni siquiera sabemos qué te están haciendo estos medicamentos.

Me obligo a ponerme de pie, apoyo la espalda en la pared y abro el agua fría. Busco el jabón a tientas... se me cae. Lo dejo tirado junto al desagüe.

—Los ensayos clínicos en Bangladesh... eran halagüeños. Mejores que nunca. La FDA podría aprobarlos ahora... si quisiera. —Jadeo a causa del calor. Abro la boca y bebo el agua sin filtrar que sale de la alcachofa de la ducha. No me importa. Casi puedo sentir los bifenilos policlorados, las dioxinas y los ftalatos que escapan a chorros de mis poros y se deslizan por mi cuerpo. Adiós, simuladores hormonales. Hola, mi niño sano.

—Te has vuelto loca. —Justin suelta la cortina de la ducha.

Sumerjo el rostro bajo la lluvia helada. Aunque se niegue a admitirlo, quiere que siga haciendo esto; le encanta que esté haciendo esto por él. Por nuestros hijos. Éstos serán capaces de deletrear y dibujar monigotes, y yo seré la única que se manche las manos. Puedo vivir con eso. Trago más agua. Estoy ardiendo de fiebre.

Impulsado por la sobredosis de Purnate, el bebé llega en cuestión de minutos. Asoma sus viscosos cabellos de recién nacido y vuelve a esconderlos. Le toco la coronilla.

—Ya casi está, Maya.

Otra contracción. La cabeza cae en mis manos: una carita arrugada de anciano, sobresaliendo del cuerpo de Maya como un gólem de la tierra. Dos empujones más y se desliza fuera de ella. Aprieto el cuerpo resbaladizo contra mí mientras una enfermera cercena el cordón umbilical.

La información de MedAssist sobre su ritmo cardíaco parpadea en rojo en la periferia de mi visión. Todo son líneas horizontales.

Maya me mira fijamente. El biombo se ha caído; puede ver todo lo que deseábamos que las pacientes prenatales no vieran nunca. Tiene la piel encendida. El sudor adhiere negros mechones de cabello empapado a su rostro.

—¿Niño o niña? —pregunta con voz pastosa.

Me quedo paralizada, crucificada por su mirada. Agacho la cabeza.

—Ni lo uno ni lo otro.

Me giro y dejo que la masa húmeda, sanguinolenta, resbale de mis manos y caiga en la basura. El ambientador disimula el olor ferroso que impregna el aire. Abajo, en el cubo, el bebé se ovilla sobre sí mismo, imposiblemente pequeño.

—¿Niño o niña?

Ben tiene los ojos tan abiertos que parece como si jamás fuera a parpadear otra vez.

—No pasa nada, cielo. No era ni lo uno ni lo otro. Eso es para la próxima. Ya lo sabes.

La consternación de Maya se refleja en sus rasgos.

—Pero si he notado las patadas.

La placenta azulada se derrama de su interior. La tiro a la basura, junto al bebé, y cierro el suministro de Purnate de Maya. El Pitocin ha cortado ya la pequeña hemorragia. Las enfermeras le echan una sábana limpia por encima.

—Lo sentí —insiste—. No estaba muerto en absoluto. Estaba vivo. Un niño. Lo he sentido.

Le administro una dosis de Delonol. Enmudece. Una de las enfermeras se la lleva empujando la mesa mientras la otra empieza a adecentar la sala. Reinicia el monitor de seguimiento montado sobre la cama. Listo para la siguiente paciente. Me siento junto al contenedor de residuos orgánicos con la cabeza entre las piernas y me concentro en respirar. Respirar, solo eso. Me arde la cara a causa de los arañazos de Maya.

Al cabo, me obligo a levantarme, llevo el cubo hasta la rampa de los desechos y abro la tapa una rendija. El cuerpo yace en el interior, hecho una bola. Siempre parecen tan grandes cuando salen de sus madres, pero ahora, en su recipiente para residuos orgánicos, es diminuto.

No es nada, me digo. Aun con sus manitas, su cara arrugada y su pene en miniatura, no es nada. Un simple montón de contaminantes. Lo maté a las pocas semanas de gestación con una dosis pequeña pero constante de neurotoxinas para freírle el cerebro y paralizar sus movimientos mientras se desarrollaba en el útero. *No es nada*. Tan solo algo con lo que limpiar el tejido adiposo de una mujer que, pese a estar sentada en la cima de una cadena alimenticia envenenada, quiere tener un bebé. *No es nada*.

Levanto la tapa y entrego el cuerpo al sistema de succión. Desaparece, llevándose el cargamento químico de su madre a la incineradora. Una ofrenda. Un flácido sacrificio de sangre, células y humanidad sobre el que cimentar el porvenir del próximo niño.



PAOLO BACIGALUPI es la nueva estrella del género de ciencia ficción. Inició su andadura editorial con sus relatos, que publicó entre 1999 y 2008 en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, *Asimov's Science Fiction* y *High Country*, reunidos en esta antología. El libro fue galardonado con el premio Locus a la mejor antología cuando se publicó en inglés en 2008, y también fue seleccionado como uno de los mejores libros del año por *Publishers Weekly*. A continuación, su primera novela, *La chica mecánica* (publicada por Plaza & Janés en 2011), fue elegida uno de los mejores libros de 2009 por *Time Magazine*, *Publishers Weekly* y *Library Journal*. Al año siguiente se llevaba todos los premios del género de ciencia ficción y literatura fantástica: Hugo, Nebula, Locus y John W. Campbell Memorial. También ha gozado de reconocimiento internacional, al ser premiado con el Ignotus (España), el Kurd-Laßwitz-Preis (Alemania), el Prix Planète-SF des Blogueurs (Francia) y el Seiun Award (Japón).

Le siguió una novela destinada a público juvenil y adulto, *El cementerio de barcos* (Plaza & Janés, 2012) ambientada en ese mismo futuro que imaginaba en *La chica mecánica*, que ganó los premios Locus y Michel L. Printz, y fue finalista del National Book Award. La secuela, *The Drowned Cities*, fue finalista del Los Angeles Times Book Prize y figuró entre la selección de los mejores libros juveniles de 2012 de Kirkus Reviews.

Paolo Bacigalupi vive en una pequeña ciudad de Colorado, en Estados Unidos, con su esposa y el hijo de ambos.